

BARBARA DELINSKY

Retrato de familia



Lectulandia

Una pareja de Nueva Inglaterra ve cómo su mundo se tambalea cuando nace su primera hija...

Lizzie es un bebé precioso y sano pero, para el asombro de sus padres, Hugh y Dana, tiene rasgos africanos. Esta adorable recién llegada podría destruir al joven matrimonio.

La familia de Hugh, orgullosa de que sus orígenes se remontan a los primeros colonos, se niegan a reconocer a la niña y rápidamente siembra la duda en el mismo Hugh. Para salvar su matrimonio, Dana investiga a sus antepasados y accede a realizar todas las pruebas que Hugh le pide para probar que no le ha sido infiel. Empieza un doloroso pero revelador viaje al pasado, en el que se desvelan secretos que los prejuicios y el miedo obligaron a guardar.

Barbara Delinsky

Retrato de familia

ePub r1.0

Titivillus 24.01.2024

Título original: *Family Tree*
Barbara Delinsky, 2007
Traducción: Encarna Quijada

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Cassandra, un precioso regalo.

Capítulo 1

Algo la despertó mientras dormía. No sabía si era el bebé, que estaba dando patadas, una ráfaga de viento marino contra la ventana, la espuma que rompía contra las rocas, o incluso la voz líquida de su madre entre las olas. Pero mientras yacía en medio de la oscuridad con los ojos abiertos, siguió viendo el sueño con nitidez. Era un sueño recurrente, pero el hecho de que supiera de qué iba no lo hacía menos embarazoso. Estaba en público, a la vista de todos, y le faltaba una importante prenda de vestir. Esta vez era la blusa. Había salido de casa sin ponérsela y en aquellos momentos estaba en los escalones del instituto —su instituto—, solo con el sujetador, y encima era uno viejo. No importaba que hubieran pasado dieciséis años desde su graduación, y que no conociera a ninguna de las personas que había allí. Estaba expuesta y se sentía profundamente mortificada. Y entonces —aquello era nuevo—, de pronto veía a un lado a su suegra con expresión horrorizada. Y lo más chocante es que llevaba puesta su blusa.

Dana quizá se habría reído por lo absurdo de todo aquello si en aquel mismo momento otra cosa no hubiera desviado su pensamiento. Una repentina sensación de líquido entre las piernas.

Con miedo a moverse, susurró el nombre de su marido. Al ver que no contestaba, le sacudió el brazo y dijo en voz alta:

—¿Hugh?

Él profirió un sonido gutural.

—¿Mmm?

—Tenemos que levantarnos.

Notó que él se volvía y se desperezaba.

—Acabo de romper aguas.

Hugh se incorporó de golpe. Se inclinó sobre ella y, con un tono más agudo de lo habitual en su voz profunda, preguntó:

—¿Estás segura?

—No deja de salir. Pero no salgo de cuentas hasta dentro de dos semanas.

—Está bien —dijo él para tranquilizarla—. Está bien. El bebé pesa unos tres kilos..., está dentro de lo normal para el parto. ¿Qué hora es?

—La una y diez.

—No te muevas. Traeré toallas. —Se giró y se levantó de la cama.

Ella obedeció, en parte porque Hugh había estudiado las diferentes facetas del parto y sabía lo que tenía que hacer, y en parte para no esparcir aquello por todas partes. Pero en cuanto volvió, se sujetó el vientre y se levantó con esfuerzo. Entrecerrando los ojos por la luz repentina de la lamparita, cogió una toalla, se la colocó entre las piernas y se fue al lavabo.

Hugh apareció unos segundos más tarde, con los ojos muy abiertos y muy pálido bajo la luz del tocador.

—¿Qué ves? —preguntó.

—No hay sangre. Pero definitivamente, es el bebé, no yo.

—¿Notas algo?

—¿Terror, por ejemplo? —Hablaban totalmente en serio. Aunque estaban preparadísimos (habían leído docenas de libros, habían hablado con innumerables amigos, acribillado a preguntas a la doctora, las enfermeras, la comadrona y al personal del hospital durante una visita de preadmisión), la realidad del momento era distinta. Ahora que el parto era inminente e irrevocable, Dana tenía miedo.

—Contracciones —replicó Hugh con sequedad.

—No. Solo una sensación rara. Como si algo se tensara ligeramente.

—¿Ligeramente?

—Sutilmente.

—¿Es una contracción?

—No sé.

—¿Va y viene?

—No sé, Hugh, de verdad. Solo sé que me he despertado y he empezado a notar que salía líquido... —Se interrumpió, porque sintió algo—. Un calambre. —Contuvo el aliento, lo dejó escapar, lo miró—. Muy suave.

—¿Calambre o contracción?

—Contracción —decidió Dana, ya medio temblando. Llevaban tanto tiempo esperando aquello... Estaban todo lo preparados que se puede estar.

—¿No te pasará nada si te dejo sola para ir a llamar al médico?

Ella negó con la cabeza, consciente de que de haber asentido, él habría ido con el teléfono al baño. Pero podía valerse por sí misma. Aunque últimamente Hugh había estado muy atento, ella era una mujer muy independiente, y es lo

que quería. Sabía muy bien lo que es depender totalmente de otra persona y que luego te la quiten. Es lo peor que le podía pasar a alguien.

Así pues, mientras él llamaba al médico, ella encajó su voluminoso vientre en su chándal más nuevo y grande, después de poner una compresa para contener el líquido amniótico, que seguía goteando, y fue por el pasillo hasta la habitación del bebé. Acababa de encender la luz cuando él la llamó.

—¿Dee?

—¡Aquí!

Hugh apareció en la puerta, abotonándose los pantalones. Sus cabellos oscuros estaban revueltos, y tenía expresión preocupada.

—Si los dolores se producen con menos de diez minutos de diferencia, tenemos que ir al hospital. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Solo quería echar una última ojeada.

—Está perfecto, cielo —dijo él mientras se ponía una vieja camiseta azul marino—. ¿Lista?

—No creo que las tenga con menos de diez minutos de diferencia.

—Las tendrás para cuando estemos a mitad de camino.

—Es nuestro primer hijo —objetó ella—. Y los primeros siempre tardan más.

—Sí, puede que esa sea la norma. Pero siempre hay excepciones. Deja que me encargue yo, ¿vale?

Ella le cogió la mano, le besó en la palma y se la llevó al cuello. Necesitaba un minuto.

Allí se sentía segura, protegida, feliz. De todos los cuartitos para bebé que había decorado para sus clientes, aquel era el mejor: cuatro paredes con un prado panorámico, flores, hierba alta, árboles tocados por el sol. Todo en blanco, un suave naranja, verde, miríadas de tonos realzados por la salpicadura de azul de una flor o del cielo. La sensación era de un mundo perfecto, armonioso y seguro.

Por muy autosuficiente que fuera, Dana había soñado con un mundo como aquel desde el momento en que se atrevió a volver a soñar.

Hugh se había criado en un mundo como ese. Había tenido una infancia privilegiada y una adolescencia opulenta. Su familia había llegado a Estados Unidos en el *Mayflower*, y desde entonces habían desempeñado un papel destacado en la historia del país. Cuatro siglos de éxitos que habían llevado a la estabilidad. Y aunque Hugh quizá no había seguido las pautas del resto de la familia, era un beneficiario directo de ellas.

—Tus padres esperaban que utilizara tonos pastel en las paredes —señaló ella soltándole la mano—. Me temo que les he decepcionado.

—Tú no, los dos, pero me da lo mismo. El bebé no es suyo. —Se fue hacia la puerta—. Necesito unos zapatos.

Tras apartar unas agujas de hacer punto con la parte superior de un saquito de dormir de color verde musgo, Dana se sentó con cuidado en el balancín. Lo había bajado del ático, donde Hugh tenía la mayoría de las piezas que había heredado de la familia. Y, aunque había rescatado otras que ahora estaban repartidas por la casa, aquella era su favorita. Su tata tatarabuelo, que llegó a ser general en la guerra de Secesión, lo había adquirido en 1840. Tenía respaldo de madera y asiento con los bordes curvados, y era sorprendentemente cómodo para tratarse de una pieza tan antigua. Meses atrás, antes incluso de poner el prado en las paredes, Dana había lijado la pintura desportillada del balancín y la restauró hasta dejarla perfecta y reluciente. Hugh dejó que lo hiciera. Sabía que el hecho de no tener una historia familiar propia, hacía que valorara la suya mucho más que otros.

Excepto esto, todo lo demás era nuevo, pero una historia familiar empezaba allí. La cuna y el cambiador a juego eran importados; el resto, desde el cojín de encima del cambiador, a la tela pintada a mano que enmarcaba las ventanas, o el mural, estaban hechos a medida por un amplio abanico de artistas que colaboraban con ella. Abanico que incluía pintores de primera, carpinteros, especialistas en alfombras y ventanas, su abuela y ella misma. Había una colcha sobre uno de los lados de la cuna, hecha por su abuela y a juego con el mural del prado; un conejito de cachemira que ella había tejido en diferentes tonos de naranja; un pelele, dos jersécitos, numerosos gorritos, un montón de mantitas de viaje... y eso sin contar con el pelele que estaba tejiendo con lana de invierno, que descansaba en una canasta de mimbre a los pies del balancín, o el saquito de dormir que tenía en las manos. Definitivamente, habían tirado la casa por la ventana.

Meciéndose levemente, Dana sonrió al recordar la escena, hacía ocho meses. Acababan de confirmarle el embarazo, y cuando llegó a casa del trabajo se encontró la habitación desbordada de tulipanes. Púrpura, amarillo, blanco... y lo bastante frescos para que aguantaran durante días. Hugh le había preparado aquella sorpresa con gran placer, y estaba convencida de que aquello estableció el tono con que habían vivido el embarazo.

En aquella habitación había magia. Había amor y calidez. Había seguridad. El bebé sería feliz allí, lo sabía.

Dana apoyó una mano sobre su vientre y acarició aquel montículo, ridículamente grande en proporción con el resto de su cuerpo. No notaba que el bebé se moviera —el pobre no tenía espacio para hacer nada, si no era mover un dedo de la mano o el pie—, pero sí notaba que los músculos que lo impulsarían a salir al mundo estaban tensos.

«Respira hondo»... Dana recordaba la suave voz de barítono de Hugh en las clases de preparación para el parto. Aún estaba respirando hondo al final de lo que definitivamente era una contracción cuando el sonido de sus zapatillas anunció su regreso.

Dana sonrió.

—Me estaba imaginando al pequeño en este cuartito.

Pero él estaba totalmente concentrado.

—Eso ha sido una contracción, ¿verdad? ¿Las estás cronometrando?

—Todavía no. Están demasiado espaciadas. Estoy tratando de distraerme con pensamientos felices. ¿Recuerdas la primera vez que vi tu casa?

Era la pregunta perfecta. Hugh se apoyó contra el marco de la puerta, sonriendo.

—Claro que me acuerdo. Ibas vestida de verde neón.

—No era neón, era lima, y no sabías qué llevaba puesto.

—Claro que lo sabía. Lo que no sabía es cómo se llamaba.

—Se llamaba suéter.

Él le mantuvo la mirada.

—Ríete si quieres... siempre lo haces... pero en mi vida he visto un jersey más anguloso y asimétrico.

—Modular.

—Modular —repitió él apartándose de la puerta—. Tejido en cachemira y seda... todo eso ahora me parece perfectamente normal pero ¿qué sabía yo entonces? —Apoyó las manos en los apoyabrazos del balancín y se inclinó—. Entrevisté a tres diseñadoras. Y las descarté en cuanto cruzaste la puerta. Yo no sabía nada de lanas, ni si eras una especie de decoradora; solo sabía que a David le había encantado lo que habías hecho en su casa. Pero estamos jugando con fuego, cielo. David me matará si no te llevo al hospital a tiempo. Estoy seguro de que ha visto las luces.

David Johnson vivía en la casa de al lado. Era cirujano ortopeda y divorciado. Dana trataba de emparejarlo y él siempre se quejaba de que no hubiera ninguna mujer como ella.

—David no verá las luces —insistió ella—. Estará durmiendo.

Tras dejar la labor de punto en la canasta, Hugh la ayudó a incorporarse con delicadeza.

—¿Cómo te sientes?

—Emocionada. ¿Y tú?

—Angustiado —Le pasó un brazo por la cintura... o lo que quedaba de ella, pero entonces por su cara notó que empezaba una nueva contracción—. Definitivamente, menos de diez minutos. ¿Cuánto, apenas cinco?

Ella no le discutió, se limitó a concentrarse en exhalar lentamente, hasta que el dolor pasó.

—Vale... ¿niño o niña? Última oportunidad para adivinarlo.

—Sea lo que fuere, será magnífico, pero de verdad, no podemos esperar más, Dee —le advirtió—. Tenemos que llegar al hospital. —Trató de hacerla avanzar hacia el pasillo.

—No estoy lista.

—¿Después de nueve meses?

Dee le apoyó una mano en el pecho, asustada.

—¿Y si algo va mal?

Él sonrió y cubrió su mano con la suya.

—Nada irá mal. Llevo mi camiseta de la suerte. La he llevado puesta en todas las Super Bowls que han ganado los Patriots, y durante las World Series con los Red Sox.

—Hablo en serio.

—Yo también —dijo él con mucha seguridad—. Hemos hecho pruebas. El bebé está sano. Tú estás sana. El bebé tiene un tamaño perfecto para el parto. Está en la postura correcta. Tenemos la mejor obstetra y el mejor hospital...

—Yo me refiero a después. ¿Y si hay algún problema, cuando el bebé tenga tres años, o siete? ¿O cuando sea adolescente? Mira los problemas que tienen los Miller con su hijo.

—Nosotros no somos los Miller.

—Pero esto es muy importante, Hugh. —Estaba pensando en el sueño que había tenido antes de despertar. No tenía ningún misterio. Tenía que ver con su miedo a no estar a la altura—. ¿Y si no somos tan buenos padres como pensamos?

—Vaya, ahí sí que no te puedo llevar la contraria. Aunque es un poco tarde para pensar en eso.

—¿Te das cuenta de dónde nos estamos metiendo?

—Pues no. Pero sé que queremos ese bebé. Vamos, cielo. Tenemos que irnos.

Dana insistió en volver al cuarto de baño, donde se lavó rápidamente la cara, se enjuagó la boca y se cepilló el pelo. Luego se volvió de lado para mirarse y estudió su perfil. Sí, prefería estar delgada... sí, estaba cansada de tener que andar arriba y abajo con catorce kilos de más. Y sí, se moría de ganas de volver a ponerse tejanos y camiseta. Pero estar embarazada era algo especial.

—Dana —dijo Hugh con impaciencia—. Por favor.

Dana dejó que la guiara por el pasillo, pasaron ante el cuartito del bebé y bajaron las escaleras. En círculos arquitectónicos la casa se consideraba estilo *Newport cottage*, aunque lo de *cottage*, «casita», no daba una idea de su esplendor. La casa tenía forma de U y estaba construida de cara al mar, con múltiples puertaventanas que se abrían a un patio cubierto y un tramo de césped con un fondo de rosales que daban paso a la espuma del mar. Por todas partes había ménsulas, columnas, cenefa blanca y tablillas que el aire salado del mar había desvaído levemente. En un ala estaban la sala de estar, el comedor y la biblioteca; en otra, la cocina y la salita. El dormitorio de matrimonio y el cuartito del bebé estaban en la primera planta de un ala, y en la otra había dos dormitorios adicionales. El ático abuhardillado era un despacho con su balcón. Todas las habitaciones de la casa, con la excepción del tocador de la planta baja, tenían una ventana que daba al mar.

Era la casa de los sueños de Dana. Se había enamorado de ella en cuanto la vio. En más de una ocasión le había dicho a Hugh que incluso si él se hubiera convertido en rana cuando se besaron por primera vez, se habría casado solo por la casa.

En aquellos momentos, cuando se estaban aproximando a una de las dos escaleras que bajaban simétricamente hacia el vestíbulo principal, Dana preguntó:

—¿Y si es una niña?

—Estaré encantado.

—Pero en el fondo tú quieres un niño, lo sé, Hugh. Por vuestro apellido. Quieres tener un pequeño Hugh Ames Clarke.

—Me sentiré igual de feliz con una Elizabeth Ames Clarke, siempre y cuando no tenga que tenerla personalmente. Cuidado aquí —dijo cuando empezaron a bajar, pero Dana tuvo que pararse en el primer descansillo. Esta vez la contracción fue mucho más fuerte.

Ya se había mentalizado sobre el dolor, pero sentirlo en la realidad era otra cosa.

—¿Crees que podré hacerlo? —preguntó, sacudiéndose visiblemente mientras se aferraba a su brazo.

Él la sujetó con fuerza.

—¿Tú? Con los ojos cerrados.

Hugh había confiado en ella desde el principio. Era una de las cosas que más le gustaban a Dana. No vaciló cuando ella propuso que colocaran suelo de madera en su moderna cocina o, más adelante, cuando insistió en que colgaran los retratos de su familia —antiguos óleos de los Clarke con frentes anchas, mandíbulas cuadradas y labios rectos— en la sala de estar, aunque a él no le habría importado dejarlos en el ático.

Para él aquel legado era algo normal. No, era más que *eso*. No entendía la obsesión de su padre por su pasado, decía que le abochornaba.

Dana debió de convencerle de que él era un triunfador por méritos propios, porque al final le dejó colgar los óleos. Visualmente daban un toque elevado y también profundidad histórica. Había ido repartiendo almohadones de texturas originales entre las grandes piezas de cuero, y a Hugh eso también le gustaba. Sí, le había dicho a Dana que quería algo acogedor, que no quedara cargante. Y eso lo tenía en el cuero gastado y la seda y la chenilla que había por doquier. También le había dicho que no le gustaba el sofá de su tatarabuelo, porque tenía un aire muy serio, pero de nuevo dio a Dana libertad para decidir. Ella hizo restaurar la madera de la estructura, cambió el asiento de mimbre y colocó cojines y una colcha diseñadas para darle más calidez.

Aunque, desde luego, en aquellos momentos no reparó en nada de todo aquello. Estaba pendiente de un escalón, luego otro, pensando que, si aquellas contracciones solo eran el principio, el parto sería muy duro y que si hubiera sabido de otra forma de hacer salir al bebé no habría dudado en aceptarla.

Acababan de llegar abajo cuando Dana exclamó:

—Me he dejado mi almohada.

—Tienen almohadas en el hospital.

—Necesito la mía. Por favor, Hugh.

Después de dejarla a salvo en el último escalón, Hugh corrió escaleras arriba y en menos de un minuto volvió con la almohada bajo el brazo.

—Y agua —le recordó Dana.

Hugh volvió a desaparecer y segundos después volvió de la cocina con un par de botellas.

—¿Qué más?

—¿El móvil? ¿La *blackberry*? Oh, Dios, Hugh, se suponía que hoy tenía una entrevista preliminar con los Cunningham.

—Pues parece que te la vas a perder.

—Es un trabajo importante.

—Piensa en la baja por maternidad.

—Se suponía que tenía que ser una distracción. Les prometí que les haría unos esquemas en cuanto el bebé naciera.

—Los Cunningham lo entenderán. Les llamaré desde el hospital. —Se dio unas palmaditas en los bolsillos—. Móvil, *blackberry*, ¿qué más?

—Lista de llamadas. Cámara.

—En tu maleta. —Hugh sacó la bolsa de viaje del armario y miró con incredulidad la lana que se salía por la cremallera a medio cerrar—. Dana, me lo prometiste.

—No es nada —se apresuró a decir ella—, solo algo pequeño en lo que trabajar si la cosa se retrasa y hay que esperar.

—¿Pequeño? —preguntó él tirando de la lana—. ¿Qué llevas aquí, ocho madejas?

—Seis, pero es hilo pesado, y eso significa que el largo de la madeja es mucho menor. No quería arriesgarme a no tener suficiente. No te impacientes, Hugh. Hacer punto me relaja.

Él miró al armario como diciendo «¿En serio?». Había bolsas de lana en el estante de arriba, en el suelo. Y en la mayoría de armarios de la casa pasaba lo mismo.

—Pues no tengo tanta como otras —razonó ella—. Además ¿qué hay de malo en que trate de aprovechar al máximo el tiempo que pase en el hospital? La abuela quiere este diseño para la temporada de otoño, y es posible que cuando el bebé nazca no tenga nada que hacer. Algunas se llevan libros o revistas. Yo me llevo mi labor.

—¿Cuánto tiempo dijeron que pasarías en el hospital? —preguntó Hugh. Los dos sabían que, a menos que hubiera complicaciones, estarían en casa el día siguiente.

—Tú no eres aficionado a las labores. No lo puedes entender.

—En eso tienes razón. —Metió las botellas de agua en la bolsa y cerró la cremallera, se la echó al hombro y ayudó a Dana a cruzar la puerta. Atravesaron el porche y salieron a la rampa de acceso, donde Hugh tenía aparcado el coche.

En lugar de pensar en los temblores que tenía o cuándo vendría la siguiente contracción, Dana iba pensando en los pequeños bodies de algodón

que llevaba en la bolsa. Los había comprado en una tienda, pero todo lo demás era hecho a mano. En opinión de Hugh llevaba demasiadas cosas para el bebé, pero ¿cómo elegir entre todos aquellos gorritos y botitas tan exquisitos, tejidos con lana fresca? No ocupaban nada de espacio, y su bebé merecía tener donde escoger.

Por supuesto, su familia política se había mostrado tan poco entusiasmada con estas prendas como con la decoración del cuartito. Le habían comprado una canastita con ropa para bebé en Neiman Marcus y no entendían por qué no podía ponerse esa ropa en casa.

Dana prefirió no decir nada. Su explicación les habría ofendido. Para ella las prendas tejidas a mano eran un recordatorio de su madre, del amor de su abuela, y del cariño que sentían por ella su familia de amigas de la tienda de labores. Las prendas tejidas a mano eran algo personal, hasta un punto que la familia de su marido jamás habría entendido. Los Clarke conocían su sitio en la sociedad, y por más que a Dana le encantara estar casada con Hugh, por más que admirara la seguridad de los Clarke y envidiara su pasado, no podía olvidar quién era ella.

—¿Todo bien? —preguntó Hugh mientras la ayudaba a subir al coche.

—Todo bien —consiguió decir ella.

Dana se ajustó el cinturón para que el bebé no sufriera ningún daño si tenían que frenar en seco, aunque no era probable que eso pasara. Para lo nervioso que estaba, Hugh condujo con mucho cuidado. Tanto que, conforme pasaba el tiempo y las contracciones se hacían más fuertes, Dana deseó que fuera más rápido.

Pero Hugh sabía lo que hacía. Hugh siempre sabía lo que hacía. No había apenas tráfico y encontraron todos los semáforos en verde.

Dado que ya habían tramitado la admisión, en cuanto dieron el nombre la pasaron adentro. Al poco Dana ya estaba con la bata de hospital, con un monitor fetal rodeando su vientre y el médico de guardia examinándola. Tenía contracciones cada tres minutos, y luego cada dos, que la dejaban literalmente sin aliento.

Las siguientes horas pasaron en un borrón, aunque en más de una ocasión, cuando parecía que la cosa iba más lenta, se preguntó si el bebé no se lo estaría pensando. Estuvo un rato haciendo punto, hasta que la fuerza de las contracciones la obligó a parar, y a partir de entonces Hugh fue su único consuelo. Le masajeaba el cuello y la espalda, le apartaba el pelo de la cara y, en todo momento, no dejó de decirle lo hermosa que estaba.

¿Hermosa? Por dentro se moría de dolor, estaba sudada, su pelo estaba apelmazado. ¿Hermosa? ¡Pero si estaba hecha una piltrafa! Y, sin embargo, se agarraba a su marido, tratando de creer cada palabra que le decía.

Teniendo en cuenta que se trataba de un parto, la cosa fue relativamente rápida. Menos de seis horas después de haber roto aguas, la enfermera anunció que Dana ya había dilatado lo necesario y la llevaron a la sala de partos. Hugh hizo fotografías... a Dana le parecía recordarlo, aunque también es posible que creara el recuerdo después, a partir de las fotografías. Empujó durante lo que pareció una eternidad, aunque en realidad fue mucho menos, tan poco que su obstetra estuvo a punto de perderse el parto. La mujer acababa de llegar cuando el bebé asomó la cabeza.

Hugh cortó el cordón y, unos segundos después, colocó al bebé que gimoteaba sobre el vientre de Dana. Era la pequeña más bonita y perfecta que Dana había visto. No sabía si reír por el llanto tan obstinado del bebé o mirar con asombro aquellos deditos de sus manos y sus pies. Parecía tener el pelo oscuro —Dana enseguida imaginó una cabeza Clarke de pelo fino y oscuro— aunque era difícil decirlo con aquella película lechosa recubriendo todavía su cuerpo.

—¿A quién se parece? —preguntó Dana, porque las lágrimas no le dejaban ver.

—A nadie que yo conozca —comentó él con una risa de placer, y tomó varias instantáneas más, antes de que la enfermera se la llevara—, pero es muy guapa. —Sonrió con gesto divertido—. Tú querías una niña.

—Sí —confesó Dana—. Quería alguien que pudiera llevar el nombre de mi madre. —Increíblemente (y después recordaría esto con una claridad sorprendente), recordó a su madre como la última vez que la había visto, llena de vida en aquella tarde soleada en la playa. Dana siempre había pensado que de haber vivido, su madre y ella habrían sido muy buenas amigas. Y Elizabeth Joseph habría estado en aquella sala con ella. De todos los momentos en los que había añorado desesperadamente a su madre, aquel fue el más intenso. Por eso significaba tanto para ella ponerle su nombre al bebé—. Es un poco como si me la devolvieran.

—Elizabeth.

—Lizzie. El nombre le queda bien, ¿verdad?

—Es difícil decirlo, pero Elizabeth es un nombre elegante.

—El próximo será niño —prometió Dana estirando el cuello para ver al bebé—. ¿Qué le hacen?

Hugh se levantó del taburete para ver.

—Limpiarla —le explicó—. Secarla. Ponerle una pulserita de identificación.

—Tus padres querían un chico.

—No es el bebé de mis padres.

—Llámalos, Hugh. Se pondrán tan contentos... y llama a mi abuela, y a los demás.

—Enseguida —dijo Hugh. Estaba completamente concentrado en Dana, y la miraba tan fijamente que ella se puso a llorar otra vez—. Te quiero —le susurró.

Y ella, sin poder responder, se limitó a rodearle el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Aquí la tenéis —dijo una voz amable, y de pronto la pequeña estaba en los brazos de Dana, limpita y algo más tapada.

Dana sabía que seguramente eran imaginaciones suyas, porque los bebés no pueden enfocar la mirada, pero habría jurado que la niña la miraba como si supiera que ella era su madre, que siempre la querría, que la protegería con su vida.

La pequeña tenía una nariz menuda y delicada, una boquita rosa y una barbilla igualmente delicada. Dana miró bajo el gorrito rosa. El pelo del bebé aún estaba húmedo, pero definitivamente, era oscuro, con pequeños ricitos, montones de ricitos, lo cual era una sorpresa. Tanto ella como Hugh tenían el pelo liso.

—¿De dónde ha sacado ese pelo?

—Ni idea —dijo Hugh, que de pronto parecía alarmado—. Pero mira la piel.

—Es tan suave...

—Y tan oscura. —Hugh levantó unos ojos asustados al médico—. ¿Está bien? Creo que se está poniendo azul.

A Dana casi se le para el corazón. Ella no había visto el azul, pero dada la rapidez con que se la quitaron para hacerle un examen, casi no pudo ni respirar hasta que el pediatra del hospital la examinó a conciencia, le dio una calificación muy alta en el test Apgar y declaró que era un bebé sano de tres kilos doscientos.

No, su piel no estaba azul, decidió Dana cuando volvió a tenerla en los brazos. Ni tampoco era del suave tono rosado que esperaba. Su rostro tenía un tono cobrizo tan adorable como desconcertante. Con curiosidad, retiró la manta para descubrir un brazo diminuto. Allí la piel era del mismo marrón

claro, que resaltaba más si cabe por el contraste con las uñas blancas que remataban sus dedos.

—¿A quién se parece? —musitó Dana desconcertada.

—A un Clarke no —dijo Hugh—. Ni a una Joseph. ¿A alguien de tu familia por el lado de tu padre tal vez?

Dana no habría sabido decir. Conocía el nombre de su padre, pero poco más.

—Parece sana —comentó Dana.

—No he leído en ningún sitio que la piel sea más oscura al nacer.

—Yo tampoco. Parece que está morena.

—Más que morena. Mírale las palmas de las manos, Dee. Son más claras, como las uñas.

—Parece mediterránea.

—No, mediterránea no.

—¿India?

—No, eso tampoco. Dana, parece negra.

Capítulo 2

Hugh esperaba estar exagerando. Él y Dana eran blancos. Su hija no podía ser negra.

Aun así, mientras estaba allí, en la sala de partos, observando al bebé que Dana tenía en los brazos, sintió cierto temor. La piel de Lizzie era mucho más oscura que la de ninguno de los bebés que habían tenido los Clarke, y de esos había visto muchos. Los Clarke se enorgullecían de su prole, como evidenciaba la avalancha de fotografías que recibía cada año de sus parientes. Su hermano tenía cuatro hijos, todos ellos típicos anglosajones blancos; sus primos hermanos tenían más de dieciséis. Y ninguno era negro.

Hugh era abogado. Se pasaba la vida exponiendo hechos y, en este caso, no había nada que indicara que su hija debía ser otra cosa que no fuera de complejión caucásica. Seguro que eran imaginaciones suyas... sí, seguro que estaba sacando las cosas de quicio. Pero ¿quién se lo podía reprochar? Estaba cansado. Esa noche había estado viendo jugar a los Sox contra los Oakland y se acostó tarde; una hora después tuvo que levantarse y desde entonces no había parado. Pero, Dios, no se habría perdido ni un minuto del parto. Ver cómo el bebé salía, cortar el cordón... no había nada mejor. ¡Eso sí era un momento emotivo!

Y sin embargo, ahora se sentía desinflado. Aquella era su hija, su familia, sus genes. Se suponía que tenía que resultarle familiar.

Hugh había leído lo que los bebés pasan para salir del útero y estaba preparado para ver una cabeza afechinada, eczemas o incluso hematomas. La cabeza de aquel bebé era redonda, y tenía una piel perfecta.

Pero no tenía el pelo fino y liso ni la línea del nacimiento en pico tan característica de los Clarke, ni el color rubio y los ojos azules de Dana.

Parecía una extraña.

Quizá era normal que se sintiera decepcionado después de tantos meses de expectación. Quizá es a eso a lo que se referían los libros cuando decían que no siempre quieres a tu bebé desde el primer momento. Aquella criatura era

un ser individual. Crecería y tendría sus gustos y aversiones, su fuerza, su temperamento, y quizá no tendrían nada que ver ni con él ni con Dana.

Hugh la quería. Era su hija. Solo que no lo parecía.

Y, aun así, seguía siendo responsabilidad suya. Así que cuando la enfermera se la llevó a la guardería él la siguió y por la ventana vio cómo le ponían gotas en los ojos y la lavaban a conciencia con una esponja.

La piel seguía siendo cobriza. Si acaso, en comparación con el rosado de la mantita y el gorrito, destacaba incluso más que antes.

Las enfermeras no parecían darle importancia al color de su piel. No sabían que su mujer era blanca. Y en la guardería había bebés mucho más oscuros. En comparación, Elizabeth Ames Clarke tenía la piel clara.

Aferrándose a este pensamiento, volvió a la habitación de Dana y empezó a hacer llamadas. Dana tenía razón sobre sus padres, ellos habían tenido dos varones y querían nietos varones que perpetuaran el apellido de la familia, pero se mostraron emocionados por la noticia, igual que su hermano, y para cuando llamó a la abuela de Dana, ya se sentía mejor.

Eleanor Joseph era una mujer notable. Tras perder a su marido y su hija en dos trágicos accidentes con cuatro años de diferencia, había criado ella sola a su nieta, y además había levantado un próspero negocio. Oficialmente se llamaba Labores, aunque nadie lo llamaba así, salvo Ellie Jo.

Antes de conocer a Dana, Hugh no sabía apenas nada sobre lanas, y mucho menos sobre la gente que las utilizaba. Todavía no era capaz ni de recordar lo que era deslizar un punto, aunque Dana se lo había explicado más de una vez. Pero le gustaba la calidez de su bufanda de alpaca favorita, que Dana había tejido personalmente y era más bonita que nada que hubiera visto en ninguna tienda... Y era consciente del encanto que tenía aquella tienda. Las últimas semanas de embarazo, conforme iba reduciendo sus horas de trabajo, Dana pasaba cada vez más tiempo allí. Él iba con frecuencia, teóricamente para ver cómo estaba su esposa, pero también para disfrutar de la atmósfera relajada que se respiraba allí. Cuando un cliente le mentía, o uno de sus abogados metía la pata con algún expediente o un juez fallaba en su contra, la tienda de labores le relajaba.

Quizá era el sitio. ¿Qué podía haber mejor que tener delante un huerto de manzanos? Aunque intuía que era sobre todo por la gente. Dana no necesitaba que él fuera a ver cómo se encontraba cuando estaba en la tienda. Aquel lugar era un refugio para las mujeres. Muchas de ellas habían pasado también por un parto. Y no les avergonzaba mostrar sus sentimientos. Hugh había llegado varias veces cuando estaban hablando de sexo, y le sorprendió comprobar que

lo de las labores no era más que una excusa. Allí aquellas mujeres encontraban algo que faltaba en sus vidas.

Ellie Jo llevaba la voz cantante. Era una mujer extraordinariamente espontánea y, cuando Hugh le dijo que habían tenido una niña y el nombre que le habían puesto, se puso a llorar de alegría. Tara Saxe, la mejor amiga de Dana, también lloró.

Hugh llamó a sus dos socios del bufete —o sea, al Calli y el Kohn de Calli, Kohn & Clarke— y luego a su secretaria, que prometió comunicar la noticia al resto de empleados del bufete. Llamó a David, el vecino, a un puñado de amigos, a su hermano y a los dos primos a los que estaba más unido.

Entonces la enfermera entró empujando la silla de ruedas de Dana, que enseguida quiso saber qué hacía el bebé y cuándo se lo devolverían. Quería hablar con su abuela y con Tara personalmente, aunque las dos iban ya hacia la clínica.

Los padres de Hugh llegaron primero. Aunque apenas eran las nueve de la mañana, iban impecables, él con un blazer azul marino y corbata a rayas, ella con un traje Chanel. Hugh nunca les había visto desarreglados.

Llevaban un gran jarrón con hortensias.

—Del jardín —dijo su madre, aunque no hacía falta la aclaración, puesto que regalaba hortensias para todo lo que sucedía entre mitad del verano y las primeras heladas. Mientras comentaba que era una suerte que ese año tuvieran más blancas que azules, porque para una niña eran mejor, le pasó el jarrón a Hugh y le ofreció la mejilla, e hizo otro tanto con Dana. Su padre les dio a cada uno un abrazo sorprendentemente vigoroso, y entonces se puso a mirar a su alrededor con aire expectante.

Hugh los acompañó por el pasillo hasta la guardería, oyendo cómo su madre se maravillaba por la rapidez con que había ido el parto y los muchos avances que se habían producido en la obstetricia desde que ella había tenido a sus hijos. Su padre localizó enseguida el nombre de la cuna desde la ventana.

—Allí está —dijo.

Llegados a este punto, Hugh habría esperado exclamaciones emotivas sobre lo bonita y encantadora que era su pequeña. Que le dijeran cuánto se parecía a la tía abuela favorita de su madre o al primo segundo de su padre o, simplemente, que era única.

Pero sus padres permanecieron en silencio.

—No puede ser esta —dijo su padre con expresión grave.

La madre fruncía el ceño, mientras trataba de leer los nombres de las otras cunas.

—Es la única Clarke.

—Esa no puede ser la hija de Hugh.

—Eaton, ahí dice «pequeña Clarke».

—Pues se habrán equivocado —razonó el hombre. Era historiador, maestro y autor, y confiaba en los hechos tanto como Hugh.

—Lleva una pulserita de identificación —señaló Dorothy—, pero mejor no fiarse. Oprah llevó a su programa a dos parejas a las que les intercambiaron los hijos. Ve a preguntar, Hugh. Esa no parece tu hija.

—Es ella —dijo Hugh, tratando de parecer sorprendido por sus dudas.

Dorothy estaba confusa.

—Pero no se parece a ti.

—Y yo ¿me parezco a ti? —preguntó él—. No. Me parezco a papá. El bebé también es mitad de Dana.

—Pero es que tampoco se parece a Dana.

Otra pareja llegó por el pasillo y pegó la cara al cristal.

Eaton bajó la voz.

—Lo comprobaré, Hugh. A veces hay errores.

—Justamente en el periódico se hablaba sobre una mujer que tuvo gemelos con las muestras de un hombre que no era su marido. Aunque es normal, claro, ¿cómo van a mantener separadas esas cosas tan microscópicas?

—Dorothy, eso fue fecundación *in vitro*.

—Puede. Pero eso no significa que no haya confusiones. Además, los hijos no necesariamente explican a sus madres cómo se quedan embarazadas sus mujeres. —Y le dedicó a Hugh una mirada tímida.

—No, mamá —dijo Hugh—. No fue fecundación *in vitro*. No ha habido ninguna confusión. Yo estaba en la sala de partos, y este es el bebé que he visto nacer. Yo corté el cordón umbilical.

Eaton seguía con expresión dubitativa.

—¿Estás seguro de que era esta niña?

—Segurísimo.

—Bueno —dijo Dorothy en voz baja—, pues no se parece en nada ni a ti ni a nadie de nuestra familia. Será que ha salido a alguien de la familia de Dana. Su abuela nunca habla de sus parientes... ¿cuántos fueron los Joseph que asistieron a la boda, tres? Y eso contando a la novia. Pero seguro que la abuela tiene familia, y está el padre de Dana, el gran misterio. ¿Sabe Dana al menos cómo se llama?

—Sí, lo sabe —dijo Hugh, y miró a su padre. Sabía muy bien lo que estaba pensando. Ante todo sus padres eran coherentes.

Y el pedigrí siempre era lo primero.

—Hace tres años ya hablamos de este tema, Hugh —le recordó el hombre en voz baja pero nerviosa—. Te dije que le investigaras.

—Y yo te dije que no. No tenía ningún motivo para hacerlo.

—Al menos habrías sabido con qué te casabas.

—No me casé con una cosa. Me casé con una persona. Pensé que ya habíamos aclarado todo esto. Me casé con Dana, no con su padre.

—No siempre se pueden separar —repuso Eaton—. Y diría que en este caso es totalmente relevante.

Hugh se evitó tener que contestar porque en ese momento una enfermera le hizo una señal y empujó la cunita hacia la puerta.

Aquella era su hija. Él había ayudado a concebirla, había ayudado a traerla al mundo. Había cortado el cordón umbilical que la unía a su madre. Y eso tenía un simbolismo. Dana ya no era la única responsable de su cuidado. A partir de ahora él también tendría un papel en su crecimiento. La idea imponía incluso en circunstancias normales, y aquellas no parecían muy normales.

—¿No os alegráis? —preguntó—. ¿No os alegráis ni siquiera por mí? Es mi hija.

—¿Estás seguro? —preguntó Eaton.

Hugh tardó unos instantes en comprender, y en un primer momento pensó que solo era un comentario estúpido. Luego se sintió furioso. Pero la enfermera estaba empujando la cuna hacia él. Hugh extendió la mano para que comprobara que la pulsera de identificación coincidía.

—¿Son los abuelos? —preguntó con una sonrisa.

—Claro —dijo Hugh.

—Entonces enhorabuena. Es preciosa. —Se volvió hacia él—. ¿Ha decidido su esposa si le dará el pecho?

—Sí.

—Entonces enviaré a alguien para que la ayude. —La puerta de la guardería se cerró, y el despliegue de entusiasmo de Hugh se acabó.

Se volvió hacia su padre.

—¿Estás sugiriendo que Dana ha tenido una aventura?

—Cosas más raras se han visto —dijo la madre.

—Yo no —declaró Hugh. Y cuando vio que su madre le lanzaba una mirada de advertencia, habló, bajando la voz—: No en mi matrimonio. ¿Por

qué creéis que esperé tanto? ¿Por qué creéis que me negué a casarme con ninguna de esas chicas que a vosotros tanto os gustaban? Porque entonces sí que hubiera habido aventuras. Yo las habría tenido. Todas eran mujeres aburridas con un aburrido estilo de vida. Dana es diferente.

—Eso salta a la vista —comentó uno de sus padres. No importaba cuál. Los dos le miraban con expresión acusadora.

—¿Significa eso que no vais a llamar al resto de los Clarke para hablarles de mi hija?

—Hugh... —Era su padre.

—¿Y el club de campo? —preguntó Hugh—. ¿Creéis que será bien recibida allí? ¿La llevaréis de mesa en mesa en la fiesta del asado nocturno para que la vean vuestros amigos, como hacéis con los hijos de Robert?

—Si yo fuera tú —le aconsejó Eaton—, no me preocuparía por el club de campo. Preocúpate mejor por la ciudad donde vives y los colegios adonde la vas a llevar, y por su futuro.

Hugh levantó una mano.

—Oye, estás hablando con alguien cuyos socios en el bufete son un judío y un cubano, cuyos clientes pertenecen en su mayoría a minorías, y que tiene un vecino afroamericano.

—Como tu hija.

Hugh respiró hondo, pero fue en vano.

—Yo no veo ningún negro en la guardería, veo pieles marrones, blancas, amarillas y todos los tonos intermedios. Sí, mi hija tiene la piel tostada. Y resulta que también es muy guapa. Mientras no estéis dispuestos a decirme eso..., a decírselo a Dana... por favor... —Y dejó la frase sin terminar, se limitó a mirarlos un instante y luego se alejó por el pasillo empujando la cuna.

—¿Por favor qué? —preguntó Eaton a su espalda, y lo alcanzó con un par de zancadas. Tenía las piernas largas de Hugh. O, más bien, Hugh tenía las mismas piernas de su padre.

«Por favor, marchaos a casa. Por favor, guardaos vuestros sucios pensamientos para vosotros y dejadnos en paz a mí, a mi esposa y a mi hija».

Hugh no dijo ninguna de aquellas cosas en voz alta. Pero sus padres lo entendieron. Cuando llegó a la puerta de la habitación de Dana, estaba solo con la niña.

Capítulo 3

Con solo mirarle a la cara, Dana supo lo que había pasado. ¿No había sentido ella misma que su entusiasmo quedaba enturbiado por la preocupación? Los padres de Hugh eran buena gente. Donaban generosamente a sus causas benéficas favoritas y a la Iglesia, y pagaban todos sus impuestos religiosamente. Pero les gustaba su vida como estaba. Cualquier cambio les parecía una amenaza. Dana se había tenido que morder la lengua por el revuelo que se armó cuando en la localidad paterna de South Shore se votó a favor de una franquicia de una empresa de comida rápida, a pesar de las objeciones de Eaton, Dorothy y otros ciudadanos respetables, que no comerían un Big Mac ni aunque les fuera la vida.

A Dana le chiflaban los Big Mac. Y hacía ya tiempo que había aceptado que a sus suegros no.

No. No le importaba lo que pensarán los padres de Hugh. Pero sí lo que pensara Hugh. Y por mucho que tuviera sus ideas, sus padres podían arruinarle el momento.

Y estaba claro que era lo que había pasado. Se le veía distraído, enfadado, cuando tendría que haber estado riendo, abrazándola, diciéndole que la quería, como había hecho durante el parto.

Dana lo necesitaba. Pero si en su mente había desánimo, estaba demasiado aturdida para sentirlo. Hugh tenía al bebé, y ella quería abrazarlo. Sentía la necesidad instintiva de protegerlo, incluso de su padre si hacía falta. Quiso incorporarse en la cama, pero Hugh le indicó que no se moviera. Sus manos parecían absurdamente grandes bajo el cuerpecito del bebé. Dana la cogió en brazos, saboreando su calidez. Aparte de los restos de la pomada de los ojos, su rostro se veía limpio y suave. Dana estaba embobada.

—Mira qué mejillas —susurró—. Y la boca. Todo es tan pequeño y delicado... —Incluso el color. ¿Qué era, marrón claro? ¿Gamuza?

Sujetándole con cuidado una manita, Dana observó cómo movía los dedos y luego se aferraba a uno de los suyos.

—¿Tus padres la han cogido en brazos?

—No, hoy no.

—Están preocupados.

—Eso parece.

Dana le lanzó una mirada. Los ojos de él seguían clavados en el bebé.

—¿Dónde están? —preguntó ella.

—Supongo que se han ido.

—Me culpan a mí, ¿verdad?

—Esa es una palabra espantosa, Dee.

—Pero es perfecta. Conozco a tus padres. Nuestra pequeña tiene la piel oscura y saben que no viene de vuestro lado, o sea que tiene que ser de mi familia.

Él levantó los ojos.

—¿Y lo es?

—Podría ser —dijo Dana con despreocupación. Había crecido envuelta en un cúmulo de preguntas sin respuesta—. Tengo una foto de mi padre. Ya la has visto. Parece tan blanco como tú. Pero ¿sabe alguno de nosotros lo que sucedió realmente hace dos o tres generaciones?

—Yo sí.

Sí, admitió Dana en silencio. Los Clarke sabían esas cosas. Por desgracia, los Joseph no.

—O sea, que tus padres me culpan. Esperaban una cosa y les hemos dado otra. No están contentos con nuestra hija, y me culpan a mí. ¿Tú también?

—Culpar no es la palabra, Dana. Implica que has hecho algo malo.

Dana miró a la pequeña, que a su vez la miraba a ella. Se la veía tranquila y satisfecha. Elizabeth Ames Clarke tenía algo especial, y si eso se debía a algún gen inesperado, que así fuera. No había nada malo en ella. Era absolutamente perfecta.

—Es nuestra hija —dijo Dana con voz suave y suplicante—. ¿Es diferente el color de la piel al color de los ojos, o la inteligencia o el carácter?

—Es este país, en este mundo, sí.

—No pienso aceptarlo.

—Entonces es que eres una ingenua.

Dejó escapar un suspiro. Se pasó una mano por el pelo, con expresión agotada, y los pocos mechones en punta que normalmente caían sobre su frente volvieron a caer. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, parecían desolados.

—Mis clientes proceden de diferentes minorías y los afroamericanos siempre son los que dicen que es más duro. Las cosas han cambiado mucho, y

seguirán mejorando, pero el racismo no ha desaparecido, ni lo hará en nuestros tiempos.

Dana no insistió. Hugh era una de las personas más tolerantes que conocía. Solo estaba constatando un hecho, no prejuzgando.

De acuerdo, tal vez estaba siendo ingenua. Aquel bebé ya era algo suyo, por más que había tenido que hacer un gran esfuerzo para ver en ella algún rasgo suyo o de Hugh.

Estaba pensando en esto cuando la puerta se abrió y su abuela asomó la cabeza. Al verla, Dana se olvidó de todo lo que no fuera la alegría del momento.

—¡Abuela, ven a verla! —exclamó. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando aquella mujer, en quien confiaba más que en nadie en el mundo, se acercó.

Ellie Jo seguía siendo hermosa a sus setenta y cuatro años. Tenía el pelo espeso y canoso y lo llevaba sujeto en lo alto de la cabeza con un par de agujas de bambú. Piel tersa, y una columna que aún era lo bastante fuerte para mantenerla erguida. Por su aspecto parecía que había tenido una vida completamente libre de estrés, pero las apariencias engañan. Se había convertido en una maestra de la supervivencia, rodeándose a sí misma y a Dana de una vida productiva, plena y venerable.

Cuando se acercó era todo sonrisas. Tocó la mantita rosada con mano temblorosa. Contuvo el aliento y lo expulsó con aire impresionado.

—Ohhh, Dana Jo. Es la cosita más preciosa que he visto.

Dana se echó a llorar. Le echó el brazo al cuello a su abuela y la sujetó con fuerza, mientras lloraba sin saber muy bien por qué. Ellie Jo la tuvo abrazada a ella con un brazo y a la pequeña con el otro hasta que se le pasó.

Dana se sorbió la nariz y cogió un pañuelo de papel.

—No sé qué me pasa.

—Las hormonas —declaró Ellie Jo, pasándole el pulgar bajo los ojos con mano experta—. ¿Cómo te sientes?

—Dolorida.

—Hugh, hielo —ordenó Ellie Jo—. Dana necesita sentarse sobre algo frío. Ve a ver qué puedes conseguir.

Dana vio cómo Hugh salía. La puerta apenas acababa de cerrarse cuando sus ojos se volvieron con rapidez a su abuela.

—¿Tú qué piensas?

—Tu hija es exquisita.

—¿Y qué piensas del color?

Ellie Jo no trató de negar lo que las dos veían claramente.

—Yo creo que en parte es el color lo que la hace tan bonita, pero si lo que me preguntas es de dónde ha salido, no lo sé. Cuando tu madre estaba embarazada de ti, siempre bromeaba y decía que no sabía lo que se iba a encontrar.

—¿Había dudas sobre vuestro lado de la familia?

—¿Dudas?

—Algún miembro de procedencia desconocida, una adopción, por ejemplo.

—No. Conozco perfectamente mis orígenes. Y lo mismo mi Earl. Pero tu madre sabía tan poco de tu padre... —Mientras hablaba, levantó el borde del gorrito rosa y susurró con placer—: Mira qué ricitos.

—Mi padre no tenía el pelo rizado —dijo Dana—. No parecía afroamericano.

—Tampoco Adam Clayton Powell lo parecía —replicó la abuela—. En muchos círculos negros le evitaban porque parecía blanco.

—Y los blancos ¿lo aceptaban como un igual?

—En la mayoría de los casos.

—Pero no en todos —concluyó Dana—. Hugh está preocupado.

—¿Hugh o sus padres?

—Sus padres, pero a él le afecta. —Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Quiero que esté emocionado. Es nuestra hija.

Ellie Jo la consoló unos momentos; luego dijo:

—Está emocionado. Pero también intenta asimilar lo que ve. Nosotras quizá estábamos preparadas para encontrarnos con algo inesperado. Él esperaba encontrarse con un nuevo Ames Clarke.

—Querrá respuestas —vaticinó Dana—. Hugh es así. No descansará hasta que encuentre el origen de la piel de Lizzie, y eso significa repasar cada milímetro de nuestro árbol genealógico. ¿Quiero yo eso? ¿De verdad quiero encontrar a mi padre después de todo este tiempo?

—¡Eh! —oyeron que decía una voz entusiasmada desde la puerta.

Tara Saxe era la mejor amiga de Dana desde que tenían tres años. Juntas habían pasado por la muerte de sus respectivas madres, por interminables años de escuela, la plaga de los chicos en la adolescencia y la incertidumbre de no saber lo que querían ser. Al terminar la universidad, Tara se había casado con un pianista que se sentía feliz viviendo en la casa de su infancia, tenía tres hijos menores de ocho años, un título de contabilidad que se había sacado estudiando de noche y un trabajo a media jornada que detestaba pero

que necesitaba para que ella y su marido pudieran salir adelante. El único desorden que podía encontrarse en su vida estaba en su pelo castaño claro y ondulado, que le llegaba a la barbilla y rara vez peinaba. Aparte de eso, era una perfeccionista, y manejaba las minucias de su vida con aplomo.

También le gustaban las labores de punto, y ella y Dana copiaban los nuevos estilos de otros diseñadores. Al comienzo de cada temporada, recorrían las tiendas de ropa femenina más exclusivas de Boston tomando notas. Luego, aunque las dos tenían otros trabajos y definitivamente no tenían tiempo para aquello, Dana hacía los patrones y entre las dos los confeccionaban, en ocasiones incluso varias veces, modificando los colores o las proporciones. La reacción de Tara ante el modelo ya le decía a Dana —y, lo más importante, a Ellie Jo— si funcionaría o no en la tienda.

En aquellos momentos, Tara la abrazó y no dejó de lanzar exclamaciones sobre el bebé, como había hecho Ellie Jo. Solo que Dana no tuvo necesidad de preguntarle qué pensaba. Tara era directa como solo puede serlo tu mejor amiga.

—Uau —dijo—, qué piel. ¿Dónde dices que has conseguido a esta niña, Dana Jo?

—Supongo que es una reliquia de mi pasado desconocido —replicó ella, aliviada por poder bromear—. Hugh está preocupado.

—¿Por qué? ¿Porque no puede decir que es la viva imagen de su tatarabuelo o su tatara tatarabuelo? Por cierto, ¿dónde está?

—La abuela le ha mandado a por hielo.

—Ah. Apuesto a que te hace mucha falta. Oh, criaturita, mírala, mira cómo mueve la boca. Tiene hambre.

Dana tenía los pechos más grandes que antes de quedarse embarazada, aunque no más que la semana antes, o la anterior.

—¿Tengo que empezar tan pronto?

—Oh, sí. Aún no necesita la leche, y tú tienes el calostro.

Dana se abrió el pijama. Tara le enseñó cómo sujetar al bebé para que pudiera agarrarse, pero estuvieron varios minutos manipulando el pezón de Dana antes de que la cosa funcionara. Y entonces, Dana se quedó asombrada por la fuerza con que mamaba.

—¿Cómo sabe lo que tiene que hacer?

Tara no contestó, porque Hugh llegó justo en ese momento y, entre que ella lo abrazaba y que Ellie Jo se puso a colocar el hielo, la pregunta quedó olvidada. Sin embargo, las dos mujeres favoritas de Dana pronto tuvieron que marcharse al trabajo, y una vez más Dana se quedó sola con Hugh.

—¿Está comiendo? —preguntó él mirando con interés y, por unos momentos, Dana se imaginó que había superado la mala fe de sus padres.

—Los movimientos los hace. Pero no sé hasta qué punto está mamando de verdad.

—Come lo que necesita —dijo una voz detrás de Hugh. Era la especialista en lactancia. La mujer se presentó, echó un vistazo, manipuló el pecho de Dana, hizo unas cuantas preguntas y sugerencias y se fue.

Dana apoyó al bebé contra su hombro y le frotó la espalda. Como no oyó ningún eructo, probó dándole unas palmaditas. Miró la carita de su hija pero no vio ninguna señal de malestar y siguió frotando.

—Bueno —preguntó Hugh con una indiferencia indebida—, ¿qué ha dicho Ellie Jo?

Era una pregunta inocente, pero podía haber dicho otra cosa. Desanimada, sintiéndose de pronto terriblemente cansada, Dana dijo:

—Se ha quedado tan parada como nosotros.

—¿Tiene idea de dónde puede haber salido ese color?

—No es genetista.

—¿Alguna sospecha?

—No.

—¿Alguna opinión?

A Dana le daban ganas de echarse a llorar.

—¿Sobre qué? ¿Sobre cómo aclarar la piel de la niña?

Hugh apartó la vista y suspiró con hastío.

—Sería más fácil si tuviéramos algunas respuestas.

—¿Más fácil qué? ¿Explicárselo a tus padres? —preguntó Dana, consciente de que sonaba muy amarga. Entre ellos había una especie de... no un muro exactamente, pero sí algo que los separaba. Hasta entonces siempre habían estado en sintonía.

Los ojos de Hugh parecían oscuros y distantes.

—¿Explicárselo a tus amigos? —siguió diciendo Dana—. ¿Más fácil para tus padres explicárselo a sus amigos?

—Todo lo que has dicho —admitió él—. Escucha. Estos son los hechos. Pareja blanca tiene hija negra. No es lo normal. La gente hará preguntas.

—¿Y nosotros tenemos que contestarles? Que piensen lo que quieran.

—Oh, por supuesto que pensarán. Lo primero que se les pasará por la cabeza será lo que ha dicho mi madre... que hubo una confusión en el laboratorio.

—¿Qué laboratorio?

—Vale, es lo mismo que le dije yo, incluso si no era asunto suyo. Pero no será la única que lo piense.

—¿Importaría tanto si hubiéramos necesitado ayuda para concebir un hijo?

—No se trata de eso. Es que no me gusta que la gente especule sobre mi vida, y lo harán si tienen un motivo. Así que... —Levantó tres dedos—. La primera suposición será que ha sido fecundación *in vitro*. —Dobló uno de los tres dedos—. Segunda, que alguien en la familia tiene raíces africanas. —Dobló el segundo—. Y ¿sabes cuál será la tercera? —Bajó la mano—. Que no es mía.

—¿Perdón?

—Que la pequeña no es mía.

Dana casi se echa a reír.

—Eso es ridículo. Nadie pensará eso.

—Mis padres lo han hecho.

Dana abrió la boca con sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Y no sé por qué te sorprendes. Es una posibilidad lógica.

—¿Lógica? ¿Tus padres han pensado que yo he tenido una aventura? —Estaba horrorizada—. Por el amor de Dios, Hugh.

—Si mis padres lo han pensado, otros lo harán.

Dana estaba pálida.

—Solo gente que no nos conoce. Los que nos conocen saben que estamos felizmente casados. Y que pasamos juntos cada minuto libre que tenemos.

—También saben que yo estuve en Philly durante un mes hace nueve meses, presentando un caso.

Dana estaba de piedra.

—¡Uau!

Como respuesta el bebé gimoteó.

—Yo no lo pienso, Dee —dijo Hugh, pero la expresión de sus ojos seguía siendo sombría—. Yo no. Solo me pongo en el papel de abogado del diablo. Y es lo que hará todo el mundo, sobre todo porque saben que el bebé ha llegado con dos semanas de adelanto.

—Y tú les dirás que es completamente imposible —declaró Dana.

—Qué sé yo lo que pasó mientras estuve en Philly.

—Pero seguro que sí sabes lo que pasó los fines de semana de ese mes.

—Pudiste hacer las dos cosas.

Dana estaba fuera de sí.

—No puedo creer que me estés diciendo esto.

—Solo te digo lo que dirán los demás.

Dana miró al bebé. Tenía el rostro arrugado, como si se fuera a echar a llorar. La separó de su hombro y trató de mecerla, pero estaba cada vez más inquieta.

—¿Y crees que sería tan idiota para tener una aventura con un afroamericano y tratar de pasar a su hijo como tuyo?

—Quizá es que no sabías de quién de los dos sería el bebé.

—Espera. Estás dando por sentado que te engañé.

El llanto del bebé era cada vez más estridente.

—¿Por qué llora? —preguntó Hugh.

—No lo sé. —Dana trató de abrazarla con fuerza, pero no sirvió de nada —. Quizá intuye que estoy preocupada.

—A lo mejor tiene hambre.

—Acaba de comer.

—Aún no te ha subido la leche. Quizá necesita leche de fórmula.

—Hugh, tengo leche. Tengo mucha leche.

—Vale. A lo mejor se ha mojado.

Era una posibilidad. Dana miró alrededor.

—No tengo nada. Tiene que haber pañales por aquí.

—¿Dónde?

—No sé. Llama a la enfermera.

—Iré a buscarla. De todos modos, tendría que estar aquí. Dios, si hubiéramos querido hacer esto solos nos habríamos alojado en el Ritz. — Salió de la habitación.

Dada la rapidez con que regresó, Dana supuso que Hugh se había encontrado a la enfermera por el camino. La mujer cogió al bebé, hablando con voz suave y tranquilizadora, y lo dejó en la cuna. Se puso a abrir cajones y les enseñó dónde estaban los pañales, la pomada, las toallitas para limpiar al bebé, los paños para los eructos y otras cosas.

El bebé se puso a berrear cuando le quitaron la ropita, pero la enfermera les enseñó tranquilamente cómo limpiarla, cómo aplicar la pomada y ponerle un pañal nuevo. Les enseñó cómo sujetarle la cabeza y los cuidados que requería el cordón.

Cuando se fue, Hugh estaba ante la cuna, con la espalda rígida, como un auténtico Clarke. Por desgracia Dana era una Joseph. Y aquella niña diminuta e indefensa ¿quién era?

Capítulo 4

Hugh estuvo mirando al bebé un buen rato. Siempre le había encantado que Dana no tuviera ningún parecido con su familia, y sin embargo, en aquellos momentos buscaba desesperadamente algún rasgo que le resultara familiar en su hija. Que su hija no tuviera ninguno, ¿sería un castigo por haber desdeñado siempre los rasgos característicos de su familia?

Se agachó sobre la pequeña sin poder evitarlo.

—Eh —susurró—. Eh —dijo otra vez, con una sonrisa.

Lizzie no pestañeó. Tenía unos ojos preciosos... de un marrón intenso, párpados delicados, pestañas largas y oscuras. La nariz era pequeña y perfecta. Y sí, tenía una piel suave y tersa. Era una niña realmente bonita. Hugh cogió la cámara y le hizo una foto. Luego miró a Dana.

Amaba a su esposa. De verdad. La amaba por muchos motivos, y uno de ellos era su espontaneidad. Ella no se obcecaba por los detalles como hacía él. No sentía la misma necesidad compulsiva de orden, lógica, precedentes. Ella se dejaba llevar, se adaptaba a los cambios con una sonrisa y seguía adelante. Y la admiraba por ello.

Al menos, antes lo hacía. Pero, cuando miró de nuevo al bebé, la despreocupación de Dana le pareció una irresponsabilidad. Tendría que haberse preocupado por descubrir quién era su padre. Eso habría facilitado mucho las cosas.

Iba a decirle algo, pero se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Prefirió pensar que se había dormido, salió de la habitación y bajó en ascensor a la planta baja. Estaba buscando un sitio tranquilo desde donde llamar con el móvil cuando oyó que se dirigían a él.

David Johnson avanzó hacia él, con la bata de laboratorio abierta, sobre el uniforme azul del hospital, y la cabeza afeitada y reluciente. David no era solo un vecino; era un amigo íntimo. Se habían conocido hacía cinco años, cuando la casi media hectárea de terreno que Hugh había comprado frente al mar no era más que un montón de matas de barrón y brezo. Durante un largo año, mientras duraron las obras, la casa de David se convirtió en un puesto de

emergencia para Hugh, con acceso a la cerveza de la nevera y a una lista de recursos que a Hugh le ahorraron una cantidad inestimable de esfuerzo y tiempo.

Uno de esos recursos fue Dana. Si por algo estaba en deuda con David era sobre todo por eso.

—Eh, amigo —exclamó David con una amplia sonrisa mientras le daba unas palmadas en la espalda—. ¿Cómo se siente el flamante papá?

Hugh le estrechó la mano.

—Impresionado.

—Ha sido un parto rápido. No te quejarás. Y la pequeña ¿es bonita?

—Preciosa. Oye —dijo Hugh, porque necesitaba la ayuda de David—, ¿vas o vienes?

—Vengo de la consulta y voy al despacho. Tengo tres minutos para subir de una carrera y echar un vistazo. ¿Y tú? —preguntó David echando una ojeada a la puerta del ascensor, que en ese momento se estaba abriendo.

—Tengo que consultar los mensajes y hacer algunas llamadas. ¿Estarás por aquí más tarde?

—Termino a las seis, pero tengo unas reuniones en Harvard, así que o veo a tus chicas ahora o mañana.

—Sube ahora —dijo Hugh—. Dana te lo agradecerá.

David entró en el ascensor unos segundos antes de que la puerta se cerrara. Se volvió y le dedicó a Hugh una sonrisa. Una sonrisa de un blanco deslumbrante, que iluminaba su rostro moreno y atractivo.

Oh, sí, tenían que hablar. David entendería el problema. No solo era negro, sino que se había casado con una mujer blanca y había tenido una hija con el mismo tono de piel que Lizzie.

La hija de David estaba perfectamente aclimatada. Era feliz. Aferrándose a este pensamiento, Hugh buscó un rincón tranquilo cerca de la entrada principal del hospital y accedió a sus mensajes.

«La noticia del bebé es magnífica, Hugh —decía con exuberancia su socio en el bufete Jim Calli—. Rita y yo nos pasaremos en cuanto lleguen a casa. Y no te preocupes por el trabajo. Julian y yo nos encargaremos de todo».

El siguiente era de Melissa Dubin, una de las empleadas que trabajaban para él. «¡Felicidades, Hugh! ¡Un bebé y un golpe legal! El abogado del caso Hassler acaba de llamar para decir que retira los tres cargos más graves contra nuestro hombre. Ha dejado muy claro que la acusación por conducta impropia sigue en pie, pero todos sabemos que Hassler no irá a la cárcel por eso. Es fantástico».

El siguiente mensaje no era nada alegre. «Eh, amigo —decía Henderson Walker en tono grave y bajo—. Tenemos que hablar. Aquí hay unos tipos que me quieren hacer daño. Ya he recibido dos amenazas. Y no me digas que avise a un guardia, porque ellos están metidos en esto. Necesito que me trasladen. Tienes que decírselo».

Hugh ya sabía que habría problemas con Henderson y, aunque no creía que la cosa fuera tan grave como él decía, había pensado pasarse por la cárcel aquella tarde. A través de su *blackberry* mandó un e-mail a uno de sus abogados.

«HW se siente amenazado. Llámale».

El siguiente mensaje era de su hermano. Robert, tres años más joven que Hugh, era vicepresidente ejecutivo de una empresa que había empezado con un único hotel hacía seis generaciones. De un hotel se había pasado a seis, luego a doce. Sucesivas generaciones de Clarke habían extendido el negocio a la banca, las inversiones y el ocio. El conglomerado tenía el suficiente éxito para ir reponiendo regularmente la riqueza de la familia. En la actualidad, la dirigía el tío de Hugh, el octavo Bradley Clarke.

Robert, que no había querido establecerse por su cuenta como habían hecho Hugh y su padre, era un hombre de negocios directo.

«Papá dice cosas incoherentes —decía el mensaje—. Llámame».

Con cierta sensación de temor, Hugh llamó a la línea privada de su hermano.

—¿Incoherentes en qué? —dijo sin preámbulos.

—Espera un momento. —La voz de su hermano se oyó de lejos—. ¿Podemos seguir más tarde? Estupendo. ¿Puedes cerrar la puerta al salir? —Hubo una pausa, un clic distante. Hugh se imaginaba a su hermano girando en su silla de respaldo alto para admirar por los ventanales el perfil de Boston. Cuando habló, su voz sonaba muy clara—. Papá dice que la niña es negra. ¿De qué va todo esto?

—No tiene la piel exactamente blanca.

—¿De qué color es?

—Marrón claro.

—Eso es imposible —argumentó Robert—. Los dos padres sois blancos.

—Quizá uno de nosotros tiene antepasados africanos.

—Bueno, pues tú no eres, eso seguro, así que tiene que ser Dana. ¿Tiene idea de quién?

—Ojalá. Al menos eso me permitiría cerrarle la boca a papá.

—Dice que a lo mejor Dana te lo ha ocultado a propósito.

—De verdad, Dana no lo sabe.

—Papá dice que si no tiene ningún pariente afroamericano, es que ha tenido una aventura.

Hugh sintió que empezaba a dolerle la cabeza. Cerró los ojos y se sujetó el puente de la nariz.

—¿Ha tenido una aventura?

—Por Dios, claro que no.

—¿Estás seguro?

Hugh abrió los ojos.

—Dana es mi mujer. La conozco. Vamos, Rob, necesito tu apoyo. Dana no ha tenido ninguna aventura. Díselo a papá. No quiero que empiece a difundir rumores.

—Entonces será mejor que encuentres a ese pariente de Dana. Para papá, de las dos posibilidades (infidelidad o un pariente negro), la de la infidelidad es la más digerible.

Hugh ya se imaginaba por qué.

—¿Tan poco le gusta Dana?

—Siempre ha pensado que te casabas con alguien inferior, aunque hay otra razón por la que preferiría la infidelidad. Si el bebé no es tuyo, él podrá decir que no es su nieta.

Hugh se estaba poniendo malo.

—Es patético.

—Papá es como es.

—¿Ah sí? ¿Y cómo es exactamente? Según sus libros, considera que las minorías han sido oprimidas injustamente durante años. ¿Y ahora resulta que no quiere estar emparentado con una? ¿Qué dice eso de él?

—Dice que es un hipócrita —replicó su hermano con calma—. ¿Quieres saber qué más ha dicho?

No hacía falta que contestara. Hugh sabía que Robert lo diría de todos modos. Desde pequeños siempre había habido competencia entre ellos, y a su hermano le encantaba superarle en lo que fuera, saber cosas que él no sabía.

Lo curioso, pensó Hugh, es que aunque ahora su hermano tenía una posición más importante y más dinero que él, seguía sintiendo aquella necesidad infantil de superarlo.

—Cree que o no sabías realmente que Dana había tenido una aventura o que lo sabías pero te negabas a admitir que te habías equivocado al casarte con ella. Dice que, evidentemente, no habrá ninguna pomposa ceremonia de bautismo con tantas dudas sobre la paternidad de la niña.

—El bautizo no es asunto suyo. Es de Dana y mío.

—Una palabra suya y la mitad de los invitados no asistirán.

—Pues que no asistan —declaró Hugh, pero ya había oído bastante—. Oye, Robert, me tengo que ir. ¿Me puedes hacer un favor? Llama a papá y dile que se equivoca con Dana. No ha tenido ninguna aventura, y si saca el tema entre sus amigos del club, acabará poniéndose en evidencia. Dana y yo aclararemos las cosas, pero lo haremos a su debido tiempo.

—Por cierto, cree que ha sido tu vecino.

—¿David?

—Es afroamericano.

—¡Y es uno de mis mejores amigos! Estáis locos.

—Yo no. Papá. Pero quizá tendrías que comprobarlo. Conozco a un buen detective...

—Yo también, gracias —dijo Hugh, y terminó rápidamente con la conversación. Él ya tenía un detective privado, y le encargaría que intentara localizar al padre de Dana. Pero primero se pondría en contacto con la genetista que le hacía la mayor parte del trabajo de análisis de ADN.

Llamó, pero no la encontró, así que se sacó un café y salió al patio. Iba a sentarse en un banco cuando su móvil sonó. En el visor vio el número de su socio.

—Eh, Julian.

—Tengo que ir al juzgado por el caso Ryan, pero no tardaré más de una hora. He pensado que después podía pasarme por casa a recoger a Deb. Quiere ver al bebé. ¿Está Dana en condiciones para recibir visitas?

Julian era uno de sus mejores amigos. Se habían conocido en la Facultad de Derecho, y siempre habían tenido la misma idea de cómo debe ser un abogado. Julian era tan liberal y atento como el que más. Hugh lo sabía, y aun así vaciló.

—No sé, Julian. Está agotada. Ni ella ni yo hemos dormido, y empieza a dolerle. Quizá es mejor que esperéis a que volvamos a casa.

—Pero está bien, ¿verdad?

—Está bien. Solo está cansada.

—Entonces iremos un momento para ver a la pequeña y luego nos vamos.

—Si os tomáis la molestia de venir hasta aquí, Dana querrá que os quedéis un rato. De verdad, Julian. Dadle un día para que se recupere.

—Deb se va a llevar un disgusto. Pero tú mandas. Si necesitas que haga lo que sea en la oficina, solo tienes que decirlo.

Hugh cortó la llamada sintiéndose como un idiota. No podía esconder al bebé. Hoy, mañana, pasado mañana... no cambiaría nada porque Julian la viera más tarde; la piel de Lizzie seguiría teniendo un tono cobrizo. A Julian no le importaría. Ni a Deb. Pero harían preguntas.

Mientras estaba allí sentado, con un café cada vez más frío, mirando distraído a un pájaro que se había posado en un extremo del banco, sus pensamientos se vieron interrumpidos por una voz estridente que venía del lado más alejado del seto que bordeaba el patio.

Hugh no hizo caso. Ya tenía bastantes problemas. No le apetecía escuchar los de los demás. Pero cuando aquella voz alterada volvió a levantarse, no pudo evitar escuchar.

—¡Lo he intentado! —gritó la mujer—. No puedo. —Hubo una pausa, y luego un desesperado—: ¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? ¡No contesta a mis llamadas! —Y, aunque siguió hablando con voz más comedida, se la oía perfectamente—. Esta es su primera operación, y tendrá que estar escayolado de arriba abajo durante unas seis semanas. No dejan de hablar de unas placas de crecimiento, placas epifisarias, y eso significa que habrá más operaciones. No tengo dinero para pagar todo eso. —Hizo una pausa—. ¿Tú tienes seguro? No se trata solo de mí. Yo no pedí que un coche lo atropellara, mamá —añadió con un sollozo—. Yo estaba allí, en el patio, y entonces un coche apareció de pronto y se subió a la acera.

Muy a su pesar, Hugh se sentía intrigado.

—Te lo acabo de decir. No contesta a mis llamadas, y sé que está en Washington. La otra noche salió en las noticias hablando sobre el voto de un senador importante. Pero no quiere reconocer que Jay es suyo.

Hugh sonrió. Conocía muy bien a los congresistas. Y a otros personajes que ostentaban posiciones de poder. Como grupo, eran todos unos estúpidos.

—No me quedé embarazada a propósito —siguió diciendo la chica—, pero no lo hice sola. ¿Es que él no tiene la responsabilidad de ayudarme?

Sí, la tenía, pensó Hugh en silencio. Si un hombre engendraba un hijo, tenía una responsabilidad.

Hubo unos cuantos sollozos, luego:

—¿Mamá? Por favor, no me cuelgues. ¿Mamá?

No era asunto suyo, pensó Hugh. Y menos en aquellos momentos.

Tras arrojar el café que le quedaba entre los arbustos, se levantó. Pero, en vez de volver a entrar en el edificio, rodeó el seto y entró en el jardín.

La mujer estaba doblada en un banco muy parecido al banco donde él había estado sentado. Vio un pantalón tejano, la parte de atrás de una camiseta

de tirantes ceñida. Y una indómita mata de pelo castaño. Ante los zapatos de lona había un par de colillas aplastadas.

—Perdone —dijo.

La mujer levantó la cabeza, sobresaltada. El ojo izquierdo se le iba, pero el derecho le mantuvo la mirada. Los dos estaban enrojecidos.

—Estaba sentado del otro lado del seto —dijo con amabilidad— y he oído lo que decía. Quizá yo pueda ayudarla.

Ella se enjugó los ojos con dedos temblorosos.

—¿Consolándome?

Él sonrió.

—No, estoy casado. Mi mujer acaba de dar a luz. Pero soy abogado. Me ha parecido entender que tiene un padre que niega su paternidad.

—No tenía derecho a escuchar la conversación.

—No estaba hablando precisamente en voz baja. El padre tiene una responsabilidad legal. Lo sé. He llevado algunos casos de paternidad.

Ella le dedicó una mirada desdeñosa.

—No tiene pinta de abogado.

—Como le he dicho, mi mujer acaba de dar a luz. Hemos pasado toda la noche en vela. No tengo este aspecto cuando estoy en el tribunal.

Ella trató de ahogar una risa amarga.

—Si no puedo pagar las facturas del hospital de mi hijo ¿cómo voy a pagar un abogado?

—Cuando encuentro un caso que vale la pena, no cobro.

—Sí, claro. —La mujer se puso en pie. Era alta (metro setenta y cinco, más o menos), y su ojo bueno le dedicó una mirada cínica—. Desde luego. —Se metió el móvil en el pequeño bolsillo de la parte delantera de los tejanos y se volvió para coger un pequeño bolso de lona.

Hugh se sacó la cartera del bolsillo y sacó una tarjeta de visita.

Ella no la aceptó.

Sin darse por aludido, Hugh dijo:

—Conozco Washington. Tengo muchos contactos allí.

—No para esto. No puede ayudarme.

—¿Tan importante es?

Ella ni lo confirmó ni lo negó. Pero tampoco se fue.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

Ella alzó el mentón.

—Cuatro.

—¿Y lo ha atropellado un coche?

—Sí. Hace dos días. Le ha afectado la columna. Y la pierna.

—¿El padre es senador?

Ella se puso el bolso al hombro sin dejar de mirarle.

—Y no contesta a sus llamadas —insistió él—. Yo puedo llegar hasta él.

—Sí, claro. Si no quiere hablar conmigo, ¿por qué iba a hablar con un abogado? —Y lo dijo como si los abogados fueran escoria.

—Lo hará por miedo a la publicidad —explicó él—. Si un abogado entra en escena, querrá que todo se solucione de la forma más rápida y discreta. Créame. Conozco a esos tipos. Se creen que pueden hacer lo que les apetece cuando están en una gira de campaña.

—Él no estaba de campaña. Estaba de caza.

—¿Por aquí?

—En New Hampshire. Cenó en el restaurante donde trabajo. Yo atendí su mesa.

Hugh se imaginaba la escena. Ni el revuelo de sus cabellos, ni su palidez, ni el ojo que bizqueaba podían disimular el hecho de que era muy atractiva.

—¿Vive en New Hampshire?

—No, solo estaba invitado.

—¿Y usted? ¿Es de New Hampshire? —De ser así, el caso quedaría fuera de su jurisdicción.

—Massachusetts —dijo ella—. Justo de este lado de la frontera.

Entonces estaba hecho.

—¿Puede demostrar que estuvieron juntos?

—No.

—¿Les vio alguien? —Al ver que no contestaba, la pinchó un poco—: ¿Está segura de que sucedió como dice?

—Yo reservé la habitación del motel —espetó ella—. El recepcionista me vio, pero no sé si vio al hombre que me acompañaba. —Bajó la vista para rebuscar en el interior de su bolsa.

—Después de aquella noche ¿volvió a hablar con él?

—Llamé para decirle que Jay había nacido. —Sacó un cigarrillo.

—¿Y la pasaron?

—No. Dije que era personal. Y me pasaron con alguien que me dijo que siempre era personal con mujeres como yo.

—Apuesto a que dijo que el bebé no era suyo.

—Sí. —Volvió a tirar el cigarrillo en su bolso.

—¿Y está segura de que lo es?

—Jay es clavadito a él.

—A veces las apariencias engañan. ¿Le pagó?

—¡Oh, no tengo por qué aguantar esto! —musitó ella haciendo ademán de marcharse.

—Espere. Lo siento, pero son preguntas de abogado. Si no se las hago yo, se las hará otro.

—No si no hago nada —dijo ella con afabilidad.

—Pero tiene que hacer algo. Tiene que pensar en su hijo. Necesita cuidados, y usted no tiene seguro médico. ¿Qué pasó con el conductor del vehículo?

—Murió.

—¿Tan grave fue el accidente?

—No, pero le dio un ataque —contestó ella con comedimiento—. Por eso tuvo el accidente. Tendría unos ochenta años. Ni siquiera tenía carnet.

—Lo que significa que tampoco tenía seguro.

—Exacto.

—Y su madre no puede ayudarla. ¿Un padre? ¿Un novio?

Ella meneó la cabeza lentamente.

—Lo que nos deja solo a nuestro hombre de Washington —concluyó Hugh—. Se lo debe. —Ahí tenía un buen caso... y le iría bien distraerse—. Mire, su hijo necesita ayuda. Y yo se la ofrezco sin cobrar. La mayoría de las madres aceptarían sin pensarlo. —Volvió a ofrecerle la tarjeta—. Cójala. Si llama, bien, y si no pues también.

Ella miró la tarjeta y finalmente la cogió. La mano aún le temblaba. Hugh se preguntó cuánto haría que no comía, y le habría ofrecido dinero de no haber pensado que no lo aceptaría.

La joven leyó la letra impresa.

—¿Cómo sé que no le envía él y está tratando de hacerme una jugarreta?

—Ni siquiera sé de quién se trata.

—Igual está mintiendo.

—Compruebe mis credenciales. Tiene mi nombre ahí. Llame a algún otro abogado de la ciudad, o búsqume en Google. Verá la clase de casos que suelo llevar. Y me gustaría llevar este.

—¿Por qué?

—Porque tendrá resonancia. Porque no me parece bien que los hombres vayan por ahí engendrando hijos y después se desentiendan. Se lo he dicho desde el principio.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Tiene algún motivo personal... su padre se lo hizo a su madre o algo así?

—No, pero conozco hombres que lo han hecho. Sé cómo funciona su cabeza. Harán lo que sea para escabullirse. Pero si los arrinconas, se echan atrás enseguida. Créame, tiene un caso sólido. —Y él lo quería. Le gustaba ayudar a gente indefensa. En los libros había leyes que los protegían... leyes que, como su familia, se remontaban a cientos de años.

La joven seguía indecisa, pero mejor así. Hugh tenía clientes que le habían contado su historia a cualquier desconocido a la primera de cambio. Y eso solo podía causar problemas.

Un cliente cauto era un buen cliente. Y aquella mujer lo era.

—¿Cómo sé que luego no me vendrá con alguna factura para reclamar que le pague? ¿Cómo sé que no me demandará?

—Firmaremos un contrato y yo renunciaré a mi derecho a recibir honorarios.

—Sí, claro. ¿Y se supone que tengo que creer que me va a defender sin cobrar nada a cambio?

Hugh tenía que admitirlo. No era tonta.

—Sí, eso se supone. Se llama trabajo desinteresado. Cualquier abogado que tenga un mínimo de humanidad lo hace. Y además, yo tengo que proteger mi reputación.

—Entonces, ¿cómo sé que no busca solo publicidad?

—Si buscara publicidad, iría a otro sitio. Este tipo de casos suelen resolverse con discreción. A veces basta con que el afectado sepa que lo van a llevar a los tribunales. En estos momentos, ese hombre piensa que no va a hacer nada. Es su error. Una llamada de su abogado y verá cómo la mira con otros ojos.

La actitud desafiante de la joven se deshizo.

—Yo lo único que quiero es poder ocuparme de mi hijo.

—¿Qué han dicho los médicos exactamente?

—Se ha fracturado la columna. Un fragmento de hueso se le clavó en la médula espinal, por eso tuvieron que operarlo de urgencia, pero están preocupados por las placas de crecimiento. Jay podría quedar tullido, y si eso pasa harían falta más intervenciones. Pero aquí no pueden hacerlas..., dicen que haría falta un especialista, y que el mejor está en Saint Louis. Necesitaría un lugar donde vivir y perdería mi trabajo. Incluso sin contar los gastos médicos, ¿cómo voy a pagar todo eso?

Él le tocó el hombro.

—Yo puedo conseguirle dinero para el tratamiento.

Ella movió el hombro para que quitara la mano.

—¿Y si no puede? ¿Y si él se niega? ¿Dónde me dejaría eso?

—En el mismo sitio donde está ahora. Piénselo. ¿Qué puede perder?

—Y usted ¿por qué hace esto? ¿Es por la sensación de poder?

—Es por motivos personales —confesó. Necesitaba un caso que pudiera ganar, sobre todo ahora que se sentía tan impotente por el asunto de su hija. Un caso como aquel compensaría su inquietud—. Pero, escuche —dijo retrocediendo—, no me gusta acosar a la gente. Tiene mi tarjeta. Tiene mi nombre. Yo no sé cómo se llama, y sospecho que no me lo va a decir. Si decide intentarlo, la conoceré como la mamá del jardín.

Y dicho esto, volvió a entrar en el hospital.

Capítulo 5

Aunque estaba muy cansada, Dana solo tenía que mirar a Lizzie y su ánimo se elevaba. Llamó a sus amigas para contarles la noticia: Elizabeth Ames Clarke, tres kilos doscientos, cuarenta y ocho centímetros, nacida a las 7.23 de la mañana. Entre llamada y llamada, estuvo haciendo punto, volvió a amamantar al bebé, tomó té y tostadas y luego se plantó ante la cunita, hasta que las piernas empezaron a temblarle y tuvo que volver a la cama.

«Duerme cuando el bebé duerma», le había aconsejado Ellie Jo en más de una ocasión en las pasadas semanas, y también lo había leído en los libros. Sin embargo, más que dormir, lo que necesitaba era a Hugh. Aquella necesidad la desvelaba, la llenaba de preocupación. Se llevó una mano al estómago, que casi volvía a estar liso. Era increíble cómo había cambiado en unas pocas horas.

Sentía cierta tirantez en el vientre. ¿Sería el útero, que se estaba contrayendo? Seguramente. Aunque lo más probable es que fuera el miedo y la sensación de pérdida que le producía no tener a Hugh a su lado.

Dana sabía muy bien lo que es perder a alguien. Era uno de los temas estrella de su vida. Tenía cinco años cuando «perdió» a su madre, aunque tuvieron que pasar otros tres antes de que pudiera decir la palabra «muerta», y varios más antes de que entendiera realmente lo que significaba.

«Perder» era una palabra más suave. Cuando el mar se llevó a Elizabeth, su abuela la utilizó con frecuencia. Dana no había llegado a ver el cuerpo. Aquel día estaban en la playa y, mientras Dana jugaba en la orilla, su madre desapareció de la vista entre las olas. Dana no vio cómo la resaca la arrastraba. Ni vio la ola que la golpeó a ella misma y la dejó inconsciente. Cuando despertó en el hospital, habían pasado diez días y ya habían enterrado a su madre. Ni siquiera llegó a ver el ataúd.

«Perder», como si aún pudieran encontrar a su madre. Y Dana había pasado horas en la tienda de labores con los ojos en la puerta, esperando, temiendo que su mundo se desmoronara si su madre no volvía a casa.

Con el tiempo el miedo fue suavizándose. La tienda de labores era un refugio, y Ellie Jo su asidero. Pero una parte de ella siguió sintiendo aquel vacío. Y entonces conoció a Hugh y el vacío se llenó.

Oyó la puerta y abrió los ojos. Vio cómo Hugh se acercaba a la cama, tratando de descifrar su estado de ánimo. Miraba a Lizzie, que en esos momentos dormía en el hueco de su brazo. Su expresión se suavizó.

Hugh amaba a aquella niña. Dana lo sabía. Tenía que amarla. Él era así.

—¿Has visto a David? —preguntó él al poco.

—Claro —dijo ella con alegría—. Ha estado encantador.

—¿Qué ha dicho?

Dana no quiso hablarle de los cumplidos que David había hecho sobre la pequeña. No era lo que Hugh quería oír.

—Dice que uno de los dos tiene raíces africanas. Y que eso explicaría por qué siempre se ha sentido tan unido a nosotros.

Hugh dio un bufido. Cuando vio la mirada inquisitiva de Dana, añadió:

—Me alegra que estemos unidos. Así podrá decirnos lo que podemos esperar a cada paso del camino. Como su Ali es birracial.

—Llega esta semana. Y se quedará hasta que empiecen las clases.

Hugh asintió. Al cabo de un momento, dijo:

—Ali es un cielo. Me encanta cuando viene. —Tras un nuevo silencio, miró al bebé—. ¿Puedo cogerla?

Animada, Dana pasó con cuidado al bebé a los brazos de Hugh. Lizzie no se despertó.

Él la contempló.

—Parece muy buena. ¿Crees que durará?

—Le acabo de hacer la misma pregunta a la enfermera. Dice que a lo mejor sí o a lo mejor no. ¿Has comido algo?

Él asintió y miró la bandeja que había en la mesita de noche.

—¿Y tú?

—Un poco. ¿Has hecho más llamadas?

—He consultado los mensajes. Y he hablado con Robert. Papá está que muerde.

—Entonces es una buena cosa que él no sea el papá —comentó Dana, imitándolo. Cuando vio que no contestaba, añadió—: ¿Has hablado con él directamente?

—No.

—Quizá tendrías que hacerlo. Hablarlo abiertamente.

—No estoy preparado. Mis padres son... son mis padres.

—Son elitistas.

—Eso es injusto.

—¿Y no es verdad?

—No —replicó él, pero no con la suficiente rapidez.

—Entonces el problema es la sorpresa —dijo Dana—. Lo superarán, Hugh. No es ninguna tragedia.

Hugh cambió al bebé de posición en sus brazos y se sentó en el lado de la cama.

—No lo es —insistió Dana—. Es una tragedia cuando un bebé nace con un problema de corazón o una enfermedad degenerativa. Nuestra hija está sana. Reacciona. Es bonita.

—Pero no es algo nuestro —dijo él con voz confusa.

—¿No es algo nuestro o no encaja con la parte de nosotros que conocemos?

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí. Continuamente nacen bebés con rasgos de generaciones anteriores. Solo hay que indagar un poco para averiguar de cuál. —Al ver que Hugh no decía nada, añadió—: Míralo de este modo. Si tienes una hija de color eso reforzará tu imagen de abogado rebelde. —Hugh volvió a resoplar, y Dana bromeó—: Tú querías ser diferente, ¿no? —Él siguió sin contestar—. Vamos, Hugh —le suplicó—. ¿Una sonrisa?

La sonrisa llegó cuando volvió a mirar al bebé.

—La niña es especial, eso seguro.

—¿Le has hecho alguna buena fotografía?

Él miró la cámara, que estaba entre los pliegues de la bolsa de Dana, junto a la pared.

—Ya sabes que sí —dijo con un momentáneo arrebató de entusiasmo, incluso asombro. Sujetando a la pequeña con el brazo izquierdo, cogió la cámara y la encendió. Se sentó junto a Dana y repasó las fotografías que había tomado. En aquel breve instante de unión, todo fue perfecto.

—Oh, Señor, mira —exclamó ella—. ¿Cuánto tenía ahí... unos segundos de vida?

—Y esta es del momento en que la coges por primera vez.

—¡Estoy horrible!

Él rio entre dientes.

—Bueno, no habías estado precisamente de pícnic. —Pasó a otra foto—. Mira esos ojos. Es extraordinario. Tan despierta desde el primer momento. Y espera. —Pasó las siguientes más deprisa—. Esta.

Dana contuvo el aliento.

—Es increíble que hayas captado eso. Me está mirando con cara de inteligencia. ¿Puedes quitarme a mí de la foto?

—¿Por qué iba a hacer eso? Es una preciosa instantánea madre-hija.

—Es para las tarjetas para anunciar el nacimiento. Necesitamos una de ella sola.

Hugh pasó varias fotografías más.

—Aquí hay una buena. Esta noche las imprimiré y las pondré en el álbum que te regalaron en la fiesta.

—¿Y las tarjetas? —volvió a repetir Dana—. Necesitamos una foto. La imprenta prometió que las tendrían en una semana en cuanto les diéramos el material.

Hugh estaba pendiente de la pantalla de la cámara, pasando las fotografías adelante y atrás.

—No sé si hay alguna que me convenza.

—¿Ni siquiera la primera? Me encanta, porque todavía no lleva ni pañales. Y tiene unas manitas tan delicadas...

—Ahí todavía está sucia después del parto.

—Eso la hace más espontánea —insistió Dana—. Pero puedes hacer más ahora.

—Está dormida.

A Dana las facciones de Lizzie le parecían tan extraordinarias dormida como despierta.

—Oh, Hugh, no quiero esperar. Los sobres ya tienen todos la dirección y el sello puestos. Tenemos que avisar a tanta gente...

—La mayoría se enterará de todos modos —dijo él con una súbita brusquedad—. De hecho, ni siquiera sé si tendríamos que mandar esas tarjetas.

—Pero —dijo Dana sobresaltada— si estuviste insistiendo durante semanas para que hablara con los de la imprenta. Fuiste tú quien quiso hacerlo. Tú elegiste la tarjeta con una fotografía y dijiste que podías hacer un buen primer plano para utilizarlo.

Él no se movió; seguía muy cerca, pero Dana notó una sensación de frío en su interior. Un momento después, él se levantó, dejó la cámara y puso al bebé con cuidado en la cuna.

—¿Hugh?

Cuando sus ojos finalmente la miraron, en ellos Dana vio turbación.

—No sé si debemos incluir una fotografía en la tarjeta.

Dana se hundió contra la almohada.

—No quieres que la gente la vea. Pero tarde o temprano la verán. No podemos tenerla escondida en casa.

—Lo sé. Pero si mandamos una fotografía a todo el mundo, solo conseguiremos suscitar dudas. —Suspiró—. ¿Es necesario que nos exhibamos de ese modo? De cualquier forma, los rumores sobre la niña se extenderán enseguida. A la gente le gusta hablar.

—¿Y?

—Pues que no sé si hacemos bien en alimentarlos. La cosa cambiaría mucho si pudiera decir que el abuelo de mi esposa era negro.

—¿Y qué importa eso? —exclamó Dana. A ella no le importaba si su abuelo era negro. Eso no cambiaba lo que era ella.

Por desgracia, a Hugh sí le importaba.

—Tenemos que encontrar a tu padre.

Dana se puso a la defensiva.

—Ya te lo propuse antes de quedar embarazada y tú dijiste que no importaba. Yo dije que quizá habría algún problema médico y tú dijiste que no querías saberlo, y que si pasaba algo lo afrontaríamos juntos.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo. Y en este caso afrontarlo significa averiguar quién es tu padre. Mi hombre lo hará.

Su hombre era Lakey McElroy. Lakey era un fanático de los ordenadores de una familia de policías irlandeses, y un inepto social, pero muy inteligente. Mientras que sus hermanos conocían las calles, él se conocía los callejones. Y sabía moverse por la web. En más de una ocasión, había encontrado informaciones que Hugh ya había dado por imposibles. Si alguien podía encontrar al padre de Dana, era Lakey.

Dana volvió a sentir la antigua ambivalencia entre querer y no querer saber. Quizá Hugh tenía razón. Ya no se trataba solo de ella. También estaba Lizzie.

—No tenemos mucho a donde agarrarnos —le recordó Dana.

—Tenemos un nombre, una fotografía. Un lugar, un mes y un año.

—Aproximado —le advirtió ella, porque le había dado muchas más vueltas a aquello que Hugh—. Mi madre nunca dijo exactamente cuándo estuvieron juntos, así que, vale, está bien descontar nueve meses desde el momento de mi nacimiento, pero si nací prematura o más tarde de lo normal nos equivocaremos.

—¿Nunca se lo preguntaste?

—Tenía cinco años cuando murió.

—Seguro que Ellie Jo lo sabe.

—Dice que no.

—¿Y las amigas de tu madre? ¿Crees que pudo confiarle el secreto a alguna?

—Ya he preguntado otras veces. Puedo volver a intentarlo.

—Sí, por favor, y cuanto antes mejor.

Fue ese «por favor» lo que le molestó... como si se tratara solo de negocios y ella le hubiera fallado. Trató de convencerse de que solo era la parte Clarke que llevaba en su interior, que estaba aflorando a través de una grieta de su carácter humanitario, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo hacerlo ahora —dijo—. Acabo de tener un bebé.

—No digo que tenga que ser ahora. —El vibrador de su móvil se activó. Hugh miró la identificación que aparecía en el visor—. Deja que conteste. Esto podría ayudar.

Genevieve Falk era una genetista a quien Hugh había descubierto hacía años a raíz de un caso en que tuvo que recurrir a un experto en ADN. Era inteligente y asequible.

Hugh estaba junto a la ventana, con el teléfono al oído.

—Genevieve —dijo con tono agradecido—. Gracias por contestar a mi llamada.

—Estamos en Nantucket, pero en tu mensaje decías que era urgente.

—Necesito tu ayuda. Esta es la situación. Una pareja blanca da a luz un bebé con la piel y el pelo de una afroamericana. Ni los padres ni los abuelos tienen ni un toque de marrón en la piel ni el pelo rizado. La idea es que tiene que haber algún pariente afroamericano en algún lugar del pasado... el tatarabuelo tal vez. ¿Es posible?

—¿Tatarabuelo, en singular? ¿Solo por el lado de una de las familias? Entonces es menos probable que si hubiera esa conexión por los dos lados.

—No la hay. La familia del padre está bien documentada.

—¿La madre era adoptada?

—No, pero desconoce la procedencia de su padre. En la fotografía que tenemos se le ve rubio.

—El aspecto no importa, Hugh. El mestizaje ha desembocado en generaciones de gente con la sangre mezclada. Hay quien dice que actualmente solo el diez por ciento de los afroamericanos son genéticamente puros. Si el otro noventa por ciento tiene al menos una parte de material genético blanco y ese material se diluye con cada nuevo emparejamiento, sus

rasgos no solo serán blancos, sino que la probabilidad de que engendren hijos negros será sumamente baja.

—No me interesan las probabilidades, solo quiero saber lo que puede y lo que no puede ser —dijo Hugh—. ¿Es posible que ciertos rasgos raciales permanezcan latentes durante generaciones antes de volver a reaparecer? ¿Puede una mujer rubia de pelo claro tener una hija con rasgos no caucásicos?

Genevieve parecía vacilar.

—Puede, pero las probabilidades son escasas, sobre todo si en las generaciones anteriores solo ha habido blancos rubios.

Hugh volvió a intentarlo.

—Sí, digamos, el abuelo del bebé era en una cuarta parte negro pero pasaba por blanco, y la madre no tiene rasgos afroamericanos, ¿podría el bebé salir con piel oscura y pelo muy rizado?

—Sería raro.

—¿Qué probabilidades hay?

—No te lo puedo decir, pero no más que las que hay de que aparezca un pelirrojo después de generaciones sin ninguno.

—Vale. Entonces, ¿en qué momento se convertiría en un imposible?

—No me gusta utilizar la palabra imposible. En genética hay fluctuaciones. Lo importante es que cuanto más atrás te remontas, menos probabilidades hay. ¿La madre no tiene constancia de ningún pariente negro?

—No.

—Entonces yo me decanto más bien por un «desliz» —concluyó Genevieve directamente—. Alguien ha tenido una aventura, y está claro que no ha sido el padre. Que tu cliente se haga una prueba de paternidad. Ese sería el procedimiento más directo. Por cierto, ¿cómo está tu mujer? ¿Le falta mucho para salir de cuentas?

Dana escuchó la conversación con los ojos cerrados. Los abrió en el momento en que Hugh colgó. Y lo vio tan sombrío que sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿No puede ser?

—Lo es si tu padre tenía una importante dosis de sangre afroamericana. Cuando más pequeña sea la proporción, menos probabilidades.

—Pero entonces es posible —repitió Dana—. Tiene que serlo. Me niego a creer que mi padre era cruzado de primera o segunda generación y mi madre no lo sabía. Y, según la abuela Ellie, realmente no lo sabía. A menos que se lo ocultara a todo el mundo.

Hugh estiró el cuello a un lado, luego al otro.

—Lo que Genevieve ha sugerido —dijo—, y cito textualmente, es «un desliz».

—O sea, que la mujer ha tenido una aventura. Es normal que lo haya sugerido. Está acostumbrada a trabajar contigo, y tus clientes no son precisamente unos santos. De haber sabido que se trataba de nosotros jamás lo habría mencionado. ¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque no es asunto suyo. Y porque quería una opinión objetiva.

—Si le hubieras dicho que éramos nosotros tal vez te habría dado una opinión razonable.

Él profirió un sonido de disgusto.

—Pero no conoce las probabilidades. —Y, volviéndose hacia la ventana, musitó—: En parte me gustaría que hubieras tenido una aventura. Al menos tendríamos una explicación.

—A mí también —espetó Dana—. Me gustaría tener una explicación de por qué mi madre murió cuando yo tenía cinco años, o por qué mi padre nunca quiso saber nada de mí, o por qué Earl, el marido de mi abuela, que era el hombre más bueno y cariñoso del mundo, no vivió para ver mi boda. Pero la vida es así. No todos hemos tenido la suerte de tener una vida tan privilegiada como la tuya, Hugh.

—Es que todo esto es tan absurdo... Me gustaría que tuviéramos algo concreto.

—Pues no lo tenemos.

Él le lanzó una mirada.

—Lo tendremos. Si hablas con alguien que pueda tener alguna información sobre tu padre, por pequeña que sea, pondré a Lakey a trabajar en el tema. ¿Preguntarás? Es importante, Dana. No es curiosidad malsana. ¿Me prometes que preguntarás?

Dana sintió una punzada de resentimiento.

—No estoy ciega. Ya veo que es muy importante para ti.

—También tendría que serlo para ti —replicó él—. Esto no estaría pasando si hubieras averiguado quién era tu padre cuando eras más joven.

—Y si le hubiera encontrado y hubiera descubierto que tenía aunque sea una gota de sangre negra, ¿te habrías casado conmigo? ¿Hay algún límite racial en tu amor?

—No, no lo hay. Amo a esta niña.

—Amar es una palabra, Hugh. Pero ¿lo sientes de verdad? Necesito saberlo, por ella y por mí.

—No puedo creer que me estés preguntando esto.

—Yo tampoco —contestó Dana. Hugh se estaba cerrando en banda. De pronto, era un Clarke hasta la médula.

—Estás cansada —dijo él con frialdad, y se dirigió hacia la puerta—. Y yo también.

Dana podría haberle llamado, podría haberse disculpado, podría haberle suplicado. El sentimiento de pérdida era mayor que nunca.

Necesitaba desesperadamente contenerlo, así que cogió la labor de la mesita de noche y hundió los dedos en la lana, una mezcla de alpaca y seda. Era de un intenso verde azulado, con un cabo en turquesa, lo justo para dar movimiento sin quitar relieve a las trenzas, los madroños, las cuentas que llevaría la pieza.

Empezó a hacer puntos, una vuelta tras otra, con trenzas y todo, con la misma regularidad que le había permitido mantenerse a flote desde que podía recordar. No habría sabido decir de qué medida era la aguja que estaba utilizando, o si tenía que insertar ya una cuenta o si estaba consiguiendo la caída que quería. Se limitaba a insertar la aguja en un punto, pasar el hilo por encima y deslizado por el interior, una y otra vez, una y otra vez.

Tenía que dormir, pero aquello le hacía mucha más falta. Hacer punto le devolvía el equilibrio. Deseó poder estar en casa, pero no en la casa que miraba al océano, sino en la que estaba junto al huerto. Al final de un camino bordeado por árboles, separada de la tienda de labores por un sendero de piedra. Con Lizzie en los brazos, se habría sentado con los pies en alto en la tumbona de mimbre del porche trasero de la casa de Ellie Jo, con una limonada recién hecha, comiendo bizcochitos de chocolate y nueces recién horneados, dando palmaditas a *Veronica*, la gata de Ellie Jo. Luego habría recorrido el corto sendero de piedra con la niña en brazos... y, oh, sentía una necesidad tan intensa... Dana deseaba con todo su corazón poder sentarse a la larga mesa de madera, con su fuente con manzanas en medio. Deseaba escuchar el zumbido del ventilador del techo, el rítmico sonido de las agujas, la suave conversación de las amigas.

Si tenía una historia, si había un lugar que quería incondicionalmente, era aquel.

Capítulo 6

La llegada de nuevas lanas a Labores siempre era un acontecimiento. Colores nuevos de Manos, texturas de Filatura di Crosa, mezclas de Debbie Bliss y Berroco... en cuanto una caja se abría, la voz se corría por la comunidad de tejedoras con una velocidad sorprendente, atrayendo a la tienda mujeres levemente curiosas, seriamente interesadas, adictas. En los días posteriores a la llegada de nuevo material, sobre todo cuando la temporada estaba a punto de empezar, lo normal era que aumentara la clientela. Y Ellie Jo sabía a quién le iba a gustar cada cosa, quién compraría qué, y quién admiraría el material nuevo pero compraría alguno antiguo que le favorecía.

Ellie Jo esperaba la llegada de nuevas lanas con tantas ganas como sus clientas. Rara vez colocaba las madejas en la canasta sin quedarse una para ella. Su excusa, totalmente legítima, era que tenía que tejer una muestra para que las clientas vieran el efecto en la labor ya hecha. Evidentemente, a ella eso le servía para probar el hilo. Y si le gustaba el tacto mientras lo trabajaba y le gustaba cómo quedaba, se apartaba unas madejas para ella.

Ese día, cuando salió de visitar a Dana y el bebé, decidió pasar primero por su casa. Pero cuando llegó, vio que el camión de UPS estaba aparcando delante de la tienda y, como aún faltaban diez minutos para abrir, no tuvo más remedio que parar para abrirle al repartidor.

Detuvo el coche al lado del camión en el pequeño aparcamiento empedrado, abrió la puerta y le enseñó dónde dejar las cajas. El hombre acababa de marcharse cuando su administradora, Olivia McGinn, llegó preguntando por Dana, y distrajo a Ellie Jo una vez más de las tareas que tenía en la casa. Empezaron a llegar clientas, la tienda hervía de actividad.

Todas hablaban con entusiasmo del bebé, de Dana, de las nuevas lanas. Ellie Jo no sabía si habría podido concentrarse bastante para vender nada. Por suerte, Olivia podía encargarse de eso. Ciertamente, en aquellos momentos estaba atendiendo a una madre y su hija de veintitantos, que estaban aprendiendo a hacer punto y querían lanas nuevas para unas bufandas de otoño.

Aquel tipo de clienta era ideal. Las lanas nuevas eran caras y se trabajaban con facilidad, lo que significa que si disfrutaban, pronto volverían a por más. Una bufanda llevaría a un sombrero, luego una colcha, un jersey. Si ese jersey era de cachemira, a más de cuarenta dólares la madeja, y teniendo en cuenta que se necesitaban un mínimo de ocho madejas, dependiendo del tamaño y el estilo, la venta podía ser importante. Es más, en un año, aquella madre o su hija podían haber pasado a formar parte de las que corrían a la tienda en cuanto se sabía que había lanas nuevas.

El negocio funcionaba así. A pesar de su resistencia inicial a vender productos tan caros, Ellie Jo había aprendido a fuerza de equivocarse. Las fibras naturales seguían siendo sus favoritas, pero si las nuevas variedades de lana atraían a aficionadas a las modas que ayudaban a subvencionar los gustos más orgánicos de la tienda ¿quién era ella para quejarse? En los pasados años había desarrollado un profundo respeto por la innovación.

Por ese motivo, posponiendo un poco más su vuelta a casa, abrió la primera caja. Aquello no eran nuevas lanas. Eran una mezcla de cachemira y lana, con madejas en dorados, naranjas, rojizos y marrones oscuros que serían ideales para el otoño. Era la primera vez que Ellie Jo las tenía en su tienda, pero en cuanto las vio en la feria de labores en abril, supo que se venderían.

Una vez más, el ding de la puerta sonó, y oyó que Gillian Kline la llamaba entusiasmada. Gillian enseñaba inglés en el colegio universitario, una ocupación con un horario lo bastante flexible para permitirle frecuentes visitas a la tienda. Tenía cincuenta y seis años, una altura modesta y un peso que la obligaba a estar siempre a régimen. Pero el rasgo más destacado de su persona era una cabeza de ondas rojas que ni se desvaían ni clareaban con la edad.

En aquellos momentos, con el pelo recogido con un pasador fucsia que solo ella se habría atrevido a llevar y un ramo de rosas rosas en las manos, se fue directa hacia Ellie Jo y le dio un largo abrazo. Gillian había sido una de las mejores amigas de Elizabeth, y después de su muerte se había convertido en una especie de hija adoptiva para Ellie Jo. Ninguna de las dos dijo que Elizabeth tendría que haber estado allí para dar la bienvenida a su nieta.

—Para ti, bisabuela Ellie —dijo Gillian—. Tu Lizzie es perfecta.

Ellie Jo se animó.

—¿La has visto? —Cogió las flores, pero unos segundos después alguien se las quitó para ponerlas en agua.

—Hace un momento —dijo Gillian, y se puso a rebuscar en la mochila que llevaba al hombro—. Solo tiene unas horas de vida, pero no me lo habría

perdido por nada del mundo. —Al cabo de un momento, ella y las otras mujeres estaban admirando una fotografía de Dana y la pequeña en la pantalla de su cámara digital.

Ellie Jo se sintió aliviada. Dana parecía cansada pero feliz, y totalmente satisfecha con el bebé en brazos. Era difícil decir si Lizzie era distinta de lo que esperaba; Dana era de piel tan clara que en comparación con ella cualquier niño habría parecido oscuro... y no es que eso de los colores le importara. Es que no estaba para preguntas.

—¡Oh, qué encanto! —exclamó una.

—Tiene la boca de Hugh —decidió otra.

—Enfoca la boca —indicó una tercera, y Gillian obedeció.

—¡Oh, mírala! —señaló Juliette Irving, amiga de Dana y joven madre de unas gemelas de un año que dormían en el carrito junto a la entrada—. ¿No es esa la nariz de Dana? ¿Cuándo volverán a casa?

—Mañana —dijo Gillian.

—Elizabeth Ames Clarke —anunció Nancy Russell, claramente conmovida por el nombre. Nancy era una florista que últimamente se había aficionado a tejer flores, afelparlas y coserlas en chales, suéteres y bolsas. Tenía la edad de Gillian, y era otra amiga de la infancia de la primera Elizabeth.

—Es larga —advirtió Gillian—. ¿La tendremos para mañana?

Se refería a la colcha que estaban tejiendo con el nombre completo de la niña y la fecha de nacimiento en unos cuadrados concretos. Las mujeres ya habían hecho los cuadrados en amarillo, blanco y verde claro. Ahora que ya conocían el sexo del bebé, el resto de cuadrados serían en rosa. Cada pieza, elaborada con una fibra y una tonalidad elegida por su creadora, debía medir 50 × 50 centímetros. Las más próximas a Dana y Ellie Jo se ocuparían de los cuadrados con las letras.

—Si queremos que nos dé tiempo a coserlos, los necesitaríamos para mañana a mediodía —recomendó Nancy—. Juliette, ¿puedes llamar a Jamie y Tara? Yo llamaré a Trudy. Y tú, Gillian, podrías llamar a Joan, Sandra y Lydia.

Una de las mujeres, Corinne James, le había cogido la cámara a Gillian y estaba acercando la imagen con el zoom. Corinne James tenía la misma edad que Dana. Era alta y delgada, con un pelo de corte moderno por los hombros, pantalones de lino y un top igualmente elegante, y con un anillo de boda con diamantes encastados. Aunque su amistad con las habituales de la tienda no había ido más allá, iba allí con frecuencia.

—Qué niña tan interesante —comentó—. Tiene la piel oscura.

—No es oscura —le explicó una—. Es tostada.

—¿Quién de la familia tiene ese color, Ellie Jo? —preguntó Corinne.

De pronto Ellie Jo sintió que se ruborizaba.

—Estamos tratando de adivinarlo —contestó Gillian por ella, y sus ojos se cruzaron con los de Nancy—. ¿Qué sabemos de Jack Jones?

—No mucho —replicó Nancy.

—¿Jack Jones? —repitió Corinne.

—El padre de Dana.

—¿Vive por aquí?

—Por Dios, no. Nunca ha estado aquí. Elizabeth lo conoció en Wisconsin. Fue a la universidad allí.

—¿Se casaron?

—No.

—¿Era sudamericano?

—No.

—¿Y Jack Jones es su verdadero nombre?

Ellie Jo se abanicó con el albarán de la caja de lanas.

—¿Por qué no iba a serlo? —preguntó a Corinne, aunque tampoco es que la pregunta le sorprendiera. Corinne James era muy curiosa y siempre tenía que opinar sobre todo.

La mujer sonrió con calma.

—Jones es un buen alias.

—¿Cómo James? —preguntó Gillian deliberadamente—. No, Corinne. Jack Jones es su verdadero nombre. O lo era. No tenemos ni idea de si sigue con vida.

—¿Dana no lo sabe?

—No. No estaban en contacto.

—Entonces, ¿de dónde viene el tono oscuro de la niña? —insistió Corinne, como si se tratara de un gran dilema intelectual—. ¿Del lado de Hugh?

Gillian rio entre dientes.

—Lo dudo. La familia de Hugh es la típica familia blanca americana.

—¿Entonces de tu marido, Ellie Jo?

Ellie negó rápidamente con la cabeza.

—Earl Joseph tenía mejillas rubicundas —le explicó Gillian—, y era el hombre más amable del mundo. Era toda una leyenda por aquí. Todo el mundo le conocía.

—Era de trato amable y considerado —añadió Nancy—, y adoraba a Ellie Jo. Y a Dana. Se habría vuelto loco de contento con la pequeña.

—¿Cuánto hace que murió? —preguntó Corinne.

Gillian se volvió hacia Ellie Jo.

—¿Cuánto?

—Veinticinco años —contestó Ellie Jo, acariciando las nuevas lanas. La lana era un material cálido y con la textura de lo casero. Daba color en los días grises y suavidad en los momentos difíciles. Siempre estaba ahí, como un cojín en el sentido más literal de la palabra.

—¿Cómo murió? —preguntó Corinne con amabilidad.

Ellie Jo sentía la mirada de Gillian sobre ella, pero el accidente no era ningún secreto.

—Estaba fuera por negocios. Se cayó en la habitación de su hotel y se dio un golpe en la cabeza. Sufrió un grave traumatismo craneal. Cuando llegó ayuda ya estaba muerto.

—Oh, señor. Cuánto lo siento. Debió de ser muy duro para ti. Algo parecido le pasó a mi padre... un estúpido accidente.

—¿Tu padre?

—Sí. Era el director de una empresa de inversiones que empezó con un grupo de amigos de la facultad de empresariales. Iba en el jet de la empresa con dos socios cuando el avión se estrelló. Mi hermano y yo teníamos veintialgo. Y seguimos pensando que fue sabotaje.

—¿Sabotaje? —preguntó Juliette.

—Nosotros tampoco queríamos creerlo —confesó Corinne inteligentemente—, hasta que empezamos a ver cosas raras. La empresa no quería una investigación. Dijeron que perjudicaría el negocio. Y vaya que sí, la Administración Federal de Aviación hizo una investigación, achacó el accidente al mal mantenimiento del aparato y la empresa se cerró en banda. Dijeron que mi padre era el responsable. Y entonces...

Ellie Jo ya había oído suficiente. Levantó una mano.

—Mientras Corinne cuenta su historia, yo tengo que ir un momento a casa. Enseguida vuelvo, Olivia —dijo, y se dirigió hacia la salida justo en el momento en que el ding de la puerta volvía a sonar.

Jaclyn Chace, que trabajaba media jornada en la tienda, entró con ojos brillantes.

—¡Felicidades por la pequeña, Ellie Jo! ¿Ya la has visto?

—La he visto —dijo Ellie Jo al cruzarse con ella—. Hay una caja nueva en la mesa. ¿Puedes ser una buena chica y abrirla por mí?

La puerta se cerró a su espalda y Ellie Jo se fue por el camino de piedra hasta su casa. El edificio tendría más de cien años, con postigos gris rosado y un porche que recorría la fachada hasta la parte de atrás. Ellie Jo subió dos escalones de madera, cruzó el porche trasero y entró en la cocina. *Veronica*, su gata atigrada, estaba tumbada al sol en el alféizar de una ventana. Ellie Jo pasó al vestíbulo principal y subió a su habitación en medio del calor cada vez más intenso.

Allí las ventanas también estaban abiertas, y las cortinas apenas dejaban pasar una brizna de aire. Ellie Jo no hizo caso del calor. Cogió un álbum de recortes de un estante del escritorio, lo abrió y miró las desvaídas fotografías en blanco y negro. Allí estaba Earl, en una instantánea tomada poco después de conocerse. En aquel entonces él trabajaba como vendedor para Fuller Brush, y se presentó a su puerta decidido a engatusarla para que comprara. Y ella compró, desde luego: compró varios cepillos. El recuerdo de aquellos días felices le hizo sonreír. Pero su sonrisa se desvaneció cuando se concentró en los papeles sueltos que había sujetos detrás de las fotografías. Sacó varios de ellos.

Cerró el álbum y volvió a dejarlo en el estante. Con los papeles pegados a su corazón, fue hasta la antigua habitación de Elizabeth. Aún conservaba su cama, su tocador y su mesita de noche. El armario empotrado ya era otra historia. Hacía tiempo que ya no guardaba su ropa. Ahora en el armario tenía lanas.

Tras apartar el montón de cajas del suelo, Ellie Jo tiró del cordón para desplegar la escalera que daba al desván. Y subió sujetándose a la estructura. El aire no se movía, el calor era sofocante. Pocas cosas había allí dignas de atención: una caja de cartón con una vajilla desportillada de sus primeros tiempos de casada, una caja de sombreros con su velo corto de boda, la vieja tumbona que tanto le gustaba a Earl. De las cosas de Elizabeth solo guardaba una caja de libros de su último semestre en la universidad.

Si Dana subía allí arriba a mirar, no se quedaría mucho tiempo. Con el calor que hacía en verano, el frío del invierno y el montón de cosas inútiles que había, nunca se le ocurriría agacharse y acercarse al fondo, como hizo ella en ese momento, ni quitar una sección del aislamiento rosa que habían colocado hacía unos años en un intento inútil de contener el frío y el calor. Tras encajar los papeles entre dos viguetas, Ellie Jo volvió a colocar el aislamiento, bajó lentamente la escalera, la plegó y cerró la trampilla. Ella había leído aquellos recortes muchas veces, y seguramente volvería a hacerlo, pero nadie más debía verlos. Permanecerían bajo el tejado hasta que el fuego,

la bola de una empresa de derribos o la edad consumieran la casa, y entonces ya no quedaría nadie que hubiera conocido a Earl, nadie que pudiera despreciarle por lo que había hecho. Siempre sería un buen hombre a los ojos de todo el pueblo, como tenía que ser.

La familia de Eaton Clarke vivía en una comunidad costera cuarenta minutos al sur de Boston. Su elegante casa colonial georgiana estaba entre otras casas de ladrillo igual de elegantes, en una calle bordeada de árboles que era la envidia del pueblo. Había pocos mirones, porque inevitablemente todos preferían conducir por el lado que miraba al mar, y a los habitantes de Old Burgess Way les parecía perfecto. Les gustaba la intimidad. Les gustaba saber que sus jardineros podían identificar enseguida un coche que no era de allí.

Old Burgess, desplegado en un artístico arco sobre una loma, estaba más alto incluso que las casas del acantilado. Sí, de no haber sido por los tupidos arces, los robles, los pinos y los exuberantes grupos de arbustos ornamentales, sus habitantes habrían podido ver el océano, lo cual en sí no era malo. Sin embargo, por desgracia, eso también habría significado ver las casas desproporcionadas con que el nuevo dinero había ido reemplazando las pintorescas casitas de veraneo, ahora casi desaparecidas. Los habitantes de Old Burgess no tenían ningún aprecio por los nuevos ricos, de ahí que cultivaran aquel tupido escudo.

Eran gente digna. La mayoría llevaban allí tiempo suficiente para haber criado ya a una generación de hijos, o pertenecían a esa segunda generación y habían criado a la tercera. Cuando hacían fiestas, la música estridente se acababa a las once.

Eaton y Dorothy llevaban treinta y cinco años en Old Burgess Way. La casa de ladrillo tenía columnas blancas y postigos, puertas negras y detalles en hierro forjado, cinco habitaciones, seis baños y una piscina de agua de mar. Aunque en años recientes el lugar se había revalorizado mucho, jamás se habrían planteado vender.

A Eaton le gustaba rodearse de gente que compartía sus mismos valores. No era el hombre más rico ni el más prominente del mundo, ni falta que le hacía. Era historiador y autor de *best sellers*, y le gustaba codearse con la gente. En ese sentido, las sesiones de firma de libros se le hacían muy duras, porque tenía que alternar básicamente con desconocidos. Las clases de la universidad eran otra cosa. Allí tenía a alumnos serios, con talento, en su mayoría estudiantes de último curso que buscaban algunos consejos sobre cómo escribir historia. Con su memoria infalible y el amor que sentía por el

pasado, Eaton podía hablar espontáneamente sobre casi cualquier período de la vida americana.

En cuanto a los consejos, aquello también era fácil. Eran su vida. Ciertamente, los contactos te abrían muchas puertas, y él los tenía, mientras que la mayoría de sus alumnos no. Sus antepasados habían tenido un importante papel en los diferentes episodios de la historia americana. Y, por cierto, en todos sus libros incluía la presencia de al menos uno de ellos. Aquel era el elemento común de los ocho libros que había escrito hasta la fecha. Y del noveno, que seguramente saldría a la venta en unas cinco semanas. Esta vez los Clarke eran los personajes principales. *El linaje de un hombre* era un recorrido por la historia de su familia, una saga de triunfadores que habían ido adquiriendo mayor relevancia y riqueza a cada generación. El eje del libro era la historia. Después de todo, es lo que había dado renombre a Eaton. Pero el marco temporal que abarcaba era mucho más amplio que, por ejemplo, el de su libro sobre el declive de la Liga de Naciones. Y el elemento personal era importante, con detalles íntimos de las vidas de sus antecesores.

—La imprenta acaba de enviarnos una muestra de la invitación para la gala de presentación del libro —le informó Dorothy, acercándose desde la puerta de la biblioteca—. No me acaba de gustar. No tiene el aire digno que querría.

La dejó sobre la mesa. Eaton se inclinó hacia delante en su asiento y enseguida vio dónde estaba el problema.

—El color de la tinta está mal. Esto es azul grisáceo. Yo lo quiero verde grisáceo.

Dorothy miró la muestra frunciendo el ceño.

—Bueno, si es eso, no es tan malo. Aun así, habrá que devolverlas y tendrán que hacerlas de nuevo, y si las líneas de los sobres están también en azul grisáceo habrá que volver a encargarlas. Para cuando corrijan el error y lo tengan impreso, estaremos en el límite de tiempo para enviarlas. No hay tiempo para más errores.

Eaton no estaba de humor para aquello.

—Tendríamos que haber dejado que se encargara el editor.

—Pero si la última vez hicieron un trabajo horroroso... Estas invitaciones irán a personas cuya opinión valoramos. ¿Te presentarías en el club de la universidad con un traje de saldo? Definitivamente no. A ti te gusta dar una determinada imagen, y con una invitación pasa lo mismo. Esto será el inicio de la gira, estarás en tu ciudad, y es importante. ¿Has llamado a Hugh?

—¿Me ha llamado Hugh a mí? —preguntó Eaton con tono comedido.

Era una pregunta retórica. El teléfono no había dejado de sonar desde que llegaron a casa. Si una de las personas que había llamado fuera Hugh, Dorothy no habría preguntado. No, seguramente las llamadas eran de gente que se había enterado del nacimiento de la hija de Hugh. Cuando pensaba en aquello se ponía malo.

Eaton tenía dos hijos. Robert era tradicional y agradable, además de un triunfador. En cambio Hugh era más como él, y no solo de apariencia. Los dos eran atléticos e intelectualmente creativos. Los dos habían escogido una profesión fuera del negocio familiar y habían destacado.

Si Eaton tenía una debilidad, era Hugh.

—¿Dónde está Mark? —gritó.

—Lo mandaste a casa —contestó Dorothy al punto, con tono defensivo—. Le dejaste una nota antes de que saliéramos para el hospital, ¿no te acuerdas? Dijiste que estábamos celebrando la llegada de un nuevo bebé y que hoy no había trabajo. Aunque tampoco sé qué trabajo podías tener hoy, Eaton. Él es tu investigador, y el libro ya está acabado.

—Es mi ayudante —la corrigió Eaton—, y sí, aún hay trabajo que hacer... hay que preparar entrevistas, discursos. Antes, cuando hacías una gira para presentar un libro, bastaba con firmar ejemplares. Ahora quieren un discurso. Hay que entretenerlos. ¿Le he dado a Mark un día libre remunerado?

—No lo sé, pero si lo has hecho, hecho está. Y no ha sido cosa mía, así que por favor no me grites.

Eaton se tranquilizó. No podía enfadarse con Dorothy. No era culpa suya que Hugh fuera un necio.

—¿Le has llamado? —preguntó ella con cierta deferencia.

Eaton no contestó. En lugar de eso, se recostó en su silla alta de cuero y miró los libros que le rodeaban, del suelo al techo, estante tras estante. Aquellos libros eran tan amigos suyos como sus vecinos. Los que había escrito él estaban juntos en un estante, bien visibles, aunque no había nada que los destacara. Y aunque Eaton estaba orgulloso de ellos, no habrían visto la luz sin los antepasados que tenía.

Una generación llevaba a la siguiente. ¿No es de eso de lo que trataba *El linaje de un hombre*? Las primeras críticas lo calificaban de «eminente ameno», «absorbente», «una saga americana», y, aunque Eaton no habría utilizado la palabra «saga» —demasiado comercial—, en general estaba de acuerdo. En diferentes puntos aparecían gráficos antiguos, que con los años se hacían cada vez más elaborados. Eran imponentes y exactos.

—¿Eaton?

—No. No he llamado.

—¿Y no crees que tendrías que hacerlo? Es tu hijo. Necesita tu aprobación.

—Si eso fuera cierto, no se habría casado con esa mujer.

—Pero ¿no has visto lo cansado y pálido que se le veía? Sí, sé que ha estado en pie toda la noche, pero él no ha planeado todo esto. ¿Quién iba a pensar que el padre era afroamericano? Aunque quizá no lo sea. Quizá le viene del lado de la abuela. Llámale, Eaton.

—Ya veremos —dijo el hombre con gesto desdenoso.

Pero ella insistía con obstinación.

—Sé perfectamente lo que eso significa: significa que no le vas a llamar. Estamos hablando de un bebé, Eaton. Es un ser vivo, respira, y al menos una parte de sus genes pertenece a nuestra familia.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eres demasiado blanda.

—Puede, pero quiero a mi hijo. No quiero que sufra, ni por culpa de ella ni por la tuya.

—Dorothy, prácticamente me ha dicho que me vaya al infierno.

—No es verdad.

—Sí lo es. Lo llevaba escrito en los ojos. Tú no estabas lo bastante cerca y por eso no te has dado cuenta.

—Estaba preocupado. Señor, si nosotros nos hemos quedado preocupados y no hemos sabido qué pensar al ver a esa niña, después de los meses que llevamos esperando, imagínate cómo se sentirá él.

—¿Y nosotros qué? Estábamos deseando que naciera el bebé. Todos nuestros amigos saben cuánto lo deseábamos. Bueno. Dime, ¿quién ha llamado?

Dorothy se animó.

—Alfred ha llamado. Y Sylvia. Y Porter y Dusty... estaban cada uno en una extensión diferente, y hablaban a la vez, así que casi no he entendido lo que decían.

—¿Cuánto saben?

El ánimo desapareció.

—Solo que es niña. Y Bradley. Bradley ha llamado.

A Eaton la cabeza le zumbaba.

—¿Y él cómo se ha enterado? Robert. —Dejó escapar un suspiro—. ¿Ese chico no sabe lo que es la discreción?

—Oh, Eaton —dijo Dorothy con resignación—. Si no se lo hubiera dicho Robert se habría enterado por otro. Esto no permanecerá en secreto mucho tiempo.

Eaton lo sabía, y eso le preocupaba.

—¿Qué esperaba Hugh cuando se casó con esa chica? Se lo dije entonces y lo vuelvo a decir. Seguramente se casó con él por su dinero.

—Oh, no creo que...

—Por supuesto que no lo crees. No quieres admitir que Hugh cometió un error y, además, la chica te hizo esa colcha, y tú lo interpretaste como una muestra de afecto, aunque no tiene por qué serlo. Lo malo de casarse con alguien tan diferente es que nunca sabes lo que le motiva.

—Si se trata solo de dinero, entonces, ¿por qué trabaja? Podría pasarse el día comiendo con sus amigas, o en los salones de belleza, por Dios. Si solo quería el dinero ¿por qué hace los esfuerzos que hace?

Eaton resopló.

—¿Esfuerzos? Por favor. Lo que esa hace no es trabajo. Va de casa en casa visitando a una gente que o son unos gandules o no tienen gusto, y luego se va al Design Center, seguramente como excusa para comprar cosas para su casa. Desde luego, ella no trabaja como Hugh.

—Pero gana su propio dinero. Y no es la única esposa que trabaja. Mira Rebecca Boyd. Mira Amanda Parker.

—Mira la hija de Andrew Smith y las pequeñas de Harding —contraatacó él—. Ellas no trabajan. Dana podría estar ayudando a Hugh con su carrera. Dedicándose a obras benéficas. Eso le permitiría conseguir buenos contactos para Hugh.

—Pero si él representa a criminales.

Eaton suspiró.

—No, Dorothy —le explicó con la paciencia de quien está acostumbrado a tratar con alumnos mal informados—, representa a gente a quien han acusado de cometer algún delito. Jack Hoffmeister es presidente de un banco. Uno de sus vicepresidentes le acusó de fraude cuando lo despidió por incompetencia, pero la acusación era totalmente falsa, como Hugh demostró. El caso le reportó una buena remuneración y buenas referencias. ¿Y dónde encontró el contacto de Jack? A través de ti. Tú le conociste en el Comité de Amigos del Hospital. La mujer de Hugh tendría que relacionarse con esta clase de grupos. Se lo he dicho muchas veces, pero él no me hace caso.

—Lo que ha pasado ahora es distinto. Tienes que hablar con él.

Pero Eaton no pensaba claudicar.

—Si quiere que hable con él tendrá que disculparse. Tengo mi orgullo.

—Lo sé, querido. Y eso explica que Hugh tenga el orgullo que tiene.

Eaton estaba alterado.

—¿Te estás poniendo de su lado?

—Aquí no hay lados. Se trata de tu hijo.

Él la señaló con el dedo.

—En esto quiero que te mantengas al margen, Dorothy. Quiero que te mantengas al margen.

Capítulo 7

Hugh se dirigió a casa para ducharse y cambiarse, pero el móvil no dejó de sonar mientras conducía. Sus amigos le llamaban para felicitarle y decir que pronto irían a visitarles. Y si no era el teléfono, era su *blackberry*.

«¡Estoy impaciente por ver a la pequeña!».

«Estoy deseando ver al bebé».

«¿Cuándo podremos ver al bebé?».

Todo el mundo quería verla, y eso tendría que haber hecho que se sintieran halagados, era una demostración de lo mucho que los querían sus amigos. Tendría que haberse sentido extático.

Pero, inexplicablemente, no lo estaba y se le hacía un nudo en el vientre cuando pensaba en su hija. No dejaba de oír la voz decepcionada de Dana al ver su reacción y no sabía qué hacer. Su amor había surgido espontáneamente. Se habían casado ocho meses después de conocerse y nunca se habían arrepentido. Y él seguía sin arrepentirse. Pero, por lo visto, ella sí.

«¿Hay algún límite racial en tu amor?».

No, no lo había, y a Hugh le dolía que lo hubiera preguntado. Él no tenía prejuicios. Solo había que mirar el trabajo que hacía para saberlo.

«¿Hay algún límite racial en tu amor?».

La pregunta volvió a resonar en su cabeza, esta vez más fuerte, con tono desafiante. De haber sido malpensado, habría dicho que Dana estaba tratando de desviar su atención o, peor, de encubrirse.

Y él no quería pensar eso. No creía que Dana le hubiera sido infiel. Le amaba demasiado para hacerle algo así... porque, de ser cierto, realmente le habría hecho un daño terrible.

Pero allí estaba el bebé, con su bonita piel oscura y ninguna explicación de su procedencia. ¿Es que no tenía derecho a preguntar? ¿No era perfectamente razonable que para anunciar el nacimiento escogiera alguna de las tarjetas en las que no había que poner una fotografía del bebé?

Entró en la cocina y descolgó el teléfono. El tono intermitente indicaba que tenía mensajes, pero no los escuchó. En vez de eso, llamó al despacho.

Su secretaria no se alegró de oírle.

—Se supone que no tendría que estar trabajando —le reprendió—. Se supone que tendría que estar con Dana y el bebé. Me han ordenado que no le cuente nada.

Hugh bromeó.

—Entonces tú límitate a contestar sí o no. ¿Se ha puesto Alex en contacto con Henderson Walker?

—Sí.

—¿Va a ir a la cárcel?

—No.

—¿La situación se ha calmado?

—Sí.

—¿Ha conseguido un aplazamiento en el caso Paquette?

—Sí.

—¿Ha llamado una mujer que se hace llamar «mamá del jardín»?

—No.

—Vale. Ya está. Y, Sheila, si llama esta última, quiero que me pases el mensaje enseguida. No se lo pases a nadie más. Es un asunto personal.

Colgó, sintiéndose ligeramente mejor, pero volvió a descolgar unos segundos después y marcó otro número.

—Eh, Yunus. Soy Hugh. ¿Cómo va?

—Muy bien, amigo. Hacía tiempo que no hablábamos.

—Culpa mía. Siempre estoy demasiado ocupado. Pero pienso mucho en ti. ¿Cómo te va el trabajo?

Yunus el Sabwi, nacido y criado en Irak, había huido a Estados Unidos a los veintipocos años, con su mujer y dos hijas, para asegurarles una vida mejor. Tras conseguir la nacionalidad estadounidense, se matriculó en la academia de policía, se graduó el primero de su clase y consiguió un puesto en el Departamento de Policía de Boston, porque en aquella época la política municipal fomentaba la contratación de minorías. En sus primeros ocho años de servicio, se le condecoró en repetidas ocasiones por su trabajo. Pero después del 11 de septiembre todo cambió. En el departamento lo marginaron; desconfiaban de él por la relación que mantenía con sus parientes de Irak. Corría el rumor de que el dinero que enviaba cada mes a sus padres iba destinado a los terroristas, y de que transmitía importantes informaciones de seguridad nacional en código. Al ver que el gobierno federal se negaba a

presentar cargos, porque tenía más miedo de la Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU) que de Yunus, las autoridades locales lo acusaron de posesión de drogas.

Hugh le defendió de esta acusación, convencido de que le habían tendido una trampa como decía Yunus. El jurado también estuvo de acuerdo, y el caso fue sobreseído. Nunca se acusó a nadie de poner drogas en la taquilla de Yunus y, aunque lo tuvieron que readmitir en el cuerpo de policía, le hicieron la vida tan desagradable que acabó por renunciar. Ahora trabajaba en la seguridad privada, para una empresa de la familia de Hugh.

—Va bien —replicó Yunus—. He conseguido una bonita revisión de un año.

—Y un aumento de sueldo, espero.

—Y un aumento. Sabían que si no me lo daban tendrían que responder ante ti. Muchas gracias, amigo mío.

—No me tienes que dar las gracias. Eres tú el que está haciendo el trabajo. ¿Cómo están Azhar y las niñas?

—*Al hamdulil.lah*, están bien. Este año Siba termina el instituto. Y ha decidido que quiere estudiar medicina. Quiere ir a Harvard.

—Es una buena elección, Yunus.

—Bueno, aún la tienen que aceptar. Pero le han hecho una entrevista, y tiene buenas notas.

Y buenos contactos, pensó Hugh, tomando nota mentalmente de que debía llamar al director de admisiones, un amigo de la familia Clarke.

—Y dime —dijo Yunus—, ¿cómo está tu mujer? ¿Ya ha tenido el bebé?

—Sí. Una niña.

—*Al hamdulil.lah*, ‘*ala assalama!* ¡Es una noticia estupenda! Azhar se pondrá muy contenta cuando se lo diga. Espero que pronto nos dejes visitaros.

—Me encantaría.

Cuando colgó el auricular, Hugh estaba sonriendo. El tribunal le había designado para representar a Yunus después de que tres abogados diferentes fueran descartados, y al aceptar el caso se había puesto en contra al Departamento de Policía, el fiscal del distrito y el FBI. No había obtenido ninguna ganancia, salvo los gastos del juicio, pero emocionalmente la recompensa había sido enorme. Yunus el Sabwi era un hombre trabajador y centrado. Y no solo daría su vida por su familia, sino que era fiel a sus amigos. Hugh había salido ganando.

Sintiéndose mejor, Hugh subió a ducharse y cambiarse. Renovado, se puso unos tejanos nuevos y una camiseta limpia, metió las sábanas sucias en

la lavadora y puso sábanas limpias en la cama, y luego salió hacia el hospital otra vez. Por el camino pasó por la floristería para comprar un ramo, luego paró en una boutique para comprar un body rosa absurdamente caro, y en Rosie's, el café favorito de Dana, para llevarle una ensalada de pollo.

Cuando llegó, Dana estaba amamantando al bebé. Animado aún, sonrió, admiró las flores que habían enviado los amigos, le preguntó cómo estaba, si el doctor la había visitado, cuándo podría volver a casa. Cogió al bebé cuando le dio la ensalada y se las arregló para cambiar su primer pañal.

No mencionó la tarjeta para anunciar el nacimiento, no mencionó al padre de Dana, no mencionó a los antepasados. Su buen humor se desinfló un poco cuando su tío llamó y se puso a atosigarle por el color de Lizzie. Pero él se mostró firme. Ese tema no le interesaba, y le estuvo explicando cómo había ido el parto.

Dana apreció mucho su entusiasmo. Le sonrió. Contestó sus preguntas. Pero estuvo todo el tiempo pendiente del bebé, incluso mientras se comía la ensalada. Hugh intuía que se estaba conteniendo.

Más tarde, cuando conducía de vuelta a casa, ese fue el pensamiento que le obsesionaba... no el color de Lizzie, la rudeza de su tío, o el hecho de que sus padres no hubieran llamado. Lo único que podía pensar es que, si Dana se estaba conteniendo, es porque tenía algo que ocultar.

A última hora de la mañana siguiente dieron a Dana de alta. Entre los dos vistieron al bebé con el body rosa, y no fue fácil. Sus cuatro manos adultas — cuatro manos inexpertas— no dejaron de estorbarse entre ellas. Pero al final lo lograron, y cuando Hugh fue a por el coche, no tuvieron ningún problema para asegurarla en el asiento trasero.

Hugh llevaba tiempo esperando aquello. Se había imaginado tantas veces el momento de llevar a su esposa y su hija a casa... Y al principio estuvo bien; sintió la misma euforia que había sentido durante el parto. Dana estaba a su lado, en el asiento del acompañante, y cada pocos minutos miraba atrás visiblemente emocionada para ver cómo estaba el bebé.

Súbitamente la niña empezó a inquietarse. Hugh detuvo el coche a un lado de la carretera y Dana se trasladó a la parte de atrás; Hugh arrancó de nuevo; Lizzie siguió llorando.

—¿Qué le pasa? —preguntó, mirando con preocupación por el espejo retrovisor. No veía gran cosa; el bebé estaba justo detrás, de cara a su madre.

—No lo sé —contestó Dana. Cogió un chupete de su bolsa. Eso ayudó, pero solo durante unos kilómetros. Luego Lizzie empezó a llorar otra vez.

—¿Está mojada? —preguntó él.

—Si lo está, no creo que sea mucho. La he cambiado justo antes de salir.

—Entonces, ¿tiene hambre?

—Creo que solo está inquieta. Me gustaría soltarla de la sillita y cogerla en brazos, pero eso sería peligroso.

—Por no hablar de ilegal. ¿Quieres que pare?

—No. A ver si llegamos pronto a casa.

Hugh siguió conduciendo, oyendo esporádicamente el llanto de Lizzie. Cuando faltaban cinco minutos para que llegaran, Lizzie finalmente se durmió.

Ellie Jo y Gillian Kline estaban en la casa cuando llegaron, y Hugh se alegró de verlas tanto como Dana. Aquellas dos madres expertas sabían por qué lloran los bebés; además, aunque aquel día tendría que haber sido para estar en familia, dado que los abuelos estaban desaparecidos, su presencia fue especialmente bienvenida.

Cambiaron a la pequeña, dieron de comer a Dana, la animaron cuando al principio no atinaba a darle el pecho a la pequeña. «Es normal», le decían, o «Ya aprenderá a cogerse» o «Mira, ¿ves? Muy bien». Hugh miraba desde la puerta, sintiendo que la serenidad de aquellas mujeres le reconfortaba. Cuando Lizzie se durmió y él propuso que la subieran a su cunita, Dana dijo que prefería acostarla en el salón.

Colocaron al bebé en el cuco, instalaron a Dana en un sofá cercano y luego sacaron una bolsa del *delicatessen* local y prepararon la comida, algo en lo que Hugh no había pensado pero que agradeció. Cuando terminaron de comer, los turnos cambiaron. Ellie Jo y Gillian fueron sustituidas por Tara y Juliette, más tarde por dos amigas de Ellie Jo y luego por dos vecinas de la calle. Todas venían deseando ayudar, con sus conocimientos del mundo de los bebés y recipientes cubiertos con papel de plata con comida suficiente para una semana.

Así que Hugh se encontró mirando desde la puerta mientras las mujeres se ocupaban del bebé. Él era como un cero a la izquierda, relegado al papel de observador, hasta el punto que sintió la tentación de marcharse al despacho. Allí al menos podría hacer algo. Pero si se hubiera ido no habría podido escuchar sus conversaciones.

Todas pensaban que Lizzie era bonita y que tenía un carácter muy dulce. Unas pocas trataron de buscarle parecidos —«Hugh, yo creo que ha sacado tu boca», o «Definitivamente, tiene la nariz de Dana»— que Hugh no conseguía ver. Resaltaban su piel y su pelo —«Un tono de piel elegante», o «Daría lo que fuera por tener unos rizos como esos»—. Y, por supuesto, hubo preguntas

sobre el posible origen, y más de una miró con tono burlón a Hugh. «Y ¿dónde dices que estabas hace nueve meses?».

La primera vez Hugh rio, la segunda sonrió, pero cuando la pregunta llegó por tercera vez, contestó con un brusco «en Filadelfia», que hizo que la que había preguntado se echara a reír y que Dana tuviera que explicarlo. Cuando Hugh volvió a contestar lo mismo la siguiente vez, Dana le dedicó una mirada molesta. Pero no pensaba disculparse. Ya le había advertido que la gente haría preguntas, y estaba harto de tanta bromita.

A las cinco de la tarde empezaron a llegar los amigos de Hugh. Varios venían de la oficina con flores y regalos, e hicieron comentarios entusiastas y agradables sobre Lizzie; pero entonces llegaron los amigos de la familia, hombres jóvenes con los que él se había criado. Era evidente que les habían comentado algo de la niña y querían verlo por sí mismos. Manifestaron una gran curiosidad. Pero no dijeron nada sobre la paternidad de la niña en voz alta, salvo algún comentario sobre el color con el que no hacían más que constatar un hecho.

Sus compañeros de baloncesto no fueron tan comedidos. Eran cuatro y llegaron poco después de las seis, de camino a su partido semanal. Llevaban rosas para Dana y un body de los Celtics para Lizzie. El silencio que se hizo cuando vieron a la niña era cómico.

—Hugh, amigo, ¿quién es esta?

—Ay, Dana, pillina. ¿Dices que estuviste trabajando con un cliente? Sí, eso está claro.

—Bueno, creo que estamos todos fuera de sospecha, excepto Denny. Por cierto, ¿dónde se ha metido?

Denny era el único afroamericano del grupo y esa tarde estaba con el coro de su iglesia, como hacía una vez al mes. David era otra historia. Cuando sus compañeros de baloncesto estaban a punto de irse, el hombre entró como Pedro por su casa. Ciertamente que la puerta de la calle estaba abierta. Ciertamente que David entraba en todas partes sin llamar. Ciertamente que era un hombre muy visceral que no hacía ascos a un buen abrazo. Hugh lo vio agacharse para darle un beso a Dana, vio que se inclinaba sobre el cuco para mirar a aquel bebé, que se parecía tanto a su hija que habrían tenido que ser tontos para no pensar mal.

Minutos más tarde, cuando ya habían salido y estaban en la acera, delante de la casa, Tom, uno de sus compañeros de baloncesto, dijo:

—¿Qué historia tiene con ese tío?

—¿Historia?

—Su relación con Dana. ¿Es buena?

—Muchísimo —contestó él, pero de pronto se sentía furioso... furioso con Tom, con sus padres, con David. David era tan buen amigo suyo que nunca se había parado a pensar en su color. Pero ahora todo había cambiado.

Y entonces, cuando sus amigos acababan de poner el coche en marcha, Hugh se dio la vuelta para volver a la casa y oyó que lo llamaban. Al mirar calle abajo vio a una vecina corriendo hacia él. Monica French era una de las mujeres que les habían visitado un rato antes. Cuarenta y tantos, casada con un hombre que casi nunca se dejaba ver, con dos hijos adolescentes y tres perros que compensaban lo del marido. En aquellos momentos los perros estaban con ella, tres grandes atikas que corrían con tanto entusiasmo que cuando la mujer quiso parar estuvo a punto de caerse.

—Hugh —dijo—. Tengo que preguntarte una cosa, aunque sé que quizá no sea muy apropiado, pero es una cuestión de conciencia. ¿David es solo un amigo?

—El mejor amigo —replicó él, porque sabía adónde iría a parar aquello. Monica era una entrometida que sacaba a sus perros tres veces al día y no tenía reparos en pararse a señalarle al vecino ignorante un arbusto moribundo de su jardín, o un bulbo que el viento había volado sobre la puerta del garaje, o un nido de avispas junto a un postigo.

—Si lo que dices es cierto, entonces no tienes por qué preocuparte, porque un buen amigo no haría lo que estoy sugiriendo. Pero antes, cuando miraba a la pequeña, no he podido dejar de preguntarme de dónde le venía ese color, y si he de ser sincera, la verdad es que David siempre ronda por tu casa.

—¿Y?

—Pues que es negro.

—Sí, ya me había fijado.

—Le he visto muchas veces en casa con Dana cuando tú no estás.

—Sí. Dana me lo ha dicho... no que le has visto, sino que David pasa.

—A veces está dentro hasta una hora.

—¿Sesenta minutos? ¿No cuarenta y cinco o noventa?

Monica se lo quedó mirando.

—Búrlate de mí si quieres, pero creo que David está enamorado de tu mujer.

—Seguramente —dijo Hugh, con más calma de la que sentía—, pero eso no significa que se vaya a meter en su cama. Mi esposa me ama, Monica.

—Pero puede haber amor y sexo, o solo sexo. David es un hombre muy sexy.

—Ah, eso explica por qué espías sus movimientos. Estás colada por él, ¿no?

Ella lo miró unos momentos, y dijo:

—Olvida lo que he dicho.

Y, dando un tirón de las correas, dejó que los perros la arrastraran hasta su casa. Justo a tiempo. De haberse quedado un minuto más, habría visto el sedán negro aparecer calle abajo. Robert, el hermano de Hugh, se apeó y dio la vuelta para ayudar a su tío a bajar.

Bradley Clarke era cinco años mayor que Eaton, lo que significa que tenía setenta y cuatro. No era ni tan alto ni tan apuesto como su hermano, aunque la mandíbula y la frente ancha de los Clarke eran un rasgo destacado en él, y lo que le faltaba en estatura lo compensaba con su buen hacer en los negocios. Había Clarkes más viejos, un puñado de primos de noventa y tantos años, pero Bradley era el que se encargaba de cuidar el legado familiar y eso hacía que todos le vieran como el patriarca.

Hugh admiraba a su tío. Y agradecía que los intereses de la familia estuvieran en unas manos tan capaces.

Dicho esto, lo cierto es que aquel hombre nunca le había gustado. Era arrogante, grosero y no tenía calidez humana. Robert, que trabajaba con él — y que en aquellos momentos entraba en la casa, mientras Bradley se quedaba en la acera con Hugh—, decía haber visto muchas veces su lado más humano. Hugh había preferido creerle.

Pero su fe se puso a prueba en el momento en que el anciano abrió la boca.

—¿Qué demonios es eso que va diciendo tu padre? Está de un humor de perros.

—Siento que lo haya pagado contigo —dijo Hugh con la debida deferencia, aunque no estaba dispuesto a rebajarse—. Ha dicho unas cosas muy feas sobre mi hija.

—¿Es tuya?

—Sí.

—¿Tienes idea de dónde le viene ese color?

—Me imagino que alguno de los antepasados de Dana era afroamericano.

—Entonces Dana es negra.

—Tu chófer también —dijo Hugh con ligereza, y agachó la cabeza para sonreír a Caleb. En más de una aburrida reunión familiar, Hugh se había pasado el rato en el camino de acceso, junto al coche, charlando con Caleb—. ¿Crees que le gustaría entrar a ver a mi hija?

—No es necesario —dijo Bradley—, pero yo sí entraré. —El hombre ya estaba subiendo los escalones de la entrada cuando David salió y le ofreció inocentemente la mano.

—Señor Clarke. Soy David Johnson. Me alegro de volver a verle.

Bradley se había quedado de piedra. Su mano estrechó la de David en un gesto mecánico. Luego entró en la casa.

Hugh renegó por lo bajo y se frotó la nuca.

—¿Problemas? —preguntó David.

Hugh resopló.

—Al menos no te ha visto echado encima de ella.

David puso mala cara.

—¿Cómo?

—Oh, vamos. Puedo tomármelo a risa hasta cierto punto.

—¿Me puedes explicar de qué hablas?

—Creen que tú eres el padre.

David puso cara de sorpresa.

—¿Eso creen? Uau. Me siento halagado.

—Sí, pues si tú te sientes halagado, yo me siento humillado. Dana es mi mujer. Me parece genial que te caiga estupendamente, pero ¿tienes que entrar en mi casa como si aquí tú fueras amo y señor?

David dio un paso atrás y levantó una mano.

—Oye, que no pretendía ofenderte.

Pero el dique se había roto. Hugh no pudo contenerse.

—Joder, ¿dónde está tu sentido común? Podemos fingir que no vemos de qué color es, pero ahí está la niña, que se parece a ti, y ahí estás tú, colgadito de mi mujer.

—Espera, espera. Tu mujer es mi amiga.

—Tú la conocías antes que yo —comprendió Hugh con cierto malestar—. ¿Había algo entre vosotros en aquel entonces? ¿Algún secreto que decidisteis no contarme?

—No.

—Pero tú sales con mujeres blancas continuamente. Y estuviste casado con una. En mi terreno eso se llama establecer precedentes.

—Estás meando fuera de tiesto.

—No me digas que meo fuera de tiesto —gritó Hugh—. ¡Es mi mujer!

—Hugh —dijo Robert abriendo la puerta mosquitera.

Hugh se volvió y miró furioso a su hermano y su tío. Tenía la sensación de que le estaban acorralando, de que le empujaban hacia algo que detestaba

pero no podía detener.

Sin apartar la mirada, David levantó una mano en un gesto de advertencia. Se dio la vuelta y bajó los escalones.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Bradley con tono imperioso.

Hugh estalló.

—¿Habéis visto a mi hija?

—Sí.

—¿Y creéis que es mi hija?

—Desde luego es una Joseph.

—¿Y el padre? ¿Quién os parece que es?

—Y tú, ¿quién crees tú que es el padre? —fue la respuesta de Bradley.

—Pensaba que era yo, hasta que todos habéis empezado a mirarle a él —dijo, señalando con el gesto hacia la casa de David—. Pero hay una forma de averiguarlo. ¿Tenéis idea de cuántos tests de paternidad he pedido para mis clientes? Sé cómo se hace y quién los hace mejor. —Y pasó junto a ellos a grandes zancadas para entrar en la casa.

Dana estaba cansada. Le dolían las nalgas y los pechos empezaban a endurecerse. Estaba encantada de haber visto a los amigos, a David, pero habría sobrevivido perfectamente sin el tío y el hermano de Hugh. Robert había hecho el paripé de mostrarse cariñoso; el tío ni siquiera lo había intentado. Y ahora Hugh, que decía... ¿quééé?

—Quiero hacerme la prueba de paternidad. Ya he oído suficientes comentarios.

—¿Prueba de paternidad? —preguntó con incredulidad.

—Para demostrar que soy el padre de Lizzie.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando —dijo con tono agrio— de David. Todo el mundo habla de él. Quiero tener una prueba.

Dana no se lo podía creer.

—¿Una prueba?

El bebé empezó a llorar. Dana se levantó con esfuerzo del sofá y la cogió del cuco. Se puso a mecerla, pero la niña seguía llorando. Así que Dana se acomodó entre los cojines, se levantó la camiseta, se abrió el sujetador y rozó la boca del bebé con el pezón. Al principio Lizzie no se agarró. Movía los labios, buscaba, lloraba. Dana estaba empezando a pensar que había algo mal —¿no le había dicho Tara que los bebés recién nacidos ya saben mamar? Y Lizzie ya lo había hecho... ¿cuántas, diez, veinte, treinta veces?— cuando finalmente empezó a mamar.

—Una prueba —dijo él.

Sus ojos lo buscaron y le mantuvieron la mirada lo justo para ver que hablaba en serio.

—Si de verdad crees ni por un momento que esta es la hija de David, si crees que puedo interesarme por otro hombre que no seas tú, acostarme con un hombre que no seas tú, es que algo no va bien en nuestro matrimonio. —La voz le temblaba—. Pensaba que confiabas en mí.

—Y lo hago.

—Pero me estás acusando de tener una aventura con David —dijo ella sin apartar los ojos de Lizzie para no desconcentrarse—. Y no me digas que estás haciendo de abogado del diablo, porque no me lo creo. Se trata de confianza. —Estaba a punto de echarse a llorar. Consiguió contener las lágrimas, pero su voz quedó reducida a un hilo. Y entonces levantó los ojos—. ¿Qué nos está pasando, Hugh?

Hugh se pasó el antebrazo por la frente, luego se puso las manos en las caderas.

A Dana se le estaba partiendo el corazón. Aquel era su marido, su marido, y lo veía tan distante...

—¿De verdad crees que es de David? —preguntó con voz callada.

—No tiene mi color.

—Ni el mío, pero ninguno de los dos conoce con exactitud el color de todos y cada uno de sus antepasados. —Asintió con el gesto enseguida—. Vale, de acuerdo, tú sí. Pues entonces es que alguno de mis parientes vino de África. A mí no me preocupa. ¿A ti sí? ¿Qué problema hay? No eres ningún hipócrita, Hugh.

—No confundamos las cosas. La infidelidad no tiene nada que ver con la hipocresía.

Dana estaba fuera de sí por... ¿el qué, la incredulidad, la ira, el dolor?

—Entonces, es verdad: crees que he tenido una aventura. Si hubieras sido sincero con tu genetista, quizá te habría tranquilizado. ¿No tendríamos que estar buscando a mi padre?

Hugh levantó los ojos hacia la ventana y miró al mar. Cuando volvió a mirar a Dana, a la joven madre se le cayó el alma a los pies. Ella necesitaba calor humano, pero en los ojos de Hugh no veía ninguno. Ante ella tenía un abogado buscando hechos.

—Primero el test de ADN —dijo—. Eso demostrará que soy el padre.

Dana inclinó la cabeza sobre el bebé y empezó a llorar. Nunca, ni en un millón de años se habría imaginado que pudiera pasar algo así.

—Una prueba, Dana —dijo él—. Se trata de minimizar los daños. A ti no te importa lo que diga la gente, eso ya lo sabemos, pero a mí sí. Tú aún no estás en condiciones de ponerte a buscar a tu padre, y de todos modos será como buscar una aguja en un pajar. Esta es la forma más rápida de descartar una de las posibilidades.

Ella levantó la vista, furiosa.

—Ya que estás, ¿por qué no le haces la prueba también a David?

—Si se lo decimos, le ofenderemos. Si llamo a mi genetista y me dice que me haga la prueba, me sentiré avergonzado.

—¿Y qué pasa conmigo? —susurró Dana contra los pequeños rizos de la niña.

—Perdona, no te he oído.

Eso está claro, pensó ella, meciéndola con suavidad.

—Y hay otra cosa —siguió diciendo Hugh, con tono contundente—. Tú amamantas a la pequeña, Ellie Jo la acuna. Gillian o Tara o Juliette la cambian. Yo soy el padre, ¿qué pinto yo aquí?

Se sentía excluido. Dana se preguntó si no sería aquel el problema. Era una explicación algo rebuscada, pero al menos era algo. De otro modo no tenía sentido.

Así que cuando terminó de amamantar a Lizzie se la pasó a Hugh; luego subió lentamente al piso superior, se duchó y cogió su labor para distraerse; pero de pronto todo estaba mal: el hilo, el diseño, todo. En un arrebato de insatisfacción, sacó los puntos de las agujas y vio cómo todo se deshacía con un solo tirón como si no fuera más que otra ilusión. Metió aquel revoltijo de lana en su bolsa, abrió la ventana, se metió en la cama y escuchó el sonido del mar, deseando con desespero oír la voz de su madre.

Pero la marea no llevó hasta ella palabras de consuelo: solo estaba aquel nudo tan apretado en su garganta. Dejando aparte las explicaciones rebuscadas, Hugh le había dicho cosas que le habían dolido muy adentro.

Los puntos de una labor podían recuperarse, un jersey mal acabado podía rehacerse, una madeja defectuosa podía cambiarse. Con las palabras era distinto. Una vez dichas, ya no se pueden borrar.

Capítulo 8

Dana sabía lo que implicaba un test de paternidad. También sabía que los había de diferentes clases, desde los que se hacían a partir de la sangre, pelo o líquido medular, a los que utilizaban la saliva de un chicle usado. En sus casos, Hugh utilizaba cada vez más las pruebas de ADN, y le había hablado del tema con frecuencia. Sabía que para que los resultados fueran aceptados por un tribunal, había que seguir unas normas muy estrictas. Pero no permitiría ningún procedimiento invasivo con la niña, como sacarle sangre. Se lo dijo a Hugh muy en serio. Antes tendría que llevarla a juicio.

Hugh dijo que bastaría con un frotis bucal, que consistía en recoger células con unos pequeños bastoncillos de la cara interna de la mejilla. Y no perdió el tiempo. El jueves por la mañana, un mensajero llegó a la casa con tres kits para la prueba.

—¿Tres? —preguntó Dana, observando los kits con desagrado.

—Uno para cada uno —replicó él pacientemente.

—¿Y yo por qué lo tengo que hacer? Ya sabemos que soy la madre —dijo con un ligero tono de desafío.

—Tú das los parámetros —explicó—. Dado que la maternidad no se cuestiona, el laboratorio empezará comparando tu ADN con el de la niña. Los componentes genéticos que no coincidan entre vosotras tienen que venir del padre. Y luego comprobarán mi ADN para ver si yo tengo esos componentes.

Dana lanzó una mirada al mensajero, que estaba de pie en la cocina, esperando.

—¿Está como testigo para verificar que no intento cambiar tus muestras por las de David?

Hugh pidió al mensajero que esperara fuera. Cuando salió, Hugh dijo:

—Eso ha estado fuera de lugar.

—¿Por qué? Es una cuestión de confianza.

—No me lo estás poniendo nada fácil.

Dana estaba pálida.

—Estas últimas cuarenta y ocho horas tendrían que haber sido las más felices de mi vida, pero gracias a ti me siento espantosamente mal. De verdad, Hugh, en estos momentos, eres lo que menos me importa en el mundo. — Lanzó una mirada resentida a los kits—. ¿Podemos acabar con esto de una vez, por favor?

No les llevó mucho tiempo. Hugh tomó una muestra de la boca de la niña, luego una de la boca de Dana. Dana no apartó la mirada cuando Hugh se tomó la muestra a sí mismo, cuando selló los kits y se los entregó al mensajero. Cuando volvió a entrar, ella estaba arriba, duchándose otra vez. Luego colocó al bebé sobre el cambiador y lo lavó de la cabeza a los pies. Se sentía sucia después de la prueba. Necesitaba lavarse y lavar a la niña.

Tras vestir a Lizzie con un body limpio, la colocó en la cuna y la tapó con la mantita que le había hecho la abuela Ellie. Por unos minutos, mientras esperaba a que se durmiera, estuvo observando con asombro a aquella criatura tan perfecta. Luego miró a su alrededor en la habitación. Aquel lugar tendría que haber sido motivo de alegrías y satisfacciones. En apariencia era un espacio idílico, perfecto, lo cual mostraba hasta qué punto pueden engañar las apariencias.

De no haber estado tan cansada, Dana habría podido llorar por lo injusto de aquello. Se acurrucó en la mecedora, cerró los ojos y se adormeció. Oyó el timbre de la puerta, pero no hizo caso. Y lo mismo con el teléfono.

Poco después de mediodía, trató de amamantar a Lizzie de nuevo. Empezaba a subirle la leche y con los pechos tan hinchados parecía que a la niña le costaba mamar. O quizá el problema era la leche. Dana probó todo lo habido y por haber, hasta que finalmente la niña se agarró al pecho y empezó a mamar. Más preocupaciones.

—¿Quieres que la coja para ayudarla a eructar? —preguntó Hugh desde la puerta.

Dana levantó la vista, sobresaltada.

—Aún estás aquí.

—¿Dónde iba a estar?

—En la oficina —dijo, detestándose por el tono quejumbroso de su voz.

—Ya sabías que me iba a tomar unos días libres cuando naciera el bebé —explicó él.

Oh, sí, y se suponía que aquellos días de intimidad tenían que haber sido maravillosos. Se colocó a la pequeña contra el hombro y le frotó la espalda.

—Gillian ha llamado. No he querido despertarte.

Dana asintió.

—Y han llegado algunos regalos, todos muy bonitos —dijo él, aún en la puerta.

Dana podía haber preguntado por los regalos. Sentía curiosidad, pero la presencia de Hugh apagaba su entusiasmo.

—Aún estás enfadada —concluyó.

Ella miró un momento el rostro de Lizzie, le dio unas palmaditas en la espalda.

—Dime algo, Dana.

Ella le dedicó una mirada de desespero.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Qué lo entiendo? ¿Qué estoy de acuerdo con lo que has hecho? Pues lo siento. No es así.

Los labios de Lizzie se abrieron para expulsar una diminuta burbuja de aire.

A pesar de su enfado, aquel sonido hizo sonreír a Dana.

—Buena chica. —La arrulló un poco y, sujetándole la cabeza con los dedos, la levantó. Unos cálidos ojos de color chocolate le sonrieron—. Mi pequeña ya tiene dos días. ¿Quieres mamar un poquito más? Solo un poquito, ¿eh? Vamos a ver. —La colocó ante el otro pecho y, de nuevo, el bebé tardó en colocar los labios sobre el pezón. Hugh quizá dijo algo, pero Dana no le hizo caso. Cuando finalmente Lizzie empezó a mamar, se recostó en la mecedora y cerró los ojos.

—¿Está bien? —preguntó él.

—Sí.

—¿Por qué le cuesta tanto?

—Está aprendiendo. Y yo también.

Hugh calló por unos minutos.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó al cabo—. ¿Necesitas pañales, o crema o lo que sea? ¿Te traigo comida de Rosie's?

—No, gracias.

—¿Te preparo yo la comida con lo que tenemos en casa?

—Mi abuela me va a traer unos sándwiches.

—Oh. Vale. ¿Necesitas algo de la farmacia?

—Más tarde Tara me traerá un tubo de pomada para el culito. No necesito nada más. Pero podrías ir a por otro paquete de pañales. Me gustaría tener uno en el cuarto de la lavadora para cuando tenga que cambiarla abajo.

—Vale, enseguida. —Hizo una pausa, luego dijo—: En cuanto a las tarjetas...

Dana lo interrumpió.

—Tenías razón —dijo abriendo los ojos y mirándole—. No hace falta que mandemos ninguna tarjeta. Sobre todo si no sabemos si tú eres el padre.

Él suspiró.

—Dana.

—¿Qué? ¿No tendría que estar enfadada porque pienses que he tenido una aventura? ¿Y por qué lo piensas? ¿Porque yo fui hija ilegítima? ¿Porque nuestro bebé no se parece a ti? En realidad, sí se parece a ti, Hugh. Tiene tu boca.

—Yo no lo veo.

—Eso es porque solo te fijas en el color. Pero si la miras con atención, verás que tiene el mismo gesto en las comisuras. No todo el rato, solo cuando mira algo con atención. Una pequeña boca pensativa como la de Hugh. Qué irónico, ¿verdad?

Hugh no dijo nada.

Dana volvió a cerrar los ojos y dejó que Lizzie mamara hasta que pareció que se cansaba. Entonces la apoyó sobre sus piernas y, sujetándola por el mentón con una mano, le frotó la espalda.

—¿Quieres que lo haga yo?

Dana estuvo a punto de decir «no hace falta», pero no soportaba hablar con una voz tan amarga, y ya habían brotado bastantes palabras amargas de su boca. Así que le pasó al bebé con cuidado, luego cogió un montón de ropa sucia de la canasta y la llevó al cuarto de la lavadora. Se preparó una taza de té, y lo estaba tomando cuando Ellie Jo llegó.

Dana se sintió mejor enseguida. Su abuela era una superviviente. Era una prueba andante de que las cosas malas acaban por pasar.

Mientras Ellie Jo llevaba a Lizzie a su habitación, Dana volvió a la suya. Desesperada por recuperar algo de normalidad, cogió unos shorts tejanos de antes del embarazo y se los puso y, aunque le costó, al final la cremallera subió. Animada, se puso un top rosa, unos zapatos de lona y se recogió el pelo en un moño.

Poco después, estaba con su abuela en el patio. Ya se habían terminado los sándwiches y estaban estiradas en unas tumbonas bajo el entoldado, haciendo punto, mientras el bebé dormía junto a ellas en el cochecito. Aunque el sol de finales de agosto templaba la hierba, la brisa del mar suavizaba el calor. En este estado de ánimo Dana tejió, haciendo una vuelta del derecho y una del revés, con rapidez, sumando centímetros al saquito de dormir verde musgo que Lizzie necesitaría cuando llegara el otoño.

Cruzó los pies descalzos y aspiró. Le encantaba el mar, siempre le había gustado, lo cual no dejaba de ser extraño, teniendo en cuenta la forma en que había muerto su madre. Un verano después de que Elizabeth se ahogara, Ellie Jo llevó a Dana a la playa y, aunque la niña estaba asustada, en cuanto empezó a nadar el mar la relajó. A Elizabeth le encantaba el mar. Dana se imaginaba que su alma vagaba libre entre las olas. Y se sentía en paz.

Y así, con el olor de la sal relajando sus sentidos y las agujas de tejer moviéndose hipnóticamente, sintió que empezaba a superar el estrés.

Cuando su madre murió la vida había seguido. Y ahora pasaría igual, la vida seguía.

Al cabo de un minuto, dejó la labor a un lado y fue hasta el fondo del césped. Las últimas rosas rugosas eran salpicaduras de rosa contra un mar de verde. Se arrodilló, ahuecó la mano tras una, tocó sus pétalos. Las flores le reconfortaban tanto como el olor del mar.

—¡Dana! ¡Eh, Dana! ¡Dana! ¡Aquí! Soy yo, Ali.

Dana miró hacia el patio de David. Sí, desde luego, allí estaba Ali. Siete años, enjuta y fuerte, dando brincos y agitando las manos. Con una explosión de pelo alrededor de la cara.

Dana la saludó con una amplia sonrisa. Se levantó y empezó a avanzar hacia la niña. No había verja ni setos entre las dos casas. Y, aunque la casa de David era de estilo Cape contemporáneo, muy distinto de la suya, su jardín presentaba la misma mezcla de hierba y vegetación costera.

Ali saltó a los brazos de Dana.

—Papá dice que no te tengo que molestar, por eso he esperado a que salieras. Papá dice que tienes un bebé. Quiero verlo, ¿puedo?

—Primero deja que te mire —dijo Dana. Dejó a la niña en el suelo y le sujetó el mentón.

La piel tostada de Ali brillaba al sol, y la primera palabra que le vino a Dana a la cabeza fue «radiante». Sus ojos marrones estaban exaltados, la boca esbozaba una amplia sonrisa que dejaba al descubierto sus dientecitos blancos y la mata de pelo de su cabeza tenía docenas de tonalidades de marrón.

Ali siempre le había gustado... siempre le había atraído la alegría con que la criatura veía la vida. Le dio otro abrazo y se apartó un poco para mirarla.

—Eres más alta y más guapa que antes, ¿cómo puede ser?

—Ya soy mayor. Pronto tendré ocho años y he jugado al fútbol casi todo el verano, por eso mamá dice que se me están alargando las piernas. ¿Puedo ver al bebé?

—¡Alissa! —llamó David desde la puerta de atrás de su casa—. ¡Te he dicho que no molestaras a los Clarke!

En otro momento Dana se habría tomado el comentario como una orden inocente, pero las sospechas de su marido habían hecho desaparecer cualquier cosa que se pareciera a la inocencia.

—No me molesta —le gritó Dana—. Hugh ha salido un par de horas, estoy sola con mi abuela. ¡Ah! —añadió divertida, volviendo a concentrarse en Ali—, y con la niña. Aún es tan reciente que me olvido, y por supuesto que puedes verla. Corre a echar un vistazo, y de paso saluda a la abuela Ellie.

La niña se alejó corriendo, accionando brazos y piernas. La abuela Ellie levantó la vista y se puso de pie para acompañarla junto al cochecito.

Dana se estaba preguntando si Ali se fijaría en el color de Lizzie cuando David se acercó. Llevaba un polo y pantalones caqui, y era evidente que se había tomado unos días libres ahora que su hija había venido.

—Esto podría ser muy embarazoso —dijo David—. Ali querrá estar aquí contigo, pero a tu marido no le va a hacer ninguna gracia.

Con su acostumbrada espontaneidad, Dana le oprimió el brazo con fuerza.

—Hugh adora a Ali.

—La adoraba, pero mira, yo le caía bien. Piensa que el bebé es mío, ¿lo sabías?

—¿Te ha dicho eso? —preguntó Dana abochornada—. Perdónale. No es él estos días.

—O tal vez sí —repuso él—. Quizá lo que vemos ahora es el verdadero Hugh. Y no sería ninguna excepción. ¿Sabes cuánta gente piensa que cree en la igualdad entre razas hasta que una familia afroamericana intenta instalarse en la casa de al lado? ¿Sabes cuánta gente cree en la discriminación positiva hasta que rechazan a su hijo en la misma facultad en la que aceptan a un chico negro con notas inferiores?

—David...

Él suavizó el tono.

—¿Sabes cuántas veces he deseado que fueras mi mujer? Quizá Hugh lo intuye, pero los dos sabemos que nunca te he tocado. —Se le descompuso el rostro—. Dios, nunca me has mirado como le miras a él. ¿En qué está pensando este hombre?

—No piensa —dijo ella, y por un instante se preguntó si David lo estaba haciendo. «Sabes cuántas veces he deseado que fueras mi mujer». No quería oír aquello, así que se concentró en lo que David había dicho de Hugh y se preguntó si sería cierto. Siempre había creído que Hugh era un hombre de

fuertes convicciones, pero entonces ¿cómo explicar su reacción al nacimiento de Lizzie?

—¿Lo está pagando contigo? —preguntó David.

Dana no mencionó el test de paternidad. Era demasiado humillante. En vez de eso, miró al mar y suspiró.

—No sabría decirte quién está haciendo qué a quién. Aún nos mantenemos dando alguna cabezada cada dos o tres horas y, entre el cansancio y la novedad, es todo muy extraño.

—¿Te ayuda? Yo lo haría. A pesar de todas las cosas que hice mal en mi matrimonio, ayudé con Ali.

Dana le miró.

—¿Qué hiciste mal?

—Puse el trabajo antes que mi mujer. Puse a Ali por delante. La traté como a una criada.

—¿Deliberadamente?

—No —dijo, y los labios se le crisparon en una mueca agria—. ¿Fue algo inconsciente? Tal vez. La madre de mi madre fue criada. Mi madre era maestra, pero hacía todo el trabajo de casa. Así que no sé, quizá en el fondo sentía que era justo que mi esposa blanca limpiara retretes. —Se encogió de hombros—. De verdad, ella lo pasó peor que yo.

—¿Le fuiste fiel? —preguntó Dana. Seguro que Hugh se lo estaba preguntando.

David miró a Ali. La niña movía el carrito adelante y atrás bajo la mirada atenta de Ellie Jo.

—¿Crees que despertará al bebé?

—No. No pasa nada. ¿Lo fuiste, David?

Él tardó unos instantes en contestar.

—Le fui fiel hasta el final. Para ese entonces Ali era la única cosa que Susan y yo compartíamos. Yo estaba demasiado ocupado y solo. Tuve un rollo de una noche. Susan se enteró. Y se acabó. Al día siguiente me pidió el divorcio. Era como si solo hubiera estado esperando una excusa. Supongo que era más aceptable hablar de infidelidad que de incompatibilidad racial.

—¿Incompatibilidad racial? Y eso qué significa.

—Creo que cambió de opinión.

—¿Sobre lo de casarse con un afroamericano? ¿Tú crees?

—Quizá no —concedió David—. Quizá eran imaginaciones mías. Yo era cirujano, ella enfermera. No dejaba de decir a la gente, como si fuera un chiste, que conmigo se había llevado el lote completo. Pero lo dijo

demasiadas veces. Sus amigos, nuestros amigos, eran casi todos blancos. Y acabé por pensar que sentía la necesidad de justificar por qué había accedido a casarse conmigo.

—Eso me suena más a inseguridades tuyas.

—Puede.

—¿Y Ali? ¿Se disculpa tu esposa por ella?

—No, cree que Ali es la mejor niña del barrio, la más lista, la más guapa... y presume de ella cuanto puede. ¿No será una forma exagerada de compensar?

—No. Ali es la mejor —dijo Dana, consciente de que estaba siendo parcial—. Estás exagerando.

—Bueno, en todo caso, viven en Manhattan. La mitad de los niños de su escuela son no caucásicos, así que el color no es un problema.

—¿Se fijará en el color de Lizzie?

—Seguramente no. El color de una persona no es una de sus prioridades. Ella no se siente distinta en ningún sentido.

—¿Y te da miedo que más adelante las cosas cambien?

Él dio un suspiro para serenarse.

—Sí, me preocupa. Si se enamora de un blanco, sus padres seguramente no se alegrarán. A los padres de mi mujer no les hizo ninguna gracia. —Se aclaró la garganta—. Insistimos tanto en lo de mi trabajo como cirujano por ellos.

—¿Están muy unidos a Ali?

—Sí, desde el primer momento vieron en ella rasgos de su hija. Dale tiempo a tus suegros, Dana. En estos momentos, Lizzie es solo una cosa. Todos los bebés lo son. En cuanto desarrolle una personalidad, se enamorarán. No podrán evitarlo.

—¿Quieres decir que la querrán aunque no quieran? —dijo Dana con sequedad—. El hecho de que no parezca una Clarke...

—No es eso —la interrumpió David—. No habría ningún problema si fuera igual que tú. El problema es el color.

A Dana no le gustó cómo sonaba aquello.

—¿Es eso lo que le espera en su vida... que todo el mundo se fije primero en su color? ¿Qué ha pasado con lo políticamente correcto?

—Es un ideal. Pero, demonios, es absurdo. Cuando un tipo roba un banco y la policía dice que están buscando a un individuo de metro ochenta y cinco, pelo oscuro, larguirucho, que vestía tejanos y chaqueta roja la última vez que fue visto, ¿no tendrían que mencionar también el color? ¿No tendría que

formar parte de la descripción física? Y no me digas que el cajero del banco no se fijó. —Su voz se llenó de apasionamiento—. Es una exclusión tan obvia que habla por sí misma. De modo que sí, el color es lo primero que verá todo el mundo. Siempre es lo primero. Y quien diga que no es así, miente.

—Estás alterado. Y es por culpa de Hugh.

—No, Dana. Te estoy diciendo las cosas como son.

—¿Cómo son para tu hija, para la mía?

—Para las dos. Siempre está ahí, entre bastidores.

—Nunca te había oído hablar así.

—Nunca habíamos hablado de este tema.

Dana se dio cuenta de que era cierto. David siempre había sido David, sin más.

—¿Ha habido algún momento en tu vida en que no fueras consciente del color? —preguntó.

—¿Cómo elemento discriminatorio? Desde luego. Cuando era pequeño. Mi padre era blanco. Uno de mis hermanos era igual que él. En nuestra casa el color de la piel no era más que otro rasgo físico, como el color del pelo.

—¿Y cuándo cambió eso?

—Cuando tenía cuatro años. En el patio de la escuela los niños pueden ser bastante crueles. Yo no tenía ni idea de lo que significaban las palabras que me decían. Mis padres me lo explicaron.

—¿Cómo? ¿Qué te dijeron?

—Dijeron que la gente siempre se apega a los que son como ellos, que se sienten amenazados cuando ven a alguien diferente, que la diferencia en el color de la piel es la más difícil, porque no se puede esconder. Estudié más que nadie en la Facultad de Medicina, y sigo haciéndolo ahora que soy médico. Pero después de todo este tiempo ¿crees que me puedo sentar tranquilamente y relajarme? Piénsalo bien. —Se señaló la cara—. Cuando las cosas van mal, esto es lo primero que mencionan.

—¿Contigo? —preguntó ella con escepticismo.

—Créeme, Dana. Mira lo que está pasando en tu casa, contigo, con tu bebé. ¿Cree que es mío? ¿Es que está loco?

—Es por su familia...

—Uau —David la interrumpió abriendo mucho los ojos, furioso—. Hugh ya tiene... ¿cuántos, cuarenta años? No le echas la culpa a su familia. Ya es mayorcito, y tiene boca.

—Y la ha usado, créeme, pero esa familia representa un estilo de vida.

—¿Cómo puedes defenderles?

—No les defiando. Viven en un mundo tan enrarecido que en algunas cosas van con medio siglo de retraso.

—Bueno, pues se equivocan.

—Claro que se equivocan. No puedo creer que el resto del mundo sea tan malo, no quiero creerlo. Tu Ali es feliz. Acepta su color, igual que acepta su pelo o su sonrisa. Quiero que Lizzie sea así.

—Entonces trabájate a tu marido —le recomendó David.

—Papi —exclamó Ali, que se acercó corriendo—. Acabo de ver a la pequeña Elizabeth. Dana, es muy pequeña. —Y, encogiendo los hombros unió el índice y el pulgar ante su rostro—. Tiene la naricita muy chica, y la boca, y los ojos. ¿Cómo puede ser tan pequeña?

Dana le puso la mano en la cabeza con afecto.

—Solo tiene dos días de vida. ¿A que es maravilloso?

Ali la cogió de la mano.

—Quiero cogerla. La abuela Ellie dice que tengo que pedirte permiso. ¿Puedo, Dana?

—Primero se tiene que despertar.

—¿Puedo llevármela de paseo? ¿Puedo empujar el carrito? La abuela Ellie dice que a lo mejor me dejas...

—No puede ser, bichillo —dijo David—. Dentro de un rato tenemos que ver al profesor de natación.

—Voy a hacer clases en la piscina del pueblo —le explicó Ali a Dana, dándole la espalda a su padre—. ¿Puedo más tarde? —suplicó—. Tenemos toda la tarde y toda la noche.

—No, no podemos —replicó David—. Tenemos que comprar cosas para salir de acampada, y luego hay que hacer las mochilas. Nos vamos mañana al amanecer.

—Voy a llevar un saco de dormir —dijo Ali exaltada, pegándose mucho a Dana— y una linterna y una mochila. La abuela Ellie le va a hacer un jersey a Elizabeth. Yo también le quiero hacer uno. ¿Puedo, Dana?

—¿Un jersey? —bromeó Dana—. ¿Cuándo has aprendido a hacer punto?

—Aún no he aprendido, pero la última vez que vine, me prometiste que me enseñarías, y quiero aprender.

—¿No eres un poco pequeña? —preguntó David.

—No. Dana aprendió cuando tenía siete años. Y yo ya casi tengo ocho. David suspiró.

—Puede. Pero no es buen momento. Dana acaba de tener un bebé.

Tras deslizar un brazo por la cintura de Dana, Ali dijo:

—Yo puedo cuidar del bebé mientras me enseña. —Y levantó la vista para mirar a Dana—. ¿Me enseñarás en la tienda de labores?

—Ali —dijo David con tono severo, pero Dana le tocó el brazo.

—Me encantaría, David. Vuelves de acampada el domingo por la noche, ¿verdad? ¿Qué te parece el lunes?

—Yo no haría promesas si fuera tú —le advirtió. Y sus ojos añadieron «Piensa en Hugh».

—Puedo hacer lo que quiera —dijo con firmeza—. Me encantaría enseñar a Ali a hacer punto, y me parece perfecto empezar el lunes.

Capítulo 9

La madre del jardín era Crystal Kostas, aunque Hugh no supo cuál era su apellido hasta que se encontraron cara a cara. Cuando la mujer llamó a su despacho el jueves a media tarde, se limitó a dar el nombre de Crystal y tampoco quiso dejar su número de teléfono. Por suerte, Sheila, la secretaria, intuyó su nerviosismo y concertó una entrevista para el viernes por la mañana.

Crystal llegó a la oficina vestida con falda larga y camiseta de tirantes. Llevaba sus cabellos castaños sujetos a la altura de la nuca con un pasador que suavizaba los reflejos dorados. Pero tenía las sandalias muy gastadas, y parecía más agotada que la vez anterior.

Hugh la acompañó desde recepción y cerró la puerta cuando entraron en el despacho. Le indicó uno de los asientos de cuero y, como vio que estaba muy nerviosa, dijo:

—¿Prefieres que haya otro abogado aquí con nosotros?

Ella meneó la cabeza y miró alrededor, a los diplomas de las paredes, la fotografía de Dana que había sobre el bufete, a algunos de los topes de bronce, creación de uno de los artistas de Martha's Vineyard. Sus padres aún conservaban la casa de Menemsha, pero él y Dana solo habían estado allí una vez aquel verano.

—¿Puedo ofrecerte una taza de café?

Ella meneó la cabeza de nuevo.

Hugh puso un cenicero en la mesita auxiliar, donde pudiera alcanzarlo, y se sentó.

La joven se puso a mirar las fotografías de la pared. Estaban enmarcadas en madera, y eran las típicas instantáneas de bailes de beneficencia en las que aparecía hombro con hombro con celebridades. Se sentiría impresionada. A la mayoría de clientes les pasaba. ¿No era esa la idea?

Hugh se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Hoy sí tengo aspecto de abogado? —Iba vestido con pantalón marrón, una camisa con el cuello abierto y un blazer azul marino.

Ella le lanzó una mirada.

—Sí.

—¿Cómo está tu hijo?

—No muy bien.

—¿Está estable?

Ella asintió.

—Dime más cosas, Crystal.

Ella se mordió el lado de la boca. Finalmente, con aire resignado, dijo:

—Se está recuperando bien de la operación. Le han escayolado el cuerpo, y la pierna rota también. Pero al menos el dolor y el entumecimiento han desaparecido. Y la parálisis.

—¿Parálisis?

—Oh, ummm... —y agitó una mano con inseguridad—, dijeron que era anestesia no sé qué. Caudal. —Levantó la vista; su ojo izquierdo seguía desviándose hacia el lado—. Anestesia caudal. No podía controlar la vejiga. Con la operación eso se ha arreglado.

—¿Cuándo podrá volver a casa?

—Pronto. —Por su expresión, Hugh supo que eso no era bueno—. No sé cómo lo haré para subirle y bajarle por las escaleras con tanta escayola. Y aún falta algún tiempo para que nos digan algo de las placas de crecimiento.

—¿Cuánto es algún tiempo?

—Unas seis semanas quizá, cuando volvamos para que le pongan una escayola más pequeña. O si no en unos dos años. No quieren que Jay crezca con un lado menos desarrollado que el otro. Y para evitarlo habría que volver a operar. —Pareció alterarse—. No dejaban de hablar de un médico de la Universidad Washington como si fuera la única persona a quien ellos confiarían a su hijo. Pero eso está en Saint Louis, y yo no tengo dinero para viajar. Y entonces un día estaba ayudando a Jay a comer y entra una señora del hospital y se me pone a hablar de dinero, porque por lo visto cuando pensaban que no tenía nada estaban deseando operar a Jay, pero luego empezaron con el papeleo y ahora dicen que gano demasiado. Gano veintiocho mil al año. ¿Sabes lo poco que es eso cuando intentas sacar adelante a un hijo?

Hugh había hecho los cálculos con otros clientes.

—¿Todavía quieres seguir con esto?

—No puedo pagarte —señaló ella.

—Ya te dije que no te cobraría, y te prometí que lo pondríamos por escrito. Dame tu nombre completo, es lo primero que haré. —Cogió papel y un bolígrafo del escritorio—. Te llamabas Crystal, ¿verdad?

—He comprobado quién eres —dijo ella—. Nadie te ha denunciado.

—No.

—Y ganas mucho.

—Lo intento.

—Y tu mujer acaba de tener un hijo.

—¿Cómo has averiguado eso? —preguntó él con cierto recelo—. Los registros hospitalarios son privados.

Ella alzó el mentón, con cierta satisfacción.

—El otro día, después de hablar contigo, fui al mostrador de información y dije que venía a visitar a los Clarke. Me dijeron el número de habitación. Solo quería asegurarme de que no me habías mentido.

—Yo no miento —dijo Hugh, y esperó. La joven ya sabía lo que había que hacer si seguían adelante—. Empecemos por el nombre. Los tres nombres, el tuyo, el de él y el del niño.

Dio el suyo primero.

—Mi apellido es Kostas. —Y se lo deletreó mientras él escribía—. Mi hijo es Jay Liam Kostas.

—¿Y el del padre?

—J. Stanton... —vaciló.

J. Stanton. Solo había un J. Stanton en el congreso.

—¿J. Stanton Hutchinson?

Ella apretó los labios.

—¿Stan Hutchinson es el padre de tu hijo? —preguntó asombrado.

—No me crees —dijo ella cogiendo su bolso—. No tendría que haber venido.

Él la cogió por la muñeca.

—Te creo. Conozco su reputación con las mujeres. —La soltó—. Por favor, siéntate.

Ella tragó, se sentó.

—¿Reputación? —preguntó débilmente—. Cuando lo oyes hablar por televisión nunca se te ocurriría pensar que tiene nada de malo.

—Desde luego. Ese hombre predica con el ejemplo. Pero, escucha, no me gusta tener que preguntarte esto... —Se detuvo. Muchas mujeres hacían ciertas cosas pensando que conseguirían apartar al hombre de su esposa. Y se preguntó si ese había sido el caso de Crystal Kostas.

Pero ella habló primero, con desapasionamiento.

—Me vas a decir que no soy la primera, pero eso ya me lo dijo su secretario cuando llamé. Se rio con esa risa horrible y dijo que las mujeres

siempre están tratando de colgarle cosas al senador y que tendría que ponerme a la cola. Me dijo que sería una pérdida de tiempo, porque todo el mundo sabe que el senador está casado y que no cree en el chantaje. Bueno, pues el caso es que yo no quiero nada del senador —dijo con desagrado—, solo quiero que mi hijo reciba los cuidados médicos que necesita... su hijo.

—Hutchinson. Será un buen caso.

—¿Crees que puedo ganar?

—Suponiendo que podamos demostrar que estuviste con él en el momento de la concepción. Es lo que te dije el martes en el hospital. Hutchinson no querrá que se dé publicidad a este asunto. Dos de sus temas más importantes son los valores familiares y la atención médica para las clases desfavorecidas. El caso de tu hijo es como una burla a sus palabras en los dos campos.

—Pero, todas esas otras mujeres... ¿sabes lo sucia que eso me hace sentir?

Hugh podía haberle dicho que se había acostado con un hombre casado. Pero su trabajo no era juzgarla, solo tenía que representarla y defender sus derechos.

—Lo irónico —dijo él— es que el senador ha estado con tantas mujeres que a su jefe de personal le basta con hacer que se sientan sucias. —Se recostó en el asiento y sonrió—. Por lo visto, ninguna de esas mujeres tenía recursos suficientes para enfrentarse a él. Yo sí. —Cogió su taco de notas—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve.

—¿Y el niño tiene cuatro?

—Sí.

—¿Dónde vives?

En cuanto tuvo la dirección escrita en el papel, arrancó la hoja y llamó a Melissa Dubin. Un hombre se desenvolvería mejor con el hombre de Hutchinson, pero Crystal se sentiría más a gusto con Melissa, y en aquellos momentos Crystal era fundamental. Sin pruebas que corroboraran sus palabras, no podrían obligar a Hutchinson a hacerse una prueba de paternidad. Y eso era lo único que demostraría más allá de toda duda que era el padre.

Hugh pensó en Dana y se sintió inquieto. Estaba realmente enfadada. No quería pensar que se había acostado con David, pero ¿hasta qué punto conocía él a David? ¿Hasta qué punto conocía a Dana?

—Háblame de ti —animó a Crystal.

Ella metió la mano en el bolso y sacó un cigarrillo, pero no hizo ademán de encenderlo.

—Pregunta.

—¿Te criaste en Pepperell?

—Sí.

—¿Con tus padres?

—Mi padre murió cuando yo tenía diez años. Cáncer de pulmón.

Hugh trató de no mirar el cigarrillo que tenía en la mano. Él no era médico, y desde luego tampoco era un juez.

—¿Tienes hermanos?

—Un hermano en las fuerzas aéreas. No le vemos mucho.

—Entonces, ¿vives sola?

—Con Jay.

—¿Sales con alguien?

—Antes sí. —Frunció el ceño—. No he salido con nadie desde que tuve a Jay pero ¿qué importa eso?

Hugh dejó el bolígrafo.

—Si declaras que Stan Hutchinson es el padre de tu hijo, lo primero que hará esa gente es tratar de demostrar que tienes una conducta promiscua. Un test de ADN demostraría quién es el padre de Jay, pero no querrán que se haga. Si tienes un historial de aventuras de una noche, o algún problema del que pueda haber algún tipo de registro, debo saberlo. ¿Hay alguna cosa de tu relación con los hombres que deba saber?

—No.

Alguien llamó con suavidad a la puerta y Melissa entró. Hugh se la presentó a Crystal, le dio la hoja que había arrancado y le pidió que redactara el acuerdo.

En cuando Melissa salió, Hugh volvió a mirar a Crystal.

—Tendré que hablar con los médicos que llevan a tu hijo. ¿Te parece bien?

—¿Mi palabra no es lo bastante buena?

—Para mí sí. Pero a Hutchinson o al juez no les bastará. Cuanta más gente pueda corroborar lo que dices, mejor. Jay está en un buen hospital. La declaración de los médicos será crucial para establecer la gravedad de su estado. Entre otras cosas, necesitamos saber a cuánto ascenderán sus gastos médicos en los próximos dos años.

Crystal se llevó el cigarrillo a los labios y se puso a revolver en su bolso buscando una cerilla.

Hugh le dejó su tiempo. Por lo que había visto hasta el momento, sabía que tomaría la decisión correcta.

—Vale —dijo ella al fin—. Su médico se llama Howe. Steven, creo.

Hugh había oído el nombre. Steven Howe era de los mejores. Eso ayudaría. Escribió el nombre en su cuaderno y pasó a la página siguiente.

—Háblame de tu trabajo.

—Soy camarera.

—¿Siempre?

—Sí. Empecé trabajando los fines de semana cuando tenía dieciséis años. Y si esperas que diga que quería ir a la universidad, pues no. Me fue fatal en el instituto. Odio estudiar.

—Entonces háblame del trabajo. ¿Dónde trabajas?

Ella dio una calada al cigarrillo. Dejó escapar un penacho de humo y dijo:

—Es un bar-brasería. Hay montones de cerveza y pollo. Montones de clientes habituales que dejan muchas propinas. Y bebida. Mucha bebida. La bebida es lo que más beneficios nos da a mí y mi jefe.

—¿Quién es tu jefe?

Ella se miró las manos, giró el cigarrillo, dio otra calada.

—Tengo que saberlo —le explicó Hugh con delicadeza—. Él es quien tendrá que corroborar que Hutchinson estuvo allí una noche que tú trabajabas.

—Todd MacKenzie —musitó ella—. Mac's Bar and Grill. Es el propietario.

Hugh lo anotó.

—¿Cuánto hace que trabajas allí?

—Ocho años, menos los primeros dos meses después de tener a Jay.

—¿Estuviste trabajando hasta el momento del parto? —preguntó Hugh con sorpresa.

—No engordé tanto. Y además —añadió con una media sonrisa—, a los clientes les caigo bien. Todos fueron muy protectores conmigo.

Hugh sospechaba que más de uno estaría colado por ella. Crystal era atractiva.

—¿Sabe Todd quién es el padre de tu hijo?

—Tenía sus sospechas. Y yo no las desmentí.

—¿Te vio marcharte con Hutchinson?

—No me fui con él. Estaba esperando en su coche cuando salí.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿El coche era alquilado?

—No sé.

—¿Color? ¿Tipo?

—No lo recuerdo.

—¿Quién se acercó a quién?

—Yo fui hacia su coche. Estaba esperando y ya no quedaba nadie. Me preguntó si podíamos ir a algún sitio. Y le dije que me siguiera.

—¿Por qué?

—Él no conocía el camino.

—No, no es eso, ¿por qué quisiste ir con él? Has dicho que no te ibas con cualquiera.

Ella se llevó el cigarrillo a la boca, inhaló.

—Me sentía sola. Él estaba allí, era guapo.

—¿Sabías que estaba casado?

—En aquel momento no.

—Vale. Os fuisteis a un motel. ¿Nombre?

—El Exit Inn. Está en un lugar bastante apartado. Hugh lo apuntó.

—¿Y tú cogiste la habitación?

—Sí. Me dio dinero en efectivo.

—¿Conoces el nombre del recepcionista que te atendió?

—No.

—Retrocedamos un poco. ¿Hutchinson vestía con traje?

—No. Llevaba camisa a cuadros y pantalón.

—¿Camisa de franela? ¿De caza?

—Sí.

—¿De qué color?

—No me acuerdo.

—¿Flirteaste con él cuando estabas en el restaurante?

—No con palabras. Había ese... ese algo cuando me miraba.

Hugh no tuvo que preguntar a qué «algo» se refería. Hutchinson era un experto en mujeres, podía estar hablando en una habitación llena de gente, pero cuando clavaba su mirada en una mujer, le hacía sentirse como si fuera la única persona presente.

—¿Se dio cuenta alguien? ¿Tu jefe, tal vez?

—No lo sé.

—¿Habló Hutchinson con alguno de los otros clientes?

—No me acuerdo.

—¿Pagó la cena con tarjeta de crédito? —preguntó Hugh. Un tíquet demostraría que había estado allí.

—Él no pagó. Pagó el tipo que estaba con él.

—¿Recuerdas la fecha?

—Diecisiete de octubre.

—No has dudado ni un momento —comentó Hugh.

—Era el día de mi cumpleaños. Nadie se acordaba, y él no lo sabía, claro. Pero fue como mi regalo para aquella noche. —Apagó el cigarrillo—. Jay es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca. Y, si quieres que te diga la verdad, jamás me he arrepentido de tenerlo. Es lo mejor que ha pasado en mi vida. Su padre solo fue... —el labio superior se crispó— solo fue un medio para conseguir a Jay. De no haber sido por el accidente, no se me habría ocurrido volver a acercarme a él.

Aunque aquella seguridad le tranquilizaba, suscitaba una nueva pregunta.

—¿Lo planeaste? —preguntó—. ¿Querías quedarte embarazada? Eso entorpecería bastante el caso.

—No —dijo ella con un especial énfasis—. Le obligué a ponerse un condón. Solo que falló.

—Entonces, si no querías tener nada que ver con él —planteó Hugh tratando de acorralarla, igual que haría el abogado de Hutchinson cuando la hiciera declarar—, ¿por qué le llamaste cuando Jay nació?

—Solo quería que supiera que tenía un hijo.

Hugh estaba pensando que Stan Hutchinson tenía otros dos hijos y tres hijas, por no mencionar a los nietos, cuando Crystal dijo:

—Pensé que quizá quisiera conocer a su hijo. Qué tonta. Pero aprendí. No volví a llamar. Y no querría para nada su dinero si Jay no estuviera enfermo. Dices que no querrá que esto se haga público porque perjudicaría su imagen, pero ¿y yo? ¿Crees que me gusta tener que ir detrás de una persona que me considera indigna?

—No, ya me imagino que no.

—Pues no me gusta, no —dijo ella con cierta dureza—. No necesito a ningún ricachón. Son todos superficiales, insensibles, avariciosos. Utilizan a la gente y cuando terminan la tiran como si no valieran nada.

—Yo soy rico —dijo Hugh. ¿Superficial e insensible? No, su prueba de paternidad solo era para contestar a las dudas de sus padres y acallar los chistes de sus amigos.

Melissa Dubin volvió con el acuerdo abogado-cliente. Hugh lo leyó y se lo pasó a Crystal.

Ella se lo leyó una vez, y luego volvió a leerlo.

—¿Dónde está la trampa?

—La trampa está en que una vez lo firmes, tienes que cumplir con tu parte. Tienes que buscar en tu cabeza... pero en plan serio, y contarme cualquier detalle que recuerdes de cuando estuviste con Hutchinson. Cualquier cosa, si llevaba reloj, alguna peculiaridad en sus maneras, su ropa, su cuerpo. Hablaremos con los médicos, con tu jefe, pero eres tú quien estuvo con ese hombre. Dime si tiene un lunar en la parte posterior del muslo y, suponiendo que no haya aparecido en ninguna revista, le pondremos en un bonito aprieto.

Ella parecía disgustada.

—No puedo hacerlo si no me ayudas —le advirtió Hugh—. Te estoy ofreciendo mis servicios gratuitamente, pero no me gustaría fracasar, que es lo que pasará si no cooperas. ¿Estás conmigo?

Ella vaciló un instante, pero firmó. Hugh firmó a continuación, plegó una copia, la metió en un sobre y se la entregó.

—¿Tratarás de recordar?

—¿Ahora?

Él se acercó a la cajonera, sacó un pequeño cuaderno, añadió un bolígrafo y se los entregó.

—En cuanto puedas. Empieza a anotar cosas. Trata de revivir aquella noche. Quiero saber lo que llevabas puesto, a qué hora saliste del trabajo. Intenta recordar algo sobre el recepcionista. Dónde aparcaste. Si Hutch aparcó su coche junto al tuyo. Si dijo adónde iba cuando se fue. Si supieras algo sobre su agenda que no sea de dominio público, demostraría que estuviste con él.

Ella se quedó mirando el cuaderno con el ceño fruncido. Cuando levantó la vista parecía cauta.

—¿Hutch? ¿Es un apodo?

—Ajá.

—Nunca lo había oído por televisión.

—En realidad le conozco —confesó Hugh—. Tiene una casa de veraneo no muy lejos de nuestra casa.

—Pero, si eres su vecino —exclamó Crystal con desazón—, ¿por qué actuar en su contra?

Hugh podía haber mencionado la suficiencia de aquel hombre, o su tendencia a jugar sucio. Podía haber dicho que Hutch siempre estaba dispuesto a hablar en los actos de beneficencia, pero nunca aflojaba la cartera,

o que le había hecho un desprecio a Eaton al negarse a dejar que le entrevistara para su libro. Podía haber añadido que aquel tipo siempre se empeñaba en manejar la parrilla, pero cocinaba demasiado sus hamburguesas, quemaba los perritos calientes y pasaba el maíz tierno hasta que los granos se ponían duros, pero nada de aquello venía a cuento.

—Porque —dijo escuetamente— está equivocado.

Capítulo 10

Mientras Hugh estaba en su oficina entrevistando a Crystal, Dana salió hacia la tienda de labores buscando respuestas similares, aunque ella estaba en una clara desventaja. Primero, porque su madre, que era quien había conocido al hombre en cuestión, estaba muerta. Segundo, porque la aventura había tenido lugar hacía treinta y cuatro años.

Ah, y se llamaba Jack Jones. Seguro que había docenas de Jacks Jones por la zona de Madison, Wisconsin, en la época en que Dana fue concebida. Y encontrar al correcto sería prácticamente imposible. Pero casi entendía por qué Hugh necesitaba tan desesperadamente saberlo.

—Eh, Lizzie, ¿cómo está mi pequeña? —dijo Dana hablando hacia el asiento trasero. No dejaba de ser curioso que el catalizador de un desacuerdo fuera su único consuelo frente a él.

¿Desacuerdo? Era más que eso, y a Dana la estaba destrozando. Trató de tranquilizarse pensando en su trabajo, pero cuando llamó a los Cunningham para concretar unos nuevos plazos, no encontró a nadie en casa. Lo mismo pasó con su contacto para el Salón del Diseño de North Shore, un proyecto que ella veía como su debut profesional post parto. Y cuando llamó para preguntar por unas piezas de mobiliario que había encargado para unos clientes, no le dijeron nada que no le hubieran dicho cuando llamó la semana antes.

Así que fue un alivio salir de casa. Aunque aún se notaba el cuerpo raro, a Dana le gustó la sensación de control que le producía tener el pie sobre el acelerador. La abuela Ellie tenía razón: la vida es como lana cruda. Llena de nudos y pegotes que requieren una cuidadosa labor de hilado.

Una cuidadosa labor de hilado. Nada más. Todo iría bien. Ella estaría bien.

Cuando entró con el coche en la rampa de acceso de la tienda, vio el coche de su abuela aparcado junto a la casa porticada. Pasó de largo y fue hasta la tienda. Se apeó y abrió la puerta del lado de Lizzie.

—Hola, cielo —dijo, inclinándose sobre la niña con una sonrisa radiante—. ¿Quieres ver el sitio donde mamá se crio? ¿Quieres ver dónde vivía la mamá de mamá? —Sintió que la voz se le quebraba, así que se entretuvo soltando el cochecito del bebé de su soporte—. Estás muy guapa de verde —le dijo a Lizzie, admirando su body y el gorrito a juego. Y sin embargo, a los pocos segundos le quitó el sombrerito y lo arrojó al interior del coche—. No necesitamos eso. —Arregló los rizos de Lizzie y le dio un beso en la frente—. Ni esto —añadió, y dejó la mantita en el coche.

Apenas acababa de abrir la puerta mosquitera cuando Gillian salió a recibirla. Y en un suspiro, Tara, Olivia, Corinne y Nancy la rodearon, sin dejar de lanzar exclamaciones ante el bebé.

Riendo, Dana dejó las bolsas en un banco que había junto a la puerta. Ellie Jo, que estaba apoyada contra la larga mesa de roble contemplando la escena, le abrió los brazos.

—No tendrías que haber cogido el coche —la reprendió—. Es demasiado pronto.

—El médico no me dijo nada. Estoy bien, abuela, de verdad.

—Pareces cansada.

—Tú también. Yo tengo excusa. ¿Y tú?

Ellie Jo sonrió.

—La preocupación. —Y, cogiendo a Dana del brazo, se la llevó a un aparte—. ¿Cómo está Hugh?

—Igual. —Dana miró a su alrededor. Le encantaban los colores de la tienda; levantó los ojos al ventilador del techo y aspiró la fragancia de las manzanas McIntosh tempranas—. Ahhh —dijo—. Mejor. —Se volvió hacia la niña.

Gillian la tenía en brazos, y las otras revoloteaban alrededor.

—Hay que hacer una foto —dijo Dana.

Corinne cogió la cámara de Gillian y empezó a disparar.

Dana le indicaba.

—Ahí. —El flash saltó—. Ahora una de Gillian y Lizzie solas. Oh, es perfecta. —Otro fogonazo del flash—. Ellie Jo, ponte con ellas. —Cuando alguien le sugirió que se pusiera también ella, Dana lo hizo encantada. Sí, eso es lo que significaba tener un bebé.

Gillian insistió en enseñarle a Lizzie la cunita que le habían comprado entre todas.

—Es preciosa —exclamó Dana, aunque se había cubierto la boca con la mano y lo que miraba era la mantita hecha a mano que habían colocado

artísticamente en un lado. Llevaba el nombre de la niña y la fecha de nacimiento, y era tan bonita que Dana se echó a llorar. Abrazó a todo el mundo e insistió en coger la colcha y envolver a Lizzie en ella. Corinne hizo fotos.

La pequeña parecía agitada.

—Le da demasiado calor —dijo una de las muchas madres.

—O tiene hambre —dijo otra.

Utilizando la colcha a modo de cojín, Dana se acomodó en una de las sillas para darle de mamar. La rapidez con que Lizzie se agarró a su pecho —a la primera— hacía pensar que, o bien tenía hambre o el ambiente de la tienda la reconfortaba. Convencida de que era esto último, Dana se alegró de haber ido. Estar rodeada de sus amigas le daba fuerzas, y por eso sacó el tema de su padre.

—Tengo que encontrarle —dijo con suavidad.

—Eso es muy difícil, cielo —dijo Gillian—. Después de ver a Lizzie, estuve tratando de recordar qué sé exactamente y veo que es prácticamente nada. Yo me crié con tu madre. Éramos amigas íntimas y solo estuvimos separadas durante la universidad. Nos veíamos por Navidad, y en verano, pero en aquel entonces el teléfono era muy caro. Si no lo entendí mal, tu madre conoció a tu padre durante el descanso de primavera, luego vinieron las pruebas trimestrales y los exámenes finales. Y para cuando volvió a casa para las vacaciones de verano ya sabía que estaba embarazada.

Aquello coincidía con lo que Dana sabía.

—¿Estudiaba él allí?

—No lo sé. Tu madre no quería hablar del tema. Lo único que dijo fue que se había acabado, que quería tenerte y que no volvería a estudiar.

—¿Por qué no quería hablar de ello?

—Seguramente porque le dolía demasiado.

—¿Porque le habría gustado que no acabase?

Gillian sonrió con pesar.

—Creo que sí. Todas las mujeres soñamos con un héroe que venga a rescatarnos y nos lleve con él. Bueno —hizo una pausa—, al menos en aquella época sí.

Dana no creía que las cosas hubieran cambiado tanto. Modificando un par de pequeños detalles, lo que Gillian había descrito era exactamente lo que le había pasado con Hugh.

—¿Sabe que existo? —preguntó volviendo a su padre.

—La impresión que me dio es que desapareció antes de que Liz supiera que estaba embarazada.

—La fotografía que tengo la tomaron en un bar. ¿Quién la hizo?

Gillian meneó la cabeza.

—¿Una amiga? ¿Su compañera de habitación?

—¿Recuerdas el nombre de alguna de las amigas que tuvo en la universidad?

—Alguno. Estaban Judy y Carol. ¿Apellidos? No sé.

—La compañera de habitación era Carol —dijo Ellie Jo—. No recuerdo su apellido.

—¿No estarán los nombres en el anuario escolar? —preguntó Tara.

Pero Dana ya conocía la respuesta a esa pregunta.

—Puede, pero no lo tenemos. Mamá no se graduó. Lo dejó después del primer año para tenerme a mí y además, incluso si conseguimos ese anuario, ¿os imagináis cuántas Carols y Judies habrá en una facultad con veinte mil alumnos? —Se volvió de nuevo hacia Gillian—. ¿Crees que pudo confiarse a alguna otra persona? ¿Los médicos que la atendieron, tal vez?

—Su médico era Tom Milton, de aquí, del pueblo, pero hace años que murió.

—Entonces volvamos a la compañera de habitación —dijo Dana—. En algún sitio tiene que haber un nombre. ¿Hay algo en la caja del desván?

—Libros de texto —replicó Ellie Jo—. Solo libros de texto, y no muchos. Elizabeth no era nada sentimental con los estudios. Cuando pasaban los exámenes, vendía los libros que ya no le hacían falta. Pero esos no los vendió.

—¿Por qué los conservas? —preguntó Tara.

Ellie Jo pensó un momento.

—Porque eran de ella.

Sí, Dana la entendía muy bien. ¿Acaso no había conservado ella cajas con las labores de su madre... madejas que no había llegado a utilizar, diseños que nunca hizo, restos de viejas madejas?

—Quizá haya algo en los libros, alguna anotación en un margen, algo que pueda decirnos alguna cosa.

—He revisado cada uno de esos libros y no hay nada —insistió la abuela—. No pierdas el tiempo. Tienes un bebé que cuidar.

Dana tumbó a Lizzie sobre su regazo y le frotó la espalda.

Corinne se acercó.

—Tiene una piel preciosa, Dana. Oliver y yo tenemos una buena amiga cuya tatarabuela era visiblemente afroamericana. Nuestra amiga es rubia con

ojos azules. Siempre he pensado que se la vería más auténtica si hubiera sacado alguno de esos rasgos.

Auténtica. A Dana le gustó la palabra.

«Auténtica» podía significar que era única, especial, que es como ella veía a la pequeña o podía significar que tenía rasgos fácilmente reconocibles, que es como la veían los Clarke.

—¿Se identifica vuestra amiga con su tatarabuela?

—¿Identificarse? Quizá en privado. ¿Lo reconoce? En público no. Lleva una vida muy blanca.

Dana pestañeó.

—¿Por qué me molesta ese comentario?

—Es desagradable —dijo Gillian.

—Desagradable —confirmó Corinne— pero exacto. Hay muchos negros que se hacen pasar por blancos.

A Dana este comentario le gustó menos aún.

—¿Cómo defines «negro»? —preguntó.

—En este país todos se rigen por la misma consigna: si tienes una gota de sangre negra eres negro —dijo Corinne amablemente—. Por eso mi amiga es tan discreta sobre sus orígenes. Estuvimos en la misma residencia estudiantil en Yale. Poco después de que Oliver y yo comenzáramos a salir, ella empezó a verse con un amigo de Oliver que era visiblemente negro. A su madre le dio un ataque cuando se enteró. Y la experiencia nos unió más. La respeto como persona, y entiendo lo que hace. Trabajamos juntas en el comité del museo.

—Entonces, ¿la diferencia entre razas es algo socioeconómico?

Pero Corinne estaba mirando su Rolex.

—Hablando de comités, tengo que irme corriendo. Ya ha empezado la cuenta atrás para nuestra velada de recaudación de fondos más importante. La pequeña es adorable, Dana, de verdad. Disfruta de ella.

Dana observó cómo Corinne se deslizaba hasta la mesa, dejaba su labor en una bolsa y luego se dirigía hacia la puerta. Molesta por la conversación, dijo con cierta acritud:

—¿Cómo puede llevar lino y que nunca se le arrugue? —En cambio, la blusa que ella llevaba estaba tan arrugada como si hubiera dormido con ella puesta. Ciertamente, hacía unos momentos había tenido a la niña encima. Aun así... —. Yo arrugo el lino solo con mirarlo.

—El milagro del almidón —dijo Tara—. Corinne es como es.

Sí, Dana estaba de acuerdo. Hasta que Corinne no abrió la boca, Dana se había sentido bastante satisfecha consigo misma.

Levantó a Lizzie y la miró a la cara.

—Corinne es rara.

La niña eructó. Dana y Tara rieron.

—Siempre compra la lana más barata —siguió diciendo Dana—. ¿Te has fijado? Se pone a elogiar una madeja de cachemira pura y que si necesitaría tanto para este jersey o aquel, y entonces dice: «En cuanto termine la bufanda que me estoy haciendo compraré». Porque ahora son bufandas. Antes eran jerséis.

—Las bufandas están de moda.

—Para las que ella hace solo se necesita una madeja de lana de cuatro cabos y no sale por más de cinco dólares.

—Corinne hace labores bonitas —dijo Ellie Jo en su defensa—. Y eso no lo hace cualquiera.

—Pero nunca compra lanas caras, ¿no?

Ellie Jo asintió.

—Sí. La semana pasada mismo, compró una madeja de Jade Sapphire de dos cabos. Eso son treinta y cinco dólares.

—¿Una madeja? ¿Solo una?

—Es lo que necesitaba para el diseño. Está haciendo una boina.

—Vale —admitió Dana ofreciéndole a Lizzie el otro pecho—. A lo mejor no tengo razón en eso, olvídate de la lana. Es demasiado blanda para ser auténtica. Nunca se le arruga ni un pelo.

—Eso es bueno —replicó Ellie Jo—. Yo no la ridiculizaría.

—Y no lo hago —dijo Dana tratando de explicar con palabras lo que sentía—. Pero es tan tranquila... No sé, nos ha contado que su madre huyó para unirse a una secta, que su marido sobrevivió a la leucemia de pequeño o que el tipo que les restauró la casa les estafó cientos de miles de dólares. Es como si su vida estuviera llena de situaciones traumáticas, y ella ni se inmuta.

—Te dejas lo de su padre, que murió en un accidente de aviación —musitó Gillian.

—¿Su padre? —preguntó Dana con incredulidad.

—Está convencida de que fue sabotaje.

Dana miró a una, luego a la otra.

—¿Lo veis? A eso me refería. ¿Cómo puede una persona tener todas esas malas experiencias y seguir tan tranquila?

—Es rica —señaló Tara—. Eso ayuda.

Técnicamente, en tanto que señora de Hugh Clarke, Dana también era rica. Pero eso no impedía que tuviera altibajos emocionales. Y ahora Corinne

va y saca lo de la gota de sangre. Dana no se sentía negra. ¿Cómo podía mirarse al espejo, ver su piel clara, su pelo rubio, y sentirse afroamericana? ¿Es así como la veían ahora los Clarke? No, no se sentía negra. Pero empezaba a sentirse muy vulnerable.

—Quizá la prima Emma sepa algo —sugirió—. Siempre ha dicho que estaba muy unida a mamá.

—No llames a Emma —dijo Ellie Jo—. No sabe nada.

A Dana le sorprendió la contundencia de su abuela.

—Aunque solo sea por Elizabeth, no crees que...

—No, no lo creo. Tu padre no te ha criado. Ni siquiera sabe que existes. Pasó una semana con tu madre y no se molestó en volver a llamarla. Eso no fue ni bueno ni responsable.

—¿Y si no era un estudiante y solo estaba de paso? —preguntó Gillian—. ¿Y si resulta que después sí trató de localizarla pero no la encontró porque ya se había ido? Podría haber muchas explicaciones inocentes.

Pero Ellie Jo estaba decidida. Con una vehemencia poco habitual en ella, dijo:

—No le busques, Dana. Solo conseguirás sufrir.

Se hizo el silencio. Dana estaba tan desconcertada como las otras. Hablando de personajes curiosos, Ellie Jo se llevaba la palma. La única explicación que Dana encontraba a aquella reacción es que se sintiera amenazada por la posibilidad de que su padre reapareciera y reclamara su afecto.

Ellie Jo se puso en pie.

—Voy un rato a casa.

—¿Estás bien? —preguntó Gillian.

—Estoy bien. Estoy bien. No me pasa nada. Tengo derecho a tener setenta y cuatro años, ¿no?

—¿Abuela? —llamó Dana, tan preocupada como Gillian.

Pero Ellie Jo no se detuvo. Oyeron el ding de la puerta mosquitera, que se cerró con un golpe.

Capítulo 11

Dana se quedó mirando a la puerta. Cuando el ding volvió a sonar unos segundos más tarde, pensó que sería Ellie Jo, que se arrepentía de haberse marchado de una forma tan brusca. Pero no era su abuela: era Saundra Belisle, que entró mirando atrás, seguramente extrañada porque Ellie Jo no se hubiera parado a hablar con ella.

Saundra era una elegante afroamericana, alta, delgada, moderna. Llevaba el pelo canoso muy corto, y ese día vestía pantalón blanco y una blusa borgoña. Sin etiquetas de diseñador. Saundra no era rica, ni mucho menos, pero tenía clase.

Era enfermera retirada, y había empezado a frecuentar la tienda hacía unos años, aunque llevaba toda la vida haciendo labores de punto. Por eso siempre era la primera en aceptar diseños complejos, que con mucho gusto enseñaba a hacer a las demás.

Sus miradas se cruzaron y Dana le indicó que pasara. Se quitó al bebé del pecho, lo apoyó contra su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda. Pero cuando volvió a mirar hacia la puerta, vio que Saundra no se había movido. Sus grandes ojos estaban puestos en el bebé. Parecía vacilar.

—Te enviaré las fotografías —dijo Gillian poniéndose en pie—. De todos modos ahora tengo que irme. —Besó a Dana, luego al bebé—. Sacaré copias. Montones de copias. Y vigila a Ellie Jo, ¿vale?

—Lo haré —dijo Dana—, y gracias por la colcha. Significa mucho para mí.

Gillian sonrió y de camino a la puerta se cruzó con Saundra, que avanzaba sin apartar los ojos del bebé. La mujer se situó detrás de Dana y se inclinó para mirar el rostro de Lizzie de cerca. Le tocó la cabeza con mano temblorosa.

—Algo había oído decir —dijo con voz muy suave—. Hola, Elizabeth. —Le acarició la cabeza y luego, con la misma suavidad, le preguntó a Dana—: ¿La puedo coger?

Dana puso a Lizzie en aquellos brazos incuestionablemente capaces.

—Oh, Señor —dijo Saundra emocionada. Con una mano le sujetaba la cabeza, con la otra la sujetaba por las nalgas—. Mira. Mírala.

—No te lo esperabas. ¿A que no? —comentó Dana con sarcasmo.

—No, la verdad es que no —dijo Saundra, arrastrando la voz de una forma muy poco habitual en ella—. Sin duda es una cara de tu pasado. Es extraordinario.

A Dana le gustó la palabra.

—También es desconcertante. No sabíamos que tuviera ningún pariente afroamericano.

—Bueno, no es algo que a la gente de color que ha perdido el color le guste comentar.

—Pero tú lo has visto enseguida.

—Oh, sí —dijo Saundra arqueando una ceja—. Hispana no es, desde luego. Ey ey ey —le canturreó a la pequeña.

Dana estudió las facciones de Saundra. Tenía los labios carnosos, pero la nariz no era tan ancha como la de los descendientes directos de negros africanos.

—Tienes una parte de blanca, ¿verdad?

—Sí —dijo Saundra, sin dejar de cantarle a Lizzie—. Mi madre era negra y mi padre blanco. —Con muchísimo cuidado, apoyó al bebé contra su hombro y, sujetándolo como si fuera una pieza de cristal delicado, se puso a trazar suaves círculos en su espalda con las yemas de sus largos dedos.

—¿Te preocupaba lo que pasaría cuando tuvieras hijos? —le preguntó. Hasta entonces nunca habían hablado de razas; al igual que pasaba con David, siempre había sido un tema irrelevante.

—No he tenido hijos —le recordó Saundra.

—¿Por esto?

—Porque había demasiada gente a la que cuidar. Pero si me estás preguntando por el color, no. No me preocupaba. Me siento muy a gusto con mi piel. Y me habría sentido a gusto con la de mis hijos.

Tara se unió a la conversación.

—¿Tienes hermanos?

—Ahora no. Pero tuve un hermano. Murió hace años. Era mucho mayor que yo.

—¿Qué aspecto tenía?

Saundra le dedicó una sonrisa torcida.

—Más gris y arrugado que el mío.

—Tú no estás arrugada —dijo Dana, porque, quitando algunas patas de gallo, Sandra tenía la piel notablemente tersa—. Y además, no me refería a eso.

—Lo sé —dijo ella—. De joven mi hermano era un *calavera* muy atractivo. Era alto, delgado, y tenía la piel más clara que yo.

—¿Tuvo hijos?

—Oh, sí —dijo ella enfatizando mucho la palabra—. Unos cuantos.

—Oh —comentó Tara con tono pensativo—. Iba dejando hijos por todas partes.

—Yo lo habría dicho con más delicadeza. Pero sí.

—¿Cómo salieron sus hijos? —preguntó Dana.

—Le gustaban más las blancas, así que sus hijos eran blancos.

—¿Muy blancos? —Dana quería saber cuántas generaciones hacían falta para que el color se diluyera. Eso podía darle una pista de hasta dónde tenía que remontarse.

—Algunos eran muy blancos. Otros tenían el mismo tono que esta monería que tenemos aquí.

—¿Por qué prefería a las blancas? —preguntó Tara.

Sandra apoyó la mejilla contra la cabeza del bebé, meciéndose ligeramente.

—Creo —dijo con voz suave— que pensaba que las blancas tenían más clase que las negras.

—¿Eso crees? —preguntó Dana.

Sandra se encogió de hombros.

—Creo que hay un alto porcentaje de gente pobre que no tiene educación y manifiesta predisposición a la delincuencia. Y hay más negros pobres que blancos. Eso no significa necesariamente que esté de acuerdo con el estereotipo, pero lo entiendo.

Dana se sintió inquieta.

—¿Tú crees que soy superior porque mi piel es blanca? Es posible que mi sangre también esté mezclada.

Sandra dio un bufido.

—Tú no eres negra.

—Lo soy —insistió Dana—. Si nos guiamos por la norma de la gota de sangre, soy negra. —Pero se sentía como una impostora.

Sandra levantó los ojos al techo como diciendo «Válgame Dios».

—No te considero superior a mí, porque nunca te has comportado como si lo fueras. Te relacionas conmigo como haces con tu abuela, lo mismo que

Ellie Jo y yo. Las dos procedemos de familias que ascendieron socialmente y tenemos un rinconcito lo bastante sólido para vivir con holgura. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿está bien Ellie Jo? Cuando nos hemos cruzado parecía alterada.

—Lo estaba —dijo Dana mirando hacia la puerta—. No sé qué le pasa. Y parece que no vuelve.

—¿Quieres que vaya a ver cómo está? —preguntó Tara.

—No. Si no ha vuelto de aquí a unos minutos, iré a buscarla. Sobre lo del rinconcito, Saundra... ¿es solo porque habéis sido muy prudentes todos estos años?

—En parte. Aunque yo también heredé algo de dinero. —Sonrió—. Ahora no me siento inferior. Pero cuando era joven era distinto. Era algo que tenía muy presente. Durante años trabajé en el servicio doméstico.

—Pensaba que eras enfermera —dijo Tara frunciendo el ceño.

—Desde los dieciséis hasta que conseguí mi título, trabajé limpiando lavabos y lavando ropa. No me sentía superior a nadie en aquella época, pero ¿me habría sentido diferente si me hubiera dedicado a lo mismo siendo blanca? El hecho de limpiar para otros lleva consigo una determinada mentalidad, independientemente del color. La única diferencia entre una blanca y una negra que limpian es que cuando la blanca va en el autobús nadie puede adivinar lo que hace. —Ladeó la cabeza y echó un vistazo a Lizzie—. Creo que este angelito se nos ha dormido —susurró.

Tara se animó.

—Ponla en la cuna, Dana. Deja que duerma ahí. Quiero ver qué has hecho con el jersey.

Con una expresión de exquisita ternura, Saundra sostuvo al bebé ante ella por unos momentos y luego se lo devolvió a Dana.

Lizzie tenía los ojos cerrados y la boca fruncida, como si en sus sueños estuviera mamando. Y entonces los labios se entreabrieron y... ahí estaba Hugh otra vez, en las comisuras.

Con una profunda emoción, Dana apoyó su mejilla contra la de Lizzie.

—A veces es tan real..., y en cambio otras no me puedo creer que esté aquí. —La abrazó unos instantes, hasta que el momento pasó. Luego la colocó en la cuna y cogió la colcha—. ¿La has visto? —le preguntó a Saundra.

—Desde luego —contestó ella con una amplia sonrisa.

—Tú hiciste una parte, ¿verdad? ¿Cuál? No, espera, lo sé. —Extendió la colcha y señaló un cuadrado amarillo y uno azul claro con una estrella y un caballito de mar, cada uno en el mismo color del fondo, pero destacado por

puntadas de hilo de un color contrastado, con el estilo inimitable de Saundra. Dana la abrazó—: Me encanta, Saundra, muchas gracias. Todas queréis tanto a mi pequeña... —Y, como de momento Lizzie no necesitaba una colcha para el frío, la dobló y la colocó sobre el borde de la cuna.

—¿Cómo se porta tu marido con la niña? —preguntó Saundra cuando Tara las dejó solas.

—Estupendamente —comentó Dana con entusiasmo—. Le cambia los pañales, la hace eructar, pasea con ella cuando llora. Tenía una reunión en la oficina, por eso he pensado traerla aquí.

—¿Y qué opina del color?

—Está sorprendido.

—¿Preocupado?

—Oh, no creo que Hugh esté preocupado por el color —dijo, concediéndole el beneficio de la duda—. Está molesto conmigo porque no conozco mi pasado. Pero adora a Lizzie.

—Eso espero —comentó Saundra—. Es su hija.

Dana miró hacia la puerta.

—No hay rastro de mi abuela. Creo que iré a ver ahora que la niña duerme. ¿Te quedas un rato?

Saundra sonrió.

—No me moveré.

Dana recorrió el sendero a buen paso y subió los escalones del porche trasero de la casa de su abuela.

—¿Ellie Jo?

No hubo respuesta, solo oía al gato maullando en medio de la escalera. *Veronica* no bajó corriendo para restregarse contra las piernas de Dana como solía, sino que siguió maullando. Algo iba mal.

—¿Abuela? —llamó Dana asustada. Y subió corriendo la escalera, detrás del gato—. ¿Abuela?

Veronica la guio por el pasillo hasta la habitación de Elizabeth, donde vio a Ellie Jo sentada en el suelo, al pie de la escalerilla de mano que subía al ático. Estaba cenicienta, y su respiración era superficial y acelerada. Había algunos libros tirados a su alrededor, y una caja de cartón medio vacía.

Dana se acercó corriendo y se acuclilló.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba bajando.

—¿Bajabas con la caja? Y te has caído. ¿Te duele algo?

—El pie.

Dana se acercó corriendo al teléfono y marcó el número de la tienda.

—Olivia, soy yo. Estoy en la casa. ¿Puedes enviarme a Sandra y a Tara? —dijo tratando de mantener la calma.

—No es necesario —dijo Ellie Jo en cuanto colgó—. Estoy bien. —Trató de levantarse, pero Dana no se lo permitió.

—Sandra es enfermera. Hazme caso, por favor. ¿Son esos los libros de texto que mencionaste?

—Arriba no hay nada más.

—¿Dana? —oyó que llamaba Tara desde abajo.

—En la habitación de mi madre —gritó ella.

Segundos después, oyeron ruido en las escaleras y las dos mujeres aparecieron. Sandra llevaba a Lizzie en brazos. Para cuando Sandra determinó que Ellie Jo solo se había roto el tobillo, la mujer respiraba más tranquila. No quiso que llamaran a una ambulancia, así que Dana insistió en llevarla al hospital.

Entre las tres, ayudaron a Ellie Jo a incorporarse y consiguieron bajarla. Tara se ofreció para acompañarla, pero Dana se negó.

—Lo haré yo.

—Pero ¿y el bebé?

—Tengo todo lo que necesita, y puedo darle el pecho cuando tenga hambre. De verdad, no me sentiré bien si me quedo aquí. Además, tú tienes que volver a tu casa con tus hijos.

Tara trató de disuadirla, pero Dana se mostró firme. Y entonces Sandra se ofreció a acompañarlas y todo se arregló.

Lizzie debía de saber que su tatarabuela estaba herida, porque durmió buena parte del camino y, cuando llegaron al hospital, siguió durmiendo sujeta al cuerpo de Dana con una bandolera.

El tobillo roto de Ellie Jo resultó no ser gran cosa. Le pusieron una escayola, y le dieron unas muletas para que pudiera caminar los primeros días.

Aliviada, Dana fue a buscar el coche y paró ante la entrada del hospital. Acababan de instalar a su abuela en el coche, cuando vio a Hugh. Estaba en el otro lado de la entrada, con la mano en el hombro de una atractiva mujer de pelo castaño. Estaban enzarzados en una conversación.

Dana no tenía ni idea de quién era la mujer, ni por qué Hugh estaba con ella, pero le alteró verlo allí. No podía limitarse a subir al coche y marcharse sin más.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Ellie Jo, y cruzó a toda prisa el vestíbulo principal. Aún no los había alcanzado cuando Hugh levantó la vista y, al verla, se puso pálido.

Capítulo 12

Lo primero que Hugh pensó cuando vio a Dana es que le había pasado algo al bebé.

—¿Dónde está Lizzie?

—En el coche —contestó Dana, y enseguida añadió—, con Sandra. Mi abuela se ha caído y se ha roto el tobillo. Ya está arreglado. Ya nos íbamos a casa.

Entonces no era el bebé. Hugh sintió una oleada de alivio, seguida por otra de preocupación. Le gustaba Ellie Jo. Siempre le había tratado como si fuera su nieto, y ya no era joven.

—¿Está bien? —Dana asintió, y él dijo—: Tendrías que haberme llamado, podía haber ayudado.

—Dijiste que estabas en la oficina, y no quería molestarte. —Pero sus ojos le dieron una respuesta mucho más mordaz.

Hugh, que no estaba para volver a entrar en aquello, dijo:

—Dana, esta es Crystal Kostas. Voy a representarla. Su hijo está arriba, recuperándose de una operación. Crystal, mi esposa, Dana —dijo, y luego, como quería hablar con Dana, le dijo a Crystal—. Creo que de momento ya está todo. Llámame en cuanto hayas escrito algo en tu cuaderno. ¿Tienes mi número? —Cuando la joven asintió, Hugh cogió a Dana del brazo y la acompañó hacia el coche—. ¿Cómo ha pasado?

—Subió a coger algo al desván y perdió pie cuando estaba bajando por la escalerilla. ¿Qué le pasa al hijo de esa mujer?

—Lo atropello un coche. Tiene cuatro años.

—¿Está muy mal?

—Lo bastante como para no volver a caminar si no le someten a varias operaciones.

Dana se detuvo.

—Desde luego, eso ayuda a poner las cosas en perspectiva.

—Y eso que no sabes ni la mitad —siguió diciendo él, pensando que a Dana le gustaría que le hablara de su trabajo—. El padre del chico es Stan

Hutchinson, y se niega a reconocerlo.

Ella abrió los ojos exageradamente.

—¿El senador?

—El mismo. Y Crystal no tiene seguro médico.

—Ajá. Ahí tienes un caso. ¿Lo sabe tu padre?

—No. —Miró a la calle—. No acabo de encontrar el momento de llamar.

—¿Es por rabia? ¿Por orgullo? ¿Por miedo?

—Por rabia —dijo Hugh. No era del todo cierto, pero colaría.

—La rabia tarda en desaparecer —señaló Dana.

—Sí. —Hugh siguió avanzando hacia el coche—. ¿Lizzie se ha portado bien?

—Estupendamente. Es la niña más buena del mundo.

—Tampoco has tenido tantos para comparar —dijo él bromeando, y abrió la puerta del lado de Ellie Jo—. Menudo pie, Ellie Jo. ¿Duele?

—Un poco —dijo ella.

—Hugh —llamó Dana desde el lado del conductor. Con una rodilla en el asiento, señaló con el gesto a la parte de atrás—. ¿Conoces a Saundra Belisle?

Hugh le ofreció la mano.

—Creo que la he visto en la tienda. —Sí, la recordaba. La mujer tenía cierto aire de autoridad.

Saundra aceptó su mano.

—Encantada. Felicidades. Es una criatura preciosa.

Sí, tenía razón. Sintiéndose mejor, trató de ver a Lizzie, pero desde donde estaba no podía. Así que cerró la puerta de Ellie Jo, rodeó el coche y abrió la que quedaba más cerca del bebé.

—Eh, pequeña —dijo con voz dulce.

La niña cerró los ojos para no verle. Por lo visto, a ella lo de la prueba de paternidad le había gustado tan poco como a Dana. A Hugh le habría gustado poder hacerle entender que solo se estaba defendiendo. Y a Dana también.

—Tengo que llevar a Ellie Jo a casa —dijo Dana. Hablaba con tono amable, pero no había calidez en sus ojos. Aún estaba enfadada. Y cuanto más se prolongaba el enfado, más preocupado se sentía él. Aquella no era la Dana que conocía.

Quería que lo hablaran, pero no era el momento. Así que se inclinó para besar a Lizzie, se puso derecho y cerró la puerta.

—¿Cuándo irás a casa?

—Depende de lo que me encuentre en la tienda. Tengo que hablar con Olivia y las que trabajan a media jornada para asegurarme de que alguna de

nosotras esté siempre allí para abrir y cerrar.

—¿Nosotras? —preguntó él con voz pausada—. Acabas de tener un bebé.

—A Lizzie le encanta la tienda —dijo Dana con entusiasmo—. Tendrías que ver la cunita que tiene allí, y las chicas le han hecho una colcha preciosa. La tienda es perfecta para Lizzie. Es tranquila, y siempre hay alguien cerca si necesito ayuda.

Hugh ya lo imaginaba.

—¿Es eso una indirecta? —susurró.

Ella no lo negó. Pero su mirada se suavizó.

—Tengo que irme, Hugh —dijo, y subió al coche.

Él le cerró la puerta y se apartó. Dana no le había preguntado cuándo volvía a casa. ¿Estaría preocupada o simplemente es que no le importaba?

Hugh estaba fuera de la ciudad cuando llamó a su padre. No le sorprendió que fuera su madre quien contestó. Ella siempre estaba de guardia mientras Eaton trabajaba.

—Hola, mamá.

Hubo un silencio momentáneo, y luego la mujer dijo con alivio:

—Hugh. —Hablabas en voz baja—. Me alegro de que al menos hayas tenido el buen juicio de llamar. Tu padre está imposible. He estado intentado convencerle, pero es demasiado testarudo. ¿Cómo está la pequeña?

—Está bien.

—Me encantaría ir a verla, pero es un poco difícil con Eaton en casa. Haz algo, Hugh, por favor. Tu padre piensa que le has ofendido mortalmente.

—¿Yo?

—Dijiste algo cuando estuvimos en el hospital.

—¿Yo dije algo? ¡Sois vosotros los que estabais allí insinuando que no soy el padre de Lizzie!

—Eaton estaba preocupado.

—Un momento, mamá —dijo él, porque, por más que detestara atacar a su madre, ella tampoco estaba libre de culpa—. Tú no dijiste en ningún momento que se equivocaba. ¿Cómo dijiste? «Cosas más raras se han visto».

—Bueno, es que es verdad, pero era solo un comentario. De todos modos, es en momentos como este cuando tenemos que estar unidos. Tenemos que apoyarnos los unos a los otros, y no empecinarnos en no hablar.

—¿Con lo de estar unidos te refieres a ti, a mí y a papá frente a mi esposa y mi hija?

—No, no me refiero a eso.

—¿Tienes algún problema con el color de Lizzie? —preguntó con brusquedad.

—No —protestó ella—. Sabes que no. ¿No fui yo la primera en ir a ver a los Parker para conocer al nieto que han adoptado en Corea? ¿No fui yo la primera en sugerir que condecoraran a Leila Cummings, una de nuestras doctoras afroamericanas más brillantes? Y hasta animé a tu tío Bradley a crear un fondo universitario para los hijos de los empleados de las minorías. ¿Cómo puedes acusarme de hipocresía?

—Yo no he dicho que seas una hipócrita. Pero Lizzie es de la familia. ¿Por qué no has ido a verla, aunque sea sin papá?

—Porque tu padre no quiere que vaya, porque le has ofendido y no piensa... bajarse del burro hasta que no te disculpes.

—Vale. ¿Está ahí?

—Sí —espetó ella—. A veces puedes ser tan desagradable como él. No cuelgues.

Hugh no colgó. Iba por el carril central de la autopista, y el resto de vehículos le adelantaban por la derecha y por la izquierda. Si alguien le hubiera pitado para que corriera más seguramente le habría hecho algún gesto grosero.

Pasó un minuto. Era evidente que Eaton no quería hablar. Hugh empezaba a preguntarse si no sería mejor que colgara cuando oyó un clic y su padre le habló con tono profesional.

—Sí, Hugh.

Como no estaba seguro de querer oír lo que su padre tenía que decir, decidió empezar con algo más informal.

—¿Cómo vas con el libro?

—¿El libro? Será la gira. La publicista acaba de enviarme el programa, y no he dejado de hablar con ella por teléfono. Me han programado visitas a supermercados. Supermercados, por Dios. Antes una gira de presentación de un libro era algo digno.

—¿Y tu opinión no cuenta?

—Sí —dijo Eaton con voz cansina—, pero ellos tienen las estadísticas de su lado. La gente compra los libros en los grandes almacenes. ¿Realmente pueden los vendedores de esos grandes almacenes hacer recomendaciones a nivel personal, realmente esa gente lee? —Su voz se volvió resignada—. Pero supongo que da igual. No sé, este libro... Es posible que haya errores.

—¿Qué clase de errores?

—De los que pueden hacerme descarrilar.

—No me lo creo —dijo Hugh—. Eres muy cuidadoso. No como tu amigo Hutch.

Eaton dio un bufido.

—¿Amigo?

—Represento a una mujer que supuestamente ha tenido un hijo suyo.

Hubo una pausa, luego hubo un cauto:

—¿Puede demostrarlo?

—Estamos en ello.

—Pues será mejor que encontréis buenas pruebas —advirtió Eaton—, porque de lo contrario te acusará de acosarlo porque rechazó mi propuesta. ¿Qué quiere esa mujer, dinero?

Hugh apretó el claxon cuando un coche se metió en su carril bruscamente.

—No es para ella. Al chico lo ha atropellado un coche y necesita atención médica. Trató de ponerse en contacto con Hutch cuando tuvo el niño, pero le dijeron que se pusiera a la cola, que ya había muchas mujeres tratando de atraparlo.

—Hutch no es ningún santo.

—No. No creo que ninguno de nosotros lo sea. —Decidió que era el momento—. Si te he ofendido en el hospital, lo siento.

—¿Si? —preguntó el hombre irritado—. ¿Es que lo dudas?

—Papá, estoy bajo una fuerte presión —dijo Hugh, sintiéndose como si tuviera diez años—. Me dijiste cosas muy ofensivas.

—Pero quizá no iban del todo desencaminadas —replicó Eaton—. Brad me dijo que vas a hacerte la prueba de paternidad. Eso significa que también tienes dudas.

—No. Significa que mi familia me está presionando para que demuestre que el hijo es mío. Y la prueba de paternidad es la única forma de hacerlo.

—¿Y? ¿Qué dice el laboratorio?

—Dirá que es mi hija. Pero no tendré los resultados hasta dentro de unos días.

—Y con el vecino que tienes, ¿no tienes ninguna duda?

—No más de las que tengo sobre el hecho de que hayas vivido todos estos años junto a un hombre que salía con mamá antes de que ella y tú fuerais novios.

—Eso ha sido un comentario grosero —dijo Eaton.

—Papá —comentó él riendo con frustración—, ¿si lo digo yo es ofensivo, pero si lo dices tú no?

—Llevo más de cuarenta años casado con tu madre. Y ella no ha tenido ningún hijo que no sea mío.

Demasiadas indirectas.

—¿Estás seguro? Tú y yo nos parecemos pero ¿y Robert? Él no se parece a ti en nada.

—Voy a colgar ahora mismo —le advirtió su padre.

—No, no lo hagas —Hugh cedió—. Por favor, quiero que hablemos, de verdad.

—¿Sobre quién es el padre de tu hermano?

—Sobre por qué importa tanto el color de mi hija. En tus libros siempre defiendes a las minorías. Yo las defiendo ante los tribunales. ¿Se trata solo de un desafío para tu ego? ¿O creemos de verdad en la igualdad? Porque si es así, entonces el color de mi hija no tendría que importar.

—¿A ti te importa?

—Sí —confesó Hugh—. Me importa, y no entiendo por qué.

—¿Y por qué crees que es?

—No lo sé. Si lo supiera no lo preguntaría. Quizá me importa porque veo que a mi familia le importa. La condición racial de Dana no cambia lo que es como persona.

—Para ti no.

—¿Para ti sí? —preguntó Hugh, y tocó el claxon cuando otro coche se le puso por delante—. ¿Por qué? Dana es la mujer que he elegido. ¿Qué importancia tiene si es de color púrpura?

—No le importará a la gente que sea como ella.

—Por Dios, papá.

—Lo siento, Hugh, pero la gente se agrupa con los que son como ellos. Es un hecho.

—Lizzie es una de las nuestras.

—Hablares de esto más extensamente cuando tengas los resultados de esa prueba.

—¿Y si demuestra que soy el padre?

—No quiero hablar ahora.

Pero Hugh insistió.

—¿Y si soy el padre? ¿Aceptarás a Lizzie como nieta legítima? ¿Aceptarás a Dana?

—¡Ahora... no! —dijo Eaton con una rotundidad que Hugh le había oído muy pocas veces—. No podías haber elegido peor momento. Ya tengo demasiados problemas para tener que aguantar esto.

—Muy bien —dijo Hugh, y añadió con tono despreocupado—: Vale. Ya hablaremos. Adiós.

* * *

Estaba oscureciendo cuando Dana volvió a casa. El coche de Hugh estaba en la rampa de acceso. Se alegró de que ya estuviera en casa. Aparte de eso, estaba demasiado cansada para sentir nada que no fuera desánimo. Después de dejar a Ellie Jo bien sentada, había ido al pie de la escalerilla que subía al desván, recogió los libros del suelo y los devolvió a su caja. Y ya que estaba los hojeó todos, buscando algún indicio, una carta sujeta a alguna página, alguna anotación marginal, algo que le diera una pista sobre la identidad de su padre o sobre el nombre de alguna amiga o alguna compañera de habitación. Aquellos eran los libros que su madre utilizó sus últimos meses de estudios, así que lo lógico es que si Elizabeth había garabateado algo importante estuviera allí.

Dana estuvo hojeando los libros hasta que Ellie Jo la llamó porque necesitaba ir al aseo, lo cual era un nuevo motivo de preocupación. Ellie Jo no podía quedarse sola.

Dana pensó instalarse unos días allí para ayudarla. Le estaría bien empleado a Hugh. Pero no se imaginaba levantándose cada pocas horas para amamantar a Lizzie y ayudar a Ellie Jo.

Otra solución era contratar a una enfermera, pero su abuela se negó en redondo. Dijo que si la había llamado para que la ayudara es porque ya estaba allí, pero que podía arreglarse perfectamente sola. Y para demostrárselo volvió a la cama sin su ayuda.

Dana se rindió. Estaba demasiado cansada para discutir.

Así que aparcó junto al coche de Hugh. Antes de que tuviera tiempo de coger al bebé del asiento de atrás, él apareció en la puerta. No se ofreció a ayudarla, se limitó a esperar en la puerta, mirando.

No le habría ido mal que la ayudara, pero antes se moriría que decirlo. La miraba con el estoicismo de los Clarke, con expresión ilegible. Hasta que no entró en la casa no le cogió el cuco del carrito con la pequeña. Sin decir palabra, Dana volvió al coche a por el resto de las cosas.

Cuando volvió a entrar, él ya había soltado a Lizzie y la tenía en brazos. La niña lloraba con pequeños accesos, y la forma en que Hugh la tenía cogida no mejoraba su mal humor.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Dana.

—Tiene hambre. Le daré el pecho. —Dejó las bolsas al pie de la escalera, cogió al bebé y se sentó en el sofá del salón.

—Pareces agotada —dijo él con tono ligeramente acusador—. ¿Has estado de pie toda la tarde?

—No, descansé en casa de mi abuela.

—No lo bastante. Puede que Ellie Jo esté fastidiada, pero tú necesitas cuidarte. Sobre todo ahora que estás dando el pecho al bebé. Si te agotas físicamente, no será bueno para ella.

—Lo sé —dijo Dana. Se apretó ligeramente la parte más abultada del pecho para ver mamar a Lizzie.

Hugh se instaló en un asiento de cuero que estaba en diagonal y apoyó los codos en las rodillas. Cuando habló su voz sonó sorprendentemente servicial.

—Háblame, Dana. Este silencio no es propio de ti. Nosotros no somos así. Ella profirió un sonido de desaliento.

—¿Y cómo somos? Si lo sabes, dame una pista, porque te juro que yo no lo sé.

—Vale, lo diré de otro modo. No éramos así antes de que Lizzie naciera. No, no lo eran. Y a Dana aquello le pareció tan triste que se atragantó.

—Háblame —repitió él.

Ella tragó y levantó la vista.

—¿Y qué quieres que diga?

—Que lo entiendes. Que comprendes que lo que he hecho era lo mejor.

—Pues no —dijo ella sin más, y le aguantó la mirada. En otro tiempo, se habría perdido en aquella mirada, pero no ahora.

—Vamos —la apremió—. Dime lo que sientes.

—Se trata de confianza —espetó Dana—. La confianza siempre ha sido muy importante para mí, siempre he necesitado saber que habría una persona ahí, como no lo estuvo mi madre. No quería tener que volver a perder a nadie. Y entonces llegaste tú, y pensé que siempre estarías ahí, pero ahora sé que no. No puedo esperar que siempre estés a mi lado. No puedo esperar que sigas queriéndome si se descubre que mi padre era mestizo. Me siento sucia. Y siento que me has estafado.

Él frunció el ceño.

—¿Me estás hablando de las pruebas de ADN o de lo de hoy?

—¿Lo de hoy? —Dana no le seguía.

—Cuando me has encontrado con Crystal.

—¿Crystal? ¿Tu cliente? —Tardó un instante en comprender, y entonces se sintió horrorizada—. ¿Me preguntas si he pensado que había algo más

entre vosotros? Por supuesto que no, Hugh. Eres mi marido. Además, estás con otras mujeres continuamente. Forma parte de tu trabajo.

—Algunas esposas se habrían inquietado.

—Yo no. —Lizzie se soltó del pezón y se puso a mover la cabeza con nerviosismo, hasta que Dana la ayudó a encontrarlo de nuevo—. Confío en ti en lo relativo a otras mujeres —dijo sin levantar la mirada—. El problema es lo otro. Es tu falta de confianza en mí.

—Confío en ti.

—No lo suficiente —dijo ella con una mirada de advertencia... y se sintió agradecida cuando vio que no mencionaba la necesidad de presentar algo sólido ante su familia—. ¿Sabes? No dejo de pensar que esta es la primera prueba por la que pasa nuestro matrimonio, y hemos fracasado. Por cierto, no llegaré a ningún sitio intentando encontrar a mi padre. He hablado con mi abuela y las amigas de mi madre y he revisado algunas de sus cosas, pero no he encontrado nada que me indique dónde podría estar. Mi única esperanza es encontrar a la compañera de habitación que mi madre tenía en la universidad. Se llamaba Carol, es todo lo que sé. En la facultad no tienen constancia de quién era, pero incluso si la tuvieran, es posible que no recuerde nada.

—Lakey podría averiguar el apellido de esa chica.

—Vale —dijo Dana, y le resumió los hechos—. Mi madre se llamaba Elizabeth Joseph. Empezó en la Universidad de Wisconsin en 1968; lo dejó después del primer curso para tenerme. No conozco el nombre de la residencia estudiantil donde estuvo. Estudiaba historia del arte, pero también tomaba clases de inglés, español y matemáticas. Era un desastre con las matemáticas. Hoy he encontrado algunos de sus exámenes, y sacaba C-.

—Le daré a Lakey lo que tienes.

—Quiero que sepas una cosa, Hugh. Si nuestra hija hubiera salido blanca, no estaría buscando a ese hombre. Si hubiera nacido con rizos rojizos, ¿me habrías pedido que lo encontrara? Por supuesto que no. Entonces, ¿me puedes explicar por qué estoy haciendo esto? ¿Por qué es tan importante saberlo? ¿Me importa realmente de dónde era mi tata tata tatarabuelo? Y si encuentro a mi padre —siguió diciendo muy deprisa—, ¿me sentiré distinta?

Hugh no contestó.

A Dana eso le molestó. Era él quien había insistido en hablar.

—Venga, hablemos. Aquí todos estamos a favor de las minorías, de los derechos civiles, de la acción afirmativa, la igualdad laboral... pero nosotros tenemos que ser blancos. ¿No nos convierte eso en hipócritas?

—¿Nos?

—A ti. Ante todo, tú te consideras un Clarke. Yo me considero simplemente Dana. ¿No crees que eso ya dice bastante?

—Si tu familia tuviera la historia que tiene la mía, lo entenderías.

—Y si la tuya tuviera la historia de la mía tú me entenderías a mí. —Respiró hondo—. Pero no se trata de ti y tu familia, ni de la mía. Se trata de lo que nuestra hija se va a encontrar cuando crezca, y de si tendremos que afrontarlo ella y yo solas.

—Yo estaré con vosotras.

—¿En serio?

—Yo estaba aquí, ¿no? Eres tú la que se ha ido.

Ella apartó al bebé del pecho, lo apoyó contra su hombro y le dio unas palmaditas.

—¿Cómo es posible que todo se haya torcido de este modo? —preguntó con hastío.

—No se ha torcido.

—Sí lo ha hecho. Míranos, Hugh.

—Pasará. Un par de días y tendremos los resultados del laboratorio.

A Dana le daban ganas de gritar.

—No se trata de eso. Te estoy hablando de confianza.

Él suspiró.

—Oh, vamos. Solo ha sido un frotis bucal.

Dana estaba fuera de sí. Respondiendo a una vocecita responsable de su cabeza, bajó los pies del sofá y se dispuso a llevarse a Lizzie arriba.

—¿Qué pasa con el fin de semana? —preguntó Hugh.

—¿Qué pasa?

—¿Te quedarás con tu abuela?

—Algún tiempo.

—Julian y Deb querían venir. Y Jim y Rita.

—Me parece bien.

—¿Será una situación incómoda?

¿Incómoda? Teniendo en cuenta el fin de semana que les esperaba, sería incomodísima.

—Para mí no —dijo Dana, y de pronto se sintió furiosa—. Para mí nuestra hija es perfecta. Eres tú quien tiene un problema. Quizá si les dices que mi abuela ha tenido un accidente esperarán un poco.

—No creo que pueda disuadirlos.

—Entonces eres tú quien se tiene que preocupar por las situaciones incómodas. ¿Les piensas decir que no estás seguro de si eres el padre?

—Por supuesto que no.

—Vaya, así que fingirás ser el papaíto feliz. Más teatro. ¿Crees que podrás?

Se miraron durante un buen rato Dana de pie, Hugh en su asiento. No pensaba retirar sus palabras.

—¿Es el cinismo o el cansancio lo que te hace hablar así? —preguntó él finalmente.

—Seguramente las dos cosas —dijo ella, arrepentida—. Me voy a dormir.

Capítulo 13

Eaton Clarke tenía acidez de estómago. Seguramente era por la comida mexicana que tomaron el viernes por la noche. Era un restaurante nuevo y con buenas referencias. Y fue él quien sugirió que lo probaran. A las dos parejas que les acompañaban les pareció bien. Pero desde el momento en que entraron, tuvo un mal presentimiento. Las mesas estaban demasiado juntas, y el camarero se tomaba demasiadas confianzas.

La conversación que tuvieron durante la cena tampoco ayudó. Todos querían hablar de Hugh y su hija... o, más exactamente, de Dana y su hija, porque su hermano, Brad, había hecho correr rumores sobre la paternidad de la pequeña. En el transcurso de aquellas tres horas, a Eaton le dieron más consejos de los que había pedido. Y todos iban en la misma dirección. «No crees un fondo para la universidad de la niña si no es vuestra». «Cambia el testamento» o incluso «No estaría de más si pusieras la casa de Vineyard en fideicomiso».

Durante toda la noche sintió ardor de estómago. El domingo por la mañana cuando se levantó se sentía mejor, pero la cosa volvió a empeorar en cuanto se reunió con sus compañeros para su partida semanal de tenis. Ellos también quisieron darle consejos.

Cuando volvía a casa del club, Eaton llamó a su hermano de bastante mal humor.

—¿Qué demonios estás haciendo, Brad? No puedo ir a ningún sitio sin que la gente me hable de la hija de Hugh. ¿Hay alguna razón para que vayas diciendo a todo el mundo que Hugh podría no ser el padre?

—Es la verdad. Podría no serlo.

—Pero también es posible que sí lo sea y entonces, ¿qué? Esto es algo personal, Brad.

—Si el hijo no es de Hugh, no. Le vi la cara la otra tarde. Está furioso con su mujer. Créeme, Eaton, ahí hay algo gordo.

A Eaton no le gustó aquel tono.

—Esto te encanta, ¿verdad?

—No se trata de que me guste o me deje de gustar. Todos teníamos nuestras dudas respecto a Dana.

—Pensé que te gustaba.

—Me gustó mientras fue fiel, pero por lo visto Hugh tiene a una buena lagarta en casa.

—¿Y eso te divierte? ¿La situación de Hugh te hace sentirte menos mal por el divorcio de tu hija?

—El divorcio de Anne no tiene nada que ver con esto —espetó Brad—. Si piensas que esto es un juego para mí, estás muy equivocado. Aunque tampoco me sorprende. Tú eres el escritor, yo el hombre de negocios. Tú te quedas sentado esperando cobrar tus derechos, mientras que yo nos hago a todos más ricos. A mí no me interesan los juegucitos, Eaton. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Exacto —concluyó Eaton—. Así que no digas nada más sobre Hugh. No es asunto tuyo. No metas tus narices en esto.

Terminó la conversación consciente de que había ofendido a su hermano pero también con la perversa satisfacción de haber dicho la última palabra. Satisfacción que, por otro lado, se esfumó en cuanto Dorothy salió a recibirle a la puerta diciendo que Justin Field acababa de llamar hacía un par de minutos. Justin era un antiguo amigo, abogado personal y administrador de sus propiedades.

—¿Qué quería? —preguntó Eaton, aunque ya se lo imaginaba.

—Hemos estado comentando los planes de boda de Julie. Justin y Babs están muy emocionados. Ella tiene treinta y ocho, así que casi habían perdido la esperanza, pero no ha dejado de hablar de lo maravilloso que es el novio. Y entonces me ha dicho que tenía que hablarte de Hugh.

Eaton se plantó ante la mesita de palo de rosa del vestíbulo y hojeó el correo mientras hablaba.

—¿Es una coincidencia que venga de jugar al tenis con el socio de Justin? —ladró—. ¡Estos hombres son peores que comadres!

Tras un instante, Dorothy dijo:

—Yo soy una comadre.

—Oh, Dot, ya sabes a lo que me refiero. Las comadres no dejan de cotillear porque no tienen otra cosa que hacer. Y tú sí tienes otras cosas.

—A mí también me gustan los cotilleos. Solo que yo no lo veo como cotilleos. Para mí es compartir información con mis amigas.

Él la miró, preguntándose adónde quería llegar con aquello.

—¿Lo haces con maldad?

—Por supuesto que no.

—Entonces ahí está la diferencia —decidió—. A mis amigos del tenis les encanta verme tropezar. Y lo mismo sucede con Bradley. Nunca ha aceptado que no quisiera entrar con él en el negocio y, por lo que se refiere a mis compañeros en el tenis, aún están molestos porque no les doy una cantidad ilimitada de ejemplares firmados de mis libros. ¿Hay alguna razón para que no puedan salir y comprarse ellos el ejemplar que quieren para el proctólogo del primo de su mujer? ¿Es que tengo una casa de beneficencia?

—No, cariño —dijo Dorothy—. Creo que eso es lo que Justin quería hablar contigo.

Eaton la miró con acritud.

—¿Qué soy una casa de beneficencia?

—Que la mujer de Hugh se quiera aprovechar si su matrimonio fracasa. No es muy distinto de lo que nuestros amigos dijeron anoche.

—Lo cual fue extremadamente irritante.

—Solo están preocupados por ti.

—¿Les he pedido yo su ayuda?

—No, pero tampoco la has rechazado, y a veces eso equivale a una invitación. —Su voz adoptó un tono lastimero—. No dices nada, Eaton. Te limitas a dejar los interrogantes ahí. ¿Por qué no les dices que se equivocan? ¿Por qué no les dices que esa niña es hija de Hugh y que no le pasa nada a su matrimonio y que el color de la niña añade un toque interesante a la familia? Porque es así, y tú lo sabes. A mí no me importa tener una nieta con raíces afroamericanas. ¿A ti sí?

Eaton suspiró.

—¿Aún estás molesta porque no voy a visitar a Hugh?

—Bueno, él te ha llamado.

—Y no ha servido de gran cosa. Me hace las mismas preguntas que tú, y en estos momentos no puedo pensar en eso. Mi libro va a salir a la venta en poco más de tres semanas. ¿Le has dejado claro al coordinador que quiero que haya un cóctel en la gala de presentación?

—Sí, querido.

—¿Y las invitaciones? ¿Ya se han enviado?

—Las echamos al correo ayer. Te lo dije antes, Eaton.

Eaton respiró hondo tratando de ser paciente.

—Si me lo has dicho y no lo he oído es porque tengo otras cosas en la cabeza. Tengo concertada una entrevista por televisión, y puedes estar segura

de que me preguntarán por mi familia. Querrán que responda de las cosas que he escrito.

—¿Responder de qué? —le reprendió Dorothy—. Escribiste este libro mucho antes de que Elizabeth naciera. Nadie te va a echar en cara que no aparezca en ningún antiguo árbol genealógico, y de todos modos tampoco tenías por qué incluir el árbol genealógico de Dana. Pero olvídate del libro —dijo agitando la mano con gesto de desdén—. No estoy hablando del libro. Te estoy hablando de nuestro hijo y su hija. Quiero ir a verles.

Eaton levantó la vista sorprendido.

—Bien. Ve.

—Quiero que tú vengas conmigo. No será lo mismo si voy sola. Pensarán que algo va mal.

—Es que algo va mal —dijo Eaton.

—Pues entonces haz algo —exclamó Dorothy—. Contrata un investigador. Cambia tu testamento. Pon la propiedad del Vineyard en fideicomiso para que la niña no pueda poner sus manos en ella. O aceptas a la niña o no la aceptas. ¿No ves el daño que estás haciendo con tus dudas? —Miró con expresión airada el reloj de la pared y echó mano de su bolso—. Tengo que ir al mercado. Antes de ir al teatro los Emery vendrán a tomar unos canapés y tengo que comprar algo.

Eaton la siguió con la mirada cuando salía.

—Conduce con cuidado —le dijo al final por puro hábito.

* * *

Dorothy mantuvo las manos sobre el volante y los labios apretados. No necesitaba que Eaton le dijera que debía conducir con cuidado. Normalmente ya lo hacía... llevaba cuarenta y nueve años haciéndolo y tenía un historial impecable, que es más de lo que Eaton podía decir. Él tenía dos accidentes a su espalda, uno porque había hielo en la calzada y el otro por un accidente múltiple que hubo en la autopista. El primero podía achacarlo al tiempo, pero el segundo podía haberse evitado si hubiera mantenido la distancia de seguridad con el coche que le precedía.

No, no necesitaba que Eaton le dijera cómo conducir.

Ni tampoco que le dijera a quién podía llamar y a quién no. Apartando una mano del volante, abrió el móvil y marcó el número de Hugh. El teléfono sonó varias veces, y entonces saltó el mensaje de Dana.

De nuevo con las dos manos al volante, Dorothy recorrió las calles que llevaban al supermercado. Acababa de poner el intermitente para entrar en el

aparcamiento cuando tuvo una idea y en vez de girar siguió adelante. Tres minutos después había aparcado ante una boutique que irradiaba amarillos, naranjas y rosas. Era un local pequeño, propiedad de dos mujeres jóvenes. Lo había descubierto por azar, un día que necesitaba un regalo de último minuto para una visita de fin de semana a unos amigos.

Entró y le sonrió a la propietaria.

—Quiero otro de esos conjuntos madre/hija que tenéis —dijo con firmeza— para mi nuera y su pequeña recién nacida. ¿Qué es lo más inusual que tenéis? —A Dana le gustaban las cosas poco comunes y coloridas. Ella podía permitirse ponerse esas cosas.

Al poco, Dorothy salió de la tienda con un paquete envuelto en papel de regalo y una lazada en los mismos tonos de amarillo, naranja y rosa que la habían impulsado a entrar la primera vez. Satisfecha, dejó de lado la visita al supermercado y paró en el pequeño aparcamiento de una bodega donde vendían vinos y quesos de gourmet. Dentro, compró una cuña de queso, varias selecciones de galletitas saladas y —aún con el ánimo combativo— una docena de tiras de pollo frito rebozado en coco y brochetas de carne de vaca marinada con salsa de cacahuete. Por una vez Eaton no tendría sus miniquiches favoritas, que ella preparaba desde hacía años con la misma receta. Aquellos otros aperitivos eran igual de apetecibles, y no tendría que pasarse una hora preparándolos en la cocina. Preséntalos en una vajilla elegante, se dijo, y tus invitados no notarán la diferencia.

Satisfecha por segunda vez en los últimos treinta minutos, volvió al coche. Tras echar un vistazo al colorido paquete que llevaba en el asiento del acompañante, arrancó y dejó el coche al ralentí mientras volvía a marcar el número de Hugh.

Esta vez, Dana contestó.

Por un momento, Dorothy vaciló. Normalmente no hacía cosas que sabía que iban a molestar a Eaton, y no porque tuviera que obedecerle, sino por respeto. El hombre tenía buenos instintos, y normalmente su corazón lo guiaba en la dirección correcta. El problema es que esta vez Dorothy no sabía por dónde andaba el corazón de su marido.

—Dana, soy Dorothy —dijo directamente. Siempre se refería a sí misma como mamá, pero Dana prefería Dorothy, y quizá tenía razón—: ¿Cómo estás?

Hubo una pausa, luego un cauto:

—Yo bien. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien, gracias —dijo Dorothy como si no hubiera pasado nada—. Dime ¿cómo se porta la pequeña?

—Es un encanto —dijo Dana con voz más relajada—. Te juro que acaba de sonreír. Sé que aún es pronto, que seguramente son gases, pero se la veía tan bonita.

—¿Come bien?

—Muy bien. Creo que ya ha encontrado su ritmo.

—¿Y duerme?

—Mmm, eso aún no lo acabamos de controlar. Parece tener bastante confusión entre el día y la noche.

—¿Tienes la luz apagada cuando estás con ella por la noche?

—Utilizo una lamparita.

—Bien. Entonces no tiene por qué haber problemas. Por la noche deja que duerma tanto como quiera, pero de día despiértala cada cuatro horas. —Al oírse hablar, se apresuró a añadir—: solo es un consejo. Yo ya tuve mi parte, me dice siempre Robert cuando intento decirle cómo cuidar a sus hijos.

—Estoy abierta a consejos —dijo Dana tras una pausa—. Lo único que no puedo cambiar es el color de Lizzie.

—Entonces, ¿definitivamente se va a llamar Lizzie? Es muy bonito para una niña. Elizabeth es un nombre precioso, y cuando crezca seguramente querrá que todos la llamen así, pero Lizzie queda muy bien para un bebé. Es curioso, Robert siempre ha sido Robert, el único que le llamaba Bob era Hugh. Por cierto ¿cómo está Hugh? ¿Te ayuda con la pequeña? ¿Te había dicho alguna vez que Eaton jamás ha cambiado un pañal? Ni uno solo. Pero claro, sus amigos tampoco. En aquella época éramos las madres las que nos ocupábamos de esas cosas, porque nos dedicábamos a eso exclusivamente... y no digo que sea malo no ser madre a jornada completa. —Hizo una pausa, preocupada por el silencio de Dana—. ¿Estás ahí, cariño?

—Estoy aquí.

—Me gustaría pasar a verte —anunció Dorothy—. He comprado un pequeño detalle para ti y para Lizzie y me gustaría verla. Seguramente ha cambiado mucho en estos cuatro días.

—El color no ha cambiado, Dorothy. Quiero que lo sepas.

—Lo sé —concedió Dorothy tranquila. Y, sintiendo que tenía que decir algo más, añadió—: No estoy tratando de negar su legado, porque lo cierto es que estos últimos cuatro días no he pensado en otra cosa. Pero resulta que esa pequeña es mi nieta.

—Hay quien no está tan seguro —dijo Dana, y Dorothy se sintió avergonzada. Lo que había sucedido en el hospital el primer día la torturaría hasta el fin de sus días.

—Cuando uno sufre un... shock... no, no sufre, experimenta un shock, es fácil decir algún disparate. Sé que Lizzie es mi nieta.

—¿Y Eaton?

—Estoy hablando en mi nombre.

—¿Sabe él que has llamado?

—No —contestó Dorothy sin pensar que podría haber mentido, aunque enseguida recogió velas—. Pero eso no tiene nada que ver, porque quiero ver a mi nieta. Mañana no me va bien, pero el lunes sí. —Eaton estaría en su despacho, y no sería muy prudente que le dijera que se iba a Boston de compras—. ¿Te va bien?

—El lunes estaré en la tienda. Mi abuela se ha roto un pie y quiero ayudarla.

—¿Se ha roto el pie? Oh, cariño. Cuánto lo siento. Espero que no sea grave.

—No, pero de momento no podrá moverse con la misma libertad que antes.

—Pero ¿qué pasa con la pequeña? —preguntó Dorothy—. ¿Quién se quedará con ella mientras tú estás en la tienda? Mira, yo podría ayudarte. Podría quedarme con la niña mientras tú ayudas a Eleanor.

—Tengo que tenerla conmigo para poder darle el pecho. Tenemos una cuna en la tienda.

—Oh, bueno. ¿Entonces el martes? —Eaton tenía partido de tenis—. Deduzco que Hugh piensa volver ya al trabajo.

—Sí.

—Oh, es perfecto —dijo Dorothy con entusiasmo. Tenía tantas ganas de encontrarse con Hugh como de que Eaton supiera lo que estaba haciendo. Aquello era entre Dana, Lizzie y ella—. Puedo pasarme temprano, cuando Hugh se haya ido al trabajo, y podría llevar el desayuno.

—Le prometí a Tara que desayunaría con ella —dijo Dana.

—¿Crees que es prudente llevar a un bebé tan pequeño a un restaurante?

—Es un local de aquí, está a cinco minutos en coche, y la pediatra ha dicho que está bien.

—Bueno, me alegro —comentó Dorothy, aunque se sintió algo triste. Parecía como si Dana no quisiera verla, lo cual no era tan raro. La cuestión es que ella quería ver al bebé de verdad.

—El martes a media mañana me va bien —dijo Dana—. Para las diez supongo que ya estaremos en casa. Y no tengo que ir a la tienda hasta después de comer.

Dorothy volvió a animarse.

—Llevaré la comida. Será tan bonito. Sé que te gusta la comida de Rosie's. Puedo pasar por allí cuando vaya para tu casa. Dime qué te apetece.

—Cualquier ensalada que lleve pollo...

—No, no, por favor, dime algo concreto.

—Ensalada cesar de pollo, poco aliñada.

—Entonces eso es lo que te llevaré.

Capítulo 14

Dana no le dijo a Hugh que su madre había llamado. Se estaba comportando de forma mezquina. Y controladora. Pero se sentía más susceptible de lo que se había sentido en su vida. El nacimiento de Lizzie le obligaba a pensar en su padre, en el tema de la raza. De vez en cuando, se miraba al espejo y se preguntaba cómo habría sido su vida de haber nacido con el mismo tono de piel que Lizzie. Para empezar, seguramente no estaría casada con Hugh.

Pero lo estaba. Y aquel fin de semana fue muy duro. Hugh fue dos personas diferentes: reservado con ella, entusiasta con sus amigos. Cuando Julian sacó la cámara e insistió en hacer una fotografía familiar, Hugh era todo sonrisas. Rodeó a Dana con sus brazos y las abrazó a ella y la niña. Por muy hipócrita que le pareciera, su actitud condicionó la respuesta de sus amigos... e irónicamente eso confirmó la opinión de Dana. Sí, hubo preguntas, pero en cuanto Hugh explicó que Dana no había conocido a su padre, ahí se acabó la cosa. Di la verdad y la gente seguirá adelante, eso es lo que Dana le había dicho. Demuestra entusiasmo y ellos también lo demostrarán.

No, el problema vino cuando se quedaron solos. La prueba de paternidad seguía interponiéndose entre ellos e hizo que cada uno durmiera pegado a su lado de la cama extra grande.

Cuando Hugh se fue al hospital el domingo por la mañana para ver a Jay Kostas, le llevó una bolsa con cuentos, un coche teledirigido y una camiseta demasiado grande de los Patriots. El niño estaba en una habitación compartida. Solo estaban ocupadas dos de las camas, la suya y la de otro niño, cuyos padres mantenían las cortinas corridas.

Jay no era un niño corpulento. La escayola del cuerpo daba sensación de volumen, hasta que le mirabas las piernas y los brazos, que eran extremadamente delgados. Cuando Hugh llegó, estaba viendo los dibujos animados en el televisor de la pared, y Crystal dormía en una silla. El niño le recordaba de su visita anterior. Sus ojos se iluminaron cuando vio los regalos.

—Despierta, mamá —susurró.

Crystal levantó la cabeza. Tardó un minuto en orientarse, lo que indicaba cuánto hacía que no descansaba. Aun así, consiguió decir un somnoliento «Hola».

—¿Cómo va? —preguntó Hugh.

Ella se desperezó.

—Bien.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Jay mirando los regalos.

—Es para tu madre.

El niño puso cara de decepción.

Hugh rio.

—Era broma. —Dejó la bolsa con los cuentos en la bandeja auxiliar—. No sé si te gustarán. Me los ha recomendado una dependienta. Ya hace mucho que no tengo cuatro años. Pero el coche seguro que te gusta.

Jay ya había echado mano del coche, y enseguida quiso mirar la camiseta.

—¿Lleva un número?

—Claro.

—¿Cuál?

—El cuatro —dijo Hugh, y le ayudó a desdoblarla.

Estaba a punto de decir que el cuatro era el número de Vinatieri, cuando Jay dijo entusiasmado:

—¿Me la puedo poner, mamá?

Hugh sabía que eso iba a costar. Crystal se puso a desabrocharle la parte de arriba del pijama. Incorporó a Jay hacia delante y se la quitó. La escayola era como un chaleco con cuello mao: empezaba justo bajo la barbilla y terminaba en la cintura.

—No es tan malo —comentó Hugh—. ¿Cómo te sientes con eso puesto?

—Me pica —dijo el niño.

—Tendría que traerle un rascador para la espalda.

El peso de la escayola también era un problema. Por los problemas que tenía Crystal para sujetar al niño y ponerle la camiseta al mismo tiempo, supuso que debía de pesar bastante. Le echó una mano.

—Uau —dijo Jay cuando terminaron—. Es mi mejor camiseta. —Y dicho esto cogió el mando del coche y empezó a accionarlo. El entusiasmo de aquel niño fue como un regalo para Hugh. Y la cara de satisfacción que ponía mientras manejaba el coche teledirigido, como la de J. Stan Hutchinson.

Hugh observó cómo Crystal jugaba con el niño, y pensó que no solo era atractiva, sino que también era una buena madre. Y por su sonrisa se veía que apreciaba que hubiera tenido aquel detalle.

Era agradable sentirse valorado. Y estaba pensando que a Dana le habría estado bien empleado si se sentía atraído por otra mujer. Solo que él no quería a otra mujer.

—Estoy tratando de recordar cosas —dijo Crystal acercándose.

—¿Algo que me puedas comentar?

—Todavía no. —Ella miró a su espalda—. El doctor.

El hombre de la bata blanca miraba a Jay.

—Veo que sus pulgares funcionan perfectamente —señaló antes de ofrecerle la mano a Hugh—. Steven Howe.

—Hugh Clarke. Hablé con un compañero suyo el otro día. No había visto la autorización que Crystal había firmado y no se sintió con libertad suficiente para hablar.

—Yo sí la he visto —dijo el médico—. Si le parece, ahora tengo cinco minutos. —Y lo acompañó a un pequeño despacho adyacente a la sala de enfermeras—. ¿Qué quiere saber?

—La naturaleza exacta de la lesión y qué se necesita para curarla.

—El accidente provocó una fractura por compresión de la cuarta lumbar con entumecimiento pélvico bilateral —empezó a explicar el médico—. Las imágenes nos han permitido establecer que se ha producido un abultamiento en el conducto espinal, lo que a su vez ha provocado la deformación del saco caudal a ese nivel.

—Traduzca, por favor.

—La lesión vertebral ha hecho que fragmentos de hueso de la columna penetren en el conducto espinal y afecten a ciertas terminaciones nerviosas. Hemos abierto y retirado los suficientes fragmentos para aliviar la presión. Si no lo hubiéramos intervenido tan pronto, es posible que el daño neurológico hubiera sido irreversible.

—Entonces, ¿no tendrá secuelas neurológicas?

—Neurológicas no. La escayola hará que la zona fracturada permanezca inmovilizada en una posición apropiada hasta que se suelde. No creo que haya ningún problema por ese lado.

—Su madre habló de una placas de crecimiento.

—Sí, el problema está ahí. Basándome en la lesión de Jay y en mi experiencia con casos similares, diría que ha habido ciertos daños en las placas superior e inferior del remo derecho del cuerpo. Si no me equivoco, eso significa que su remo izquierdo se desarrollará con normalidad y el derecho no. Y eso provocaría una deformación escoliótica.

—¿Y eso es?

—Que el tronco quedará torcido hacia la derecha. Si esto sucede su cuerpo tratará de compensar, lo que provocaría nuevos problemas. Es mejor evitar que llegue a esta situación; por ello recomendamos una intervención lo más rápido posible.

Hugh oyó un «pero» y agachó la cabeza.

—Se trata de un campo muy especializado —dijo el médico.

—La madre mencionó Saint Louis.

—El mejor especialista está allí.

Seguramente Hugh también tendría que citarle. Sin embargo, por el momento se limitó a preguntar:

—¿Estaría dispuesto a firmar una declaración jurada con todo lo que me ha dicho?

—Por supuesto. —El médico sacó su tarjeta.

—¿El pronóstico es bueno?

—¿Para Jay? Con un tratamiento adecuado sí. Si no fuera por la escayola de la pierna ya podría estar en su casa. No queríamos que se apoyara en la pierna durante un par de semanas, y la escayola del cuerpo le haría muy difícil manejarse con las muletas. Le estamos enseñando a utilizar un andador. En cuanto sepa hacerlo, le mandaremos a casa. Le visitaremos dentro de seis semanas y entonces veremos mejor cómo evolucionan las placas de crecimiento. Si acude pronto a Saint Louis, el año que viene ya podría volver a jugar al fútbol.

—¿Y si no?

—Tendrá que conformarse con mirar siempre desde el banquillo.

El domingo a media tarde, Dana acababa de llegar de la tienda y se dirigía hacia el patio de su casa con Lizzie dormida en el sillín del coche cuando David y Ali salieron de su casa para hacer una barbacoa en el patio. David le dedicó una mirada antes de concentrarse en la barbacoa. Ali la saludó con la mano y le gritó algo, luego miró a su padre y calló.

Dana no pensaba tolerarlo. No le importaba cómo se sintiera David por culpa de Hugh, no permitiría que Ali lo pagara. Así que, después de dejar a Lizzie bien instalada en la cuna del cochecito, cruzó el patio para ir al de ellos.

—Eh —dijo—. Habéis vuelto antes de lo que pensaba. ¿Cómo ha ido la acampada?

Como si al entrar en el patio de sus vecinos hubiera accionado una varita mágica, Ali corrió hacia ella. Su pelo estaba desordenado, y llevaba la

camiseta manchada de azul, pero sus mejillas estaban rosadas y sus ojos oscuros reían.

—¡Ha sido increíble! Papá y yo estuvimos horas caminando, y entonces... —empezó a agitar las manos para ilustrar lo que decía— encontramos un sitio donde los árboles no estaban tan juntos y montamos la tienda y recogimos palos y cocinamos con una fogata.

—¿Y qué cocinasteis?

—Melcochas.

—Melcochas. ¿Y ya está?

—Oh, había otras cosas, pero la melcocha fue lo mejor. —Empezó a agitar las manos otra vez—. Primero tienes que coger un palo y con una navaja pequeña lo limpias y lo afilas, y entonces ensartas las melcochas en el palo. Luego tienes que sujetar el palo encima del fuego —le hizo una demostración— sin dejar de girarlo, porque si no se prende fuego y se camusca...

—Chamusca —la corrigió David.

—Chamusca. —Se volvió hacia Dana—. ¿Mañana haremos punto? Me prometiste que me enseñarías.

—Y lo haré, sí, mañana.

—Oh, qué bien. Tengo natación... ¿A qué hora es eso, papá?

—A las dos —dijo David.

—A las dos, o sea que podemos hacerlo antes, a las ocho o las nueve o las diez. —No dejaba de balancearse sobre los dedos de los pies, sin dejar de mirar al cochecito—. ¿El bebé está ahí dentro?

—Sí.

—¿La puedo ver? —preguntó, cogiendo a Dana de la mano.

—Ali... —le advirtió David.

—No pasa nada. Volvemos enseguida. —Y tuvo que correr un poco para seguir a Ali hasta el cochecito.

Ali hizo un sonido de asombro y, tras arrodillarse en el suelo de piedra, se agarró a los lados del carrito.

—Está dormida —dijo mirando a Dana—. ¿Por qué siempre está dormida?

—Los bebés duermen mucho. No pueden hacer mucho más hasta que no crecen un poco y, si quieren crecer, necesitan dormir mucho.

—Y comer —añadió Ali, susurrando en un aparte—. Apuesto a que a la pequeña Elizabeth le encantarían las melcochas asadas, bien marroncitas y jugosas... —se interrumpió, esbozó una enorme sonrisa y se puso de pie.

Hugh acababa de aparecer ante la puerta mosquitera. Salió con los ojos puestos en Ali y la cabeza ladeada. Tenía esa expresión juguetona y escéptica que a Dana tanto le gustaba.

—¿Esa que veo no será Alissa Johnson? —dijo—. La que yo conozco es por lo menos treinta centímetros más baja y no está tan crecida como esta jovencita de ahí. ¿Quién eres?

Ali siguió sonriendo.

—Soy Ali.

Hugh levantó la mano para chocar los cinco con ella. Y la niña respondió. Cuando él subió la mano más arriba, ella saltó para chocarla.

—Buena chica —dijo Hugh.

—Ali —la llamó David.

—Ahora tengo que irme —dijo Ali—. Le prometí a papá que le ayudaría a hacer la comida. —Y se alejó corriendo por el césped.

Hugh se quedó mirando cómo se iba.

—¿Crees que David le ha dicho lo que pasa?

—Creo que le ha dicho que no nos moleste porque tenemos un bebé. No me lo imagino diciéndole otra cosa, la verdad.

—Tendrías que preguntarle.

—Pues yo creo que tendrías que preguntárselo tú.

Él le dedicó una mirada ofendida.

—No puedo.

—Un día u otro tendrás que pedirle disculpas.

—Sí, bueno, pero todavía no —dijo él. Ahí estaba otra vez, la prueba de paternidad, interponiéndose entre ellos de una forma que Dana no sabía cómo evitar. Debió de notarse que le dolía, porque Hugh añadió—: Solo es un formalismo, Dee. Sabes que sé que soy el padre de Lizzie.

Por unos momentos se miraron el uno al otro, hasta que Hugh se volvió hacia Lizzie. Se arrodilló, le tocó la barriga, que se perdía bajo la tela del body a rayas. Tenía la cabeza ladeada, los ojos cerrados, las pestañas oscuras desplegadas sobre el intenso dorado de sus mejillas.

—Acabo de llegar del hospital. He ido a visitar a Jay Kostas. Es un crío encantador que tiene por delante un montón de intervenciones importantes. Cosas así te hacen sentirte agradecido por lo que tienes. Lizzie está muy sana.

Dana dio un largo suspiro.

—Sí. Está sana. Y doy gracias por ello.

—¿Quieres que la lleve dentro?

—No. El aire le sentará bien. Creo que el sonido del mar la relaja.

—¿A ella o a ti?

—A las dos —confesó Dana—. Oigo la voz de mi madre en las olas. Quizá Lizzie también la oye.

Hugh levantó la vista.

—¿Y qué te dice tu madre?

Dana miró las olas.

—Dice que lo que está pasando entre nosotros no es bueno. Que tenemos tantas cosas buenas que es una locura dejar que algo así se interponga entre nosotros. Que estamos siendo infantiles.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Sí.

Se puso de pie.

—¿Entonces...?

Ella lo miró a los ojos.

—No es tan sencillo como estar o no estar de acuerdo. Todo es relativo. Teníamos algo que era perfecto. —El dolor que le producía aquel recuerdo hizo que la voz se le quebrara—. Quizá no era más que una ilusión. Pero quiero recuperarlo, y sé que es imposible.

—Nada es imposible.

—Claro, eso lo dices tú, que siempre has tenido una vida privilegiada.

—Vamos, Dee —le reprendió él—. Escucha a tu madre.

Perdona y olvida, pensó Dana, y se sintió indignada. Si Hugh no era capaz de ver que sus vidas habían cambiado para siempre, si no por el test de paternidad, sí por el color de Lizzie, es que era él quien estaba siendo infantil.

—¿Tú siempre haces caso de lo que te dicen tus padres?

—No —concedió él, y cambió de tema—. ¿Ha dicho Ali algo de su color?

—No, no ha dicho nada.

—¿Crees que ha sido porque le daba miedo comentarlo?

—¿Ali, miedo a comentar algo? —preguntó Dana secamente—. No, simplemente, creo que no ve nada anormal. A muchos niños les pasa. La clave está en cómo los educas.

—En otras palabras, que cuando llegue el momento tenemos que asegurarnos de que Lizzie vaya a una escuela multicultural.

—Lo que deja fuera las escuelas privadas de aquí —dijo Dana. David era su único vecino afroamericano.

—¿Crees que a Ali le molesta venir aquí? —preguntó Hugh—. ¿Qué se siente fuera de sitio?

Dana lo meditó.

—Ali no lo sé. Pero yo... Quizá yo no parezco afroamericana, pero por lo visto lo soy, lo que significa que soy diferente de la mayoría de gente que vive aquí. Y resulta perturbador.

—Nadie ve nada diferente.

—Vale ¿entonces estoy bien porque no parezco negra?

—Esa es una pregunta con trampa.

—Es una pregunta válida. ¿Por qué tendrían que tratar a mi hija de un modo diferente a mí? ¿O a Ali?

Él se rascó la parte posterior de la cabeza y dejó la mano en la nuca.

—En un mundo ideal no pasaría.

—Yo estoy una generación más cerca de mis orígenes africanos que Lizzie. Por lógica, yo tendría que sentir el peso de los prejuicios con más fuerza que ella.

—Por lógica, pero las cosas no funcionan así.

—Es bastante chocante haberme enterado así, de golpe —dijo Dana, tratando de expresar lo que sentía—. Al menos Ali y Lizzie estarán preparadas.

Desde el instante en que Dana recogió a Ali el lunes por la mañana, la niña no dejó de hablar. Le hizo un resumen detallado de la película que ella y David habían visto la noche anterior, una descripción en profundidad de los crepes de arándano que acababa de prepararle la niñera que David había contratado para que se quedara con ella cuando él estuviera en el trabajo, le contó palabra por palabra la conversación telefónica que había tenido con su madre haría una hora.

Cuando llegaron a la tienda se calmó un poco. Apenas acababan de entrar cuando vio las muñecas de trapo que había en exposición, junto con un libro donde se enseñaba cómo hacerlas.

Eran adorables. Dana misma había tejido algunas de las que tenían en exposición, y el diseño era notablemente más sencillo que el de las que se vendían en las tradicionales tiendas de juguetes. Eran de color crema, marrón o beis, tejidas en punto de jersey, acabadas con pelo hecho de hebras de lana y facciones de fieltro.

Ali estaba intrigada. Tocó una cara, sujetó una pequeña mano, cruzó un par de piernas flácidas. Cuando Dana le dijo que podía quedarse una, su rostro se iluminó... y entonces, embobada por aquella cara de felicidad, Dana le dio permiso para coger dos. Pero no se trataba solo de un gesto amable. No se le ocurría mejor proyecto para una principiante de siete años que una bufanda para una muñeca.

Ali estudió a las muñecas con la misma atención que quien escoge un diamante. Dana tuvo tiempo de amamantar a Lizzie antes de que se decidiera y se plantara ante ella sujetando sus trofeos con orgullo. Cuando Dana dijo que tenía que ponerles un nombre, Ali no vaciló.

—Crema —dijo mostrando la de color marfil, luego mostró la otra— y Cacao.

A Dana no se le habrían ocurrido aquellos nombres, pero no se los discutió.

—Cacao y Crema —dijo, y acompañó a la niña a la canasta de madejas viejas, sobrantes de las labores de las diferentes clientas y madejas sueltas que habían quedado de distintas tintadas y que dejaban allí para que las aprovecharan las principiantes.

Ali no perdió el tiempo y enseguida eligió una madeja de un intenso rojo.

—Esta para Crema, ¿no?

—¿Y para Cacao?

Esta vez Ali tardó más en elegir. Finalmente, encontró una que le gustaba. Era una lana de diez cabos con un toque de mohair para dar suavidad, de color verde oscuro.

Dana cogió las agujas, se sentó con Ali a la mesa y le enseñó el punto más básico. Lo hizo una vez, luego otra, exagerando cada paso. Al hacerlo por tercera vez, añadió una rima: «Pasa por la puerta/sube por detrás/se asoma a la ventana/y luego salta Jack».

Ali sonrió.

—Otra vez —le pidió, y Dana lo hizo, pensando en el día en que Ellie Jo le había enseñado a hacer el punto del derecho con aquella canción.

—Ahora yo —dijo Ali cogiéndole las agujas. Dana le enseñó cómo sujetar el hilo y guio sus manos en los primeros puntos, pero no hizo falta más. Ali aprendía deprisa. Estaba concentrada en lo que hacía, encantada de estar con las otras mujeres, y de vez en cuando paraba para hacer alguna pregunta. «¿Tú qué estás haciendo?». «¿Para quién es?». «¿Y si no le gusta?». «¿Por qué has elegido ese color?».

Dana, que la observaba mientras mecía la cuna de Lizzie, pensó que, definitivamente, la madre de Ali lo estaba haciendo muy bien.

Hugh volvió al despacho; era necesario, porque el trabajo empezaba a acumularse. Tenía que presentar una alegación para un caso de fraude postal, entrevistar a un médico forense en relación a un caso de homicidio con un vehículo y tener una reunión con un nuevo cliente acusado de cometer perjurio ante un tribunal federal. También tenía que decidir sobre la demanda

por despido improcedente, y no dejaba de pensar en el caso. Su cliente, que vendía seguros para el hogar, decía que él había dado a la empresa más cuentas que ningún otro agente, pero que dado que sus contactos estaban entre los grupos menos opulentos, la media de dinero que ingresaba era notablemente baja, de ahí que le hubieran despedido. El cliente —y la mayoría de los clientes de su cliente— era afroamericano.

Hugh quería incluir la acusación de discriminación racial en la demanda, y pasó buena parte del lunes tratando de resolver la cuestión logística... aunque finalmente decidió no hacerlo. La acusación de discriminación sería difícil de demostrar y podía apartar la atención de las otras reclamaciones de su cliente, mucho mejor documentadas. La práctica de la abogacía consistía en eso, en decidir por qué se lucha.

La vida consistía en decidir por qué se lucha, pensó. Podía seguir discutiendo eternamente con Dana sus razones para hacer la prueba de paternidad, pero lo más importante era encontrar a su padre. Y, con tan pocos datos, eso sería un problema.

El martes por la mañana, cuando Crystal Kostas llamó, Hugh agradeció la distracción. Y fue un placer pagarle el desayuno en el hospital a cambio de sus notas. Ella pidió una tortilla de tres huevos con una tostada, patatas fritas y café, y comió con voracidad mientras él leía. Sus anotaciones eran sorprendentemente coherentes, y al principio de cada página había un encabezamiento.

Figuraba una lista de los otros clientes que cenaron en el restaurante la noche que atendió al senador, y había señalado con un asterisco los nombres de los habituales que la conocían.

Hizo una descripción del recepcionista del motel —casi treinta años, huesudo, con gafas— y del coche que conducía el senador, un SUV oscuro con abertura en el techo y alerones de un color más claro.

Había anotado la fecha y la hora aproximada del encuentro y varias páginas con lo que recordaba de su conversación con el senador. Puso los hechos en orden cronológico: ella cogió la habitación, él se reunió con ella cuando ella ya había entrado y se marchó antes que ella. Describió su constitución alta y corpulenta, y la clara que tenía en la parte posterior de la cabeza.

El hombre tomó unas láminas para el aliento y le ofreció una a ella. Crystal no sabía de qué marca.

En la última página no había encabezamiento, y solo había un nombre.
—¿Dahlia? —preguntó Hugh.

Crystal dejó la tostada y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Lo gritó.

—¿Lo gritó? ¿Cuándo?

—Cuando se corrió.

—¿Correrse?

Ella asintió.

—¿Es el nombre de su mujer?

—No —dijo Hugh, pero su mente estaba buscando—. Quizá una amante.

Crystal parecía decepcionada.

—Él lo negará. Negará que tenga amantes.

—Puede —concedió Hugh cada vez más entusiasmado—, pero ¿y si hay otras mujeres... otras mujeres en esa lista que el jefe de personal de Hutchinson dice que tiene? ¿Y si pudieran declarar bajo juramento que gritó el mismo nombre cuando estuvo con ellas?

Capítulo 15

El martes por la mañana, Dana se reunió con Tara para desayunar. Otras tres amigas las acompañaban, y celebraron el nacimiento de Lizzie con unas torrijas de canela, quiche de brócoli y un descafeinado con avellana. Luego volvió a casa. Acababa de entrar en la rampa de acceso cuando Ali apareció junto al coche.

—¡Mira, Dana! —exclamó la niña con alegría en cuanto abrió la puerta. En las manos tenía la diminuta bufanda roja, como si fuera un lazo de cristal—. ¡Lo he terminado! Ahora quiero hacer la de Cacao, pero no sé cómo ponerla el principio.

—Monta —la corrigió Dana, y miró la labor que Ali había hecho—. ¡Ali, es estupendo! ¡Bien por ti!

—Me encanta. Papá dice que he encontrado mi sitio.

—¿Tu sitio?

—Sí. ¿Me ayudarás a empezar el otro? Y cuando lo acabe, quiero hacer mantas para el invierno. —Pegó la cara a la ventanilla de atrás, con las manos ahuecadas sobre los ojos—. ¿Por qué llora la pequeña Elizabeth?

—Tiene hambre —dijo Dana—. Te diré lo que haremos. ¿Ves esas cajas que hay ante la puerta? Si me ayudas a meterlas en casa mientras yo le doy el pecho a Lizzie, te enseñaré a empezar la labor. Cuando vuelvas a Nueva York tienes que saber hacerlo sola. —Y abrió la puerta del coche para coger al bebé.

—No pienso volver.

—¿Ah, no? —Eso era nuevo—. ¿Y dónde vas a ir?

—A ningún sitio. Me quedo aquí.

Dana salió del coche con una Lizzie que gimoteaba.

—¿Y cómo es eso? —David no le había dicho nada. Si era cierto que Ali se quedaba con él, entonces seguro que andaba desesperado por encontrarle una escuela. La escuela a la que iba en Manhattan no empezaba hasta mediados de septiembre; en cambio allí las clases empezarían en menos de una semana.

—Lo he decidido hoy —replicó Ali—. He decidido que me quiero quedar con papá.

—¿Él lo sabe?

—Se lo voy a decir esta noche. Seguro que no le importa. Le encanta que esté aquí con él. —Corrió hacia la puerta, donde aguardaban las tres cajas. Cogió la primera, mientras Dana se acercaba con el bebé—. ¿Todo esto es para la pequeña Elizabeth?

Dana lanzó una mirada a las etiquetas, pero Lizzie estaba inquieta y no podía entretenerse.

—Eso parece. Ponlas ahí, cariño. Hugh las abrirá cuando vuelva.

Tenía que dar de mamar a Lizzie y cambiarla. Cuando terminó con esto, enseñó a Ali a iniciar la labor. Luego, con Ali pegada a sus talones, subió a Lizzie al cuarto de los invitados. Abrió la puerta del armario y sacó una caja de cartón. Con delicadeza, dejó a Lizzie sobre la alfombra oriental y abrió la caja.

—Ooooooh —susurró Ali—. Cuánta lana.

—Esta lana es especial —le explicó Dana—. Era de mi madre. Sobre todo son madejas que sobraron de piezas que hizo cuando yo era pequeña. Mira —dijo sacando una madeja de una lana voluminosa de color aguacate que su madre habría utilizado para tejer una bufanda, y los restos de la lana amarilla del gorrito con orejas que le hizo cuando era un bebé. También había madejas que no reconocía.

Con curiosidad, sacó los diseños que había guardados en un lado de la caja. En su mayoría se trataba de libros, abiertos por la página en la que su madre había estado trabajando. Dana los hojeó, y encontró otros patrones.

Luego pasó a los patrones sueltos, los patrones que *Labores* ofrecía para el clásico cuello redondo y los cárdigans. La base del patrón ya estaba impresa; luego, dependiendo de las medidas de la clienta y el grosor de la lana, la dependienta anotaba el número de puntos que se necesitaban por vuelta, los incrementos, la longitud de cada una de las piezas del patrón. Y, mientras duraba la labor, la clienta volvía cada vez que había que hacer algún ajuste.

Dana miró con atención y se dio cuenta de que el logo de los patrones no era el de *Labores*. Era de un almacén de Madison, lo que significa que eran de la época en que su madre estuvo en la universidad.

Intrigada, mientras Lizzie dormía en el suelo y Ali separaba las lanas por colores, Dana repasó el resto de los patrones. Algunos eran para jerséis con diseños en colores, con trenzas, y una bufanda. También había uno para un

chal de las Feroe, con un dibujo desvaído. En la tienda Dana había visto libros nuevos con diseños como aquel, que recuperaban una prenda que tenía su origen hacía varias generaciones en las islas Feroe, posesión de Dinamarca en el Atlántico Norte. El hecho de que su madre hubiera tejido aquel tipo de chal hacía más de treinta y cinco años le resultaba increíble... y de pronto, sin necesidad de mirar más, supo que aquel sería su proyecto para el otoño. La pieza se tejía a partir del borde inferior, con un diseño especial para la espalda y algo de forma en los hombros para que quedara mejor, y podía alargarse por los extremos para que rodearan la cintura y se pudiera atar a la espalda. Su chal, de una mezcla de alpaca y seda de un intenso azul verdoso, aunque sería más pesado que algunos de los chales calados de mohair que se hacían en las Feroe, tendría un aire moderno perfecto para una mujer de su edad.

Entusiasmada, estaba a punto de desplegar el patrón cuando su móvil sonó. Se lo sacó del bolsillo y lo abrió.

—¿Dana? Soy Marge Cunningham. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Marge. Gracias por volver a llamar. Siento haber tenido que cancelar la cita de la semana pasada. Esperaba que pudiéramos quedar para otro día.

—En realidad —dijo Marge—, lo hemos estado pensando. Tú tienes que ocuparte de un bebé recién nacido y nosotros tenemos una casa enorme que queremos arreglar lo antes posible, así que hemos contratado a Heinrich & Dunn.

Dana sintió una profunda decepción.

—Lo siento. No sabía que corriera tanta prisa; de lo contrario os habría atendido antes. —Y podía haber añadido que Heinrich & Dunn les ofrecería exactamente lo mismo que a sus dos vecinos, que era justamente lo que Marge había dicho que no quería.

—Oh, ya sabes —dijo la mujer con ligereza—, es una de esas cosas que, cuando te decides, quieres tenerlo ya. —Y remató la frase con una risita—. Pero gracias de todos modos, Dana. Y mucha suerte con la pequeña. He oído decir que es una triunfadora.

Dana colgó, pero sorprendentemente no se sentía afectada. Ahora que Ellie Jo estaba indispuesta, en la tienda tendría trabajo más que de sobra.

Así que abrió el patrón que tenía en la mano, satisfecha. Estaba hecho a mano, al igual que el nombre que figuraba en la portada. Dentro había una nota.

Las instrucciones están dentro. Mi madre las tradujo al inglés de las instrucciones de mi abuela en feroés, y es posible

que se haya perdido algún detalle. Pero tú lo sabes todo sobre las labores de punto. Si hay algún error, seguro que lo descubres.

Aquí te echamos de menos. Entiendo por qué te has ido, pero la residencia no es lo mismo sin ti. Por favor, plantéate la posibilidad de volver el año que viene con el bebé. Él ya se habrá ido, así que serás libre.

Dana volvió a leer la frase. Con el corazón acelerado, pasó la nota para mirar el sobre al que estaba sujeta con un clip. El nombre del remitente estaba allí, y la dirección.

Dana había descubierto dos secretos. El primero era el nombre y la dirección de una mujer que conoció a su madre en la crucial época en que se quedó embarazada en Madison y, aunque la dirección era muy vieja, al menos tenía algo por donde empezar.

El segundo era más inquietante. «Él ya se habrá ido, así que serás libre». Aquello hacía pensar que el padre de Dana no fue una aventura de una noche como Elizabeth había hecho creer a todo el mundo. Y aquella parte del «serás libre» no le acababa de gustar. Implicaba que había algo malo en aquel hombre, que podía ser demasiado posesivo. Y, puesto que Dana ya lo había comprobado en la red y sabía que en aquella época no hubo ningún Jack Jones en la universidad donde estudió su madre, lo más probable es que no fuera estudiante. Tal vez la amiga de su madre supiera algo más.

Ali se fue, pero por el momento Dana no hizo nada. Hugh quería que encontrara a su padre lo antes posible, pero aquello despertaba sentimientos contradictorios en ella. Y además, Dorothy estaba a punto de llegar.

Dana se estaba metiendo el sobre en el bolsillo de los tejanos cuando oyó el timbre de la puerta. La siguiente hora transcurrió agradablemente. Y no tenía que haberle sorprendido. En general, siempre había disfrutado de la compañía de su suegra. Lo que sí le sorprendió, teniendo en cuenta lo sucedido en el hospital la semana antes, fue que Dorothy se mostrara tan encantada con la pequeña. No hubo distanciamiento, no tocó a Lizzie como si fuera la hija de un extraño, no escatimó ese afecto que Dana le había visto desplegar con los hijos de Robert. Y su regalo —dos anoraks pintados a mano a juego, uno para Lizzie y otro para ella— era de una gran sensibilidad.

Dorothy insistió en tener a la niña en brazos todo el rato, salvo cuando tenía que mamar. Cuando estaba a punto de irse y le pasó el bebé a Dana, sin dejar de tocarle la cabecita, como si no quisiera cortar aquel contacto, por fin mencionó lo sucedido en el hospital.

—Quería que supieras —dijo— que siento mucho lo que pasó en el hospital. Te integras en un determinado círculo social y empiezas a comportarte de una determinada manera, sin pensar, solo porque a tu alrededor todo el mundo hace lo mismo. Pero yo no soy así, no me educaron para ser una esnob. Lo malo es que, cuando llevas tanto tiempo siendo una Clarke, hay ciertas expectativas... —Dejó la frase sin acabar.

¿Qué podía decir? ¿Qué no pasaba nada? ¿Qué el hecho de que fuera una Clarke justificaba su comportamiento abominable?

Se sentía tan mal por aquello que lo más que pudo hacer fue preguntar:

—¿Tú también dudas de que Hugh sea el padre?

—Por supuesto que no —dijo Dorothy en tono de chanza sin dejar de acariciar al bebé—. Incluso si no lo viera con mis propios ojos, que lo veo, en el fondo sé que nunca irías con otro hombre. Eres una buena persona, Dana. Una buena madre. ¿Sabes?, creo que me equivocaba cuando antes de nacer Lizzie insistía en que necesitaría una niñera. Nosotros lo hicimos así, pero he tenido tiempo para pensar, y ahora sé que no necesitas ayuda. Tú perdiste a tu madre, y ahora quieres pasar todo el tiempo que puedas con tu hija. Lo entiendo. Las madres queremos ciertas cosas. Soñamos con una familia unida y afectuosa, y eso no siempre es posible. Pero pronto será la fiesta de presentación del libro de Eaton, y quiero que toda la familia esté presente, sobre todo tú y Hugh. Y si no tienes niñera, quiero que traigas a Lizzie contigo... y no me importa lo que diga Eaton.

Dana se dio cuenta de que era la primera vez que mencionaba a su marido desde que había llegado.

—¿Sabe que estás aquí?

—Oh, sí —dijo Dorothy, y entonces se detuvo en seco, la miró a los ojos y alzó el mentón—. No, en realidad no lo sabe. Es un hombre testarudo, y no solo contigo y Hugh y la pequeña. Ha discutido con su hermano, y no se hablan. Bradley lo está pagando con Robert, y Robert está furioso con Eaton. Y conmigo, porque piensa que tendría que hacerlo entrar en razón. Esto es ridículo. Tener que salir a escondidas de mi casa para comprarle un regalo a mi nieta recién nacida. Lo he pagado con mi tarjeta de crédito. ¿Sabías que tengo mi propia tarjeta?

Dana sonrió.

—No, no lo sabía.

—Pues sí. No soy del todo tonta.

Minutos más tarde, cuando la vio marcharse en su coche, Dana se acordó del sueño que había tenido justo antes de romper aguas. En él, Dorothy se

mostraba crítica y la miraba como si no estuviera a la altura. En aquellos momentos, Dana se preguntó si no habría malinterpretado el sueño. Quizá lo que el sueño quería decir es que Dorothy estaría a su lado.

Dana había desconectado el teléfono y estaba dormitando en el sofá cuando Hugh llegó a casa.

—Eh —dijo él con afecto.

Ella se incorporó de un salto, pensando que Lizzie estaría llorando. Cuando se dio cuenta de que era Hugh, acucillado a su lado, respondió con una sonrisa. De no haber visto su expresión de suficiencia, le habría acariciado la mejilla.

—El laboratorio me ha mandado los resultados por fax. No hay duda, Lizzie es mía. —Se dio unas palmaditas en el bolsillo de la camisa—. Aquí tengo la prueba, Dee. Con esto podré acallar a mi familia.

Dana se sentó.

—He traído un body monísimo para Lizzie. Y esto es para ti.

Dana vio un ramo de flores, la misma combinación de colores con la que había inundado la habitación de la niña cuando supieron que estaba embarazada. Era un recuerdo agridulce.

Dana respiró hondo para acabar de despertar. Y dijo:

—Gracias.

—Vaya, cuánto entusiasmo.

Dana se acercó al cuco. La pequeña seguía durmiendo. Al levantar los ojos miró al mar, y se preguntó qué habría dicho su madre si rechazaba las flores. ¿Qué era una desagradecida? ¿Una maleducada?

—¿Estás así por falta de sueño?

Ella le miró.

—¿Así cómo?

—De antipática. —Él seguía acucillado, sujetando el ramo envuelto en papel celofán.

—No, no es falta de sueño. Es desánimo. ¿Se supone que tengo que alegrarme porque tu test ha demostrado algo que nunca tendría que haberse puesto en duda?

Él la miraba con ojos penetrantes.

—Pensé que te alegraría poder aclarar esto.

—Hugh —dijo ella con un suspiro exasperado—. El test no me importa. Lo que me importa es que tú lo hayas hecho.

—No tenía otro remedio. Intenta ponerte en mi lugar. —Se puso en pie.

—No, tú tendrías que ponerte en mi lugar —fue la contestación de ella. No sabía si era la visita de Dorothy lo que le daba aquella fuerza, pero no pensaba ceder—. Lo que teníamos antes de que pasara todo esto era especial. Antes de conocerte nunca había salido con tipos superricos, porque no me fiaba, porque pensaba que me utilizarían y luego me dejarían tirada.

Él profirió un sonido de desdén.

—Ningún hombre haría eso.

—Me he criado aquí. Y lo he visto muchas veces. Estaban los superricos, y luego los demás. Y nosotras no éramos más que un juguete para los ricos. Mira Richie Baker. Le llamábamos el corruptor, porque su objetivo siempre era desflorar a las vírgenes. En cuanto conseguía llevárselas a la cama, las dejaba. Y ahora ¿con quién está casado? Con otra superrica. Me crie aprendiendo a evitar a los que son como tú. Pero de pronto todos esos reparos dejaron de tener sentido, porque en ti todo me hablaba de decencia y respetabilidad. ¿Te he preguntado yo alguna vez por las mujeres con las que saliste antes de conocerme? No, porque no era importante, porque sabía que lo que sentías por mí era diferente.

—Y lo era. Lo es.

En su favor, hay que decir que se le veía preocupado. Dana quería creer que la estaba escuchando.

—Lo sé. Yo te gustaba porque era diferente. Solo que ahora no estás seguro de que todo aquello no fuera más que una ilusión, de que mi piel blanca no sea más que un espejismo.

—No mezclemos las cosas.

—Vale. Volvamos al test de paternidad. Necesitabas una respuesta y esa era la forma más rápida de conseguirla. Bueno, pues ya tienes tus resultados. ¿Vas a llamar a tu padre, a tu tío, a tu hermano? ¿Llamarás a tus compañeros del equipo de baloncesto? ¿Le vas a decir a David que está libre de sospechas? —Dio un rápido suspiro—. ¿Es que no lo ves? Si utilizas esa información, me estarás ofendiendo tanto como me has ofendido al hacer la prueba.

—Eh, dame un respiro. No pensaba llamar a nadie.

—¿Quieres decir que solo lo dirás si te preguntan? ¿Qué la próxima vez que alguien haga un chiste sobre el color de Lizzie dirás que te has hecho un test de paternidad y ahora sabes que Lizzie es tuya? —Dana no se detuvo—. Bueno, pues si ya hemos aclarado que tú eres el padre de Lizzie, eso significa que yo soy afroamericana. Y me va a costar un poco hacerme a la idea.

Hugh no dijo nada.

—No dejo de pensar —siguió diciendo— que todo este asunto de David y la prueba de paternidad no ha sido más que una tapadera para no tener que afrontar la realidad. Bueno, ahora tu familia estará contenta, porque sabes que tu hija es legítima, pero van a tener que apechugar con mis orígenes. Y tú también. Quizá todos tus reparos eran por eso.

—¿Reparos?

—Tus dudas. Mi amistad con David, mi irresponsabilidad por no haber tratado de localizar antes a mi padre. ¿Confías menos en mí porque no soy blanca de pura raza? ¿Quieres seguir casado conmigo?

—No seas ridícula, Dana.

—¿Qué clase de respuesta es esa? Te estoy hablando de nuestro matrimonio, Hugh. ¿Crees que después de esto podemos recuperar lo que teníamos?

—Sí —espetó él—. Pero no hasta que lleguemos al fondo del asunto. Tenemos que encontrar a tu padre...

Dana le interrumpió.

—¿Dónde está tu superinvestigador?

—Está en ello.

El hecho de que Lakey aún no hubiera encontrado nada confirmaba un poco los problemas que ella misma estaba teniendo para encontrar información.

—No es fácil, ¿verdad?

—No, pero lo conseguiremos. Encontraremos a ese hombre y averiguaremos si hay algo que debemos saber.

—¿Cómo qué?

—Trastornos médicos. De eso se trata, ¿no? Cuando tengamos toda la información podremos dejar esto atrás y seguir adelante.

Dana no se apaciguó.

—No se trata de tener información. Se trata de nosotros. —Y añadió con desánimo—: Por si te interesa, tengo una pista. He encontrado a alguien que quizá conoció a mi padre.

Él levantó una ceja.

—¿Alguien de aquí?

—No. Una amiga de mi madre, en Wisconsin. He encontrado una carta que envió cuando yo ya había nacido. Y me hace pensar que mi madre no estuvo con él solo una semana.

—¿En serio? Interesante. Pero, si estudiaba allí, lo que está claro es que no se llamaba «Jack Jones». Lakey ya lo ha comprobado.

—Vale, pues no se llamaba Jack Jones.

—¿Puedes localizar a esa mujer? —preguntó Hugh.

—No lo sé.

—¿Quieres que Lakey la busque?

—No. Lo haré yo. —En sus ojos Dana vio que dudaba—. Soy perfectamente capaz, Hugh. Podía haber encontrado a mi padre hace años, podía haber contratado a un detective, pero no tenía el suficiente interés. Tú sí. Así que lo haré. Porque respeto la necesidad que tienes de saber.

Él la miró fijamente.

—Entonces, ¿soy el malo de la película?

—¡Maldita sea, sí! —exclamó ella—. No dejo de pensar en las primera horas después de nacer Lizzie, y en lo diferente que habría sido todo si no hubieras estado tan obsesionado por explicar su color para que la gente pensara o dejara de pensar. Pues hay un problema, Hugh. Aunque no tendría por qué serlo. ¿Por qué no podemos estar orgullosos de nuestra hija? ¿Por qué no podemos enviar las tarjetas para anunciar su nacimiento? ¿Quieres a Lizzie? Y a mí ¿me quieres? Eso es lo que importa, Hugh. —Se llevó la mano al corazón—. Lo que llevas aquí.

Capítulo 16

El jueves, después de dos días de vacilación, Dana abordó a Gillian Kline en la tienda. Siempre había estado allí y Dana confiaba en su buen juicio.

—He encontrado una carta de una tal Eileen O'Donnell a mi madre —dijo, y la observó buscando alguna señal de reconocimiento.

Pero la mujer frunció el ceño.

—No me suena. ¿Quién es?

—Estaba en la misma residencia estudiantil que mi madre. Su apellido de casada es McCain. Eileen O'Donnell McCain.

—No me suena.

Dana le enseñó la carta y esperó mientras Gillian leía.

—Quizá no tendría que hacer caso —dijo entonces—. No debió de ser muy importante en la vida de mi madre si no conoces su nombre.

—Tu madre —dijo Gillian con tono razonable— estuvo tres años en Madison, y yo no estuve con ella. No podía conocer a todas sus amigas. Quizá había amigas que prefirió no mencionar.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

—Porque le conocían a él. Liz nos hizo creer a todos que solo fue una aventura de una noche, pero, por lo que dice esta carta, no es así.

Dana insistió.

—Pero ¿quién es Eileen O'Donnell? ¿Por qué tendría que creer lo que dice?

Gillian le pasó el brazo por los hombros.

—Porque no tienes nadie más a quien recurrir. Además, la carta no te la escribió a ti. Era para tu madre, y se daba por sentado que nadie más la vería. Eso le da validez.

—Entonces, ¿crees que tendría que llamar?

Gillian sonrió con pesar.

—Creo que sí. Ya que has llegado hasta aquí... Si no, siempre te quedará la duda. Bueno, eso suponiendo que puedas averiguar su número de teléfono.

Dana dejó escapar un suspiro resignado.

—Ya lo he encontrado.
—¿A través del detective de Hugh?
—No. Por el directorio de alumnos. Está *on-line*.
Gillian sonrió con expresión sabia.
—Bueno, cielo, entonces está claro ¿no crees?

* * *

Dana hizo la llamada, pero no lo hizo por sí misma. Aún se sentía dividida en lo relativo a conocer la identidad de su padre, sobre todo ahora que sabía que quizá su madre lo había evitado deliberadamente. Tampoco lo hizo por Hugh. Lo hizo por Lizzie. La pequeña había nacido con unos rasgos que influirían en su vida. Con el tiempo, empezaría a hacer preguntas. Y merecía conocer las respuestas.

Eileen O'Donnell McCain vivía en Middleton, una zona residencial de Madison. Dana tecleó el número desde la salita de su casa. Tenía el cuco al lado, y veía al bebé agitar sus piernas y sus bracitos.

Contestó una adolescente.

—Quisiera hablar con Eileen McCain, por favor —dijo Dana.

Hubo un gemido medio disimulado —era evidente que la joven esperaba otra llamada— pero de todos modos le preguntó educadamente:

—¿Quién llama?

Dana respiró hondo. Había llegado el momento de mojarse.

—Soy Dana Joseph. —No hacía falta que dijera su apellido de casada. Ese era el apellido que la amiga de su madre reconocería, y Dana lo utilizaba en su trabajo—. Mi madre fue amiga de la señora McCain en la universidad.

—No cuelgue. —El auricular cayó con un golpe.

—¿Hola? —oyó que decía alguien con voz indecisa tras unos minutos. La voz era de una persona mayor.

—¿Señora McCain?

—¿Sí?

—Soy Dana Joseph. Creo que conoció usted a mi madre en la universidad. Elizabeth Joseph.

En cuanto lo dijo la voz de la mujer adoptó un tono cordial.

—Liz. Por supuesto. Y tú eres la hija. Me alegra que me hayas llamado. Me enteré de la muerte de tu madre mucho después. Lo siento. Era una persona estupenda.

A Dana le habría gustado preguntar en qué sentido. Recordaba tan pocas cosas que, a pesar de todo lo que Ellie Jo y Gillian le habían dicho, ansiaba

saber más. Pero aquello no era una prioridad.

—Gracias —se limitó a decir—. El otro día estaba repasando las labores de mi madre y encontré las instrucciones que usted le mandó para hacer el chal de las Feroe de su abuela. Soy una gran amante de las labores, como mi madre, así que abrí el sobre y, junto con las instrucciones, encontré una carta. Por lo que decía me ha parecido que conoció usted a mi padre. La cuestión es que acabo de tener una hija y ha habido un problema médico... bueno, en realidad no es médico, pero es algo físico, y necesito comprobarlo; por eso tengo que ponerme en contacto con él. El problema es que no sé dónde buscar.

—¿Qué te contó tu madre de él?

—No gran cosa —replicó Dana, sintiéndose un poco como una traidora por la crítica implícita en sus palabras. Pero su madre se había equivocado. El hecho de ser padre conlleva ciertas responsabilidades, que es justamente el motivo por el que Dana hacía la llamada. Por muy encontrados que fueran sus sentimientos al respecto, se lo debía a su hija—. Todos pensábamos que era alguien que solo estaba de paso por la ciudad. Me dijo que se llamaba Jack Jones.

Del otro lado de la línea se hizo un silencio, luego un suspiro.

—Bueno, ese no era el nombre completo, pero todos le llamábamos así. El nombre completo era Jack Jones Kettyle.

Jack Jones Kettyle. Kettyle.

—¿Usted le conocía?

—Era difícil no conocerle. Iba un año por delante de nosotras, y era un juerguista de primer orden... al menos hasta que conoció a tu madre. Estaba locamente enamorado de ella. Fue ella quien cortó.

Dana estaba sorprendida.

—¿Ella? Pero ¿por qué?

—Por muchas razones. Él la adoraba, pero quizá un poco demasiado, y ella se sentía abrumada, no le amaba como él a ella. Y estaba la religión. Jack era muy devoto.

—¿Devoto de qué?

—Católico —dijo Eileen—. Procedía de una gran familia, y quería tener una familia igual de grande. Y no ocultaba que quería volver a Nueva York, que sus hijos fueran monaguillos, que su mujer se quedara en casa tejiendo jerséis.

—¿Mi madre lo rechazó porque era católico? —preguntó Dana con incredulidad. Católico, no negro. Aquella ironía la desconcertaba.

—No fue por la religión en sí. La familia de él estaba muy encima. Los vio en una ocasión, y fue un desastre. Aquella visita seguramente acabó con las posibilidades de Jack. Pero quería a Liz.

—¿A Liz o la imagen de Liz haciendo punto?

—A Liz. Pero sí, el hecho de que supiera hacer punto hizo mucho. Liz le reconfortaba. Nos reconfortaba a todos.

Dana pensó en Gillian, en Nancy Russell, en Trudy Payette. Todas habían conocido a Liz de pequeña y todas decían lo mismo.

—Yo solo tenía cinco años cuando murió. Lo único que sabía es que ella era el centro de mi mundo.

—Oh, y el de Jack también. Por un tiempo. Estaba muy enamorado.

Dana guardó silencio, tratando de asimilar aquello.

—Perdone —dijo cuando consiguió ordenar su pensamiento—. No es esto lo que esperaba descubrir. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Cómo es posible que un playboy sea un católico devoto?

—¿Sabes quién es JFK?

—Tengo una foto de mi padre. Y no era tan guapo como JFK.

—En fotografía quizá no, pero en persona tenía algo. Tenía carisma. Y peleó muy duro por tu madre. Durante mucho tiempo se negó a aceptar que no se casaría con él.

«Ya se habrá ido, y entonces serás libre». Eso lo explicaba todo. Pero había muchas cosas que Dana habría querido saber. No sabía si Eileen McCain tendría las respuestas, pero Gillian tenía razón. No tenía nadie más a quien recurrir.

—¿Supo que estaba embarazada antes o después de romper con él?

—Después.

—¿Y aun así no cambió de opinión?

—No. No amaba a Jack. No se imaginaba criando a sus hijos en el tipo de familia que él quería.

—¿Se planteó alguna vez abortar?

—Por Dios, no. Quería tener al bebé. A ti.

—Pero eso la obligó a dejar los estudios.

—No la obligó. Ella lo decidió así. No le importó volver a casa. Quería mucho a sus padres y sabía que estarían encantados con su bebé.

—¿Sabía Jack Kettyle que estaba embarazada?

—Que yo sepa no. Tu madre se fue antes de que se le empezara a notar.

—¿Qué excusa dio para marcharse?

—Dijo que añoraba a sus padres y que podía finalizar los estudios en Boston. ¿Lo hizo?

—No. Mi abuela acababa de abrir una tienda de labores y mi madre decidió trabajar en ella. Pero por favor, volvamos a Jack. Si tan enamorado estaba, ¿por qué no hizo nada por buscarla?

Eileen no contestó enseguida. Finalmente, con tono de disculpa, dijo:

—Oh, se sentía herido. Se volcó con otra, seguramente por despecho, la dejó embarazada y nunca miró atrás.

—¿Se casó con ella?

—Creo que sí.

—¿Y siguen casados?

—Eso tengo entendido.

—¿Había otros hombres? ¿Tenía mi madre otros pretendientes?

—Docenas. Había hombres maravillosos a los que les habría encantado salir con ella. Pero Jack, bueno, era irresistible.

Dana hizo la pregunta de otro modo.

—Lo que quería decir es si mi madre se acostaba con otros. Sería muy humillante para Jack y para mí si me presento ante él y le acuso de algo que no es. ¿Es de verdad mi padre?

—Oh. —Una risa abochornada—. Lo siento. No te había entendido. No, nunca se acostó con ningún otro aquí. Jack Kettyle fue el único.

—Pues por lo que dice era una joya —dijo Dana—. Un playboy, pero muy religioso, y que al parecer era un ignorante. ¿No sabía que existen los métodos anticonceptivos, aunque sea salirse antes? Después de haber practicado el sexo con ella sin protección ¿ni siquiera se le ocurrió pensar que podía estar embarazada? ¿La llamó alguna vez a su casa cuando dejó los estudios?

—No sabría decirte.

Dana se inclinó sobre el cuco y ahuecó la mano sobre la mejilla de Lizzie.

—Perdone, solo estaba desfogándome —dijo ya más calmada.

—Has hablado de un problema médico. ¿El bebé no está bien?

—Es maravillosa. Pero tiene ciertos rasgos afroamericanos, y estamos tratando de averiguar de dónde vienen. La familia de mi marido está bien documentada, así que la opción más obvia estaba en mi padre biológico. ¿Cree que Jack Jones podría ser birracial?

—No, pero solo puedo hablar basándome en su aspecto. Nunca vi a nadie de su familia. Liz sí, aunque no mencionó nunca nada de colores.

—Señor ¿todo esto es una especie de acto de justicia poética? —preguntó Dana—. Me preocupa que la gente rechace a mi hija porque es afroamericana y resulta que mi propia madre rechazó a alguien por su religión.

—Lo que rechazaba era un estilo de vida, no su religión. Y no le amaba.

—Es triste —dijo Dana. Ya solo quedaba una cosa por preguntar—. ¿Sabe dónde está ahora?

—No, pero el directorio de alumnos te lo dirá.

Dana profirió una risa despectiva.

—Claro. Ahí es donde he conseguido su número. Y hasta lo tengo en la web.

—No hace falta que lo mires en internet. Tengo la edición del año pasado aquí mismo. Espera un momento, por favor.

Dana se apartó del bebé para coger lápiz y papel. Unos minutos más tarde, ya tenía un nombre, una dirección, un número de teléfono. Ahora la cuestión era qué hacer con ellos.

Capítulo 17

El viernes por la mañana, gracias a la tenacidad de su detective, Hugh pudo mover pieza contra el senador. Primero llamó a Crystal. La joven contestó al teléfono junto al lecho de Jay. Y, aunque pareció complacida con la noticia, se mostró cautelosa.

—¿Cómo te pondrás en contacto con él? —preguntó.

—Mandaré una carta donde ponga «Personal y confidencial», lo que significa que su jefe de personal la abrirá. En ella diré que represento a Crystal Kostas en relación con la paternidad de su hijo y que, antes de iniciar un proceso legal, deseo reunirme con el abogado del senador.

—¿Y crees que alguien te contestará?

—Sí. Reconocerán mi nombre, y sabrán que no están tratando con un picapleitos cualquiera sin escrúpulos.

—¿Y lo único que necesito es otro testigo?

—Es un buen principio. Eso significaría que dos personas sin contacto entre ellas confirman un detalle desconocido sobre el senador.

—¿Esa mujer estuvo con él mucho tiempo? ¿Se quedó también embarazada?

—No, no se quedó embarazada. Y solo estuvieron juntos una vez. Nunca ha llamado a su despacho, y no la mueve ningún motivo egoísta.

—¿Cómo la ha encontrado tu detective?

—Es una actriz muy famosa.

—¿Hay fotografías de los dos juntos?

—Publicadas no —dijo Hugh con satisfacción—, pero Lakey tiene una fuente en las revistas sensacionalistas que le ha enseñado fotografías que no llegaron a publicarse. Es lo que tiene ser un personaje público. Ella es actriz; no le importó que la fotografiaran con un senador casado. Es él quien tendría que haber sido más cuidadoso. Evidentemente, a nosotros nos viene de perlas.

—¿Y no intentará comprarla alguien del despacho del senador?

—Conseguiré una declaración jurada antes de que eso pase. Y entretanto, mi hombre está tratando de localizar a alguna de sus otras amantes. Cuantas

más tengamos, antes capitulará.

Hugh sabía que en el momento en que enviara la carta empezaba la cuenta atrás. Si a mitad de semana no había tenido noticias del abogado, presentaría la demanda pidiendo una prueba de paternidad. Crystal no quería un juicio público. Pero tenían que conseguir la atención del senador.

Lo que Hugh no le dijo a Crystal es que había otras tres mujeres importantes a las que Lakey había abordado y que no habían querido hablar. Una meneó la cabeza y le cerró la puerta. La segunda dijo: «No estoy autorizada a hablar con usted». Y la tercera: «No puedo». O bien el senador había comprado su silencio, o temían unas consecuencias que la actriz podía evitar gracias a su éxito.

Crystal Kostas no era famosa, lo que significaba que la balanza estaba descompensada. Para el senador ella no era nadie. Pero para su hijo sí. Para su hijo lo era todo.

Hugh conocía íntimamente el poder de Hutchinson y su riqueza. Iría a por todas.

Dana pasó buena parte del viernes en la tienda. Allí, rodeada de sus amigas, es donde se sentía más segura. Y Lizzie tenía el cariño de tantas personas que Dana podía dejarla dormida en la cuna y ausentarse para pasar algún rato con su abuela.

Ellie Jo no tenía buen aspecto. Finalmente, pudo volver a apoyar peso en la pierna escayolada, pero seguía muy pálida e inestable, y Dana la veía envejecer por momentos. Y lo peor, no aceptaba de buen grado sus atenciones. Dana la cuidó sin hacer grandes aspavientos. Sin embargo, el viernes por la tarde, Ellie Jo parecía más disgustada.

—¿Hay algo que te preocupa? —preguntó Dana. Estaban sentadas a la pequeña mesa circular, en la cocina de Ellie Jo, con unos platos blancos sobre unos mantelitos individuales naranja que Joan, una amiga de Ellie Jo, había acolchado. El plato de Dana estaba limpio. Aunque seguía adelgazando, tenía un hambre voraz. En cambio, Ellie Jo apenas había tocado su comida.

—No me gusta esta escayola —se quejó—. Me lo hace todo más difícil.

—¿Es solo eso? Se te ve muy pálida.

—Suele pasar cuando te haces vieja.

—¿Así, de pronto, en una semana?

—Sí, sobre todo después de una caída —dijo Ellie Jo, agitando una mano inestable ante el pie, que estaba apoyado en una silla. *Veronica* estaba cómodamente pegada contra la escayola, y parecía más preocupada por la expresión irritada de su dueña que por la comida que tenía en el plato.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un chequeo?

Ellie Jo la miró a los ojos.

—Hace seis meses.

—¿Y todo estaba bien?

—Todo bien. Créeme, Dana. A lo mejor soy vieja, pero aún no estoy lista para irme. Estoy preocupada por ti, y por Lizzie. Si mi Earl estuviera aquí, se llevaría a Lizzie de paseo y la enseñaría con orgullo por todo el pueblo. Sería de gran ayuda. Era un buen hombre, Dana. Puedes estar orgullosa de él.

Y Dana lo estaba. Ella, de quien quería hablar era de su padre, pero la última vez que lo había mencionado Ellie Jo salió hecha una furia y se cayó por la escalerilla del desván.

Así que se fue sin mencionarlo. Cuando conducía de camino a casa, recordó lo que su madre le había susurrado la noche antes. «Cuéntale a Hugh lo que has averiguado». Pero no podía decírselo, no podía, y eso le hacía sentirse fatal. Que es una de las razones por las que, cuando vio a Ali y David jugando al baloncesto en la rampa de acceso a su casa, cogió a Lizzie y fue hacia allí.

David era su amigo. Y en aquellos momentos Dana necesitaba un amigo.

Sonriendo, vio que David aupaba a Ali para que pudiera colar la pelota en la canasta. En cuanto sus pies tocaron el suelo, la niña corrió hacia ella y le rodeó la cintura con los brazos. No dijo nada, se limitó a abrazarla, con una amplia sonrisa en la boca.

David se secó la cara con el bajo de la camiseta, pero no fue a reunirse con ellas hasta que Dana no le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Cómo va? —preguntó David.

—No está mal —replicó Dana mientras Ali la soltaba—. Anoche Lizzie durmió cuatro horas de un tirón dos veces.

Él le sonrió al bebé, que miraba vagamente a nada en particular.

—¡Dana, mira! —gritó Ali, y le hizo una demostración de su *dribbling*.

—Muy bien —contestó Dana.

—Cuando Lizzie sea mayor, le enseñaré cómo se hace —repuso Ali, y cuando Dana le dio la vuelta al bebé para que quedara de cara a la rampa de acceso, gritó—: Mira, Lizzie, mira mi *dribbling*.

Apenas había acabado su demostración cuando su padre le puso la mano en la cabeza.

—Eh, señorita, ve adentro y trae un par de botellas de agua de la nevera.

Ali tiró la pelota y echó a correr exageradamente rápido.

En cuanto supo que no podía oírles, David dijo:

—Todavía pareces cansada.

—Que Lizzie pueda dormir cuatro horas seguidas no significa que yo también duerma —replicó ella—. ¿Te ha dicho Ali algo sobre el color de Lizzie?

—No, pero ya te lo dije, no creo que diga nada. Su madre es blanca. —Bajó la voz—. ¿Cómo están las cosas por casa?

Dana le sonrió con tristeza y encogió los hombros.

—Sigue en plan estúpido —fue lo que David interpretó.

—No, eso suena muy duro —dijo, porque sentía la necesidad de defender a su marido—. Se porta bien con el bebé, y me ayuda mucho. La quiere mucho, de verdad. —Deslizó el dedo por la suave mejilla de Lizzie y la arrulló—: Eh, pequeña, ¿cómo está mi niña? —Su dedo se detuvo—. Aún está enfadado conmigo por no haber previsto esto.

—¿Y cómo se supone que puedes anticipar una cosa así si no conoces a tu padre?

—Sí, bueno, yo también estoy enfadada porque nadie me contó nada de él. Pero mi madre está muerta, mi abuela no puede decirme nada útil acerca de él y Gillian no sabe nada. —Suspiró—. Pero al menos he averiguado su verdadero nombre. Hugh aún no lo sabe. Tendría que decírselo. Tendría que llamar a mi padre por teléfono. ¿Por qué no lo he hecho, David?

David se pasó una mano por la cabeza.

—Quizá porque no estás segura de querer oír lo que el hombre tiene que decir.

—No me importa si uno de sus padres era afroamericano.

—Olvida la parte del color —dijo David—. Piensa por qué nunca se ha implicado en tu vida. Seguro que eso te molestó mucho. A mí me habría molestado.

Dana sonrió. David entendía de emociones. Decía que su divorcio le había obligado a enfrentarse a sus sentimientos, pero Dana tenía la sospecha de que siempre habían estado ahí.

—Es más que eso —dijo Dana—. Nunca supo que mi madre estaba embarazada. Se casó poco después de que ella dejara los estudios. ¿Y si le llamo y me dice que me pierda y no le estropee su bonita vida familiar?

—Le dices que lo harás encantada en cuanto te conteste a algunas preguntas. Si solo le vas a ver una vez, al menos que sirva para algo.

Lizzie eligió justo ese momento para doblarse y hacerse caca en los pañales. Y Dana pensó si no sería una especie de nota a pie de página.

—¡Eh, papá! —interrumpió Ali, que venía por el camino con cuatro botellas de agua y su muñeca Crema pegadas al pecho. Casi los había alcanzado cuando las botellas se le escurrieron.

David las cogió antes de que cayeran.

—Ibas un poco cargada.

—Es que hacían falta cuatro —le dijo la niña—. Una para ti, una para mí, una para Dana y una para Lizzie. —Se acercó al bebé y entonces arrugó la nariz—. Puaj. ¿Es lo que pienso?

—Me temo que sí —dijo Dana.

—¿Y tú tienes que limpiarlo? Si hay que hacer eso no pienso tener bebés. —Con orgullo levantó en alto a Crema. Llevaba la bufanda roja al cuello.

—Está guapísima —exclamó Dana—. ¿Dónde está Cacao?

—Dentro.

—¿Y qué hace allí?

—Se esconde.

—¿De qué?

La niña se encogió de hombros.

—Allí está más tranquila. Dana, ¿Lizzie puede beber agua?

—Supongo, pero no creo que pueda beber de una botella.

—Tengo ganas de que sea grande para que pueda jugar conmigo. ¿Podemos hacer como si fuera mi hermana? Mi madre se va a casar, ¿lo sabías? Dice que así podré tener una hermanita, porque tengo muchas ganas. Aunque no sé si esa hermana me va a gustar.

Dana miró a David.

—No sabía que Susan volvía a casarse.

—Yo tampoco lo he sabido, hasta la semana pasada —dijo él, pero estaba mirando a su hija con expresión ceñuda—. ¿Por qué dices que no te gustará esa hermana?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—No sé. A lo mejor sí me gusta. —Y corrió de nuevo hacia la casa.

—¿Adónde vas? —llamó David a su espalda.

—Quiero ver la peli —contestó ella. Y entró en la casa en el mismo momento en que el SUV de Hugh doblaba la esquina. Dana lo vio.

—Qué oportuno. Le encanta Ali. No le gustará saber que ha preferido irse a ver una película.

—La película no es cualquier cosa —musitó David.

Ella le miró con expresión severa.

—Hugh tampoco. Solo está inquieto.

David dio un bufido.

—Di mejor acojonado. Siempre ha podido elegir a sus amigos de color. Y esta vez se lo han impuesto.

—Oh, vamos, David. Eso es injusto. Hugh defiende a los afroamericanos ante los tribunales con más empeño que a los blancos. Además, le he visto cuando está con Lizzie. La adora, y adora a Ali.

David volvió a resoplar.

Dana suspiró.

—Vale. Aún estás enfadado. Creo que tendría que volver a casa.

Cuando Dana se volvió Hugh acababa de apearse del coche y se dirigía hacia ellos. Era guapísimo... sí, quizá se sentía furiosa, resentida, herida, pero siempre pensaría lo mismo. La camisa blanca con el cuello abierto, el blazer azul sujeto sobre un hombro, y una seguridad al andar muy típica de los Clarke. Solo que la expresión de sus ojos era vacilante.

—¿Cómo va? —le dijo a David, y le ofreció la mano.

David metió las manos en los bolsillos deliberadamente. Dana ya había tenido bastante.

—Voy para casa a cambiarle los pañales a Lizzie. Vosotros mejor os cambiáis solitos.

Hugh podría haber reído. Dana siempre había sabido jugar con el lenguaje. Sí, entre él y David había mucha mierda que limpiar. En aquellos momentos David se acababa de dar la vuelta y se dirigía hacia su casa.

—Espera. David. Un momento.

David se detuvo, pero no se volvió.

—Te debo una disculpa.

—Sí —dijo David, que seguía sin volverse.

—Lo siento.

—Palabras huecas.

Hugh suspiró.

—Estaba equivocado, y dije cosas que no debí decir.

—Sí —repitió David, y esta vez se volvió para mirar a Hugh.

—Estaba preocupado. Estaba bajo una fuerte presión.

—Es la vida.

—No, mi vida no es así. Dime que soy un consentido si quieres, que soy arrogante... di lo que quieras, pero esta confusión es algo nuevo para mí.

—¿Y lo de la presión? En tu trabajo estás siempre bajo presión. ¿Cómo te arreglas?

—No es algo personal. Nunca me he sentido presionado de esta forma, ni siquiera cuando me casé con Dana... y no me digas que soy un esnob. Siempre has sido un buen amigo. Y echo de menos poder hablar contigo. Si alguna vez he necesitado tu consejo, es ahora.

—Así que soy tu fuente negra —dijo David.

Hugh se lo quedó mirando.

—Si necesitara una fuente, llamaría a alguno de los expertos que tengo. Tú eres mi amigo. Y quiero el consejo de un amigo. Vamos, David —dijo con hastío—, ¿no crees que estás exagerando?

David no pestañeó.

—Cuando se trata del color no hay exageraciones. Está ahí, crece contigo y no se va.

—¿De verdad crees que soy un hipócrita?

—Antes nunca lo había pensado. Ahora no estoy tan seguro.

Hugh no contestó enseguida. En realidad David lo había expresado muy bien.

—Pues ya somos dos —confesó—, y si quieres que te diga la verdad, no me siento nada bien. No tengo ningún problema con el legado de Lizzie. Es mi hija. No me importa si su piel es más oscura que la mía. Entonces, ¿qué me pasa?

—¿A lo mejor es tu bonita familia y tus amigos blancos?

Hugh podría haber mencionado a su socio cubano, a su compañero afroamericano del equipo de baloncesto, a sus clientes de diferentes razas. Pero había entendido lo que David quería decir.

—Mi familia es lo que es. Eso no lo puedo cambiar.

—No, pero puedes no guiarte por su influencia. ¿Por qué tienes que estar de acuerdo con ellos?

—No lo estoy. En los últimos diez días he discutido hasta con el apuntador. Pero el caso es que me importa lo que piensan. Y mis amigos también.

—Si no pueden aceptar a tu hija es que no son verdaderos amigos.

—No es que no la acepten. Pero preguntan. ¿Es una reacción normal? ¿Me equivoco al querer encontrar respuestas?

—No.

—Dana piensa que sí.

—Lo dudo, pero tratar de encontrar a su padre es algo complicado. No se trata solo de una cuestión racial.

—Para mí tampoco lo es.

—¿No? Pero necesitas encontrarlo para poder decir a la gente de dónde ha salido el color de Lizzie. Bueno, pues contéstame a esto. Si pudieras elegir ¿le habrías escogido una piel tostada?

Hugh no mintió.

—No. ¿Y tú? ¿Qué habrías elegido para Ali?

—Piel blanca —replicó David—. Habría tenido una vida más fácil... a menos que cuando crezca se enamore de un demonio negro como yo, en cuyo caso a su madre le va a dar un ataque.

—Entonces, ¿dónde está el límite?

—A mí que me registren.

—Te estoy pidiendo consejo. ¿Qué tengo que hacer?

—Querer a tu hija.

—¿Y qué pasa con mi mujer? Cree que soy un racista.

—Tendrás que convencerla de que no lo eres.

—¿Cómo?

David levantó las manos.

—Eh, eso no es mi problema. Es tu mujer, como bien me recordaste la última vez que hablamos.

Hugh intuía que la tensión remitía.

—Pero tú la quieres.

—Pues claro que la quiero. Es una mujer maravillosa. Pero está casada contigo.

—¿Y no crees que puedo sentirme algo inseguro?

—No.

Hugh sonrió secamente.

—Entonces no soy el único que ha aprendido algo nuevo.

Cuando Hugh volvió, Dana estaba en el patio. Lo estuvo mirando mientras él estaba ante el cochecito estudiando a Lizzie.

—Cuando la miras así, ¿qué piensas exactamente? —preguntó Dana por fin.

Pasó un rato antes de que él contestara.

—No se puede hacer gran cosa con un bebé de esta edad. Come, llora, duerme, hace caca.

—Ya sabías que sería así.

—Yo pensaba que no tendríamos ni un momento para sentarnos tranquilos.

—¿La quieres?

—Pues claro que la quiero. Es mi hija.

—¿Y la querías cuando nació?

Él la miró.

—¿La querías tú?

—Sí. —A pesar de todas las cosas que no sabía, aquello lo tenía muy claro.

Hugh volvió a concentrarse en la pequeña.

—Amor de madre. Eso es. En cambio los padres tenemos que aprenderlo.

—Las olas rompieron contra las rocas allá abajo, y la espuma saltó por encima de las rosas rugosas—. No conozco todas las respuestas, Dee —dijo—. Vale, no tendría que haber hecho el test de paternidad. Por favor, ¿podemos olvidarnos de eso y seguir adelante?

Dana habría querido hacerlo. Aunque lo que más deseaba en el mundo era volver atrás y recuperar lo que tenían. El problema es que ya no era la misma persona.

Trató de explicar sus emociones.

—No dejo de pensar cómo habría sido mi vida si hubiera crecido como Lizzie. Si mi piel hubiera sido oscura, ¿habría tenido las mismas amigas? ¿Las mismas oportunidades? —No apartó los ojos de él—. ¿Qué habría pasado si Lizzie hubiera nacido con una enfermedad de riñón, por ejemplo, y al buscar a mi padre me hubiera enterado de que era afroamericano? ¿Lo habríamos aceptado? ¿Se lo habríamos dicho a la gente? Por eso que dicen de que «ojos que no ven corazón que no siente». Y eso no está bien.

Él callaba. Finalmente, dijo:

—Tienes razón.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? Hace un par de semanas, si alguien me hubiera planteado esta situación hipotética y me hubiera preguntado cuál sería tu reacción, le habría dado una respuesta distinta. Y eso me hace cuestionarme hasta qué punto te conozco.

—La vida está en evolución continua —dijo Hugh.

Dana detestaba las perogrulladas.

—¿Y eso qué significa?

—Que las respuestas llegarán por sí solas. No puedes estar sufriendo hasta que eso pase.

—No sufro. Tengo a Lizzie. Tengo a mi abuela. A mis amigas.

—Me tienes a mí.

—¿En serio? —preguntó ella con pesar—. Si no sé ni quién soy... y a ti eso te preocupa, ¿cómo puedo estar segura?

Él no contestó. En vez de eso, miró abajo, al oleaje. Cuando habló, parecía extrañamente vulnerable.

—Entonces, ¿ahora qué?

La vulnerabilidad de Hugh era un reflejo de los sentimientos de Dana. Sintiendo que aquello los unía, se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un pedazo de papel. Lo desdobló y miró la dirección de su padre.

—Albany —dijo, y le entregó el papel a Hugh.

Capítulo 18

Salieron el miércoles a primera hora y fueron en dirección oeste, pasando por Massachusetts, hacia la frontera con Nueva York. Si no topaban con ningún atasco, estarían en Albany en tres horas. Un viaje de ida y vuelta de seis horas habría resultado agotador para Dana si Hugh no la hubiera acompañado, sobre todo porque habría tenido que ir parando para ocuparse de Lizzie.

—Dejadla conmigo —se había ofrecido Tara.

Pero Dana recordó las palabras de David.

—Si solo voy a verlo una vez, al menos que sirva para algo. ¿Cómo va a mirar esta carita y no derretirse?

—¿Esperas que sienta afecto? —preguntó Tara sorprendida.

—Quiero que entienda por qué le busco. Quiero que vea por qué significa tanto para mí.

Dicho esto, lo cierto es que Dana estaba preparada para lo peor: que le cerraran la puerta en las narices, que la visita se acabara antes de comenzar. Previendo esta posibilidad, Hugh propuso que llamaran primero, pero ella no quiso. Ya que había llegado hasta ahí, al menos quería verle la cara.

Hugh sería testigo, que era otra de las razones por las que Dana se alegró de que fuera con ella. Si no sacaba nada en claro con Jack Jones Kettyle, no quería tener que andar dando explicaciones sobre si se había esforzado mucho o poco.

Además, la presencia de Hugh sería un apoyo emocional. Él sabía que se sentía vulnerable. Le había preparado el desayuno antes de salir, paró por decisión propia en un Dunkin' Donuts para comprarle su espresso con crema favorito e hizo una parada para ir al lavabo sin necesidad de que ella lo pidiera.

El trayecto transcurrió sin contratiempos, pero cuando llegaron a Albany Dana estaba muy tensa. Casi le mordió cuando las indicaciones del MapQuest les llevaron ante una iglesia.

—No puede ser aquí —exclamó. Si al final resultaba que habían ido hasta allí para nada se moriría.

Hugh volvió a comprobar las indicaciones, y sus ojos descubrieron una pequeña casa anexa a la parte de atrás de la iglesia. Señaló.

—Debe de ser ahí.

—Pero forma parte de la iglesia.

—Es la rectoría. Quizá la tiene alquilada.

—O quizá la dirección está equivocada. Pero en el directorio de antiguos alumnos aparecía dos veces, como residencia y como lugar de trabajo. Se licenció en la Facultad de Ingeniería. Pensé que trabajaba con ordenadores, o algo que se puede hacer desde casa.

Hugh la miró a los ojos.

—Solo hay una forma de salir de dudas.

Aparcaron en una de las tres plazas que había ante la rectoría. Mientras Hugh soltaba el cinturón de Lizzie, Dana fue a la puerta trasera y sacó un pañal. Cambió a la niña con manos temblorosas, pero cuando Hugh se ofreció a llevarla, meneó la cabeza. Necesitaba sentir el calor de Lizzie contra su cuerpo. Ella le daba seguridad, era una prueba física de que era amada.

—Todo irá bien, Dee —dijo Hugh con delicadeza, poniéndole una mano en el hombro.

—Depende de cómo definas bien. ¿Y si es una especie de broma y resulta que el hombre vive en el cementerio de la parte de atrás?

—Eso zanjaría el asunto.

—¿Tú crees?

La rectoría era una estructura pequeña y cuadrada de ladrillo, cuyo único adorno era una arcada formada por las ramas de dos robles. El camino era de grava, aunque se veían briznas de hierba que asomaban por aquí y por allá.

La entrada estaba abierta. Llamaron al timbre y esperaron ante la puerta mosquitera hasta que una mujer salió. Iba vestida de beis: falda, blusa, alpargatas, y aparentaba unos cuarenta años, así que, o era una mujer de cincuenta y cinco que se conservaba sorprendentemente bien o no era la mujer del padre de Dana.

—Estoy buscando a Jack Kettyle —dijo Dana enseguida.

—Bueno, pues están en el lugar adecuado. Soy Mary West, la secretaria de la parroquia. —Les abrió la puerta mosquitera—. ¿Y ustedes son?

—Dana Clarke —dijo Dana, y se dio cuenta de que si aquella mujer era la secretaria de la parroquia, la posibilidad de la tumba seguía ahí—. Este es mi esposo, Hugh, y nuestra hija Lizzie.

La secretaria le sonrió a Lizzie.

—Es preciosa. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Solo dos semanas.

—Tienen suerte de haberla conseguido tan pequeña. ¿Se acaban de mudar al pueblo?

Dana no corrigió el malentendido.

—No. Solo estaremos aquí un día. En realidad, solo una mañana. —Eran las once.

—Bueno, las visitas son bienvenidas, para el tiempo que sea —dijo Mary, y les indicó que pasaran a una sala con un mobiliario modesto—. Por favor, pónganse cómodos. ¿Desean tomar algo fresco?

Albany era una localidad de interior, y si bien el aire del océano había empezado a refrescar, la brisa no llegaba tan al oeste. Dana sentía el bochorno, pero no habría sido capaz de tragar nada. Meneó la cabeza, a lo que la secretaria dijo:

—El padre Jack está en su estudio. Le diré que están aquí. —Y desapareció.

Dana se volvió con los ojos muy abiertos a Hugh.

—¿Padre Jack? —susurró—. ¿Padre Jack?

—A mí que me registren —contestó Hugh también susurrando—. El hombre que busco está casado y tiene hijos. Jack Kettyle no puede ser el padre Jack. ¿Y si todo es mentira?

—Volveremos a empezar.

—¿Cómo? Este es el único nombre que tengo, y he mirado en todas partes.

—Hola —oyeron que decía una voz desde la puerta.

Dana se volvió. Y lo reconoció al instante. El rostro era más maduro, el pelo más canoso que rubio, y los pantalones negros, camisa negra de manga corta y alzacuellos eclesiástico estaban bastante lejos del madrás y los vaqueros. Pero definitivamente, era el hombre de su fotografía.

La sonrisa no desapareció, aunque parecía desconcertado.

—Mary tenía razón —dijo con tono afable—. Es usted igualita a alguien que conozco, solo que está en San Francisco. Hablé con ella esta mañana.

Dana se obligó a hablar.

—Soy Dana Clarke, y busco a Jack Kettyle, aunque no creo que sea cura.

—Lo es —confirmó el cura, con un tono igualmente afable.

—¿Usted es Jack Jones Kettyle?

—Uau. Alguien ha estado investigando. Exacto.

—¿Un cura? Pero me dijeron que estaba usted casado y tenía hijos.

—Y los tengo. Seis. Pero mi mujer murió hace diez años y nuestros hijos ya son mayores, así que decidí hacer algo diferente con mi vida.

Hugh intervino.

—No sabía que los hombres casados pudieran ser curas.

—Yo soy viudo. Me aceptaron debido a la escasez de clérigos que hay. Los hombres como yo tenemos experiencia en el matrimonio y la paternidad, y eso nos convierte en una buena baza para cualquier parroquia.

—¿Los curas no necesitaban un título de teología? —preguntó Hugh.

—Sí. Yo pasé cuatro años en el seminario. Luego uno como diácono, ayudando los fines de semana. Y cuando pasó el año, me ordenaron sacerdote. Tuve suerte —dijo, sonriendo una vez más—. No todos los curas consiguen una parroquia enseguida, pero la de mi pueblo se iba a quedar sin el párroco y, como yo ya conocía a buena parte de los feligreses, era lógico que me la asignaran a mí.

La explicación no ayudó a reconciliar la imagen del playboy con la del cura. Dana no estaba segura de haber encontrado al hombre que buscaba.

—¿A qué universidad fue? —preguntó.

El cura cruzó los brazos y se apoyó contra una silla de respaldo alto.

—¿Antes de licenciarme? A la Universidad de Wisconsin.

—¿Conoció a una mujer llamada Elizabeth Joseph?

—Desde luego. Me robó el corazón y luego dejó los estudios y se fue.

—¿Por qué se fue?

—Añoraba a su familia y pensó que podía terminar los estudios en su ciudad.

—¿Sabe qué fue de ella?

—Se ahogó —dijo, con tono más serio—. Fue hace mucho tiempo.

—¿Y cómo sabía que murió?

—Me topé con un amigo común que se había enterado. —Y en ese momento pareció comprender que aquello no eran preguntas inocentes.

—¿Trató en alguna ocasión de ponerse en contacto con su familia?

—No. Como he dicho, me robó el corazón. Y me di cuenta de que no era justo para mi esposa que yo siguiera pensando en Liz. Se trataba de estar siempre pendiente de una relación que jamás prosperaría o seguir adelante. Dejar a Liz atrás fue la única forma de sobrevivir. Usted la conocía —dijo con voz pausada.

Dana asintió.

—Era mi madre.

Por un momento el rostro del hombre se iluminó. Luego, se puso blanco.

Dana había tenido tiempo para prepararse. No le chocaba estar ante su padre, pero sí saber que era cura.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el hombre.

—Treinta y cuatro. Nací siete meses después de que mi madre dejara Wisconsin.

Mientras la miraba, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entonces, ¿es cierto que no lo sabía? —preguntó Dana.

Él meneó la cabeza. Luego recuperó la compostura y se volvió hacia el bebé.

—¿Es suya?

—Sí, y es la razón de que esté aquí. No quiero nada de usted, no necesito nada, así que si piensa que he venido para pedirle dinero o algo así se equivoca. Solo he venido porque mi marido y yo...

—Hugh Clarke —dijo Hugh, ofreciéndole la mano—, y esta es nuestra hija, Elizabeth.

El cura apartó los ojos de la niña lo justo para estrecharle la mano a Hugh. Luego volvió a mirarla.

—Elizabeth. Me alegro.

—Lizzie —especificó Dana—. Y dado que tiene ciertos rasgos afroamericanos evidentes, queríamos conocer su origen.

El cura retrocedió.

—¿No es adoptada?

—No, ni hubo una confusión en el laboratorio, ni he tenido una aventura con un amigo —dijo Dana para evitar especulaciones—. Mi marido conoce los antecedentes de su familia, pero yo sé muy poco de la mía. ¿Es usted afroamericano?

El cura dejó escapar un bufido y se rascó la parte posterior de la cabeza, sonriendo con timidez.

—Uau. Necesito asimilar todo esto. Ni siquiera sabía que Liz tenía una hija.

Dana estaba impaciente.

—La tenía, y me gustaría que contestara usted a la pregunta.

—No. No soy afroamericano.

—Parece muy seguro.

—Hace unos años tuvimos que hacer un trasplante de médula a mi hermana. Repasamos toda la familia buscando un donante compatible y al final encontramos un primo segundo que lo era. Pero en el proceso tuvimos que hacer un árbol genealógico bastante completo.

—¿Por qué necesitaba el trasplante? —preguntó Dana con curiosidad, muy a su pesar.

—Leucemia. Ahora está bien, un milagro de la medicina moderna.

Dana se alegraba. Por la mujer, y por sí misma. No soportaba pensar que Lizzie podía haber heredado una enfermedad potencialmente fatal.

—Entonces ¿no tiene usted ningún pariente de ascendencia africana? —repitió. El cura volvió a menear la cabeza, y Dana miró a Hugh desconcertada—. Pero el tono de la piel de Lizzie tiene que haber salido de algún sitio.

—¿Quieren... quieren sentarse? —preguntó el padre Jack. Padre Jack, pensó Dana. Era más fácil verlo como un padre de miles de personas.

—Sí —dijo Hugh, y empujó a Dana hacia el sofá.

—Ya tenemos la respuesta que buscábamos, no podemos quedarnos —le susurró ella.

—Claro que podemos —dijo él en voz baja—. Ya que estamos aquí, tenemos que aprovechar. —Lizzie empezaba a inquietarse—. ¿Quieres que la coja?

Dana meneó la cabeza, apoyó al bebé contra su hombro y lo meció con suavidad.

Hugh se sentó junto a ella y se dirigió al cura.

—¿Ha habido otros casos de cáncer en su familia?

—No. —El padre Jack ocupó el sillón orejero y se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas.

—¿Hay alguna otra enfermedad hereditaria? —preguntó Hugh.

—La presión alta pero, aparte de eso, somos bastante saludables. —Miró a Dana—. ¿Dónde viven?

—A kilómetro y medio del lugar donde me crie.

—¿Su madre llegó a casarse?

—No vivió lo bastante.

—Entonces no tiene usted hermanos.

—No tengo hermanos, no. Siempre fui el centro de la vida de mi madre y, cuando ella murió, de la de mis abuelos.

—¿A qué se dedican sus hijos? —preguntó Hugh.

El padre Jack sonrió.

—Tengo cuatro chicos. Uno es técnico, dos son maestros, y el cuarto trabaja de camarero en Los Ángeles y hace castings. Mi hija mayor (tiene treinta y tres años) ejerce de madre a tiempo completo. Tiene cuatro hijos. Y su hermana está estudiando derecho.

Dana le dedicó a Hugh una mirada penetrante. No quería que prolongaran la visita.

—Lizzie tiene hambre. Tendríamos que irnos.

Hugh miró al extremo más alejado de la habitación.

—¿Quieres amamantarla allí?

No, no quería. No pensaba descubrir su pecho delante de aquel hombre. Además, el calor era insoportable. Quería marcharse.

—Por favor, quédense un rato —dijo el cura—. Me gustaría saber más cosas de su vida.

Dana apretó los labios y meneó la cabeza.

—No hay necesidad.

—No se trata de que sea necesario —dijo el hombre con afabilidad, y a Dana eso la puso mala. ¿Dónde había estado él todos aquellos años... criando felizmente a sus seis hijos hasta que fueron felizmente independientes y él pudo convertirse en párroco?

—Se trata de mí —dijo ella con una visible falta de tacto, pero no pudo evitarlo—. De lo que yo necesito. Quiero irme. —Miró a Hugh con expresión suplicante y se levantó. Él hizo otro tanto.

Dana fue hacia la puerta y el movimiento apaciguó ligeramente a Lizzie. Hugh abrió la puerta.

—¿Está segura de que no quiere quedarse un rato? —preguntó el cura—. Para comer quizá. O podríamos bajar a comer un sándwich al pueblo.

Dana se volvió.

—Y si alguien se acerca y pregunta quiénes somos ¿se lo dirá?

—Sí.

—¿No perjudicaría eso a su carrera?

—Por supuesto que no. He tenido otros hijos.

—¿Ilegítimos? —Al ver que el hombre no contestaba, preguntó—: Y a los legítimos, ¿piensa hablarles de mí?

—Me encantaría, pero primero me gustaría saber más cosas de usted.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dana con brusquedad.

—Porque mis hijos harán preguntas.

—¿Pero no porque a usted le interese?

—Dana —dijo Hugh con suavidad, pero el padre Jack levantó una mano.

—Tiene derecho a estar furiosa —le dijo a Hugh, y luego, dirigiéndose a Dana, añadió—: Y sí, también quiero saber más cosas por mí mismo.

—¿Para asegurarse de que soy suya?

—Es mía.

—¿Cómo puede estar seguro? —repuso con tono desafiante—. ¿Quién dice que mi madre no estuvo con otros?

El cura sonrió.

—Espere —dijo, volviendo a entrar en la casa—. Solo un momento. Por favor. —Se dio la vuelta y fue hacia su despacho.

Dana quería marcharse y obligarse a creer que el hombre que había plantado irresponsablemente su simiente en Madison seguía siendo un irresponsable, pero no se movió. Se sentía abrumada y confusa, así que se limitó a pasarle a Lizzie a Hugh y se abrazó a sí misma.

—Lo sé por esto —dijo el padre Jack cuando volvió. En la mano llevaba una fotografía enmarcada en la que aparecía del brazo de una joven ataviada con birrete y toga. Los dos sonreían—. La foto se hizo el año pasado, durante la ceremonia de graduación en Wisconsin. Es mi hija Jennifer.

Dana miró la fotografía y volvió a mirarla. La cogió, sin poder apartar los ojos de la hija del párroco. Podía haber pasado por una fotografía suya. Por lo visto, todos los rasgos de Dana que no procedían de su madre eran de Jack.

Después de tantos años deseando haber tenido una hermana, tantos años deseando tener una familia más grande, descubrir que tenía una medio hermana que se parecía tanto a ella le mortificaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no pensaba llorar. Así que preguntó:

—¿Cómo es posible? Tenemos madres diferentes.

—Sí. Solo que su madre se parecía mucho a la tuya. —Hizo una pausa, algo abochornado—. De todos modos, el resto lo he puesto yo.

Dana siguió mirando la fotografía unos instantes, luego se la devolvió.

—Bueno —dijo Dana con torpeza—, gracias. Entonces supongo que está claro. —Sintió que la garganta se le cerraba. Se dio la vuelta y echó a andar hacia el coche.

—Me gustaría visitarles —gritó el padre tras ella.

Ella no contestó. No sabía si ella quería.

Vagamente, notó que Hugh aseguraba a la pequeña en su asiento, y oyó que Lizzie se inquietaba otra vez porque tenía que comer. Pero se puso el cinturón y esperó sin mirar atrás hasta que Hugh arrancó y salieron a la calle, hasta que la iglesia quedó fuera de la vista. Y entonces se inclinó y se echó a llorar.

Capítulo 19

Hugh no sabía qué hacer. Pero no podía seguir conduciendo como si nada con Dana llorando en el asiento de delante y la niña en el de atrás. Y no había ningún Dunkin' Donuts ni ningún McDonald's a la vista. Así que entró en el aparcamiento de un edificio de oficinas, encontró un sitio bajo un roble y dejó el coche parado.

Le tocó el brazo a Dana. Ella no se apartó, así que le frotó el hombro. Pero no dijo nada. En realidad, no había nada que decir. En aquel viaje él esperaba encontrar respuestas. Pero si él se sentía decepcionado, seguro que ella estaba mucho peor. Así que se limitó a quedarse allí sentado, masajeándole ligeramente la nuca para que supiera que estaba con ella.

Cuando el llanto remitió y quedaron solo unos sollozos, Hugh se apeó, soltó al bebé y se lo entregó a Dana, que se levantó la camisa en silencio y dejó que mamara. El silencio fue instantáneo.

Hugh bebió agua de la botella que tenía en el portalatas y le ofreció a Dana. Ella aceptó la botella, bebió, luego cerró los ojos y dejó que Lizzie siguiera mamando.

Hugh no dijo nada hasta que Dana se colocó a la pequeña contra el hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella hizo que no con la cabeza.

—¿Ha servido de algo? ¿Tenemos alguna respuesta?

—Ahora sabemos que él es tu padre.

Ella apoyó la mejilla contra la cabeza del bebé y siguió frotándole su espalda menuda.

—Y sabemos que no tiene ascendencia afroamericana —añadió.

—¿Le crees?

—Su historia parecía muy convincente.

Dana siguió restregando la espalda de Lizzie hasta que expulsó una pequeña burbuja. Luego le limpió la boca con el babero y se la colocó en el otro pecho.

—¿Y no te ha parecido un poco demasiado convincente?

—¿Quieres decir que todo lo que ha dicho era para evitar sospechas? — Hugh también lo había pensado—. Pero no sabía que veníamos. No hay mucha gente capaz de improvisar una historia así sin más.

—Un mentiroso incorregible podría.

—¿Y crees que él lo es?

Dana lo miró con expresión de desánimo.

—No sé qué pensar. No esperaba encontrarme con un cura. No esperaba a un hombre que dijera que amaba a mi madre o que fuera a buscar una fotografía de su hija para demostrarme cuánto nos parecemos. No esperaba que quisiera seguir en contacto con nosotros.

—Pero todo eso es bueno, ¿no? —A Hugh no le importaría decir a su familia que el padre de Dana era un cura. Eso los aplacarían bastante.

Dana suspiró con hastío.

—Están pasando tantas cosas... el bebé, nosotros, mi abuela. A mi abuela no le gustará compartirme con un hombre que cree que hirió a su hija. Y seguimos sin tener respuestas, Hugh. Mira a Lizzie. Si ese color no viene de mi padre, ¿de dónde ha salido?

«Ellie Jo», supuso Hugh.

—Ya lo averiguaremos.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero lo haremos. De todos modos, debes de estar hambrienta. ¿Quieres que paremos a comer en algún sitio?

—No me siento a gusto en Albany.

—Pero ¿tienes hambre?

—Seguramente.

Él insistió con dulzura.

—¿Eso es que sí o que no?

—No tengo hambre, pero sé que tengo que comer para que no se me retire la leche.

—Si prefieres dejar de amamantarla, hazlo. Puede tomar leche de fórmula. Sus ojos lo buscaron con rapidez.

—Quiero amamantarla. Lo que quiero decir es que yo soy consciente de mis responsabilidades, y él no lo fue. Si de verdad quieres a otra persona ¿no estarías deseando tener noticias suyas? ¿No intentarías averiguar dónde está y cómo le va la vida?

—Lo haría —dijo Hugh—. A eso se llama luchar por lo que quieres.

—Exacto —replicó Dana con un arrebato de rabia—. Y él no luchó. Se limitó a rendirse... desconectó... plegó velas.

—Un poco como lo que estás haciendo tú ahora —señaló Hugh.

—¿Yo?

Él suavizó el comentario aceptando su parte de culpa.

—Te he hecho daño. Y lo siento. Pero tu respuesta ha sido dejarme al margen. Sé que antes me querías, Dee. ¿Adónde ha ido todo ese amor?

Ella lo miró, sin decir palabra.

—¿Recuerdas lo que ha dicho antes el padre Jack sobre lo de estar pendiente de una relación que nunca podrá ser? —siguió diciendo—. ¿Es eso lo que sientes sobre nosotros, que ya no puede ser? —Cuando vio que no contestaba, prosiguió—. Porque si es eso, no estoy de acuerdo. Estamos en un período de adaptación. Nada más.

—La piel de Lizzie no se va a aclarar así sin más.

—Desde luego, pero eso no significa que tengamos que estar siempre pendientes del color. Tú me acusas de preocuparme excesivamente por eso. Y preocuparse no es la palabra. Yo solo quiero saber de dónde viene el color. ¿Es mucho pedir?

—Teniendo en cuenta que no tengo ni idea, sí. Teniendo en cuenta que estoy tratando de averiguar quién soy, sí. Teniendo en cuenta que acabo de pasar por un trauma emocional y no quiero hablar de ello en estos momentos, sí. —Se quitó al bebé del pecho y lo apoyó sobre sus piernas.

Al ver que no decía más, Hugh solo dijo un pausado:

—¿Lo ves? Me vuelves a dejar fuera.

—Todo esto es muy duro para mí, Hugh.

—Vale. —Hugh capituló—. Vale. De momento concentrémonos en la comida. Cada cosa a su tiempo.

Eso es lo que hicieron. Cuando Dana consiguió que Lizzie eructara, Hugh la aseguró de nuevo en su sillita. Compraron unas hamburguesas y patatas fritas en servicio para coches y comieron por el camino. Cuando entraron en la autopista Dana ya había cerrado los ojos.

Hugh condujo en silencio. Cuando el móvil sonó, se sentía como un perfecto inútil. Era su secretaria, que quería pasarle una llamada de Daniel Drummond. Su ánimo remontó.

Daniel Drummond era un importante abogado de Boston con un ego igual de importante. Siempre decía que él había sido el modelo de al menos uno de los personajes de todas las series televisivas sobre abogados ambientadas en

Boston, y desde luego tenía el aire, la habilidad, el talante. Su excentricidad era legendaria, y era arrogante como él solo.

Hugh había trabajado con él en una ocasión, en un caso complejo. Hasta ahora nunca se habían enfrentado.

—¿Cómo te va, Hugh? —preguntó Daniel con voz atronadora.

—Estupendo, Dan. ¿Y a ti?

—Pues estaba bien hasta que he recibido cierta llamada. —Hablaban con tono profesional—. ¿Qué es todo esto?

—Eso depende de qué hables.

Hubo un bufido.

—Conoces perfectamente mi cartera de clientes. ¿Cuál es el caso de perfil alto que más te gustaría presentar ante el tribunal?

—Bueno, hay uno que acabo de aceptar, pero no tengo ninguna gana de llegar a juicio. Esperaba que llegáramos a un acuerdo discretamente. Si es ese el caso al que te refieres, tendríamos que reunirnos. Los móviles no son seguros.

—¿Qué los móviles no son seguros? —El tono profesional desapareció—. ¿Y presentar falsas acusaciones? ¿Sabes cuántas llamadas de esa clase recibe?

—Bueno, cuando hay humo...

—Sé realista, Hugh. ¿Sabes con quién estás tratando?

—Lo sé.

—Sabes muy bien a lo que aspira. Una acusación como la que haces en tu carta no va a caer muy bien.

—Ese no es mi problema. A mí solo me preocupa mi cliente.

—Y a mí el mío, y no le gusta que lo amenacen.

—A mí tampoco —dijo Hugh—. Mira, Dan. La situación es urgente. O nos reunimos mañana o presentaré la denuncia. Mi cliente no tiene nada que perder. ¿Y el tuyo? —Los dos sabían que sí—. Podemos solucionar esto discretamente. Solo tenemos que reunirnos en mi despacho. Mañana por la mañana. Dime una hora.

—No tengo tiempo hasta la semana que viene.

—Entonces tu cliente ha acudido al abogado equivocado. Si pasa del viernes, presentaré cargos.

—Oh, vamos, Hugh. Con esas mujeres nunca es urgente.

Siempre la misma monserga, y eso enfureció a Hugh.

—Esta vez lo es. Estamos hablando de un niño que sufre una crisis médica. Si tú no me ayudas, el juez lo hará.

—¿Crisis médica? Concreta un poco.

—Por teléfono no. En mi despacho. Si no puedes mañana por la mañana, entonces el viernes. —Estaba dispuesto a ceder, pero solo un poco—. Dime una hora.

—Tendrá que ser a primera hora. Digamos, las siete. He oído que acabas de tener un bebé, igual es muy temprano para ti.

—A las siete de la mañana el viernes. Estaré esperando para abrirte.

Dana pasó buena parte del camino durmiendo. Cuando bajaron del coche se sentía mejor, y cuando Hugh sugirió que ella fuera a ver a Ellie Jo mientras él se quedaba con la niña, aceptó la oferta. Enfrentarse a su abuela —preguntarle de nuevo por el árbol genealógico de los Joseph— sería mucho más fácil sin distracciones.

Estaba a punto de entrar con Lizzie para darle de mamar antes de irse cuando David se acercó por el patio. Llevaba una camiseta vieja y pantalón corto, salpicados abundantemente de pintura.

—Estamos pintando la habitación de Ali de verde —explicó—. Ella está dentro, cubierta de pintura, pero me ha pedido que salga en cuanto ha visto el coche. Se ha quedado sin lana con la segunda bufanda. La pobre muñeca está tan tapada que casi no se le ve ni la cara, pero Ali quiere alargarla. Está convencida de que tú tendrás más lana. Estoy tratando de complacerla para ver si ella me complace a mí. Dice que no quiere volver a Nueva York.

—Mmm... Algo me había dicho —dijo Dana.

—¿Y te ha dicho por qué? —preguntó David—. Quiere mucho a Susan. No sé dónde está el problema.

—¿Se lo has preguntado?

—¿A Ali? Claro. Dice que quiere vivir conmigo, y entonces mira por la ventana y dice que es el mar, y mira a tu casa y dice que le gusta tu bebé, y luego me mira a mí y dice que le da pena que esté solo y que nos lo pasaríamos muy bien si viviera siempre conmigo. —Se pasó una mano por la cabeza. Era la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta de verde—. Susan dice que estaba bien cuando se vino para aquí. Su novio parece buena persona. Susan dice que se porta muy bien con Ali. Cree que lo que le da miedo es la idea del cambio.

—¿Tener que compartir a su madre? —preguntó Hugh.

—Y trasladarse. La casa de él está solo a un par de manzanas, pero la han matriculado en un colegio superexclusivo. Es muy *in*.

—¿*In* de ricos?

—*In* de blancos.

De pronto Dana se dio cuenta de una cosa.

—¿Sabes? Últimamente tiene escondida a esa muñeca, la que llama Cacao. Y ahora me dices que la tiene tan envuelta en la bufanda que no se le ve la cara. ¿No crees que intenta decirte algo?

La expresión de David era de preocupación.

—¿Qué no quiere ser la única afroamericana de la escuela? —Se puso una mano en la coronilla—. Podría ser, ¿no? Vale. Le preguntaré a Susan. —Se dio la vuelta y se alejó.

Dana estaba aparcando cuando Tara salió corriendo de la tienda para preguntar cómo había ido por Albany. Dana le contó solo lo más importante, pero no tenía ganas de entrar en detalles. Aún estaba demasiado afectada.

Tara no insistió. Tenía otros dos asuntos más apremiantes de los que hablarle.

El primero se lo sacó del bolsillo y se lo entregó a Dana. Era un cheque con los nombres de Oliver y Corinne James en la parte superior, extendido hacía dos semanas con la elegante letra de Corinne. La cantidad era de cuarenta y ocho dólares y pico, el precio del libro de labores y la madeja de cachemira que Corinne estaba utilizando para hacer su boina.

—Estaba ayudando a Ellie Jo con la contabilidad cuando encontré esto en un sobre del banco —explicó Tara.

—¿Devuelto? —preguntó Dana sorprendida. Corinne era rica.

—Una de nosotras tendrá que preguntarle. Sé que soy una cobarde, pero prefiero que lo hagas tú. Sé que aprecias mucho a Corinne —dijo arrastrando la voz.

—¿Ha pasado hoy por la tienda?

—Sí, pero no se ha quedado mucho rato.

—Últimamente nunca se queda. Algo le pasa.

Tara la cogió de la mano.

—Pero lo más importante, es que algo le pasa a Ellie Jo. No está bien. Hasta ahora había preferido achacarlo al pie, pero Sandra también lo ha notado. ¿Tú no?

—¿La notas algo aturdida? —preguntó Dana.

—Sí, también, pero lo que me preocupa es su falta de equilibrio. Hoy apenas ha pasado por la tienda. Quizá se nota algo malo y no quiere que los demás lo sepamos. O es que se siente realmente enferma. Sandra está con ella en su casa.

Con el corazón acelerado, Dana le devolvió el cheque de Corinne.

—Voy para allá. —Fue a medio correr por el camino de piedra, subió los escalones de la parte de atrás, cruzó el porche y entró en la cocina. Las dos

mujeres estaban sentadas a la mesa tomando un té. Parecían la mar de tranquilas.

—¿Cómo ha ido por Albany? —preguntó Ellie Jo.

Dana vaciló. Había ido allí expresamente para contárselo a Ellie Jo, y sin embargo, ahora no quería hablar del tema.

Malinterpretando aquel silencio, su abuela dijo:

—Saundra lo sabe. Puedes hablar.

—No hay nada que contar. —Se sentó en una silla. *Veronica* se instaló en su regazo al instante, mirando a su dueña.

Dana describió la visita brevemente, pero eso bastó para preocupar a Ellie Jo.

—Está ocultando algo —dijo la mujer—. ¿No es siempre así? Quien más cosas tiene que ocultar se vuelve hacia Dios.

—No creo que sea el caso, abuela.

—Claro, acabas de encontrar a tu padre. Necesitas creerle.

—No —dijo Dana con cierto ímpetu—. Él nunca ha estado para ayudar a mi madre, nunca ha estado a mi lado. Y eso me predispone a desconfiar. Pero Hugh tiene razón. El hombre no sabía que íbamos a ir, ni siquiera sabía que existo, y aun así sus respuestas tenían sentido.

Agarrándose con manos frágiles a la mesa, Ellie Jo se incorporó.

—Los hombres son escoria. —Se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse.

Veronica bajó de un salto del regazo de Dana.

—Abuela...

—Están dando el programa de Oprah —dijo la abuela, soltando el borde de la mesa, y fue renqueando hacia la puerta—. Tendrías que verlo, Dana Jo. Aprenderías mucho de las mentiras que dice la gente. —*Veronica* salió detrás de ella. Dana se las quedó mirando, luego miró a Saundra.

—¿Está bien?

—Está muy sensible —dijo Saundra con delicadeza—, y débil. Le he aconsejado que la vea el médico, pero dice que ya la han visitado por el pie y que no han encontrado nada raro.

—Fue una visita en urgencias —señaló Dana—. Solo le miraron el pie.

—Lo que nos lleva a lo que provocó la caída. Quizá es solo la edad, Dana. El equilibrio y la flexibilidad van de la mano. Y esa escayola seguro que no ayuda.

—Pero, de salud general, ¿crees que hay motivo para preocuparse?

—Sí —dijo Saundra. Su mirada era triste, su sonrisa afable—. ¿Lo admitirá ella? Lo dudo. Lo mejor que puedes hacer es intentar que su médico

la visite cuando vuelva al ortopeda. ¿Crees que funcionará?

—Yo me encargaré de que funcione.

Saundra miró las tazas.

—Y estoy de acuerdo contigo en lo de tu padre. Si lo que quería era ocultar sus orígenes, siempre cabe la posibilidad de que hubiera preparado esa historia sobre su hermana por si acaso. También es posible que su familia localizara a ese primo segundo para la donación de médula con una investigación menos exhaustiva de lo que dice. Pero es un cura. Yo le creería.

Dana agradeció sus palabras de apoyo.

—Eso nos vuelve a dejar en el mismo sitio donde estábamos.

—Sí, señora —dijo Saundra, y lo hizo de una forma que Dana no pudo evitar preguntarse si sabría algo que ella no sabía.

—Imagino que esta no es la primera vez que tomas el té con Ellie Jo.

—No. Desde que se hizo daño en el pie hemos tomado el té juntas casi cada día.

—¿De qué habláis?

—Bueno, si te lo dijera estaría traicionando a una amiga.

—¿Tan privado es?

—Todas las conversaciones entre ancianas son privadas. Es una de las pocas cosas que la edad nos deja. De lo otro lo perdemos casi todo.

—¿Cómo qué?

—Energía. Fuerza. Salud. Dinero. Independencia.

—Tú eres independiente.

—Uf. De momento. Otros diez años y es posible que necesite quien me dé las gachas o me lea o se asegure de que no salgo sola de casa y me pierdo.

—Exacto —dijo Dana, y estiró los brazos sobre la mesa para coger a Saundra de las manos—. ¿Y si Ellie Jo sigue degenerando? ¿Y si la desorientación se convierte en confusión y pierde la memoria? Entonces nunca sabría la verdad sobre las raíces de Lizzie.

—Eso suponiendo que Ellie Jo sepa la verdad. ¿Estás segura de que la sabe?

—No. —Dana volvió a recostarse en el asiento—. ¿Tú qué opinas?

Saundra guardó silencio unos instantes, con ojos atormentados.

—Yo creo que no —dijo al final.

Hugh llamó a casa de sus padres, consciente de que contestaría su madre, y le contó lo que habían descubierto en Albany.

—¿Un cura? —preguntó ella con voz satisfecha.

—Muy católico —repuso Hugh—. Muy caucásico.

—¿Estás seguro?

—Estaba allí, en la rectoría, con su alzacuellos, y la secretaria lo llamaba padre Jack.

—Me refiero a si estás seguro de lo de caucásico. Si el color de la niña no viene de ahí, ¿de dónde ha salido?

—No lo sé. Pero al menos ya podemos descartar la rama paterna de la familia de Dana. Y, lo más importante, papá ha pasado los últimos cinco años suponiendo que sería un don nadie. Y ahora resulta que es cura.

—Me alegro por Dana. Tu padre también se alegrará. Espera, que te lo paso.

—No, mamá. Prefiero que se lo digas tú.

—Pero tendrías que decírselo personalmente.

—Aún no tengo la respuesta que él busca.

—Hugh.

—Todavía no, mamá.

Pero apenas habían pasado unos minutos cuando su teléfono sonó y, al contestar, oyó la voz furiosa de su padre. Sin embargo, Eaton no estaba furioso por Dana.

—¿Qué demonios pretendes hacerle a Stan Hutchinson?

Hugh tardó unos instantes en cambiar el chip.

—¿Drummond te ha llamado?

—A mí no —escupió Eaton—. Al menos no al principio. Primero llamó a mi hermano para decirle que estás acosando al senador y recordarle que en el Congreso hay proyectos de ley que podrían afectar directamente al negocio. Luego me llamó a mí, pero eso fue después de que Brad me llamara y me dijera que te estás descontrolando y que tengo que dominarte. Drummond fue más amable, pero la idea era la misma. Dijo que llamaba por respeto a mi posición en el club universitario. Y quería que supiera que mi hijo está jugando con fuego.

—¿Jugando con fuego? ¿Cómo si no fuera más que un crío?

—No tienes ni idea de los problemas que puede causarte Hutchinson. Es un hombre poderoso, y vengativo.

—Pues cuando habla en el Senado parece un santo.

—Lo que dice es una cosa. Lo que hace otra. Podría arruinar a tu tío, y a mí.

—¿A ti? ¿Cómo?

—Socialmente. Puede ponernos las cosas muy difíciles, en el Vineyard y aquí. Y podría perjudicar la gira publicitaria de mi libro.

—¿Crees que controla también el mundo editorial? Le atribuyes mucho poder.

—Y tú le atribuyes muy poco —contraatacó Eaton—. ¿Qué estás haciendo, Hugh?

—Por lo visto, tocar un punto sensible.

—¿Acusando a Hutchinson de ser padre del hijo de alguna jovencita patética?

—No es patética —dijo Hugh con firmeza—. Y su hijo tampoco. Es un niño encantador que necesita ayuda.

—¿Por qué Hutch?

—Porque es su padre.

—¿Lo puedes demostrar?

—Circunstancialmente. Necesitaría una prueba de paternidad para demostrarlo de forma concluyente.

—¿Igual que hiciste para demostrar que Dana no había tenido una aventura? Tu madre me ha dicho que la familia de su padre es católica irlandesa. Si Ellie Jo no tiene ascendientes africanos, ¿qué harás, nos harás pruebas a nosotros? ¿A nosotros?

Hugh le colgó sin contestar.

Capítulo 20

El viernes por la mañana Hugh llegó a su despacho media hora antes que Daniel Drummond. Mientras se tomaba una taza de té, estuvo hojeando las pruebas que Lakey había reunido. Cuando Drummond llegó, ya estaba de lleno en el trabajo.

—¿Café? —preguntó Hugh educadamente.

Él otro gruñó.

—Solo si es fuerte. Con crema, y tres terrones.

Hugh se lo sirvió en un tazón con el nombre del bufete. Indicó a Drummond que se sentara en el sofá. Pero él se instaló en el sillón, que es donde Hugh se sentaba normalmente.

En otras circunstancias, Hugh no le habría dado importancia, pero si Drummond pretendía demostrar algo, él también lo haría. Con el archivo en la mano, ocupó el asiento de cuero que había ante su mesa.

—Gracias por venir, Dan. La situación es apremiante.

—No dejas de repetir lo mismo, ¿apremiante para quién? ¿Mi cliente o el tuyo?

—Dado que tu cliente se presenta para la reelección en dos meses, diría que para los dos.

—El senador no tiene una oposición seria.

—Eso podría cambiar si cierta información sale a la luz.

—Entonces lo que queréis es extorsionarle. Estamos a primeros de septiembre. Y sabes perfectamente que la publicidad de una acusación de esta índole no se apaciguaría hasta después de las elecciones.

Hugh se inclinó hacia delante.

—Si hacemos esto ahora es por un accidente que tuvo lugar hace dos semanas. El niño tiene cuatro años. Estaba jugando en el césped de su casa cuando un coche se subió al bordillo y lo atropello. El conductor era un anciano que tuvo un ataque al corazón. Murió en el acto. Ninguna de las partes implicadas tenía seguro. Si tuviera elección, mi cliente jamás recurriría

al tuyo. Tiene tanto interés por él como él por ella. Pero las lesiones son graves.

Drummond bostezó.

—Tiene una fractura en la columna, entre la pelvis y la caja torácica. La fractura le ha afectado las placas de crecimiento y el costado derecho, lo que significa que el niño se desarrollará de forma asimétrica si no se somete a varias operaciones. Es un campo muy especializado.

Drummond bebió más café. Su voz era neutra.

—Ningún hospital negaría una intervención de esa clase a un niño.

—Correcto, pero la madre tendrá que endeudarse para el resto de su vida. Trabaja de camarera, y está en esa frontera en la que gana demasiado para optar a una subvención pero no lo bastante para pagar los gastos médicos. Ya han empezado a acosarla para que pague. Están a punto de dar de alta al niño, lo que significa que tendrá que dejar de trabajar para cuidarle y, por tanto, que ganará menos dinero. Si a eso añadimos que el especialista más capacitado para tratar su problema está en Saint Louis, está claro que quizá tenga que dejar su trabajo.

—Estamos en Boston. Tenemos los mejores médicos del país.

—Para esto no. Lo he comprobado. El mejor centro para tratar su problema está en la Universidad Washington.

Drummond puso mala cara.

—¿Y por qué tiene que buscar al mejor? ¿No se puede conformar con uno menos bueno?

Hugh sonrió.

—Mucha gente se conformaría, sí. Pero un niño con un padre como tu cliente definitivamente no. El hijo de Hutchinson merece lo mejor. Estoy seguro de que él estará de acuerdo.

—Oh, seguro. Si es que es su hijo. Me apuesto a que no lo es.

—Perderás. Las pruebas son claras.

—¿Qué pruebas?

—Tengo seis personas que testificarán que tu cliente estuvo en la taberna la noche en cuestión y que mi clienta le atendió. Otros dos testigos, entre ellos uno con un doctorado, están dispuestos a declarar que un coche que encaja con la descripción del de tu cliente estaba aparcado aquella misma noche en el motel en cuestión. También tengo los recibos del servicio de aparcamiento del motel.

—Pudo tener una aventura con el chófer.

Hugh meneó la cabeza.

—Hay un vídeo de una cámara de seguridad. —Lakey había hecho un buen trabajo—. Hace cinco años, las cintas de las cámaras no eran tan comunes como ahora, pero el motel había sufrido varios robos y por eso tenían cámara. La cinta se ve algo sucia, pero el senador se distingue perfectamente.

—¿Sabes con qué facilidad se pueden manipular esas cintas?

—¿Sabes con qué facilidad se puede demostrar que no están manipuladas?

Drummond dejó pasar varios instantes.

—¿Eso es todo?

Hugh meneó la cabeza. Había dejado lo mejor para el final.

—Por lo visto, cuando llega al orgasmo, el senador grita un nombre. Además de mi cliente, hay otras dos mujeres dispuestas a declararlo ante un tribunal. Eso son tres mujeres citando el mismo nombre.

—¿Qué mujeres?

—Nicole Anastasia y *Veronica* Duncan. —Nicole era la actriz a la que Lakey había localizado primero, y aunque las fotografías en las que aparecía con el senador no se habían publicado, los rumores sobre una posible relación seguían apareciendo en la prensa rosa. *Veronica* se movía en la industria de la sanidad; hacía años que trabajaba en estrecho contacto con el senador.

Drummond, que entendía las implicaciones de aquello, llevó la conversación hacia otro lado.

—¿Y qué nombre dicen que grita? —Ahora estaba completamente despierto.

—Dahlia. —Hugh dejó que la palabra hiciera su efecto—. No es el nombre de su esposa, ¿verdad? Ni el de su madre.

—¿Dahlia? ¿No Dial Ya? ¿O Dar Ling?

—Dahlia. Con todos los nombres que hay, es imposible que tres mujeres distintas se hayan ido a inventar el mismo. ¿Quién crees que es la tal Dahlia? ¿Su primer amor? ¿Una antigua amante?

—Lo que dices es totalmente irrelevante. ¿Tienes alguna evidencia concreta que demuestre que tu cliente (¿cómo era? ¿Crystal Kostas?) estuvo en la habitación de un motel con mi cliente?

—No tengo ninguna fotografía de los dos en la cama si es eso lo que preguntas.

—¿Y entrando o saliendo de la habitación?

—No.

—Entonces, amigo mío, lo que tienes es puramente circunstancial.

—Pero podría hacer mucho daño si llegamos a juicio —dijo Hugh sin despeinarse, porque trabajaba con pruebas circunstanciales continuamente. Algunas eran poco consistentes. Otras, como en aquel caso, no.

—Has dicho que no querías llegar a juicio —dijo Drummond.

—Y no quiero. Pero si Hutchinson insiste, estoy preparado. —Pasó a la siguiente página de la carpeta, soltó una pequeña fotografía que estaba sujeta con un clip y la empujó sobre la mesa—. Este es el niño.

Drummond miró la fotografía. Y por un instante, antes de devolvérsela a Hugh, no fue capaz de disimular la sorpresa.

—Apuesto a que podría entrar en cualquier escuela del país y encontrar a un niño que se parezca al senador.

—Puede —concedió Hugh—, pero ¿alguno de ellos habría nacido nueve meses después de que el senador fuera visto en una taberna atendido por la madre, una madre que puede demostrar que pasó dos horas en un motel con él?

—¿Demostrar? Tú mismo has dicho que no hay fotografías de los dos juntos en el motel. ¿Quién dice que cada uno no estuvo con alguien diferente?

—Está esto —dijo Hugh, mirando la fotografía, que estaba a medio camino entre los dos. Aquello era el as que tenía en la manga—. Es un buen chico, Dan. La madre dice que se le daba muy bien jugar a la pelota. Iba a meterlo en un equipo de fútbol para preparvulario la primavera que viene. Pero quizá no pueda volver a jugar. Su futuro está en peligro. Dada la cantidad de pruebas circunstanciales que tengo, a un juez le resultaría difícil mirar para otro lado.

Drummond suspiró.

—¿Cuánto quiere?

—Querer no —le corrigió Hugh—. Necesitar. Y lo queremos en un fondo en fideicomiso. Mi cliente no quiere nada de Hutchinson, salvo lo que su hijo necesite para volver a caminar. No busca ningún beneficio personal.

—¿Y eso la hace *más* noble? Se acostó con un hombre casado.

—Y un hombre casado se acostó con ella. Mi cliente sabía que era senador, porque en la taberna todos le llamaban así, pero ¿sabía que estaba casado? Lo dudo. No es precisamente una forofa de la política.

—¿Cuánto quiere? —repitió Drummond.

—Necesita —le corrigió Hugh—. Un millón.

Drummond se lo quedó mirando.

—En fideicomiso —añadió—. Con posibilidad de aumentar la cantidad si la situación médica lo exige.

—Y si no ¿lo hará público? Eso es chantaje.

—No. Es una realidad médica.

Drummond apuró su café.

—Un millón de pavos.

—Los tiene. Tiene cientos de millones.

—¿Y eso lo convierte en un objetivo fácil? Un millón de pavos, solo basándonos en la palabra de esa mujer.

—Si el senador no confía en su palabra, una prueba de paternidad nos sacaría de dudas.

Drummond rio con incredulidad.

—¿De verdad crees que mi cliente aceptaría algo así?

Hugh se encogió de hombros.

—Tenemos pruebas contundentes que llevarían varios días de declaraciones ante el tribunal. O bien reconoce la verdad discretamente o acepta hacerse la prueba; eso nos ahorraría a todos el tiempo, el esfuerzo y la humillación de una audiencia. La prueba es rápida. Tu cliente pasa mucho tiempo en Boston. —Hugh sabía que él llevaba las riendas. Podía permitirse ser agradable—. Sé que no puedes acceder a ningún acuerdo sin hablar antes con el senador. Llévate esta carpeta. En ella están las pruebas. En estos momentos, nos conformamos con una declaración escrita reconociendo su responsabilidad y el establecimiento de un fideicomiso preliminar para que podamos empezar a planificar el tratamiento del chico. Yo resolvería esto lo más civilizadamente posible, y estoy seguro de que el senador haría otro tanto. —Volvió a empujar la fotografía del niño hacia el abogado—. Llévatela también. Quizá ayude.

Drummond se quedó mirando la fotografía.

—Me cae bien tu padre, Hugh. Y tu tío. Pero al senador no le gusta que le hagan este tipo de acusaciones. —Levantó una mano—. No es una amenaza. Solo te advierto, si esto sigue adelante y no te sale bien, podría haber repercusiones.

A lo largo de su carrera, Hugh había intuido en ocasiones que algún cliente le mentía. No era el caso de Crystal. Y había conocido al chico.

—Vale la pena arriesgarse —dijo. Se levantó, volvió a sujetar la fotografía al informe médico, cerró el archivo y se lo ofreció—. Gracias por venir, Dan. Espero tener noticias tuyas a primeros de semana.

Drummond cogió la carpeta.

—No fuerces las cosas.

—El senador estará en Boston el viernes que viene para una fiesta de recaudación de fondos.

—No lo sabía.

—Entonces es que no estás en su lista de patrocinadores importantes. Puedo arreglar lo de la prueba cuando a él le vaya bien.

—¿Y si decide pelear?

—¿Quiere salir en los titulares?

—¿Y tu cliente? —Lanzó una risa de hombre a hombre—. Oye, que una mujer que sale de su trabajo en una taberna para echar un polvo con un desconocido en un motel no es ninguna santa.

—Pues se acerca mucho. Es una buena madre y una buena persona, y en estos momentos, está en la habitación del hospital, agotada después de haber estado trabajando hasta medianoche, tratando de vestir a su hijo a pesar de la escayola, preguntándose qué ha hecho un niño de cuatro años para merecer algo así. Hoy lo mandan para casa, y mi cliente no tiene canguro que pueda ayudarle con las escayolas, así que tendrá que faltar al trabajo. Y si no trabaja no cobra. No, definitivamente el viernes no será demasiado pronto.

—Quizá no pueda.

—Tiene que poder, Dan. No podemos esperar. Me has ahorrado el trabajo de presentar cargos al venir hoy aquí, pero cuanto más tiempo pasa, más urgente es. Si para el miércoles no tengo noticias de ti, llamaré a la oficina de Harkins y solicitaré una audiencia para el viernes.

—¿Harkins? —No era una pregunta, era más bien una expresión de desánimo.

—Es un buen juez. Y este es el tipo de caso que le gusta.

—Sí, porque también tiene un hijo impedido.

Hugh asintió.

—Exacto.

Hubo un largo silencio, luego una risa.

—Eres muy listo.

—Ya lo puedes decir —dijo Hugh y acompañó a Drummond a la salida. Cuando volvió a su despacho, se sentía bien. Se sentía una persona capaz. Había dejado muy claro lo que quería.

Con la idea de ir al hospital a contarle la noticia a Crystal, bajó al garaje y subió a su coche, pero cuando salió a la calle y estuvo a plena luz del día, consultó su reloj y cambió de opinión.

Sujeta al columpio de bebés en medio de la cocina, Lizzie parecía satisfecha. Estaba tan intrigada por el juego de luces del sol en sus manos que

Dana decidió que el baño podía esperar. Un bebé intrigado era un bebé feliz, y no tenían que estar en la consulta del pediatra hasta las nueve. Solo eran las siete y media.

Al mirar el reloj, Dana recordó que aquella era la hora en que Emma Young, la prima de Ellie Jo, solía llamar cuando vivían cerca. Emma vivía en la zona norte de Maine y había sido granjera durante tanto tiempo que incluso después de vender la granja y mudarse a la ciudad, se levantaba al amanecer. Seguro que la encontraba en casa.

Marcó el número que había sustraído de la gastada agenda de su abuela el día antes. Aquello le había hecho sentirse muy culpable, pero tenía que hacerlo. No podía recurrir a nadie más. Como último recurso, había estado paseando por el pueblo con la excusa de presentar a Lizzie y había sacado el tema de la familia de Ellie Jo. Pero en vano. Nadie la conocía antes de que se mudara allí, que fue poco después de conocer a Earl. Emma era la única que conocía a Ellie Jo de la época en que estaba en Maine.

—¿Hola? —dijo una voz ronca. Dana supuso que la mujer tendría unos ochenta años.

—¿Emma? Soy Dana Joseph.

—¿Quién?

Dana lo dijo más alto.

—Dana Joseph.

Hubo una pausa, luego un cauto:

—¿Me llamas por mi prima Eleanor?

—Sí y no.

—¿Ha muerto?

—Por Dios, no —exclamó Dana—. ¿Es eso lo que ha pensado?

—¿Cómo?

—Mi abuela está bien —dijo Dana levantando mucho la voz. No tenía sentido entrar en detalles.

—Cuando alguien te llama después de tanto tiempo, no siempre son buenas noticias —dijo Emma con su marcado acento de Maine.

—Esta vez sí. He tenido un bebé.

Hubo otra pausa, luego un rasposo:

—¿Cuándo?

—Tiene dos semanas y media.

La mujer levantó un poco la voz.

—¿Y no me habéis avisado cuando nació?

Dana reculó.

—Lo siento. He estado muy ocupada. Ni siquiera hemos hecho las tarjetas para anunciar el nacimiento. —Ciertamente, Emma estaba en la lista de Dana. Pero Ellie Jo tendría que haberla llamado.

—Estuve en tu boda —siguió diciendo Emma—. Tu abuela necesitaba apoyo, y yo fui su comodín de la familia Joseph. Pero aparte de eso, me ha excluido por completo de su vida. ¿Y sabes por qué?

Dana esperó. Como vio que la mujer no hablaba, contestó.

—No, no lo sé. —Ellie Jo se había limitado a decir que Emma era una vieja arisca que hacía daño a la gente por envidia.

—Porque tuve la osadía de decir una cosa sobre su Earl que no le gustó —siguió diciendo la mujer—. Ese hombre no era lo que la gente pensaba. Y tu abuela no quería que nadie lo supiera.

Dana contuvo el aliento.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Era un bígamo.

—¿Un qué?

—Un bígamo... oh, pero no tendría que haberlo dicho. Ellie Jo me dijo que estaba celosa porque ella se había casado con un buen hombre y yo no. Me dijo que soy una mala persona, sí eso dijo, una mala persona, y me colgó el teléfono.

—Un bígamo —repitió Dana. Casi resultaba gracioso, teniendo en cuenta lo que Dana recordaba de su abuelo. Siempre había vivido entregado a su esposa, su hija y su nieta, y se desvivía por complacerlas incluso cuando el trabajo le obligaba a ausentarse de la ciudad.

Del otro lado de la línea llegó un ligero lamento.

—No tendría que habértelo dicho. Si se entera se pondrá furiosa.

Dana sintió que la perdía.

—¿Earl tenía ascendencia afroamericana? —preguntó sin dilación.

—¿Que qué?

—¿Que si su familia era afroamericana?

Hubo una pausa.

—He dicho que era bígamo.

—¿Y su padre? Y su tío. —El tío, o sea, el padre de Ellie Jo—. ¿Tenían sangre afroamericana?

—¿Sangre qué? —gritó la anciana—. ¿De qué estás hablando, Dana? —La voz se alejó del teléfono—. ¿Hola? ¡Estoy aquí! —Volvió con Dana—. Vienen a buscarme. Voy a bajar al pueblo a tomar el té. ¿Le dirás a Ellie Jo

que la quiero y que siento haberla disgustado y que es la única familia que tengo?

—Se lo diré —contestó Dana, aunque dudaba que la mujer la hubiera oído.

Dana se quedó un rato sentada observando a Lizzie, pensando que seguramente iría mejor si hablaba con Emma cara a cara, aunque si Ellie Jo se enteraba le daría un ataque. Además, había visto fotografías de los padres y los abuelos de su abuela. Desde luego parecían caucásicos. Si alguno hubiera tenido apariencia afroamericana, Emma Young le habría entendido enseguida.

No, no creía que el origen de la piel de Lizzie estuviera en la familia de su abuela. Earl ya era otra historia pero... ¿bígamo?

Entonces miró la hora. Soltó a Lizzie de las tiras de sujeción y la envolvió con sus brazos, y se acercó con ella a las puertaventanas, al sol.

—Oh, mamá —murmuró—, ¿no es la cosita más linda que has visto? ¿Te sentías tú así cuando me tuviste? ¿O es que Lizzie tiene algo especial?

Dana estaba pensando que había montones de cosas que hacían a Lizzie exquisitamente especial cuando el teléfono sonó. Volvió al sofá y cogió el inalámbrico; se quedó helada: reconoció enseguida el código de zona, el 518. En realidad, reconoció el número. Era el padre Jack.

Con mucho cuidado, apartó el dedo de la tecla para contestar y, con el corazón desbocado, esperó a que dejara de sonar. El hombre no dejó mensaje.

«Cobarde», pensó Dana.

Arrojó el teléfono a un lado y subió con la pequeña arriba. Minutos más tarde, la había desvestido y la tenía en el lavamanos. Sí, con un paño en la base para poder maniobrar mejor, resultaba mucho más práctico que las aparatosas bañeras para bebé que habían comprado.

Dana roció la piel de la pequeña con agua tibia.

—Oooh —dijo arrullándola—, qué gusto ¿a que sí?

Lizzie no parecía tenerlo muy claro. Su cuerpo diminuto estaba tenso, sus ojos oscuros miraban alarmados.

Así que Dana no dejó de hablarle mientras la bañaba, que seguramente es la razón por la que no oyó el coche. Cuando de pronto Hugh apareció en la puerta del cuarto de baño, Dana se sobresaltó.

—Me has asustado. No esperaba verte en casa. ¿No tenías una reunión?

—Ya he terminado. —Con expresión complacida, se acercó al lavamanos mientras Dana enjabonaba el pelo del bebé. Lizzie, arrugó la cara—. ¿Qué le pasa? —preguntó.

—Me parece que no le gusta estar desnuda.

—Eso es bueno. ¿Crees que cuando sea adolescente lo verá igual?

—No, no creo. —Pero el buen humor de Hugh la animó—. ¿Cómo ha ido?

—He dicho lo que tenía que decir.

—¿Y ha salido bien?

—Sí. Le he dado hasta el lunes para contestarme. Tenías hora a las nueve, ¿verdad? —Dana asintió, y él dijo—: ¿Te importa si te acompaño?

—Por supuesto que no. —El hecho de que se implicara ya indicaba que se preocupaba por Lizzie—. No conoces a la doctora Woods. —Hugh había investigado a los diferentes pediatras, comparando currículums y referencias, pero una emergencia le había obligado a trabajar el día que Dana se entrevistó con ella, y cuando fue al hospital el día que Lizzie nació, Hugh no estaba allí.

Dana utilizó una taza para aclararle el pelo a Lizzie. El bebé se puso a llorar.

—Chis, cariño, chis. Ya casi está. —Terminó tan rápido como pudo. Hugh abrió una toalla y envolvió con ella a la pequeña, y la llevó a su cuartito hablándole con dulzura.

En aquellos momentos, Dana se sentía inmensamente feliz. Cuando terminó de recoger el baño y volvió a la habitación, Hugh ya había vestido a Lizzie. La ropa, otro regalo, era un vestidito con tablas y medias a juego. Era blanco, con diminutas flores en tonos pastel.

—Está... está monísima —dijo Dana en un suspiro.

No era la única que lo pensaba. Desde el momento en que llegaron al centro médico, todo el mundo estuvo elogiando el aspecto de Lizzie. Una enfermera les acompañó a la sala de reconocimiento y comprobó su altura y su peso antes de que Laura llegara. La doctora la examinó con delicadeza, sin dejar de hacer preguntas rutinarias. Cuando terminó, se volvió hacia Dana y Hugh.

—¿Ha habido problemas por su color?

—Algunos —contestó Hugh—. La gente busca unas explicaciones muy pintorescas.

—Ya lo imagino —comentó Laura—. Por el momento, a Lizzie no le preocupan estos temas, pero no siempre será así. En algún momento, seguro que os interesará hablar con otros padres con hijos mestizos.

—Una mitad de una pareja mixta vive en la casa de al lado. Ha sido de gran ayuda.

La doctora había cogido la historia médica de Lizzie y pasó página.

—Esto es de lo tests neonatales que se hicieron cuando nació. Los resultados son normales. No hay problemas de fenilcetonuria, metabolismo, hipotiroidismo. —Levantó la vista y miró a Dana, luego a Hugh—. Ha dado positivo como portadora del gen de la anemia de célula falciforme.

A Dana casi se le para el corazón.

—¿Eso qué significa?

—La anemia de célula falciforme es un trastorno de los glóbulos rojos. Lo normal es que los glóbulos rojos sean redondos, pero las personas que padecen este trastorno los tienen en forma de hoz. Eso hace que el flujo de la sangre en las venas más finas pueda obstruirse, y provoca un descenso en el nivel de glóbulos rojos y otros problemas.

—Anemia de célula falciforme —dijo Hugh con voz pesada.

—Sí. La mayoría de portadores tienen ascendencia africana.

—Lizzie no puede estar enferma —dijo Dana—. Se la ve tan... tan sana.

—Oh, no está enferma —le aseguró la doctora—. Que tenga el gen no significa que tenga la enfermedad. Pero es importante que lo sepa para cuando le llegue el momento de tener hijos. Si el padre también es portador, los hijos podrían desarrollar la enfermedad.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Dana.

—Es un rasgo heredado. Uno de cada doce afroamericanos lo tiene.

—Eso no me consuela —señaló Hugh—. ¿Puede desarrollar la enfermedad?

—No, pero, en el caso de los bebés que sí la padecen, si la enfermedad se detecta enseguida, suelen responder bien al tratamiento con antibióticos. Por eso hacemos la prueba a los recién nacidos.

Dana solo quedó en parte aliviada.

—¿Así que ha heredado esto, además de la piel oscura?

—Eso parece. Uno de vosotros dos es portador del gen.

Dana tragó con dificultad.

—¿Sin saberlo?

La doctora sonrió.

—Es lo que intento explicaros. Ser portador del gen de la anemia de célula falciforme no supone ningún riesgo para la salud del portador. Pero sí para la de la siguiente generación.

—Entonces —siguió diciendo Dana—, suponiendo que yo sea la portadora, si Hugh tuviera ascendencia africana, Lizzie podría tener la enfermedad.

—Solo si Hugh también fuera portador.

—¿Los caucásicos lo pueden llevar?

—Muy raramente. Si se da algún caso, un examen detallado del árbol genealógico suele revelar que hay un ascendiente de origen africano.

—Nosotros somos anglosajones —dijo Hugh—. Nórdicos por uno de los lados.

Laura miró a Dana.

—Me dijiste que sospechabas que los rasgos de Lizzie venían de ti. Esto confirma un poco tus sospechas.

—Entonces, yo soy portadora.

—Sí.

—¿Hay alguna posibilidad de que el gen haya saltado una generación?

—No si tu hija lo tiene.

—O sea, que uno de mis padres lo tenía.

—Sí.

Dana miró a Hugh.

—¿Crees que mi padre aceptaría hacerse una prueba?

—Si realmente le interesa mantener el contacto —dijo Hugh. Miró a la doctora—. ¿En qué consiste esa prueba?

—Es un simple análisis de sangre. Puede hacerse en cualquier laboratorio. Hay uno abajo. Y el análisis de la muestra solo tarda unos minutos.

—¿Podría hacérmelo yo ahora? —preguntó Dana, y se volvió para mirar a Hugh—. ¿Cómo le voy a pedir a mi padre que se haga la prueba si no me la he hecho yo primero? —Se volvió hacia la doctora—. Me gustaría hacerme esa prueba, por favor. —Necesitaba saberlo. Aquella sería la primera prueba concreta... el primer paso concluyente en sus esfuerzos por rastrear sus raíces —. Hugh puede quedarse aquí con el bebé.

La doctora escribió la orden y Dana bajó con ella al laboratorio de hematología. En cuanto presentó el papel y la tarjeta de su aseguradora, la llamaron enseguida.

El técnico le extrajo sangre del hueco del codo de forma rápida e indolora. El problema fue cuando dijo:

—En unos días le enviaremos los resultados a su médico.

—Oh, no —dijo Dana—. Los necesito ahora. —Los resultados no le dirían cuál de sus progenitores le había pasado el gen, pero después de aquellas dos semanas sin saber nada concreto, necesitaba aquello ya—. La doctora Woods ha dicho que no tardaría. —Su voz se volvió suplicante—. ¿No hay alguna forma de que...?

El técnico pestañeó.

—No les gusta que les meta prisa.

—La doctora Woods ha dicho que solo tardaría unos minutos. —Bueno, no exactamente, pero casi—. Está esperando los resultados. Puedo esperar aquí hasta que estén y llevárselos yo misma.

El hombre pareció resignarse. Con el tubo en la mano, dijo:

—Vaya arriba. La llamarán en cuanto estén.

Satisfecha, Dana subió en ascensor a la consulta de la pediatra y encontró a la doctora con Hugh y Lizzie. Estaban hablando de genética. Dana inclinó la cabeza sobre la cabeza del bebé, cerró los ojos y aspiró su olor.

Cuando el teléfono sonó, levantó la vista enseguida. Laura contestó, escuchó, frunció el ceño. Cuando colgó, parecía desconcertada.

—El test ha salido negativo.

—¿Negativo?

—Por lo visto, tú no eres la portadora. —Las implicaciones de aquello quedaron flotando en el silencio.

Dana lo rompió.

—Seguro que hay un error. No tendría que haberles apremiado.

—No has apremiado a nadie. Lo que hace que todo sea tan lento es el papeleo, no la prueba en sí.

—Entonces han interpretado mal los resultados —dijo Dana tanteando—. Quizá tendrían que repetirla.

—Tengo una idea mejor —dijo la doctora, y señaló a Hugh.

Dana jadeó.

—Eso es ridículo.

—No, no lo es —dijo Hugh—. Al menos nos permitirá descartarlo. —Y, mirando a Laura, preguntó—: ¿Está segura de que uno de nosotros es el portador?

—Segurísima —dijo, mientras rellenaba la solicitud.

Hugh se fue con el papel y, durante los siguientes minutos, mientras Laura visitaba a otro paciente, Dana se quedó sola. Dio de mamar a Lizzie, más por distraerse que porque la niña tuviera hambre. Acababa de eructar cuando Hugh volvió.

Dana arqueó las cejas.

—Llamarán —dijo él.

—¿Mientras estamos aquí?

—Sí. El hombre se acordaba de ti.

Dana frotó la espalda de Lizzie.

—Enfermedad de la anemia de célula falciforme.

—No, enfermedad no —dijo Hugh apoyándose contra la mesa de reconocimiento y cruzando los tobillos—. Solo es portadora del gen.

—No me puedo creer que haya estado viviendo durante treinta y cuatro años sin saberlo.

La puerta se abrió y Laura entró. Miraba a Hugh.

—Positivo.

Los ojos de Dana volaron hacia Hugh.

Él esbozó una media sonrisa de incredulidad.

—Pero eso es imposible. Cada miembro de mi familia está rigurosamente documentado... desde hace generaciones.

—Yo solo te digo lo que evidencian los resultados —dijo Laura—. La prueba de Dana ha dado negativa, la tuya es positiva.

—Seguro que las han confundido —dijo Dana, completamente de acuerdo con Hugh—. O han malinterpretado los resultados.

Pero Laura meneaba la cabeza.

—He pedido al director del laboratorio que volviera a comprobarlo. Y definitivamente, el test de Hugh da positivo.

Capítulo 21

Hugh habría querido poder cuestionar aquello, y no por intolerancia. La idea de que la herencia africana de Lizzie viniera de él iba en contra de todo lo que le habían enseñado sobre su familia... todo lo que sus padres le habían enseñado sobre su familia.

Pero creía en la ciencia.

El significado de aquella prueba estaba claro. Arrojava una luz totalmente distinta sobre el asunto del color de Lizzie... y del malestar que había provocado en Eaton, comprendió en un repentino momento de clarividencia. Hugh condujo en silencio de vuelta a casa, buscando con preocupación pequeñas pruebas que hacían tambalearse todo cuanto creía saber.

En cuanto dejó a Dana y a Lizzie, se dirigió hacia Old Burgess Way. Condujo a gran velocidad buena parte del camino, espoleado por la ira, hasta que entró en el camino de acceso de la casa de sus padres. Aparcó y se dirigió hacia la gran casa de ladrillo como una exhalación.

Llamó al timbre. Nadie contestó, así que utilizó su llave. Una vez dentro, cruzó a grandes zancadas la sala de estar y fue hacia la biblioteca de su padre. Eaton no estaba allí, pero sí su último libro, que descansaba en medio del enorme escritorio de roble que Eaton había heredado de su bisabuelo... de su supuesto bisabuelo.

«Recién aparecido en prensa —decía la nota manuscrita del editor de Eaton—. Más críticas positivas».

Echando humo, Hugh fue a la cocina. Tampoco encontró a nadie, pero la puerta que daba al jardín estaba abierta. Bajó los escalones de un salto y, con idéntica decisión, cruzó la zona de la piscina. Sus padres estaban con un viejo amigo ante una mesa de hierro forjado, bajo una sombrilla, en el otro lado de la piscina. A juzgar por los platos, casi habían terminado de comer.

Dorothy lo vio primero. Su expresión se iluminó, así que los otros miraron también.

Hugh miró a su padre.

—¿Podemos hablar?

—Hugh —dijo su padre gratamente sorprendido, como si hubieran estado hablando amigablemente unas horas antes y no hubiera disensión entre ellos —, recuerdas a Larry Silverman, ¿verdad? Acaba de firmar un acuerdo para desarrollar la vieja armería. Lo estábamos celebrando.

Hugh le ofreció la mano al hombre.

—Hola. —Volvió a concentrarse en Eaton—. ¿Podemos hablar?

—¿Quieres que te prepare un sándwich? —preguntó Dorothy animada.

—No, solo quería robaros a papá un momento. —Sus ojos se volvieron hacia su padre, que debió de reparar en su ardor, porque se levantó y lo cogió del brazo.

—Vuelvo enseguida —dijo y, tras rodear la piscina cruzaron el porche. Cuando llegaron a la casa, soltó a Hugh y entró delante en la cocina—. Tu comportamiento ha sido algo rudo —dijo—. Espero que tengas una justificación.

Hugh la tenía... aunque tampoco es que le importara mucho si a su padre le parecía justificado o no. Siempre le había respetado. A pesar de su disparidad de opiniones, siempre le había tenido por un hombre honesto. Pero ya no.

—Acaba de pasar algo muy interesante —dijo, tratando de no levantar la voz—. Dana y yo teníamos visita con la pediatra, para que nos diera los resultados de los test neonatales de Lizzie. Mi pequeña es portadora del gen de la anemia de célula falciforme. ¿Sabes qué es?

Su padre lo miró con cautela.

—Sí.

—Lo ha heredado de uno de los padres —siguió diciendo Hugh con el mismo tono contenido— y, naturalmente, dimos por sentado que era de Dana, porque desde el principio hemos asumido que los rasgos africanos venían de su lado de la familia, porque mi familia es blanca de pura cepa. Pero tiene gracia, papá. Porque resulta que el test de Dana ha dado negativo. Así que pensé, qué demonios, voy a hacerme yo también la prueba, porque evidentemente también dará negativo, y luego quizá tengan que volver a repetir la prueba de Dana. Pero el caso es que dio positivo.

El rostro de Eaton perdió el color. No dijo nada, se limitó a mirarle, y eso le enfureció aún más.

—Así que me ha dado por pensar en la forma en que atacaste a mi mujer cuando nació nuestra hija... la rapidez con que la acusaste de haber tenido una aventura. Me ha dado por pensar en esa negativa tuya a ver a mi hija —aquello aún le dolía—, incluso después de haber hecho las pruebas que

demostraban que Lizzie es mía. Y me he empezado a preguntar por qué no quieres ver a ese inocente bebé de piel morena... tú, que siempre has respetado a la gente de color.

Eaton permanecía rígido, en silencio.

Hugh se sujetó con mano temblorosa al mármol.

—Cuando venía hacia aquí, he estado pensando en la última vez que hablamos por teléfono. Estabas preocupado por tu libro, y dijiste que era un mal momento, como si Dana y yo te estuviéramos haciendo sabotaje deliberadamente. Y entonces me dio por pensar en el libro en sí —siguió diciendo—, que no es sino un testimonio de nuestra aristocrática familia. Y no puedo evitar preguntarme si realmente sabes que tu libro, que tu vida, es un fraude.

—No, no lo sé.

—Y ese gran blanco progresista que describen tus libros —arremetió—, ¿es real? ¿O has estado coqueteando con las minorías todos estos años por el sentimiento de culpa que te producía saber que te estabas haciendo pasar por blanco?

—Nunca he escrito nada con esa idea —declaró Eaton.

—¿Eres realmente un hombre sin prejuicios o todo es para aparentar?

—¿Importa eso? —replicó su padre—. ¿Acaso el fin no justifica los medios?

—No. Los motivos cuentan. Lo que importa es lo que llevas aquí —dijo Hugh llevándose la mano al pecho, como había hecho Dana no hacía tanto.

—No siempre.

—¿Incluso si eso te convierte en un fraude?

Eaton pestañeó ante aquella palabra y el ánimo combativo lo abandonó por completo. De pronto parecía indefenso.

—Lo que me dices del gen de la anemia de células falciformes es la primera prueba concreta que tengo.

—¿La primera prueba concreta? ¿Y las pruebas no concretas?

—No había ninguna —insistió Eaton—. Ninguna prueba.

—¿Pero sabías que había una posibilidad de que tu familia no fuera lo que creemos?

Eaton lo miró fijamente. Tras un largo momento, asintió y apartó la mirada.

—¿Cuándo? —preguntó Hugh—. ¿Hasta dónde tenemos que remontarnos?

—No mucho.

—¿Los años de la Reconstrucción?

—Menos. Menos de setenta y cinco años. —Su mirada volvió a Hugh—. Oí algunos rumores cuando era pequeño. Y también cuando tú y Robert nacisteis. Por aquella época veraneábamos en el Vineyard. —Frunció el ceño y apretó los labios.

—Sigue, no te pares ahora —le advirtió Hugh.

Su padre levantó la vista.

—Hugh. No sé lo que sé.

—Empieza por los rumores. —Hugh nunca había presionado a su padre de aquella forma. Le respetaba demasiado. Pero ahora eso había cambiado.

Eaton se apoyó contra el fregadero y miró más allá de la piscina, a la mesa de hierro forjado, a su mujer. Por unos momentos no dijo nada; luego suspiró.

—Los rumores decían que mi madre había tenido una aventura con alguien de la isla.

—Un afroamericano.

—Sí. Era un abogado de Washington, pero veraneaba en Oak Bluffs. Mi madre lo veía por el pueblo.

—¿Lo veía?

Los ojos de Eaton lo miraron... unos ojos oscuros, pensó Hugh, como los suyos, como los de Lizzie.

—No sé con seguridad si esa aventura era real o no.

—Papá —espetó Hugh—. Soy portador del gen de la anemia de célula falciforme. ¿Crees que puedo haberlo heredado de mamá?

Eaton no contestó.

—¿Sabe mamá algo de esto?

—No.

Hugh se oprimió la sien, que le latía con fuerza.

—¿Sabía tu padre que su mujer había tenido una aventura?

—Ignoro lo que mi padre sabía o dejaba de saber —contestó Eaton.

—¿Alguna vez te comentó algo?

—No.

—¿Qué más sabes de ese hombre? ¿Sabes cómo se llama?

—Sí.

—¿Aún vive?

—No.

—¿Tiene familia?

—Una hermana. Procedía de una familia mixta, un progenitor blanco y el otro negro. Él tenía la piel clara.

Hugh se concentró en la cuestión genética.

—Así, si tenía un hijo con una blanca, lo más probable es que su piel fuera más clara.

Eaton vaciló.

—Puede que sí, puede que no. Según me pareció entender, cuando yo nací los rumores cesaron. Y volvieron a aparecer cuando volví con mi esposa embarazada al Vineyard. Las mismas chismosas de antaño empezaron a comentar que mi hijo quizá se parecería a su abuelo. Cuando tú naciste, los rumores se acallaron. Y lo mismo pasó con Robert.

—Robert —dijo Hugh en un suspiro. Aquello planteaba otra cuestión—. Después de tener a Robert parasteis. Eso son dos hijos. La mayoría de los Clarke tienen tres o cuatro. ¿Pensaste que no convenía seguir tentando la suerte?

—No. Tu madre tuvo un embarazo muy duro con Robert. Le dijeron que no debía tener más hijos.

Hugh aceptó su palabra.

—Para mí Robert era la prueba —dijo Eaton—. Cuando vi que sus hijos eran caucásicos, me convencí definitivamente de que lo que había oído en el Vineyard no eran más que chismes.

Hugh no quería excusas.

—Pero supiste la verdad en cuanto viste a Lizzie.

—No. No es cierto. Había pasado demasiado tiempo. Y había otras posibilidades —dijo, pensando en la familia de Dana.

—Pero lo cierto es que esa era una de las posibilidades, y aun así no dijiste nada y acusaste a mi mujer de engañarme. ¿Cómo has podido?

—Era una posibilidad.

Hugh se había puesto pálido.

—¿Cómo tu madre, que engañó a tu padre? ¿Le preguntaste alguna vez?

—No podía hacer eso —dijo Eaton, y se dirigió hacia la sala.

Hugh levantó la voz.

—Porque habría sido un insulto incluso sugerir que podía haber sido infiel. ¿Y no pensaste que a Dana también la estabas insultando? A lo mejor no tiene nuestro pedigrí... —Se interrumpió, con una risa amarga—. Ja. Pero está claro que no tenemos el pedigrí que pensábamos.

Eaton apoyó la mano en el marco de la puerta.

—¿Qué voy a hacer ahora? Mi libro sale dentro de algo más de una semana.

—¿Tu libro? ¿Y qué pasa con mi esposa?

Eaton no pareció oírle.

—Tenemos apalabrada toda la gira, me van a hacer entrevistas para los periódicos y la televisión. —Miró con ojos atormentados a Hugh—. En ese libro he presentado mi vida como un hecho. Si se descubre que es mentira, estaré acabado como escritor. ¿Te imaginas el escándalo que supondrá si sale a la luz? La prensa sensacionalista me hará picadillo. El *Times* me despedazará. Y... ¿y mis alumnos? ¿Cómo se lo voy a explicar? ¿O al director?

Hugh no sintió ninguna compasión.

—¿Cómo era aquello que mamá y tú decíais siempre? No mientas, porque tarde o temprano tus mentiras volverán para castigarte.

—No mentí conscientemente.

—Eres investigador. Sabes cómo indagar en el pasado de la gente y sacar los hechos. Lo hiciste para Woodrow Wilson. Lo hiciste para Grover Cleveland. ¿Por qué no lo has hecho para Eaton Clarke?

Su padre se puso derecho.

—Por lo mismo que tú diste por sentado que el color de tu hija venía por el lado de tu esposa. A mí me inculcaron ciertas ideas. Era preferible aferrarme a ellas que considerar otras posibilidades.

—¿Preferible?

—Sí, preferible. ¿No nos gusta a todos pensar que somos de pura raza?

—Pero no lo somos. Y tú lo sabías... —Levantó una mano cuando vio que su padre quería contestar—, a un cierto nivel lo sabías. ¿Cómo se te ocurrió el disparate de escribir *El linaje de un hombre*?

—Soy historiador. *El linaje de un hombre* es historia. Los Clarke siempre han desempeñado un importante papel en mis libros.

—Hasta ahora siempre habían sido figurantes. Nunca les habías dado el protagonismo. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando que saldría bien —repuso Eaton—. Hemos sido líderes en los negocios, la política, la diplomacia. Hemos estado presentes en todos los momentos decisivos de la historia de este país, y lo hemos logrado gracias a nuestro esfuerzo y honradez. Estoy orgulloso de mi familia. —Se interrumpió y se llevó la mano al pecho—. ¿Qué voy a decirle a mi agente? ¿A mi editor?

—¿Qué le digo yo a mi madre? —añadió Hugh, porque sabía que lo peor estaba en casa—. ¿Qué le digo a mi mujer? Porque se acordará de lo mal que la ha tratado esta familia, lo mal que la habéis tratado tú y el tío Brad. Por cierto, ¿él lo sabe? —Y entonces cayó en la cuenta—. ¿Quién es su padre?

—El hombre que pensaba que también era mi padre.

Capítulo 22

Dana se ocupó de Lizzie, tratando de no pensar en nada. Cuando terminó con el bebé, se concentró en el chal de las Feroe. Quería tenerlo acabado para el inicio de la temporada de otoño.

El chal ocupaba toda su atención. Incluso si el diseño de encaje ya estaba hecho, y los orillos de los lados, y dos partes principales divididas por una pieza en la espalda, tenía que contar puntos, desplazar agujas auxiliares, y tenía que seguir la cuadrícula con cientos de puntos. Tardaba diez minutos en terminar cada vuelta.

No quería pensar en la llamada de Albany, ni en Hugh, o Eaton o Ellie Jo. Tenía que concentrarse en lo que estaba haciendo. Era terapéutico. Cuando Lizzie volvió a despertar porque tenía hambre, se sentía relajada.

Cuando la estaba amamantando, Ali apareció en la puerta. Llevaba a sus dos muñecas. Crema, con la bufanda roja alrededor del cuello y Cacao con la verde, pero enrollada tantas veces alrededor de la cara que casi no se le veía. Cuando Dana bajó la bufanda, la niña volvió a subirla.

—¿No le quieres destapar la nariz para que pueda respirar?

—No necesita respirar. Le gusta estar tapada.

—¿Por qué?

—Porque así —explicó Ali— puede ver lo que pasa sin que los demás la vean a ella. —Y la miró, abrazando a las dos muñecas—. ¿Vamos a ir a la tienda?

Desde luego que sí. Ali estuvo charlando todo el camino sobre todo lo que le llamaba la atención, y aunque Dana habría querido que hablaran sobre el asunto de la escuela, no supo cómo sacar el tema. En cuanto paró el vehículo Ali se apeó y corrió hacia la tienda.

Dana la siguió con Lizzie en los brazos. Una vez dentro, habló con Tara sobre un pedido que el proveedor había facturado mal, comprobó con Elizabeth cómo iban las matriculaciones para las clases de otoño y preguntó a Sandra por Ellie Jo. Cuando la mujer le dijo que su abuela seguía deprimida, dejó a Lizzie y a Ali a su cuidado y fue a la casa.

Ellie Jo no estaba en la cocina.

—¿Abuela? —llamó, y comprobó el resto de la planta baja—. ¿Abuela? —llamó más fuerte, y subió a la planta alta.

Ellie Jo no estaba en su habitación, ni en el cuarto de baño. Pero Dana oía a *Veronica*.

Temiendo que se repitiera la escena de hacía un par de semanas, corrió por el pasillo hasta la habitación de su madre. Ellie Jo no estaba allí, pero la puerta del armario empotrado estaba abierta, y la escalerilla estaba bajada, como la vez anterior. *Veronica* maulló desde el desván.

—¿Abuela? —llamó Dana, y subió a toda prisa.

Al principio no vio a Ellie Jo. Hasta que *Veronica* no maulló otra vez no las localizó. Estaban sentadas juntas en un rincón bajo y oscuro del fondo. Ellie Jo tenía estirado el pie enyesado. Un fragmento rosa del aislamiento estaba en el suelo, junto a su pierna. En el suelo había varios papeles.

—¿Qué haces aquí, abuela? —gritó Dana, porque aquel calor sofocante debía de ser malísimo para una anciana. Se puso a gatas para llegar a donde estaban—. ¿Qué es todo esto?

Ellie Jo no contestó, así que Dana se puso a recoger los papeles. Se trataba de varios documentos oficiales, un recorte de periódico y una nota manuscrita.

Tras dedicar una mirada inquisitiva a Ellie Jo, Dana miró el recorte. Estaba fechado el día después de la muerte de su abuelo, y hablaba de un absurdo accidente en un motel, con caída incluida, y el hallazgo del cuerpo doce horas después. El resto lo miró por encima. Tres palabras de la última línea le llamaron la atención: «esposa largamente abandonada».

—¿Qué es esto? —preguntó Dana mirando a Ellie Jo.

Los ojos de Ellie Jo parecían angustiados, y algo le pasaba en la boca. Estaba algo torcida, ligeramente entreabierta, pero inmóvil.

—¿Abuela?

Sus manos tampoco se habían movido.

—Abuela —jadeó Dana y, olvidándose de todo lo demás, se incorporó sobre una rodilla y tocó el rostro de su abuela. Estaba tibio, y el pulso del cuello era fuerte. Pero no podía hablar.

Aterrada, Dana se llevó la mano al bolsillo buscando su móvil y se dio cuenta de que se lo había dejado en la tienda.

—Quédate aquí, abuela —dijo apresuradamente—. Voy a buscar ayuda.

Bajó la escalerilla, cogió el inalámblico de la habitación y volvió corriendo arriba. Primero llamó a la tienda. Luego a Hugh.

Cuando oyó a su marido, todo volvió a ella: la proximidad que siempre habían compartido, la estabilidad que le hacía sentir. Aquello era una emergencia. Y le necesitaba.

—Sí —dijo él en un tono extrañamente contenido.

Dana trató de no demostrar pánico.

—¿Dónde estás?

—En la autopista.

—¿Estás muy lejos de la tienda?

—A quince minutos. —Debió de intuir su miedo, porque esta vez habló con tono preocupado—. ¿Qué pasa?

—Es Ellie Jo. —Dana estaba acucillada delante de su abuela, cogiéndole una mano flácida y llevándosela al cuello—. Van a llamar a una ambulancia, pero necesito que me ayudes con Lizzie.

—¿El pie otra vez?

—No.

—¿El corazón?

—No lo creo.

—¿Una apoplejía?

—Quizá —dijo Dana—. ¿Puedes venir directamente?

Hugh llegó a casa de Ellie Jo cuando la estaban metiendo en la ambulancia. Dana corrió hacia su coche.

—Creen que es una apoplejía, pero no están seguros —exclamó con expresión aterrada—. Tengo que ir con ella, Hugh. Lizzie está en la tienda. No sé cuánto voy a tardar, y no la puedo llevar conmigo. Tenemos biberones ya preparados con leche de fórmula. Lo único que tienes que hacer es abrirlos y poner una tetina.

—No te preocupes —dijo Hugh. Sí, hasta ahora no había dado el biberón a Lizzie ninguna vez, porque Dana le daba el pecho, pero había leído todos los libros.

—¿Perdone? —la llamó el sanitario.

Dana empezó a retroceder.

—Tienes todo lo que necesitas en el armarito, a la derecha de la nevera.

—¿Cuánto rato tengo que calentar la leche?

—Lo justo para que la notes tibia en la mano —gritó ella cuando ya subía a la ambulancia.

—¿Me llamarás?

Ella asintió. Cuando la puerta de la ambulancia se cerró, Tara se separó de las otras, que contemplaban la escena con nerviosismo, y se acercó a Hugh.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo—. Esto pinta muy mal. ¿Quieres que me quede con la pequeña para que puedas ir al hospital?

Hugh confiaba en Tara, pero quería ser él quien se quedaba con Lizzie.

—No —dijo—, pero necesitamos un sacaleches.

—Yo te lo busco. Puedo ir en una escapada al hospital y enseñarle a Dana cómo se usa. Y traerte la leche.

—Me ayudaría mucho, gracias —dijo, y vio a Lizzie, que dormía contra el hombro de una mujer que miraba con preocupación a la ambulancia. La había visto antes en la tienda, y se la habían presentado hacía un par de semanas en el hospital—. Aquella es... ¿Saundra?

—Saundra Belisle —dijo Tara refrescándole la memoria—. Es la mejor.

Saundra lo abordó justo al entrar en la tienda. No era mucho más baja que Hugh, y vestía con elegancia pantalón blanco y blusa de color chocolate. Tenía el pelo corto y canoso, piel clara y ojos llenos de pena.

—¿Ha dicho algo el sanitario?

—No que yo sepa.

Saundra parecía afectada.

—Últimamente no era ella misma. Ahora que lo pienso, me pregunto si aquella primera caída no sería resultado de un ataque isquémico transitorio. Es posible que haya tenido varios, pero se ha empeñado en no ver a un médico. Tendríamos que haber insistido. —Separó al bebé de su hombro con una sorprendente delicadeza y lo acunó unos instantes antes de entregárselo a Hugh. Lizzie siguió durmiendo como una bendita—. Eres un hombre afortunado.

Al mirar a Lizzie, Hugh experimentó una emoción como no la había sentido en su vida. Aquella era su hija.

—Gracias por sostenerla.

—Ha sido un placer.

Algo en la voz de Saundra hizo que Hugh la mirara una segunda vez. Sí, realmente se veía que lo había hecho encantada. Aquello le reconfortó.

—Si puedo ayudaros en algo —le indicó—. Vivo a cinco minutos de aquí. Tara tiene mi número. Por favor, llámame.

—Gracias —dijo Hugh, y la observó mientras volvía a sus cosas. Fue entonces cuando vio a Ali Jonhson. Estaba sentada en una silla grande, ante la larga mesa, abrazada a sus muñecas, mirándole con ojos expresivos—. Ali —dijo acercándose—, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—He venido con Dana —dijo la niña con voz asustada—. ¿Qué le pasa a la abuela Ellie Jo?

—No estoy seguro. —Se arrodilló.

—¿Se va a morir?

—Espero que no. Necesito que me ayudes, Ali. Ellas se han ido al hospital y yo estoy solo con Lizzie y no sé muy bien qué tengo que hacer. Me ayudaría mucho si te sientas detrás y vigilas a Lizzie mientras yo conduzco. ¿Crees que podrás hacerlo?

Ali asintió.

Hugh sonrió.

—Esa es mi chica. —Se puso en pie—. ¿Tienes una bolsa para tus cosas?

Poco después, el coche paró delante de la casa. En la rampa de acceso contigua, David estaba apeándose de su vehículo.

Ali bajó y corrió hacia él.

—Papá, papá, algo muy malo le ha pasado a la abuela Ellie. Se la han llevado en una camilla. ¿No es eso lo que hacen con la gente que se muere?

—Está bien —gritó Hugh desde su asiento en el coche, y se volvió hacia Lizzie. Cuando miró de nuevo al frente, David estaba a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que es una apoplejía. La ambulancia ha asustado a Ali. ¿Ha ido adentro?

—Sí.

—¿Quieres saber una cosa increíble? —preguntó Hugh, y lo que había descubierto salió por sí solo—. Mi abuelo era medio negro.

David lo miró perplejo.

—Sí, yo me he quedado igual —dijo Hugh farfullando—. Acabo de descubrirlo. Es la primera vez que lo digo en voz alta.

David frunció el ceño.

—Dilo otra vez.

—Mi abuelo era medio negro.

—¿Qué abuelo? —preguntó David, como si fuera un chiste. *¿Te refieres al representante de negocios o al embajador de Islandia?* Hugh ya se lo imaginaba.

—Un abogado del que al parecer se enamoró la madre de mi padre un verano en el Vineyard.

David tardó unos instantes en comprender que Hugh estaba hablando en serio. Se puso pálido.

—Serás cabrón.

—Yo no. Mi padre.

—¿Después de lo que le has hecho pasar a Dana? Así que sois todos unos embusteros y os hacéis pasar por blancos. Os habéis pasado la vida disfrutando de todas las ventajas de los blancos. Dándooslas de santos cuando en realidad lo que hacíais era esconder que erais de una raza mixta.

Esta vez Hugh no se lo discutió. Era inevitable, y supuso que lo mejor era dejar que David sacara todo aquello de dentro si quería que volvieran a ser amigos algún día.

—¿Qué quiere decir que te acabas de enterar? —preguntó David.

Hugh le contó lo de las pruebas para la anemia de célula falciforme y su enfrentamiento posterior con Eaton.

—¿Y de verdad no lo sabía? —preguntó David—. ¿Le crees?

Hugh pensó unos instantes.

—Sí, le creo. He visto su cara. Puedo reprocharle que no lo comprobara antes, pero la sorpresa no fue fingida. —No mencionó el miedo que Eaton sentía por su libro. No era una imagen muy halagüeña.

David estuvo escudriñando el rostro de Hugh unos minutos, como si esperara que se echara a reír y retirara todo lo que había dicho. Pero no había nada que retirar. Aquello iba en serio.

La ira desapareció de sus ojos. Se pasó una mano por la cabeza.

—¿Sabes? En realidad tiene gracia. Tu padre debe de estar en estado de shock. Hablando de shocks, le dije a Susan lo de las muñecas de Ali. Al principio se puso histérica, pero cuando se calmó, cambió de opinión. Me dijo que me imagino cosas, y que solo estoy tratando de preocuparla. Que he consentido a Ali para que no quiera volver con ella. —Lanzó una ojeada a Lizzie—. ¿Quieres que la vigile mientras vas al hospital?

—Esperaré a que Dana me llame. —Le mantuvo la mirada—. Pero gracias. Aprecio la oferta.

—Sobre lo otro —dijo con voz más tranquila—. No es el fin del mundo.

—No, pero desde luego cambiará bastante mi forma de ver las cosas.

—Eso podría estar bien.

—Puede. Pero aún no he llegado tan lejos. Solo hace un par de horas que lo sé.

—Me alegro de que me lo hayas dicho.

—Yo también.

David volvió a mirar a Lizzie.

—¿Sabes qué tienes que hacer si llora?

—Hasta ahora nunca le he dado de comer, pero nos arreglaremos. Supongo que si tiene hambre comerá, ¿no?

Esa era la teoría. En la práctica la cosa era más complicada. Hugh no conseguía encontrar el cacharro para calentar la botella y, cuando Lizzie se puso a llorar, tuvo que pasar al plan B, o sea, calentar el biberón de fórmula en un cazo en la cocina. Por desgracia, en sus libros no le habían advertido sobre los riesgos de calentar la leche en exceso. Puso la botella en la nevera un minuto y, cuando vio que el llanto de Lizzie iba a más, la metió en el congelador. Finalmente cogió un segundo bote, lo calentó ligeramente y puso la tetina.

A Lizzie no le gustó la tetina. No dejaba de tantear buscando el pezón de su madre y, como no lo encontraba, se puso histérica. Finalmente probó la leche, le dieron arcadas y se puso a llorar otra vez.

Hugh comprobó el paquete de donde había sacado la tetina y vio que era para bebés más grandes. Estuvo rebuscando en el armario y encontró un paquete con tetinas para recién nacidos, sacó una y la puso en el biberón. Lizzie seguía resistiéndose. Así que respiró hondo para tranquilizarse y probó a hablarle. Eso ayudó.

Y entonces sonó el teléfono. Como le faltaban manos, trató de sujetar a Lizzie y el biberón con una y contestar con la otra. Pero la niña empezó a llorar otra vez. La dejó bien apoyada entre unos cojines en el sofá, sujetando el biberón contra su boca, pero incluso con el brazo estirado no llegaba al teléfono. Cuando supuso que si no lo cogía pasaría al buzón de voz, le quitó el biberón a la niña y saltó a por el teléfono. Se alegró de haberlo hecho. Era Dana.

—Eh —dijo—. Espera un momento. —Cogió a Lizzie, la tranquilizó con el biberón y sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro—. ¿Cómo está?

—Dicen que está estable. ¿Por qué lloraba Lizzie?

—Le acababa de quitar el biberón de la boca para poder contestar. ¿Qué significa estable?

—Respira por sí misma y el corazón está bien. El problema está en el lateral izquierdo. Están haciéndole pruebas.

—¿Puedo hacer algo?

—Quédate en casa con Lizzie. Tara va a traerme un sacaleches. Luego te llevará la leche.

—Parece que Lizzie acepta sin problemas la fórmula.

—Pero a mí los pechos me van a reventar. Y de todos modos tengo que aprender a hacer esto. La abuela tardará en volver a casa, si es que vuelve.

—Volverá, Dee. Ni se te ocurra pensar que no.

—Si encuentran la causa —dijo con la voz rota—, habrá que operar o medicarla. No saben si recuperará la movilidad.

—Si no lo saben significa que al menos existe la posibilidad de que sí.

—Nunca volverá a ser la misma, Hugh.

Aquellas palabras le conmovieron.

—Estoy empezando a pensar que la vida es eso, una cadena cronológica compuesta de eslabones de cambio. Cada nuevo eslabón modifica ligeramente la dirección de todos los otros.

—Pero yo quiero que sea como antes.

—Las cadenas no tienen la flexibilidad suficiente para dar giros de ciento ochenta grados.

—Es mi abuela. Es lo único que me queda de mi pasado. Ella me ha hecho de madre. Y eso es algo muy especial.

—Sí —dijo él, pensando de pronto en Eaton. Eaton siempre estuvo muy unido a su madre. Cuando ella murió, estuvo muy afectado durante meses.

—Será mejor que me vaya. Llamaré cuando sepa más cosas.

—Por favor, no dejes de hacerlo. —Hizo una pausa—. Te quiero.

—Hablamos luego —dijo ella en voz baja, y colgó.

Hugh terminó de dar de comer a Lizzie. Cuando consiguió que eructara, estaba totalmente concentrado en lo que Dana había dicho. El papel de las madres era algo muy especial. Eran algo que nadie más podía ser y parecían unidas a sus hijos por un contrato no escrito.

Hugh tenía una madre. Si se sentía unida a él de ese modo, necesitaba saberlo. Cogió el teléfono.

Capítulo 23

Hugh supuso que ya habrían pasado unas dos horas desde que se fue de Old Burgess Way. Ya habrían terminado de comer. Larry Silverman se habría ido. Eaton estaría en su biblioteca, cavilando. Y como siempre, Dorothy contestaría al teléfono.

El hola con que contestó no tenía su habitual alegría.

—Soy yo.

Hubo una pausa; luego, con indignación, su madre dijo:

—¿Qué le has dicho a tu padre, Hugh?

—¿No te lo ha dicho?

—Ni una palabra. Vino y gritó que había una emergencia y se encerró en la biblioteca. Cuando llamé a la puerta para decirle que Larry Silverman se iba, dijo que estaba al teléfono. Fue de lo más embarazoso, Hugh. Muy desagradable. Cada vez que llamo me contesta, pero no quiere salir. ¿Qué le has dicho?

Hugh no podía decírselo. No le correspondía a él. Eaton tendría que encontrar la forma, el coraje, para hacerlo. Tendría que habérselo dicho a Dorothy hacía años. Era increíble que hubiera dejado que su esposa pasara por los dos embarazos sin alertarla sobre los rumores. Si el abogado de la isla era medio negro, eso significaba que Eaton tenía un cuarto de sangre negra.

Y Hugh un octavo. Era de lo más surrealista.

Pero no pensaba decirle nada de eso a su madre. Tendría que hacerlo su padre.

—Tengo una emergencia en casa, mamá. La abuela de Dana ha sufrido una apoplejía. —Dorothy jadeó—. Ahora están en el hospital, tratando de averiguar qué la ha provocado. Dana me necesita a su lado, y no sé cuánto tiempo estaré fuera. Podría llevarme a la pequeña conmigo, pero el hospital no es buen sitio para un bebé. Necesito alguien que se quede aquí con ella. ¿Puedes venir?

—Mmm...

—Sé que has venido antes.

—Tu padre no lo sabe —dijo Dorothy con tono asustado—. ¿Qué voy a decirle?

—Que te necesito —propuso él—. Que mi bebé te necesita. Sé que te pongo en una posición difícil, pero no tengo a nadie más. —No habían contratado los servicios de ninguna enfermera, y aún no tenían canguro. Podía llamar a una empresa de servicios y contratar a una extraña. O llamar a David o a Tara. Pero Dorothy era su madre, y Lizzie era de su sangre—. Quiero estar junto a Dana. Estas dos últimas semanas han sido muy duras. No le he dado todo el apoyo que debía. Se lo debo.

—¿Qué se lo debes? ¿Es una obligación?

—Lo diré de otro modo. Me he portado muy mal y quiero compensarla.

—¿Mal en qué? —preguntó Dorothy.

—Con todo ese asunto de la raza. Mira, mamá, no tengo tiempo para hablar ahora y en cuanto a papá, hay cierta desavenencia entre nosotros. Tendrás que preguntarle los detalles a él.

—No me dirá nada. Está furioso, y ahora tú me pones en un compromiso. No sé qué hacer.

—Cuéntale lo de Ellie Jo —dijo Hugh—. Dile que Dana está sola. Lo entenderá.

—No lo creo.

—Créeme. Lo hará.

Dorothy estudió la puerta de la biblioteca. Estaba hecha de caoba maciza, con ocho paneles, cada uno con un grano ligeramente distinto. Pasó los dedos sobre uno, luego llamó.

—¿Eaton? Abre la puerta, por favor.

—Ahora no, Dorothy —oyó que decía la voz amortiguada de su marido.

—Hay algo que necesito comentar contigo.

—No puede ser tan urgente.

—Lo es —contestó ella, y apoyó la palma de la mano en el panel—. La abuela de Dana ha sufrido una apoplejía. Dana está con ella en el hospital. Hugh quiere acompañarla, pero no quiere llevar a la pequeña. Me ha preguntado si podía quedarme con ella mientras él está fuera.

Del otro lado de la puerta de ocho paneles solo llegó silencio.

—¿Eaton? —Volvió a llamar, manipulando el pomo—. Por favor, abre la puerta. Por favor, dime qué pasa. —Él no dijo nada—. Eaton.

—Ve con Hugh —contestó el hombre.

—Le he dicho que me ponía en una posición difícil, porque tú no quieres que vaya, pero reconozco que debe estar con su esposa.

—Ve con Hugh —repitió Eaton, esta vez con mayor insistencia.

—Dana debe de estar preocupadísima, porque su abuela lo es todo para ella, por eso entiendo que Hugh quiera estar a su lado. De haber pensado que podía pasar algo así seguro que habrían hecho otros arreglos. Debe de haber sido muy duro para Hugh llamar y pedirme el favor a mí, con todo lo que está pasando entre nosotros. Pero estas cosas siempre te cogen por sorpresa, y somos su familia, y claro, con un bebé recién nacido en casa...

—¡Dorothy! ¡Ve!

—Pero tú eres mi marido —dijo la mujer, apoyándose en otro panel—, y sé que estás preocupado. Tengo que estar a tu lado.

Hubo un silencio. La puerta se abrió tan bruscamente que Dorothy retrocedió sobresaltada.

—Dorothy —dijo el marido con tono severo—. Te he dicho que vayas.

El aspecto de Eaton no la tranquilizó. Su pelo estaba revuelto, el rostro pálido, la mirada cansada.

—Dios, pareces más muerto que otra cosa.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo, un gesto que Hugh hacía con frecuencia. El parecido entre los dos siempre había sido notable.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, Dot.

—¿Qué cosas?

—Creo que debería posponer la publicación del libro.

Dorothy estaba horrorizada.

—Pero si el libro ya está en la imprenta. Ya has apalabrado la gira. Varios cientos de personas asistirán a la fiesta de presentación en la Sala Sycamore, en el club universitario, el martes que viene, o el otro.

—Es posible que ciertos hechos estén equivocados.

Dorothy dejó escapar un pequeño suspiro.

—De acuerdo. Es normal. Son los nervios de última hora, como siempre que estás a punto de sacar un libro, pero lo que tengo muy claro es que tú no cometes errores cuando se trata de hechos. Eres el mejor. Entre Mark y tú todo está siempre más que comprobado.

Él parecía más cansado que nunca.

—Ve a ayudar a Hugh. Necesita hacer esto por Dana.

—Es lo mismo que ha dicho él —señaló Dorothy, pero el hecho de que Eaton estuviera de acuerdo la desconcertaba—. Algo pasa entre vosotros dos.

—Ya te lo he dicho. Estoy preocupado por el libro.

—Nunca te habías preocupado por Dana.

—Dorothy.

La mujer supuso que era tan buen momento como cualquier otro.

—¿Sabes? Fui a verla. El martes pasado. —Esperaba que Eaton estallara. Pero, al ver que no lo hacía, añadió—: Vi a la pequeña. La cogí en brazos. Es un encanto.

—Por favor, Dot. Vete.

—Me llevo una bolsa con ropa —le advirtió—. Es posible que no vuelva hasta mañana.

Él la miró con dureza.

—Muy bien —dijo Dorothy—. Me voy.

Eaton dejó la puerta abierta y volvió a la gran mesa de roble que había heredado a través de diferentes generaciones de parientes que, por lo visto, no eran realmente sus parientes. No se sentó; se quedó ante la mesa con la cabeza gacha, atento a los movimientos de Dorothy. Cuando por fin oyó cerrarse la puerta de atrás y el sonido amortiguado de su coche, dejó escapar un suspiro.

Levantó los ojos y repasó los diferentes estantes de libros. Aquellos volúmenes que tanto le habían reconfortado en el pasado ahora pesaban sobre su conciencia. Y los que había escrito él personalmente eran los más ofensivos.

Hugh tenía razón. ¿Qué tenía en la cabeza cuando decidió escribir aquel libro? ¿Arrogancia? ¿Egocentrismo? ¿Complacencia?

Salió de la biblioteca, completamente derrotado. La sala de estar también estaba bañada en historia, con todos aquellos muebles llegados a América poco después del desembarco de los Clarke. Conforme las piezas pasaban de una generación a otra, las tapicerías habían ido cambiando, la madera se había restaurado, pero cada una de ellas seguía llevando el sello personal de su creador.

Las paredes estaban cubiertas de retratos familiares, cada uno con la firma del artista que lo había pintado, todos muy conocidos en su época, y algunos incluso en la actualidad. Una miscelánea de parientes, en tamaño más pequeño, colgaban en grupo encima de un cofre, de una mesa con una hoja abatible. Los bisabuelos por su lado materno flanqueaban la entrada. A la izquierda del secreter colgaban enormes retratos de sus abuelos paternos. Y sus padres, en tamaño mucho mayor, ocupan el lugar de honor en la pared del sofá.

Eaton siempre había idolatrado a su padre, lo había respetado, siempre se había desvivido por complacerle. Se llamaba Bradley, igual que su primer hijo, que había salido a él tanto en aspecto como en capacidad. Los dos Bradleys eran hombres de visión, líderes natos que delegaban en sus

empleados el trabajo necesario para convertir su visión en una realidad. En cambio, Eaton había salido a la madre, tenía la misma atención por los detalles, la misma vena creativa.

Eaton recordaba a su madre haciendo las mismas cosas que hacían las mujeres de clase alta en su época: costura, encaje de aguja, jardinería, nada que pudiera considerarse necesariamente práctico. Ni creativo.

—Maldita sea —dijo renegando ante el óleo de su madre—. ¿De verdad pensabas que nunca lo descubriría? ¿Nunca se te ocurrió que tenía derecho a saberlo? ¿Tan difícil era contarme la verdad? Tuviste diez años para decírmelo después de la muerte de papá. —Tuvo un pensamiento—. ¿Y qué hay de Thomas Belisle? ¿Estuviste con él después de morir papá? ¿Supo alguna vez algo de mí, o también le mentiste?

Se volvió hacia su padre.

—¿Y tú? Dejarla sola un verano tras otro. ¿No se te pasó por la imaginación que...? No, claro que no. Estabas acostumbrado a que la gente contara chismes sobre el presidente del consejo. Si no fuiste capaz de entender que quisiera convertirme en escritor, está claro que tampoco podías imaginarte a tu esposa con otro hombre. ¡Se acostó con otro! —gritó.

»O quizá sí lo sabías. Quizá lo sabías pero te negaste a admitirlo, ni tan siquiera a susurrarlo, no fuera que perjudicase tu posición. O lo sabías pero no te importaba. Quizá era como en tus negocios, dejaste que otros se encargaran de los detalles que tú no tenías tiempo o interés en llevar. ¿Es eso lo que hizo, mamá? ¿Lo sabía pero no le importaba? ¿Yo tampoco le importaba?

Lanzó un breve suspiro y les dijo a los dos:

—Había rumores, pero nunca dijisteis ni una palabra. Siempre supe que erais fríos, pero lo que hicisteis fue egoísta y... de una total falta de previsión. ¿Es que no pensasteis que yo también tendría hijos? ¿Qué clase de personas sois que ocultáis algo tan elemental y tan determinante a alguien a quien llamabais hijo?

Pero ya no le llamaban hijo. Los dos se habían ido a la tumba creyendo que su secreto estaba a salvo.

Sí, Eaton lo sabía. Culpar a sus padres era inútil, porque él tampoco estaba libre de culpa. Conocía los rumores. Hugh tenía razón. Podía haber averiguado la verdad. Y no lo había hecho porque no quería saberlo. Tan simple y vergonzoso como eso. Llevaba la vida de un brahmán de Boston. Si de pronto resultaba que era afroamericano, la cosa haría aguas.

Pero ahora lo sabía. Hugh lo sabía.

Tenía que decírselo a Dorothy. No se imaginaba contándoselo a Brad y Roben, y mucho menos a su editor. Pero no podría volver a acostarse en el mismo lecho que Dorothy si no se lo decía. Ahora que sabía que aquello era una mentira, perpetuarla significaría agravar el error que sus padres habían cometido.

Salió de la sala de estar y cogió sus llaves de la mesa de palo de rosa del recibidor y, al hacerlo, vio su reflejo en el espejo. Dorothy tenía razón. Tenía un aspecto espantoso. Aun así, no se molestó ni en peinarse; no quería pararse, porque si lo hacía perdería los nervios. Pasó por la cocina de camino al garaje, arrancó el coche y salió de Old Burgess Way en dirección norte.

No fue un trayecto fácil. En más de una ocasión pensó en dar la vuelta. Si Dorothy no lo sabía, no le haría daño. Si Dorothy no lo sabía, nadie más tenía por qué saberlo... y no porque temiera que ella lo contara. Dorothy siempre sabía lo que podía y lo que no podía contar.

Pero, una vez se lo hubiera dicho, la convertiría en cómplice de posteriores mentiras. Y no estaba seguro de que eso fuera justo.

Pero claro, gracias al nacimiento de Elizabeth Ames Clarke quizá ya no podría seguir manteniendo la mentira.

Robert no se iba a poner precisamente contento. Siempre bromeaba y decía que él era el hijo ilegítimo de su tío Bradley. La verdad sería mucho peor. Robert tenía una octava parte de sangre afroamericana. Sus cuatro hijos una dieciseisava parte.

Tenía que decírselo. Pero primero Dorothy.

Eaton siguió conduciendo. Volvió a dudar cuando salió de la autopista, y de nuevo cuando estaba a punto de llegar a la casa de Hugh. Pero no quitó el pie del acelerador. Cuando paró en la rampa de acceso junto al coche de Dorothy, supo que no habría vuelta atrás.

Fue hasta la puerta principal y llamó con los nudillos. El rostro de Dorothy apareció enseguida mirando con desconcierto por el panel lateral, hasta que se sobresaltó al verlo. Abrió la puerta.

—¡Eaton! —exclamó medio susurrando, lo que indicaba que el bebé dormía.

Él asintió. Como parecía que aquello exigía una explicación, se limitó a decir:

—He pensado que podía venir.

—Hugh ya se ha ido.

—No pasa nada. En realidad es mejor. —No sabía por dónde empezar.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar nada? —preguntó él en voz baja.

—No has puesto los pies en esta casa desde que el bebé nació. Y no tienes buen aspecto.

Él suspiró.

—¿Puedo entrar?

Ella se apartó a un lado.

—Pues claro —dijo con un comedido tono de reproche—. Esta casa es tan tuya como mía, incluso si no nos pertenece, y eso que le dimos a Hugh el dinero para comprarla.

—Dorothy. —El hombre pasó al vestíbulo—. Hugh gana los mismos dividendos que nosotros. Gana mucho dinero. Él compró esta casa por sí mismo.

—Seguramente, Eaton, pero me preocupa no saber por qué has venido hasta aquí. ¿Tienes algún problema de salud, hay algo que no me has contado?

—Mi salud está bien. —Entró en la sala de estar, consciente de que ella le seguiría. Abrió la boca, pero la cerró enseguida, y miró a su alrededor. La sala de estar de Hugh era una versión nueva y más joven de la suya. Enseguida vio varias piezas heredadas de la familia, pero colocadas inteligentemente con toques de modernidad. Miró los retratos. Ni siquiera estaba seguro de que su hijo supiera quién era toda esa gente. Seguramente los tenía allí por su valor artístico, y no porque tuvieran un valor sentimental para él. Mejor. Porque es posible que no estuviera emparentado con ninguno de ellos.

—¿Eaton?

Miró a Dorothy.

—¿Sabes algo de Hugh?

—Todavía no. Seguramente acaba de llegar al hospital.

Eaton asintió. No sabía cómo abordar el tema.

Dorothy le observaba, estaba esperando.

—Me alegro de que Hugh esté con Dana —dijo—. Quizá tengan que tomar alguna decisión. Y en momentos como este un marido tiene que estar junto a su esposa.

—Y tú ¿tienes que tomar alguna decisión en relación con tu libro? —preguntó Dorothy directamente.

Era una mujer brillante. Merecía saber la verdad.

—Definitivamente.

—¿Qué clase de decisión?

—Si vuelvo atrás y corrijo lo que está mal.

—Pero no puedes hacer eso, al menos en esta edición. ¿El problema es tan grave que no puedes esperar a que salga la versión de bolsillo? —El teléfono sonó. Con cara de frustración, la mujer levantó un dedo para indicar que enseguida volvía y salió apresuradamente.

Sintiéndose como un completo cobarde, tan cobarde como su madre, Eaton salió tras ella, pero solo fue hasta el vestíbulo. Vio que el cuco de la salita estaba vacío. En silencio, subió las escaleras y fue hasta el cuartito de la pequeña. Hugh y Dana se lo habían enseñado la última vez que él y Dorothy estuvieron allí. Típico de los hijos, estaban orgullosos y querían su aprobación.

Personalmente a Eaton aquel prado pintado le resultaba empalagoso. Las paredes lisas, con uno o dos cuadros coloridos estaban más en su estilo.

Pero claro, así es como Dorothy había decorado la habitación de sus hijos, y él era hombre de costumbres.

Se preguntó si Hugh no tendría razón, si había escrito aquel libro deliberadamente para convertir en real algo que temía que no lo fuera. Si se había pasado la vida bajo el manto protector de los antepasados para no tener que enfrentarse a la verdad.

Se acercó a la cuna. Elizabeth Ames Clarke estaba dormida sobre la espalda. Llevaba puesto un body rosa, como el que habían llevado las hijas de Robert, pero ahí se acababa el parecido. Sus brazos estaban desnudos, y sus piernas eran de un adorable marrón. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la cara. Rodeada de los mismos rizos que recordaba del día del parto, con un suave bronceado, con mejillas suaves y perfectas, un mentón diminuto, una pequeña nariz. Las pestañas eran largas y oscuras, los párpados de un dorado bruñido.

Era muy guapa.

La imagen se emborronó. Y no supo si era el miedo a lo que le esperaba a su nieta, miedo a decírselo a Dorothy, a decírselo a Robert, o a sus amigos, o a perder el respeto que tenía como personaje público.

Pero, mientras miraba a la pequeña a través de las lágrimas, no fue capaz de ver ninguna diferencia entre su piel y la de él. Solo veía inocencia.

Capítulo 24

Dana se alegró de que Hugh estuviera con ella. No se planteó por qué no había llamado a Tara o a Gillian. Simplemente, necesitaba a Hugh a su lado. Él tenía la mente clara. Él escuchó la explicación del médico, lo que habían encontrado, lo que podían hacer. Él contestó por Dana cuando ella se sintió confusa, e hizo las preguntas que Dana no pudo hacer. Y cuando llegó el momento de decidir, redujo las opciones a dos, le explicó lo que implicaba cada una, escuchó su opinión y luego la apoyó en sus conclusiones.

Ellie Jo tenía una arteria obstruida. Había que operar, pero eso conllevaba un riesgo. Las alternativas, aunque eran menos arriesgadas, suscitaban serias dudas sobre la calidad de vida que tendría en el futuro.

Era una responsabilidad enorme. Tomar una decisión que podía matar a alguien a quien querías. Dana no lo soportaba.

Cogió la mano de Ellie Jo antes de que se la llevaran, le dijo que la quería, que todo iría bien, y que no se preocupara, porque ella se ocupaba de todo en la tienda. Le dio un beso en la mejilla y la retuvo un momento. El olor a manzanas había quedado diluido por el olor de los medicamentos, y aun así aquel familiar aroma de la piel de Ellie Jo la reconfortaba. Cuando finalmente se llevaron la camilla y Hugh la sujetó, Dana se llevó una mano a la boca.

Ellie Jo ya no era joven. Dana sabía que no viviría para siempre, pero le aterraba pensar que podía perderla tan pronto.

La cafetería del hospital estaba cerrada, así que Hugh le llevó un café de una máquina expendedora. Estaban en una sala pequeña, decorada en suaves tonalidades gris y malva que, supuso, eran para relajar. No podía decir que funcionara. Él seguía estando nervioso.

Ellie Jo llevaba dos horas en la sala de operaciones. Quizá aún tendrían que esperar otras dos antes de que el cirujano saliera, y aún más para saber si la parálisis sería permanente, eso suponiendo que saliera con vida. Porque existía la posibilidad de que no lo hiciera. El doctor había sido muy claro.

Hugh dejó el café en la mesita que Dana tenía a su izquierda y se sentó junto a ella en el sofá.

—¿Estás bien?

Ella le dedicó una mirada preocupada y asintió.

—¿Y tú? —preguntó ella al cabo de unos momentos.

—He estado mejor.

Ella se volvió para coger su café y dio unos sorbitos. Luego lo sujetó entre las manos y se recostó en el sofá. Finalmente, le miró.

—Esta tarde no sabía adónde habías ido. ¿Estuviste en la oficina?

Hugh no había pensado en la oficina. No había pensado en Stan Hutchinson, o en Crystal Kostas y su hijo. Desde última hora de la mañana, no había pensado en nada que no fuera de dónde venía y quién era realmente.

—Tenía que hablar con mi padre —dijo.

Ella pensó en sus palabras. Frunció otra vez el ceño.

—¿Y lo has hecho? —preguntó al final.

Hugh no estaba seguro de que fuera el lugar ni el momento apropiado. Pero estaban solos en la sala, y el tema podía ayudarla a distraerse de su preocupación por su abuela. En cualquier caso, él necesitaba hablar. Y tenía un público cautivo. Las posibilidades de que Dana se levantara y se fuera si decía algo que no le gustaba eran mínimas.

Así que le habló del abogado del Vineyard, de los rumores con los que Eaton había convivido, de la discusión... y aunque pensaba que la ira inicial ya había pasado, mientras hablaba sintió que se reavivaba. Hablaba sentado hacia delante, con los codos en las rodillas, las manos cada vez más apretadas, con un tono ácido.

—Dice que no mintió deliberadamente, pero ¿no podía comprobarlo? Se ha labrado una carrera descubriendo los detalles íntimos de los personajes sobre los que escribe. Sabe cómo escarbar en la basura.

—Pero en este caso no quería hacerlo.

—Correcto. Y estaría bien si nadie más hubiera resultado afectado. Pero incluso antes de que Lizzie naciera, estabas tú. Os trató a ti y a tu familia como ciudadanos de segunda.

Ella no se lo discutió.

Hugh miró fijamente a la pared de delante. Había un cuadro con colores marinos, ligeramente moderno y ondulado. Él conocía el océano. Lo veía desde la ventana de su casa. El auténtico mar relajaba. Aquel cuadro no.

—Pero ¿quién soy yo para criticar? —preguntó—. Yo me he portado igual de mal. Y he pedido una prueba de paternidad. —Volvió a mirarla—. Es verdad, yo no sabía nada del tipo del Vineyard, y me tragué las mismas mentiras sobre mi familia. Pero he sido un arrogante, Dana, y me siento

avergonzado. Pero sabía que no me habías engañado con otro. —Estudió su taza de café y dijo con disgusto—: Ni siquiera era esto de lo que quería hablarte.

—¿Y qué era?

—De mí. De lo que soy.

Cuando vio que no decía nada, Hugh la miró y vio que tenía el ceño fruncido. Y le chocó comprobar que los ceños fruncidos y las pecas no hacían buenas migas. Las pecas eran muy claras, y la piel del rostro era aún más clara, pero sabía que estaban ahí. Formaban parte de la alegre personalidad que le había atraído desde el principio.

—¿Te sientes diferente? —preguntó Dana al final.

Hugh quería ser diferente. Pensaba que debía ser diferente. Pero no lo era.

—No. ¿Significa eso que prefiero seguir de incógnito?

—¿De incógnito?

—Eso es lo que he hecho hasta ahora.

—Decir que has ido de incógnito tiene connotaciones negativas. Implica que conocías la verdad y deliberadamente te hiciste pasar por otra persona. Pero ¿dónde estaba la intencionalidad? Eso es lo que preguntarías a un jurado cuando presentas un caso. ¿Sabías que eras negro y lo ocultaste deliberadamente?

—No. Pero tendría que sentirme diferente —razonó—. Quizá solo estoy aturdido.

—Quizá no es tan importante.

—Para mi familia lo es. Mi tío acusará a mi padre de haberlo ocultado para conservar su parte en el negocio familiar. Argumentará que técnicamente Eaton no es un Clarke.

—Pero lo es. Su madre es una Clarke por matrimonio. Y es la madre de tu tío Brad.

Una puerta se abrió pasillo abajo. Dana se levantó al momento y se puso tensa. Cuando vio que aparecía una mujer con bata azul y se iba en la dirección contraria, profirió un sonido de desespero.

Hugh estaba de pie a su lado.

—No parece que tenga prisa —dijo—. Buena señal.

Dana permaneció en pie un minuto, con la cabeza gacha. Respiró hondo, se dio la vuelta y se sentó.

—Ojalá tuviera aquí mi labor —musitó—. ¿Cómo voy a pasar sin ella en un momento así?

—Si me lo hubieras dicho te habría traído algo.

—No lo pensé. Tengo la cabeza totalmente ida.

—Ellie Jo saldrá bien —dijo Hugh, sentándose junto a ella en el sofá.

Dana le lanzó una mirada preocupada.

—¿Qué hay de Robert?

Hugh la admiraba. Seguramente Robert era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos.

—No le hará gracia. Repudiaría a papá si pensara que eso le ayudaría a mantener su posición ante Brad.

—Eso no quita que seguirá siendo lo que es.

—O lo que soy yo. —Hugh volvió a inclinarse hacia delante—. ¿Te preocupa?

Dana miró al suelo con el ceño fruncido.

—¿Robert? No. No sé si podré volver a apreciarlo como antes. No sé muy bien de qué lado está.

—Vaya ¿ahora se trata de tomar partido por un lado o el otro?

Ella lo miró a los ojos.

—Sí.

—¿Y tú de qué lado estás?

—Del de Lizzie.

—Y yo, ¿también lo estoy?

Ella volvió a coger su café y dio un largo trago. Cuando terminó, devolvió la taza a la mesita y se limpió el labio superior con un dedo. Luego le miró.

—No lo sé. ¿Lo estás?

—Sabiendo como sé que los rasgos genéticos de Lizzie vienen de mí, ¿no es evidente?

—No. El color de la piel es algo físico. No es una emoción.

—Estoy del lado de Lizzie. Y tú ¿estás de mi lado?

—Eres mi marido.

—Un marido también es algo físico. —Lo expresó de otro modo—. No hace tanto me preguntaste cómo me sentía al saber que estaba casado con una mujer de ascendencia afroamericana. Ahora soy yo quien pregunta. ¿Cómo te sientes al estar casada con un hombre de ascendencia afroamericana?

Ella no pestañeó.

—Igual que ayer. No me importa quién era tu abuelo. Nunca me ha importado.

—Pero, cuando estábamos en la consulta de la pediatra y nos dieron los resultados de la prueba ¿no te sentiste ni un poquito satisfecha porque el esnob se había llevado su merecido?

Durante un rato, Dana miró a la moqueta en silencio. Cuando lo miró, su expresión era afable.

—Me sentí aliviada. Esto te hace más humano. Y a mí me hace sentirme menos inferior.

—¿Inferior? —Aquello le sorprendió—. ¿De verdad te sentías inferior?

—Sí.

—Eso es solo cosa de tu cabeza. Pero ¿no te alivió que se demostrara que eres blanca?

—No se demostró que soy blanca —dijo ella con tono de reproche—. Solo que no tengo el gen de la anemia de célula falciforme. Podría haber toda clase de genes ocultos en el árbol genealógico de mi familia. No tengo ni idea de quién era mi abuelo Earl.

Hugh hizo un último intento, medio en broma.

—Pero ¿no sentiste que se había hecho justicia?

—No. Lo siento, Hugh, no soy vengativa.

—Eres una santa.

Ella sonrió con pesar.

—Si fuera una santa, entendería por qué necesitabas tanto hacer la prueba de paternidad. Si fuera una santa, habría contestado cuando Jack Kettylle llamó esta mañana. —Levantó la mano—. No preguntes. No contesté. No soy ninguna santa. —Su voz se suavizó—. Entiendo lo que sientes, porque he pasado por lo mismo, pero si este giro en los acontecimientos me satisface es sobre todo porque garantiza tu amor por Lizzie.

—Siempre la he querido.

Ella encogió las piernas.

—¿Y a mí?

—Te quiero. Y necesito que tú me quieras a mí.

Dana apoyó la cabeza en las rodillas. Al cabo de un minuto, la ladeó para mirarle.

—¿Por qué? ¿Porque te sientes perdido y desarraigado y necesitas donde aferrarte? ¿Porque sabes que a mí el color no me importa pero no puedes decir lo mismo de tus amigos?

—No habrá ningún problema con mis amigos.

—Entonces todo está bien. ¿Cuándo se lo dirás?

Lo había pillado. Hugh no contestó.

Dana cedió y, por primera vez en los últimos diecisiete días, extendió la mano y le oprimió el brazo.

—Es lo que David dice. A todo el mundo le parecen bien las minorías hasta que un miembro de una se instala en la casa de al lado. Sabemos que con tus padres no habrá problema. En el trabajo tampoco. El problema quizá estará en la gente que te conoce de toda la vida. Como los Cunningham. Por cierto, me han dejado fuera del Salón de Diseño.

—¿Desde cuándo?

—Desde primeros de semana.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Para qué? —Dana se aplacó—. Quizá no es más que una coincidencia que me hayan rechazado para los dos trabajos.

Para uno quizá, pensó Hugh. Para dos no. Dana era exactamente el tipo de diseñadora que a la rama de North Shore le gustaba promocionar. Además, quedaba un poco forzado hablar de coincidencia cuando resulta que eran los Cunningham quienes dirigían el Salón de Diseño cada año.

Estaba furioso.

—Haré una llamada.

Dana retiró la mano.

—No la harás.

—Pero tú querías esos trabajos.

Dana se sentó derecha.

—Ya no. Tengo un bebé recién nacido y una abuela que no está en condiciones de llevar la tienda. Esa tienda es lo más parecido a un negocio familiar que tendré nunca.

—No es por el trabajo —argumentó Hugh—. Es por principios. —Se miró las manos. Y pasó un rato antes de que dijera—: ¿Qué puedo hacer?

—Nada. No quiero esos trabajos.

—Y yo no quiero esos amigos —repuso él—. Si me rechazan porque mi abuelo era negro, ellos deciden. —Dio un rápido suspiro—. Pero ¿qué hago con lo otro? Lo de ser negro. ¿Se supone que tengo que cambiar? ¿Comportarme de forma diferente?

—No —contestó ella con tono de reproche, pero con una sonrisa que a Hugh le llegó al alma—. Sigues siendo tú. Eres fruto de cuarenta años de una determinada educación. Eso no puedes cambiarlo. Lo que cambia es lo que haces con ella.

—¿Por ejemplo?

—No sé.

—Necesito que me ayudes, Dee.

Ella casi parecía divertida.

—Si no sabía qué hacer cuando la afectada era yo, ¿cómo esperas que sepa qué decirte ahora que eres tú?

Pasillo abajo, una puerta se abrió. El cirujano de Ellie Jo se dirigió hacia ellos.

Ellie Jo viviría. Los médicos no sabían si recuperaría completamente la movilidad en el lateral derecho, pero habían retirado el coágulo que había provocado la apoplejía y confiaban en poder reducir el riesgo de que se formara otro con la medicación.

Dana se sintió débil por el alivio. Quería ver a su abuela, pero le dijeron que estaría en la sala de recuperación hasta la mañana siguiente y que incluso entonces estaría demasiado aturdida para darse cuenta de su presencia.

No tenía sentido que se quedaran. Ya era más de la una de la mañana. Con un poco de suerte, llegarían a casa a tiempo para que Dana diera de mamar a Lizzie. Tenía los pechos a rebosar y, dejando aparte el alivio que supondría para ella físicamente, necesitaba el alivio emocional de sostener a su bebé.

Cuando llegaron, vieron con sorpresa que el coche de Eaton estaba en la rampa de acceso, junto al de Dorothy.

El primer pensamiento de Dana fue reconfortante. «Como debe ser». Pero entonces recordó los acontecimientos de los últimos días y no supo qué pensar.

Hugh no se movió del coche. Había apagado el motor, pero seguía sentado con las manos en el volante.

—Estoy demasiado cansado para esto —dijo.

—Seguramente está durmiendo.

—Dios, eso espero —musitó, y abrió la puerta de su lado.

Eaton estaba durmiendo, pero no con Dorothy. Estaba cómodamente instalado en el sofá de la sala, con los brazos y las piernas cruzados, y los mocasines uno al lado del otro en el suelo. La televisión estaba puesta, con el volumen muy bajo.

Hugh la apagó, y fue a apagar la luz.

—Le dejaremos que duerma —susurró.

—No podemos dejarle aquí —susurró Dana en respuesta—. No dormirá bien.

Hugh le dedicó una mirada.

—¿Y qué más da?

Eaton se movió y abrió los ojos. Miró a Hugh visiblemente sorprendido y se incorporó.

—Debo de haberme dormido.

—Sube arriba con mamá —dijo Hugh.

Eaton miró a Dana.

—¿Cómo está tu abuela?

Dana no sabía si el hombre preguntaba solo por educación. Su expresión decía que le preocupaba. Y tenía parte de esa vulnerabilidad que había visto un rato antes en el rostro de Hugh.

En Hugh, aquello le había resultado tranquilizador. En Eaton resultaba extrañamente desconcertante.

Sin saber muy bien qué debía hacer, Dana escuchó la voz tranquilizadora del mar. «Sé buena», le dijo su madre con las olas. Así que dijo:

—La operación ha ido bien. Mañana sabremos más. —Se volvió hacia Hugh y añadió—: Voy a darle el pecho a Lizzie.

Hugh la envidió por tener una excusa. Él estaba demasiado cansado para inventarse una.

—Me voy a la cama —le dijo a su padre—. Apaga las luces. —E hizo ademán de salir.

—Espera, Hugh. Tenemos que hablar.

—Es tarde, papá.

—Por favor.

Hugh permaneció unos instantes en la puerta. Luego se dio la vuelta, fue hasta el sillón y se sentó. No dijo nada. No era él quien había pedido que hablaran.

—He visto a la pequeña —dijo Eaton—. Es muy guapa.

—Su color no ha cambiado. La situación sigue siendo la misma.

—Hugh —La voz de su padre era débil—. No lo sabía. Tendría que haberlo sabido pero no lo sabía.

—¿Es eso lo que querías decirme?

—En realidad... —Eaton se levantó del sofá y fue hasta las puertaventanas. Cuando las abrió el sonido del mar se hizo más fuerte—. En realidad había venido a decírselo a tu madre.

Hugh levantó la vista.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Nada. Todavía no se lo he dicho.

—¿Por qué?

Eaton callaba. Cerró las puertaventanas. Ahora que el océano callaba también, su silencio se hizo más acusado.

—No lo sé —dijo por fin.

—Pues la cosa no mejorará.

—Pero quizá yo me haré mejor a la idea.

—Cuanto más esperes, peor. Hasta ahora podías poner la excusa de que no lo sabías, pero ahora lo sabes. Tienes que decírselo.

Eaton no contestó.

—¿De qué tienes miedo?

Eaton siguió sin hablar.

—No te odiará porque tu padre sea medio negro. Es más tolerante que tú.

—Pensará que lo sabía y le mentí. Preguntará por qué no comprobé los rumores. Dirá lo mismo que dijiste tú sobre mi trabajo como investigador. Se sentirá furiosa y dolida. —Volvió al sofá, y se quedó delante, de cara a los cojines—. Qué lío. No sé qué hacer.

Hugh sintió que su ira remitía. Su padre parecía tan derrotado...

Y entonces recordó lo que Dana había dicho sobre hacer algo.

—Díselo. Luego investiga a tu padre.

—Pero ¿de verdad me interesa saber más de él?

—Sí, sí te interesa. Es tu padre biológico. ¿Crees que Dana quería ir a buscar al suyo? Nosotros la obligamos. ¿Qué clase de hipócritas seríamos si no hacemos lo mismo?

—¿Nosotros?

Hugh vaciló. Trató de mantener cierto grado de rabia, pero no pudo. Eaton seguía siendo su padre.

—Sí. Y te ayudaría. ¿Cómo se llamaba?

—Thomas. Thomas Belisle. Solía veranear en Oak Bluffs. Allí era casi una leyenda... un atractivo negro de piel clara que conquistó a muchas blancas.

—¿Eaton?

Los ojos de Hugh se volvieron rápidamente a la puerta. Su madre estaba allí con una sencilla bata blanca. Con el pelo peinado hacia atrás y aquella expresión de duda en los ojos, aparentaba hasta el último de los años que tenía.

Miró a Eaton con el ceño fruncido, luego a Hugh, pero ¿él qué podía decir? Él solo era el hijo. Eaton era el marido. Era él quien debía explicárselo.

Pero Dorothy no les dio tiempo a ninguno de los dos. Apretando los labios, se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba.

Eaton, que se había quedado paralizado, volvió a la vida. La llamó y se dispuso a ir tras ella, pero Hugh le cogió del brazo.

—Va a ver a Dana. Deja que hablen.

Lizzie estaba mamando con satisfacción cuando Dorothy apareció en la puerta. La mujer permaneció allí unos instantes, luego entró y se apoyó contra la pared.

Dana estaba tan cansada que, mientras Lizzie mamaba, casi se había dormido, pero enseguida se espabiló.

—¿Qué pasa?

—Acabo de oír algo muy raro —susurró Dorothy—. ¿Tú sabes algo de que el padre de Eaton sea afroamericano?

Dana estaba tratando de decidir qué debía decir cuando Dorothy dijo:

—Entonces es cierto. Y la esposa es la última en enterarse.

—No, no eres la última, Dorothy. Ni mucho menos. Yo lo sé por Hugh. Pero él no lo ha sabido hasta hoy.

—¿Y Eaton?

—Lo ha sabido hoy. —Le habló de la prueba que le habían hecho al bebé al nacer y los test que les habían hecho a Hugh y a ella—. ¿No te ha comentado nada esta noche?

—No. Y no entiendo por qué.

Dana no podía leerle el pensamiento a Eaton, pero aún recordaba la incredulidad que había sentido cuando la doctora dijo que Hugh era portador del gen. Era lo último que habría esperado. Si a ella la noticia la había dejado de piedra, no podía ni imaginar lo que estaría sintiendo Dorothy después de más de cuarenta años de matrimonio.

—Creo que deberíamos tratar de comprenderle —dijo Dana—. Es algo totalmente inesperado para él. Ni en sueños lo habría imaginado.

—¿Cómo puedes defenderle después de lo mal que te ha tratado?

Dana estaba demasiado cansada para sentir ira.

—Cuando estuviste aquí el martes —dijo, sonriendo con afabilidad—, hablaste de la gente que crece en ciertos círculos sociales y aprende ciertos comportamientos. Y no te planteas esos comportamientos porque a tu alrededor es lo que hace todo el mundo. Eaton no lo considera arrogancia. Para él es un modo de vida.

—Pues han sido unos arrogantes. ¡Eaton y Hugh!

—No lo sabían, Dorothy. Eaton había oído rumores, nada más.

—¿Y no consideró oportuno decírmelo? Soy la madre de sus hijos. ¿No tendría que habérmelo dicho?

—Rumores —le recordó Dana, pero a Dorothy aquello no le interesaba.

—Se precia de su inteligencia. ¿Es que me considera demasiado estúpida para entenderlo... o demasiado indiscreta para tener la boca cerrada?

—No —dijo Eaton desde la puerta. Bajo la luz atenuada del cuarto del bebé, se le veía derrotado—. No te lo dije porque no podía decírmelo a mí mismo. Si te lo hubiera dicho se habría convertido en algo real. Y no quería que lo fuera.

—No era una posibilidad sin consecuencias —arguyó Dorothy.

—Pero para mí conllevaba una fuerte carga emocional. Aceptar que los rumores podían ser ciertos habría sido como aceptar que mi madre había tenido una aventura. Y eso habría sido tan duro como lo otro.

—Bueno, es normal —comentó la mujer con un cinismo nada habitual en ella—. No se puede decir nada bueno de la gente que engaña. Tolerante, y un cuerno. Eres de lo más parcial.

—Sí —concedió Eaton—. A veces.

—¿A veces? —repitió Dorothy.

Hugh apareció.

—A veces, mamá. Es humano, como todos nosotros. ¿Cuánto has oído cuando estabas abajo?

—Lo suficiente. ¿Podrá localizar tu detective a Thomas Belisle?

—Está muerto —dijo Eaton—. Puede que su hermana aún viva.

Dana estaba frotando la espalda de Lizzie.

—¿Thomas Belisle?

—El hombre que empezó todo esto —dijo Hugh—. ¿Por qué tengo la sensación de que conozco ese nombre?

De pronto Dana recordó unos ojos oscuros que miraban a Lizzie, una expresión de exquisita ternura. Y en ese instante, comprendió el amor con el que ciertas manos habían acunado a su bebé.

—Yo la conozco —susurró perpleja, y miró a los otros.

Capítulo 25

Por mucho que la idea de que Sandra Belisle pudiera estar emparentada con Lizzie le resultara increíble, Dana tuvo que esperar. Primero Ellie Jo. El sábado por la mañana Dana fue al hospital y se enteró de que habían trasladado a su abuela a cuidados intensivos. Era pura rutina, no había por qué preocuparse, a pesar de la presencia abrumadora de máquinas. Pero era difícil no asustarse cuando se la veía con aquel vendaje en la cabeza, con aquel aspecto tan frágil y demacrado entre las sábanas.

Dana le cogió una mano flácida y la besó.

—¿Abuela?

Ellie Jo abrió los ojos. Cuando vio a Dana sonrió. Solo sonreía con un lado de la boca, pero mejor media sonrisa que ninguna.

—No me he muerto —musitó Ellie Jo—. Eso es bueno.

—Es increíble —dijo Dana, aliviada al ver que su abuela podía hablar—. ¿Cómo te sientes?

—Débil. Casi no puedo moverme.

—Ya te moverás. Ahora tienes que descansar y tener pensamientos positivos.

—Mi pelo ha desaparecido.

—Solo la parte de atrás, por abajo. Ahora empieza la temporada de los sombreros, y trabajas en el ramo perfecto. Dime cómo te gustan y en una semana te habremos tejido una docena.

—Un pensamiento bonito —musitó Ellie Jo, y cerró los ojos.

Dana habría querido preguntarle qué estaba leyendo en el desván cuando sufrió la apoplejía, pero sabía que no debía alterarla. Así que estuvo unos minutos sentada con ella, luego le dio un beso en la mejilla y salió.

Cuando arrancó el coche, se dirigió hacia la casa junto al huerto. Quería leer aquellos papeles del desván. Mientras conducía, llamó a Hugh para saber cómo estaba la pequeña, pero en ese momento estaba despidiendo a sus padres y no podía entretenerse. Cuando el teléfono volvió a sonar poco después, supuso que era él.

—¿Dana? —dijo una voz indecisa.

El pulso se le alteró. Tendría que haber comprobado el teléfono del que llamaba. Demasiado tarde.

—¿Sí?

—Soy Jack Kettyle.

Como si no lo supiera. Como si no hubiera reconocido la voz, a pesar de la brevedad de la visita que le habían hecho. Aquel tono vacilante por sí solo ya lo habría delatado.

—¿Cómo ha conseguido este número? —preguntó. El teléfono de casa era una cosa. Le había dicho que vivía en el mismo pueblo donde nació. Y él sabía de qué pueblo se trataba, conocía su apellido de casada. Lo único que tenía que hacer era llamar a información telefónica. Pero su número de móvil no estaba registrado.

—Tu suegra me lo ha dado —le explicó—. Me alegro de que le hablaras de mí.

Dana no se alegraba. Aunque no podía culpar a Dorothy —pobre mujer, seguramente lo había hecho pensando que era lo correcto, porque Jack Kettyle no solo era el padre biológico de Dana, también era cura—, lo que menos necesitaba en aquellos momentos era hablar con él. No podía con tantas emociones... no podía.

—Me llama en mal momento —dijo—. Mi abuela está enferma.

—Lo siento —dijo el hombre preocupado—. ¿Es grave?

—Sí. La situación es bastante delicada. No puedo hablar ahora.

—En otro momento, entonces.

—Sí. Bien. Adiós.

—Espera —dijo él justo antes de que Dana se apartara el teléfono de la oreja—. Se lo he dicho a mi familia. Y les gustaría conocerte.

A Dana los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Uf, ahora no. No puedo con todo esto. Tengo que irme. —Y cortó la llamada, sin importarle si le dejaba con la palabra en la boca, aunque no tardó en sentirse culpable. ¿Qué le había dicho a Hugh la noche antes... que la intención es lo que cuenta? Si Jack Kettyle no sabía que existía, ¿podía echarle en cara que no se hubiera preocupado por ella durante treinta y cuatro años?

La única persona a la que podía culpar era su madre, pero ¿cómo iba a hacer algo así? Elizabeth había muerto muy joven. Y no quería culparla de nada.

Así que se concentró en Earl. Aparcó ante la casa de Ellie Jo y entró directamente, sin pasar primero por la tienda. *Veronica* estaba maullando, y salió corriendo a recibirla.

Dana se acuclilló. Se puso al gato sobre las piernas y lo abrazó. Eso era lo más que *Veronica* se dejaría hacer. Luego bajó de un salto y miró a Dana con expectación.

—Ellie Jo está bien —dijo Dana acariciando el pelo sedoso que tenía entre las orejas—. Aún se quedará unos días en el hospital, pero ya está mejor. —Alguien tendría que pasarse por la casa para ocuparse de ponerle agua y comida a *Veronica*, y de limpiarle la tierra. Dana añadió aquello a su lista y luego subió a la habitación de su madre.

La trampilla del desván estaba abierta, la escalerilla seguía bajada. Los papeles seguían donde los había dejado, sobre el suelo de madera, junto a una pieza suelta del aislamiento.

Dana se sentó en el suelo y cogió los documentos oficiales. El primero era de la oficina del forense del estado de Illinois y dictaminaba que la causa de la muerte de Earl era un traumatismo en la cabeza debido a una caída. El segundo era una copia del informe de la policía donde se declaraba que la víctima estaba sola en el momento de la caída, y que esta había sido accidental. La tercera era el certificado de matrimonio de Ellie Jo. Estaba fechado el día que Dana conocía como el aniversario de boda de sus abuelos, más de un año antes del nacimiento de Elizabeth.

No había nada discordante allí, así que pasó al recorte de periódico. «Vendedor de Massachusetts aparece muerto en habitación de motel», decía el titular. Los párrafos iniciales contaban cómo se había descubierto el cadáver. Dana ya conocía los detalles. Luego venía la frase que había vislumbrado el día antes. Era la última.

«La esposa largamente abandonada de la víctima, Miranda Joseph, reside en la localidad».

Dana volvió a leer la frase una vez más, y otra. Nunca había oído hablar de ninguna Miranda Joseph, y mucho menos de que Earl hubiera tenido una primera esposa. No sabía qué podía significar aquello.

Por lo visto Emma, la prima de Ellie Jo, tampoco lo sabía. Había una nota manuscrita de ella junto al recorte. Estaba fechada varios meses después de la muerte de Earl.

Eleanor, una amiga me ha enviado este recorte. ¿Sabías que Earl ya estaba casado? ¿Cómo pudo casarse contigo si ya tenía esposa? ¿Sabes en qué lo convierte eso?

Dana dejó la carta a un lado y, meciéndose en medio de las sombras y el calor del desván, lloró por el dolor que debió de sentir su abuela cuando lo supo. Ya fue bastante malo que perdiera a su Earl. Pero el miedo a que aquello se descubriera debía de haberla torturado durante años y años. Y ahora... ahora Dana entendía su oposición a que buscara a su padre. Una cosa podía llevar a la otra. Y para Ellie Jo la bigamia era pecado mortal.

Dana se preguntó si el miedo a que la descubriera era lo que había provocado la apoplejía. No debía de haber sido fácil para su abuela mantener ante todos una imagen de Earl y llevar siempre dentro aquella otra voz que solo podía decir cosas terribles de él.

¿Y Earl? Dios, ¿el santurrón de Earl? Dana siempre lo había adorado, como todo el mundo. Era un hombre bueno y considerado, y seguramente dejó los detalles del divorcio a su primera mujer. Pero ¿cómo es posible que no comprobara que estaba arreglado? Lo lógico habría sido que esperara a tener la confirmación del divorcio en las manos antes de volver a casarse. Que no se muriera dejando a la mujer que decía que era la luz de su vida con tantas preguntas sin contestar.

Dana sentía una tristeza opresiva. Cuando notó que *Veronica* se estaba restregando contra ella, la rodeó con un brazo y hundió el rostro en su pelaje. Y el animal, como si intuyera su desdicha, se dejó.

Finalmente, Dana se enjugó las lágrimas y se puso derecha. Recogió los papeles, los volvió a colocar en el hueco de donde Ellie Jo los había sacado y colocó cuidadosamente el trozo de aislamiento rosa. Allí nadie los encontraría, a menos que supiera dónde buscar, y Dana no pensaba decírselo a nadie. Por lo visto, Ellie Jo quería llevarse el secreto de Earl a la tumba. Dana también lo haría.

¿Estaba haciendo lo correcto? Sí, ahora podía argumentarse que sabía que Earl era culpable de bigamia con la misma certeza con que Eaton había conocido siempre la indiscreción de su madre. La diferencia estaba en que el comportamiento de Eaton había afectado a otros, en cambio el de Earl —y Ellie Jo— no.

Hugh estaba en el extremo del patio, mirando al mar por encima de las últimas rosas rugosas de la temporada. A su espalda, Lizzie dormía en el cochecito. Estaba benditamente agotada después de un importante episodio de llanto que había estado a punto de hacer que llamara a su madre en más de una ocasión para pedirle que volviera.

Pero Lizzie no era responsabilidad suya. Y él debía aprender a cuidarla.

Mientras disfrutaba sintiendo la brisa en el rostro, pensó en todo lo sucedido... y en el bagaje que ahora llevaba consigo. Sentía que aquello tenía que reflejarse de alguna forma en su trabajo, pero por más que repasaba su cartera de casos, no veía ninguna razón para modificar sus planteamientos. Le habría encantado añadir la acusación de discriminación a la denuncia por despido improcedente que acababa de poner en nombre de su cliente afroamericano —ya quería hacerlo antes de saber de la existencia de Thomas Belisle—, pero legalmente no habría sido prudente. ¿Debía cambiar su criterio profesional solo porque había descubierto algo nuevo sobre sí mismo?

Tampoco se imaginaba pidiendo a sus clientes que tomaran asiento y anunciando ante todos que era afroamericano. Eso habría sido condescendiente, y era irrelevante.

Dana había dicho que algo debía cambiar. Pero ¿el qué?

Un murmullo llegó desde el mar con una ráfaga de viento, pero antes de que pudiera distinguir las palabras, las olas se las llevaron.

Dana volvió a casa para recoger a Lizzie, pero no se quedó mucho rato. Necesitaba la serenidad que encontraba en la tienda. Trató de sentirse furiosa con Earl por haber cometido un error tan grave en una etapa tan importante de su vida, pero estaba muerto. Así que su ira se desvió hacia Ellie Jo, por haber sufrido en silencio tantos años.

En cuanto puso el pie en la tienda, su pulso se suavizó. En la larga mesa había clientas tejiendo piezas de muestra o aliviando sus problemas con las labores. Otras estaban hojeando libretas llenas de patrones, buscando alguno que les gustara. O comprobando el tacto de las nuevas lanas, una colección de alpaca, mohair y yak para el invierno; lanas de colores compactos, o pintadas a mano y con diferentes matices.

Corinne James estaba ocupada con esto último. Iba vestida con pantalón azul marino y top de seda. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo perfecta. Un fular de Hermés colgaba de la tira de su bolso de Ferragamo.

La mujer estaba estudiando una madeja pintada a mano muy acorde con su atuendo. Recordaba un poco la tela escocesa.

—Es muy bonita —dijo Dana al pasar junto a ella.

Corinne levantó la vista.

—¿Qué harías? ¿Una bufanda para Oliver o un jersey?

Dana se detuvo.

—Un jersey. —No pudo resistirse. Un jersey requeriría una cantidad de lana equivalente a varios cientos de dólares. Pero ¿acaso no merecía un fular

de Hermés un acompañamiento que estuviera a su altura?—. Un jersey. Definitivamente.

Corinne señaló con el gesto a Lizzie, que estaba dormida.

—Es muy mona. —Levantó la mirada—. ¿Cómo está Ellie Jo?

—Creo que bien.

Corinne asintió. Levantó la pieza de muestra que Ellie Jo había hecho hacía apenas unos días.

—Esto es relajante. Tradicional.

—Yo he comprado también para mí —dijo Dana—. Había pensado hacer un bolsito afelpado.

—¿Con esto? ¿En serio?

—Es muy bonito. No he podido resistirme.

Corinne volvió a mirar la madeja. La sostuvo en la mano, la ahuecó para comprobar su consistencia, la movió al sol. Cómprala, estuvo a punto de decir Dana, y entonces se acordó del cheque devuelto. Tenía que preguntarle, pero había algo en Corinne que se lo impedía. ¿Un aire de fragilidad tal vez?

Dana nunca había visto a Corinne como una persona frágil. Extravagante quizá. Pero ¿frágil?

Aquella mujer no le gustaba especialmente. Pero a Ellie Jo sí. Así que preguntó:

—¿Va todo bien?

Corinne pareció sorprendida.

—Desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces cansada. —En realidad tampoco era eso. Parecía tensa—. Últimamente no te vemos mucho por aquí.

—Oh, hemos tenido algunos problemas con la gala del museo. La gente que tendría que estar trabajando en el folleto informativo no hace más que poner excusas para no venir a las reuniones, y el plazo se acaba la semana que viene. He tenido que dedicar mucho tiempo a solucionarlo.

—Lo conseguiréis.

—Seguro que sí. —Volvió a dejar la lana en su sitio—. Esto tendrá que esperar. Estoy demasiado confusa para elegir colores. Además, de momento no voy a tener tiempo para hacer labores. Por favor, dale muchos recuerdos a Ellie Jo. Si puedo hacer algo, solo tienes que decirlo.

—Lo haré. —Dana la vio marchar. Estaba tratando de decidir qué es lo que le inquietaba sobre Corinne cuando Sandra Belisle se acercó... y Dana se dio cuenta de que estaba hablando con la tía abuela segunda de Lizzie. Eso

convertía a Saundra no solo en una buena amiga, sino en la única familiar que Dana tenía en aquellos momentos en la tienda.

No dudó en dejarle coger a la niña. Ni dudó en darle un largo abrazo. Saundra pareció comprender.

—Tu abuela se pondrá bien, Dana Jo —dijo en voz baja—. Aún no ha llegado su hora. Lo intuyo. Antes de que te des cuentas volverás a tenerla sentada en ese taburete.

Dana se apartó un poco para mirarle la cara.

—¿Crees que podrá moverse?

—Quizá no con la agilidad de antes, pero casi.

—¿Tendría que hacer cambios en la casa?

—Todavía no. Espera hasta que sepamos más.

Saundra no era adivina. Pero Dana se aferró a sus palabras. Así que estuvo ocupada con las cosas de la tienda, siempre con un ojo en la cuna. Más tarde, le dio el pecho a Lizzie y luego se sentó junto a Saundra para trabajar en su chal de las Feroe. Ya había terminado la parte más laboriosa, veinte centímetros del intrincado diseño que bordeaba el orillo inferior, pero seguía teniendo que menguar cada dos vueltas, desplazar las agujas auxiliares y seguir un complejo diseño para mantener los orillos laterales y la pieza de la espalda.

Saundra acarició el bordillo del chal.

—Has hecho un bonito trabajo. Y esta lana es perfecta.

—Tiene parte de alpaca y parte de seda.

—Alpaca para dar calor y seda por su fuerza y lustre... aún lo mejor de cada una. Las mezclas pueden ser estupendas, ¿verdad?

Dana sonrió y siguió tejiendo. ¿Había en aquello una analogía? ¿Lo había dicho a propósito? Por supuesto que sí.

Entre ellas se hizo un agradable silencio. Con Saundra siempre había sido así... aquella compenetración instantánea. Dana quería preguntarle por el abuelo de Hugh. Pero no lo hizo. Apreciaba demasiado la serenidad de aquel instante para arriesgarse a perderla.

A media tarde, oyeron el ding de la puerta. En los segundos que siguieron, un breve silencio cayó sobre la tienda. Dana levantó la vista con curiosidad. Hugh acababa de entrar, y Eaton venía detrás.

Saundra se había puesto de pie. Dana se dio cuenta de que no miraba a Hugh, sino a su padre. Eaton adelantó a Hugh y se dirigió al rincón donde estaban las dos, y la tienda recuperó su ritmo. La caja registradora escupió el

tíquet de una tarjeta de crédito; el devanador se puso en marcha, las agujas volvieron a claquetear.

Cuando Eaton llegó hasta ellas, le ofreció la mano a Sandra.

—Soy Eaton Clarke.

Aquel formalismo era algo absurdo. Pero Eaton era Eaton. Y ¿qué otra cosa iba a hacer?

Los ojos de Sandra se veían serenos.

—Sandra Belisle —contestó.

—¿Thomas es su hermano?

—Lo era.

—¿Sabía que Thomas había tenido una relación con mi madre?

—Lo sabía.

—¿Cómo?

Sandra sonrió.

—Me parece que no puedo contestarle a todo con monosílabos. Por favor, siéntese. —Y volvió al sofá que ella y Dana compartían.

Dana no se había movido. Ella no habría elegido aquel momento para que Eaton fuera a la tienda. Habría querido tener a Sandra para ella sola un poco más, necesitaba más tiempo para reunir el valor para volver a enfrentarse a Ellie Jo.

Pero entendía lo que Eaton debía de sentir. El hombre se sentó completamente rígido, cruzó una pierna sobre la otra y se puso bien la raya de los pantalones, un gesto que Dana le había visto hacer docenas de veces.

—¿Cómo supo lo de su relación? —preguntó Eaton.

Sandra habló en voz baja, en el mismo tono confidencial que Eaton.

—Mi hermano tenía casi veinte años más que yo. Yo le adoraba. Y solía seguirle a todas partes. Yo tenía cinco años cuando empezó a ver a su madre.

Eaton no dejaba traslucir ninguna emoción.

—¿Los vio juntos alguna vez?

—En la cama no. Pero casi. Y una vez los pillé en el patio. Yo era demasiado pequeña para entender qué significaba cuando la gente se quitaba la ropa. Pero cuando me hice más grande y comprendí, se lo pregunté a Thomas. Y reconoció que había tenido una aventura. Estaba orgulloso de sí mismo. Era incorregible.

—¿Sabía que yo era su hijo?

—No. Según lo contaba Thomas, aquel verano su madre sufrió indeciblemente pensando si su hijo tendría rasgos afroamericanos. Y hubo un

suspiro de alivio colectivo cuando nació usted blanco. No, Thomas nunca supo que usted era suyo.

—Pero usted sí.

Ella sonrió.

—No hasta que he visto a su nieta. Siempre lo sospeché, así que estuve atenta a todo lo relacionado con usted. Me parecía usted un buen hombre, y me gustaba la idea de que fuera hijo de mi hermano. Y entonces tuvo sus propios hijos, y los dos eran blancos. Cuando Hugh se hizo abogado, pensé si habría heredado los mismos intereses que Thomas. Y por eso estuve atenta a lo que hacía él también.

—¿Nos ha estado siguiendo? —preguntó Eaton.

Saundra rio por lo bajo.

—No, ni mucho menos. Solo estaba al tanto por si aparecía alguna noticia en el periódico. Cuando Hugh tiene algún juicio importante, lo sigo. Usted escribe libros. Leo las críticas, escucho las entrevistas. Y veo la televisión. El año pasado Hugh salió en las noticias porque representó a aquel individuo que se puso a pegar tiros en la oficina de correos. Y salió también aquel reportaje del dominical del *Boston* sobre padres e hijos. Salieron fotografías de los dos. Aquello fue como si me tocara la lotería.

Dana sonrió por el comentario.

Pero ni Hugh ni Eaton sonrieron.

—¿Se mudó a esta zona por nosotros? —preguntó Hugh.

—No del todo. Yo había estado viviendo en el Vineyard... aunque, no todo el tiempo. Cuando trabajaba de enfermera vivía en Boston. Me retiré hace doce años y volví a la isla, pero había perdido su atractivo. Los inviernos eran duros. Me sentía aislada. Cuanto más mayor me hacía, más ganas tenía de estar junto a mis amigos y los médicos en los que confiaba. Así que elegí varias comunidades para retirarme y empecé a leer la prensa local para hacerme una idea de cada una. Hojeaba las listas de transacciones inmobiliarias. —Su rostro se iluminó—. Y un día te vi en una, Hugh, como comprador de una parcela. Y me dije: ese pueblo es el mío. Así que compré mi casa.

—¿Y la tienda? —preguntó Hugh—. ¿Cuánto hace que viene por aquí?

Dana contestó por ella. Mirando a Saundra con una mezcla de admiración y buen humor, dijo:

—Desde poco antes de mi boda, me acuerdo muy bien. Estaban pasando tantas cosas en mi vida..., pero tú entraste con aire sereno a comprar lana.

Los ojos oscuros de Saundra destellaron.

—Siempre me ha gustado hacer punto. No podía resistirme a un sitio como este.

—¿Sabías que me iba a casar con Hugh?

—En realidad —dijo, y por un momento pareció desconcertada— no. Eso fue una coincidencia. No dejaba de oírlos hablar a todas de la boda, pero pasó un tiempo antes de que nadie mencionara el nombre de Hugh. —Arqueó una ceja—. Por lo visto, se me pasó la noticia del compromiso. Pero vi la de la boda. En el *Times* apareció un bonito reportaje. —Miró a Hugh, luego a Eaton.

—El premio gordo —interpretó Dana. En el periódico habían aparecido media docena de fotografías.

—Sí, señora.

Eaton descruzó las piernas.

—Me va a costar un poco acostumbrarme a esto.

—¿A mí?

Él hizo un gesto impreciso.

—A usted. A mí. A Lizzie. A esto.

—¿Hace mucho que lo sabe?

—Me enteré ayer.

Ella lo pensó.

—Yo he tenido varias semanas para asimilarlo. Eso me da ventaja.

—No habrá dicho nada a nadie... —dijo Eaton.

Dana estaba tratando de decidir si era una pregunta o una amenaza cuando Sandra contestó:

—No necesito decir nada a nadie. El placer que esto supone para mí es todo mío. He leído todos sus libros. Y estoy orgullosa de ser su tía.

Eaton apretó sus labios finos. Dana siempre había pensado que eran un rasgo de los Clarke, pero en aquel momento se dio cuenta de que en realidad eran de la madre. ¿Qué parte de su ser procedería de Thomas Belisle? De haber estado en el lugar de Eaton, habría pedido una fotografía. Habría querido saberlo todo sobre Thomas Belisle, sus comidas favoritas, sus hobbies, sus intereses. Si había tenido otros hijos.

Ella no había preguntado nada de todo eso a Jack Kettyle. Pero la curiosidad estaba ahí.

Dana se volvió hacia Eaton en el mismo instante en que el hombre preguntaba:

—¿Qué quiere?

Sandra se puso muy tiesa. La expresión cordial desapareció de sus ojos.

—¿Está tratando de comprar mi silencio? No es necesario. No comparto la información personal con cualquiera. Dana ¿te he dicho alguna vez algo de esto? —Dana apenas había tenido tiempo de negar con la cabeza cuando Saundra añadió—: Ni siquiera lo sabe tu abuela. —Miró a Eaton—. Mi hermano tenía cierta reputación. Yo no puedo acallar los rumores, pero tengo una relación con sus hijos, y los hijos de sus hijos, y ahora con los hijos de los hijos de sus hijos. Ellos lo han querido y lo han aceptado de buena gana, igual que yo. No tengo ninguna otra familia, señor Clarke. —Lo miró—. ¿Me pregunta qué quiero? De usted no quiero absolutamente nada.

Eaton frunció el ceño.

—Discúlpeme. No quería ofenderla.

—Tal vez —dijo Saundra—. Pero no soy ninguna muerta de hambre. No pido nada que no pueda costearme por mí misma, y le aseguro que me puedo costear bastantes cosas, gracias.

El rostro de Eaton tenía una expresión que Dana jamás le había visto. Habría jurado que era de humildad.

—Lo siento. Estoy tratando de asimilar todo esto, y es evidente que he hecho el comentario equivocado. Es usted mi tía. Si tuviera otra tía, que no la tengo, le habría preguntado lo mismo. No tiene nada que ver con el hecho de que Thomas fuera afroamericano.

Saundra se apaciguó.

—Bien, entonces quizá mi reacción ha sido desproporcionada —dijo amablemente—. Si hubiera vivido mi vida, sabría que casi siempre tiene que ver con la raza. Supongo que yo también necesito asimilarlo.

Capítulo 26

Hugh no se alegró precisamente cuando el timbre de la calle sonó el domingo a las ocho de la mañana. Cualquiera con un mínimo de inteligencia sabe que el sueño es algo precioso cuando tienes un bebé recién nacido. Y es más, Dana estaba pegada a él en la cama por primera vez desde hacía semanas. Ciertamente se había dado la vuelta sin darse cuenta mientras dormía, pero era lo más cerca que había estado de él desde el parto.

Dana se incorporó de un salto.

—El timbre. Si fuera la abuela llamarían, ¿verdad?

—Eso creo —gruñó él quitándose las sábanas de encima. Se puso unos tejanos, bajó las escaleras y abrió la puerta, listo para gritarle a quien fuera.

Robert gritó primero. Por su aspecto parecía que a él también le acababan de despertar.

—¿Qué demonios has hecho?

—¿Yo?

—¿Sabes lo que va diciendo papá? Dice que somos negros... él, tú, yo, ¡negros! ¿Qué le has dicho?

—¿Yo?

—Es tu hija quien ha empezado todo esto, tu mujer, que se ha acostado con vete a saber quién... y no me creo lo que digan esas pruebas de ADN, el margen de error es muy elevado. Papá se ha presentado en mi casa hace una hora diciendo que se ha pasado la mitad de la noche en vela, tratando de decidir cuál era el mejor momento para decírmelo. ¿Qué problema tienes, Hugh? Brad está que echa humo porque amenazas con llevar a Hutch ante los tribunales... ¿por un asunto de paternidad? Hay aventuras extramatrimoniales todos los días. Hay hijos ilegítimos. Y es un problema cuando tienes un hermano como el mío, que se empeña en hacer que todos sean tan desgraciados como él.

Dana apareció y le rodeó a Hugh la cintura con un brazo.

—Robert —dijo a modo de saludo.

—Dana ¿puedes dejarnos un par de minutos? —espetó Robert—. Esto es entre Hugh y yo.

Dana no se movió.

—No soy desgraciado —dijo Hugh—. Y sobre lo que te ha dicho papá, es la verdad.

—Vamos —gritó su hermano—. Es la cosa más absurda que he oído. Conoces la historia de la familia tan bien como yo.

—Hay aventuras todos los días. Tú lo has dicho.

—¿De verdad piensas que la madre de papá tuvo una aventura? ¿Esa mujer tan fría? Si practicó el sexo con alguien que no fuera su marido, tuvo que ser por violación.

—La aventura duró un tiempo. Tengo pruebas.

—Oh, sí, claro. La hermana. Papá la mencionó. ¿Y no crees que busca algo? ¿No crees que si dice que está emparentada con Eaton Clarke es porque espera sacar algo? Pues no me lo trago. No pienso decirle a mis hijos que son negros. No pienso decírselo a la gente con la que trabajo, y desde luego tampoco pienso decírselo a Brad.

—Papá se lo dirá.

—Papá está en un lugar tan bajo en la lista de Brad que no cambiará nada. Brad sabe perfectamente lo que está pasando. No es idiota, y yo tampoco.

—¿Y un hipócrita, eres un hipócrita?

—No más que tú.

—Es verdad, soy un hipócrita —confesó Hugh, y se sintió avergonzado. Pero no pensaba retirarlo—. Lo soy —repitió en voz baja—. No me sentí precisamente feliz cuando Lizzie nació.

—Pero ahora lo estás —dijo Robert con tono de mofa—. Porque eres un progresista que se va a señalar el pecho y a decir «Eh, amigo, yo soy uno de vosotros, y estoy orgulloso». Y ellos se reirán, Hugh. No, yo no pienso convertirme en el centro de sus chistes —señaló—. ¿Tú quieres serlo? Estupendo. Pero no cuentes conmigo. —Se volvió y se alejó como una exhalación por el camino.

—El ADN es el ADN —gritó Hugh a su espalda—. ¿Cómo piensas luchar contra eso?

Robert se volvió.

—Si alguien me pregunta le diré que papá está senil, y que tú estás tratando de encubrir a tu mujer. —Miró furioso a Dana—. ¿Tu padre es cura? Por mí como si es papa. Te estás buscando problemas. —Levantó las manos y se fue.

Hugh se lo quedó mirando hasta que su elegante BMW desapareció por la esquina.

—No ha querido creer los resultados de la prueba de ADN —musitó. Cuando vio que Dana no contestaba, la miró. Había quitado el brazo de su cintura y se había metido las manos en los bolsillos de la bata.

—¿Lo que has dicho iba en serio? —preguntó.

—¿Lo de que soy un hipócrita? Sí.

—Un hipócrita es una persona que se muestra intolerante con los demás. Y tú no eres así.

—Un hipócrita es alguien que considera inferiores a los demás y, por lo tanto, menos deseables.

—Tú no eres así.

—¿Tú crees? No sé, Dee. No dejo de darle vueltas. Yo lo llamaría arrogancia.

—Yo lo llamo la vida real. Antes de esto ya hacías todo lo correcto en relación con la raza.

—Hasta que me encontré el problema en casa.

—¿Y qué se supone que tienes que hacer?

Él miró hacia la calle.

—Robert piensa que tendríamos que ocultar la relación de Thomas con la familia. Cree que si se sabe le perjudicará. Dice que nos estamos buscando problemas. —Miró a su esposa—. ¿Es eso lo que estamos haciendo?

Mientras conducía de vuelta al hospital, Dana estuvo pensando en el peaje que cobran siempre los secretos. Estaba convencida de que la apoplejía de Ellie Jo se debía a la tensión de mantener en secreto el primer matrimonio de Earl.

Cuando entró en la habitación de su abuela, susurró su nombre. Ellie Jo no contestó. Ahora la tenían en una habitación para ella sola, y el monitor emitía un ligero pitido.

Dana cogió una silla y se sentó junto a la cama, con los brazos apoyados en la barra. Aunque había estado posponiendo la visita con la esperanza de tranquilizarse un poco, aún se sentía furiosa.

—Tendrías que habérmelo dicho —susurró—. Tendrías que haberme contado el secreto del abuelo Earl. Le habría querido de todos modos. ¿De verdad pensabas que no le querría?

Ellie Jo suspiró. Dana no sabía si era una coincidencia.

—¿Y no pensaste que guardándote esto para ti sola podías enfermar por la preocupación? —preguntó—. Lo has ocultado, la presión ha ido en aumento y

has tenido una apoplejía. Eso ha sido injusto, abuela. La existencia de una esposa abandonada no es más que un error burocrático. El abuelo pensaba que estaba arreglado. Cuando se casó contigo, lo hizo de buena fe.

—¿Tú crees? —susurró la abuela.

Dana se sentó más erguida.

—Estás despierta. ¿Cómo te sientes?

La anciana no abrió los ojos, pero una leve sonrisa arrugó la comisura izquierda de su boca.

—Atontada.

—Bien —dijo Dana de mal humor—. Es lógico que te sientas así. —Y no se refería a la medicación—. Te equivocaste al ocultarme la información. Has hecho una montaña de un grano de arena.

—¿Ah, sí?

—El abuelo Earl nunca quiso estar casado con dos mujeres a la vez. Fue un error.

—¿Estás segura?

—¿Tú no?

—No. Pero dime que tú sí. Me sentiré mejor.

—Oh, abuela. —Dana estaba desolada—. ¿Has estado tratando de convencerte a ti misma todos estos años? —En su recuerdo, solo había comentarios buenos en boca de su abuela... que si Earl era maravilloso, que si Earl era adorable, que si Earl era más bueno que el pan. En el pueblo todos lo creían.

Ellie Jo abrió los ojos.

—Quizá me manden a rehabilitación. —Las palabras eran lentas, trabajosas—. ¿Te ocuparás de *Veronica*?

Dana respiró hondo para dominar la ira.

—Por supuesto —contestó—. Y me ocuparé de la tienda.

—Y *Veronica*. —Ahora las palabras eran pastosas—. No la lles a ningún sitio. Le gusta estar en su casa.

—Me pasará por allí cada día.

—Háblale. —Ellie Jo cerró los ojos—. Pero no... no le hables... de Earl.

Una vez más, Dana se sintió furiosa. No importa que estuvieran hablando del gato, siempre con las mentiras por delante.

—*Veronica* seguramente lo sabe. Estaba contigo en el desván cuando escondiste los papeles.

—No sabe... leer. Cuida de ella, Dana Jo. Y escucha... a tu madre.

Que mencionara a Elizabeth no ayudó.

—¿Mi madre? —repitió ella—. ¿Mi madre, que me mintió sobre el hombre que me concibió? ¿Mi madre, que ha hecho que mi padre esté lejos de mí todos estos años? Mi madre no es ningún ángel.

—Ninguno de nosotros lo es —dijo Ellie Jo, y dejó escapar un suspiro.

—Descansa abuela —dijo Dana algo enfadada, y se puso en pie—. Volveré mañana.

—No estés enfadada...

Pero lo estaba. Incluso estaba enfadada con Elizabeth. Y eso le preocupaba, porque la dejaba en malos términos con todo el mundo y le hacía sentirse muy sola. Así pues, mientras conducía de camino a casa, llamó al padre Jack. Era un cura. Y los curas escuchan. Ofrecen consuelo y consejo.

—¿Hola? —dijo el hombre.

—¿Ya ha terminado la misa?

Hubo una larga pausa.

—¿Dana? —preguntó entonces con voz dubitativa.

—Sí. No sé cuándo están libres los curas.

—Ahora está bien.

—Me alegro. Supongo.

—Gracias por contestar a la llamada.

—Me educaron bien.

De nuevo tardó en contestar.

—Pareces enfadada. ¿Es por mí?

—Por usted, por mi madre. Por mi abuela. Mi marido. Mi suegro. —Contuvo el aliento un momento—. ¿Quiere que siga?

—Eso depende. ¿Queda alguien más?

Dana medio sonrió.

—Podría estar enfadada con mi suegra porque a veces se comporta como una tonta con su marido, solo que en esto me ha apoyado.

—¿Todo esto es por el tema de la raza de la pequeña?

—A grandes rasgos, sí. —No podía explicarle todo lo otro—. Y por mi marido, aunque ha mejorado.

—Cuando estuvisteis aquí me pareció que estabais bien.

—Como he dicho, ya se porta mejor. Empiezo a pensar que el problema soy yo. No solo con él, sino con todo el mundo.

—¿Tu ira es justificada?

Ella lo pensó un momento.

—Bueno, yo creo que sí. A veces pasan cosas, cosas que no esperas y que no entiendes. Así que o las niegas o mientes, o tratas de echarle la culpa a

otro. —Su tono se volvió quejumbroso—. ¿Por qué hace esas cosas la gente?

—Porque son imperfectos.

—Pero ¿no saben que hacen daño?

—Si se paran a pensarlo un poco, sí, lo saben.

—Pues cada una de las personas que he mencionado ha hecho algo que considero muy egoísta.

—¿Han hecho algo sin tener en consideración tus sentimientos?

—Sí. Es... es eso. —Respiró hondo—. Solo que ahora empiezo a pensar que la única egoísta aquí soy yo. ¿Lo soy? ¿Es demasiado pedir que la gente que está más próxima a mí me tenga en cuenta cuando toma decisiones importantes?

—No. Tienes todo el derecho del mundo a esperararlo.

—Y, si no pasa ¿qué tengo que hacer?

—Hablar con ellos. Explicarles lo que sientes. Lo lógico sería que en el futuro actuaran de modo diferente, al menos en lo tocante a ti.

Su voz era tranquilizadora.

—¿Le han enseñado eso en el seminario? —preguntó Dana, y le pareció oír una risita.

—No. Me lo ha enseñado la vida. —Su voz adoptó un tono grave—. Dana, estoy muy lejos de ser perfecto. Dios sabe los errores que he cometido. Tú eres uno de ellos... oh, no porque te concibiéramos, sino por lo que hice después. Tendría que haber buscado a tu madre. Haberme asegurado de que estaba bien. Siento no haberlo hecho. Mis necesidades me cegaron. Y te pido disculpas por ello.

Dana guardó silencio. No sabía cómo tomarse aquella disculpa. Se sentía tan perdida como cuando su madre murió.

—La vida está llena de «tendría que» —siguió diciendo el padre Jack—. Solo que se apoyan en el pasado. Así que podemos regodearnos en ellos... regodearnos en el pasado, o seguir adelante. Yo prefiero seguir adelante.

—Y ha aprendido a hacerlo. ¿Es por su fe?

—Se trata más que nada de sentido común. Y no siempre lo consigo. Por ejemplo, no sé cómo enfrentarme al hecho de que tengo una hija.

A Dana los ojos se le llenaron de lágrimas. Siguió conduciendo, sin hablar.

—Me gustaría conocerte.

—No puedo pensar en eso ahora —dijo Dana.

—Pero me has llamado.

Le había llamado. Un detalle interesante.

—Usted es cura —explicó ella—, y necesito ayuda. Me estoy portando fatal. Y no me siento muy orgullosa.

—Reconocer el problema es el primer paso. Y lo has hecho.

—¿Y ahora qué?

—Perdónate a ti misma. Es lo que te dije antes. Nadie es perfecto.

—¿Y luego?

—Trata de superarlo. Cuando estés con alguien que te pone furiosa, oblígate a pensar tres cosas buenas que tiene esa persona.

Un enorme camión adelantó a Dana por la derecha. En el parachoques, en grandes letras, llevaba pintado JESÚS ME CONDUCE.

—¿Es del Evangelio? —le preguntó Dana al padre Jack.

Hubo una pausa.

—No —dijo el hombre con voz pausada—. Es mío. Siempre se lo decía a mis hijos. Era de gran ayuda.

Capítulo 27

El lunes, Hugh estaba en su despacho escribiendo un expediente de apelación, sintiendo que volvía a pisar terreno firme, cuando recibió una llamada de Crystal. Por la voz estaba tan histérica como el día que la conoció en el jardín del hospital.

—Un hombre ha venido y ha empezado a hacer preguntas sobre mí y Jay. Cuando le he preguntado quién era me ha dicho que estaba haciendo una investigación rutinaria. Así que le he vuelto a pedir que me dijera quién era y no ha querido hacerlo. Le he dicho que no hablaría con él y él me ha contestado que si no lo hacía me arrepentiría. Así que le he pedido una identificación y él se ha limitado a señalarme con el dedo, como si fuera una advertencia, y se ha ido. Conocía mi nombre, y el de Jay, y sabe dónde trabajo. Le ha enviado el senador, lo sé.

Hugh se apartó del ordenador.

—Está tratando de intimidarte.

—Pues lo ha conseguido. Me refiero a que era de esos tiarrones que pueden derribar la puerta de una patada sin despeinarse. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Cambiar de casa? No puedo pagar un sistema de alarma y, de todos modos, si decide quemar la casa tampoco me serviría de nada. Y ahí se acabaría el caso contra el senador.

—No va a quemar tu casa, Crystal.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eso no sería intimidación, sería asesinato.

—¿Y Hutchinson no hace esas cosas? ¿Cómo puedes estar seguro? Quizá tendría que tirar la toalla.

—Si lo haces ¿cómo llevarás a Jay a Saint Louis? —Cuando vio que no contestaba, añadió—: Tengo que preguntarlo, Crystal. Para que conste. Aparte del senador, ¿hay alguna persona que tenga motivos para querer asustarte?

—No.

—¿Qué me dices de tu madre?

—¿Mi madre?

—No estás en buenos términos con ella.

—Eh, que no estemos en buenos términos no significa que seamos enemigas. Estuvo aquí el sábado y el domingo, y trajo comida. No puede darme dinero porque no lo tiene, y no puede cuidar de Jay porque trabaja en turnos de doce horas. Pero es una buena persona. Además, conozco a la gente con la que se codea, y ese tipo no era uno de ellos.

—¿No ha dicho su nombre?

—Ya te he dicho que no. ¿Y si vuelve? ¿Qué tengo que hacer?

—Tú mantén la calma y cierra la puerta con llave. Si vuelve a aparecer, llama a la policía. Entretanto, yo llamaré al abogado del senador.

Hugh tardó cinco minutos en contactar con Dan Drummond... cinco minutos durante los que la secretaria estuvo «buscándolo», aunque Hugh sospechaba que había estado allí desde el principio. Cuando finalmente se puso, habló con tono cordial.

—Eh, Hugh. Te has adelantado. Pensé que tenía hasta el miércoles.

—Es el senador quien tiene hasta el miércoles, Dan. Pero ha pasado algo. Alguien ha amenazado a mi cliente.

—¿Y eso qué significa?

—Que ha recibido la visita de un hombre de aspecto amenazador que sabe más de lo que debería. Dile a Hutch que lo despidas.

—¿Qué tiene que ver Hutch con esto?

Hugh suspiró.

—Oh, vamos, Dan. Déjate de juegos.

—No estoy jugando. ¿Qué tiene que ver Hutch con que tu clienta reciba la visita de un desconocido?

—Quizá nada. Yo esperaba que contratara a un detective para que hablara con sus conocidos, pero un investigador privado jamás se habría presentado directamente ante ella. Es una parte en el litigio. Y eso lo convierte en una violación ética. Si esto se repite, convocaré una rueda de prensa para hablar del caso. Puede que Hutch no tenga nada que ver con el tipo que ha ido a intimidar a mi clienta, pero seguro que la prensa no opina lo mismo. Les encantan este tipo de chismes. Dile que despidas a ese hombre si no quiere que lo hagamos público. Y, ya que estamos, recuérdale que necesito algo concreto para el miércoles, o una declaración admitiendo la paternidad o la conformidad para hacerse la prueba.

—El miércoles será muy justo —musitó Drummond, como si estuviera consultando su agenda buscando un hueco para quedar para comer—. El

senador tiene una propuesta de ley pendiente de...

—Ya sé lo de la propuesta de ley —le interrumpió Hugh—. Sobre la intervención en las escuelas de barrios desfavorecidos. Y él se está promocionando como uno de sus copatrocinadores. No me gustaría ver que su imagen se ensucia porque se niega a cuidar a uno de los suyos.

—El senador tiene una propuesta de ley que presentar —repitió Drummond como si Hugh no hubiera dicho nada— y digo que irá justo porque el plan cuesta dinero. En el Congreso hay quien no quiere gastar dinero para los pobres. Hutch no es uno de ellos. Está haciendo lo imposible por conseguir votos. Creo que eso tiene prioridad sobre una acusación inventada de una mujer a la que ni siquiera conoce.

—El miércoles o lo haré público.

Unos minutos después de colgar, Hugh fue por el pasillo hasta el despacho de su socio. Julian Kohn lo sabía todo sobre el caso Kostas. Hugh le había mantenido informado. Le habló de los últimos acontecimientos.

—¿Crees que me equivoco? La mujer jura que no hay razón para que ninguna otra persona la amenace y, si me guío por las investigaciones de Lakey, diría que es cierto. No juega, no se droga. Paga el alquiler puntualmente. Hace equilibrios con tres tarjetas de crédito, pero siempre paga la cuota mínima y, aparte de eso sus cuentas están al día. En el trabajo todos la aprecian.

Julian echó sus gafas a un lado, se recostó en su asiento y cruzó los pies sobre la mesa.

—No, no te equivocas. Yo también confiaría en ella. Y sí, yo diría que el senador ha contratado a alguien. ¿No hizo lo mismo con un ayudante que dejó su equipo para irse a trabajar para un oponente?

—Algo así —dijo Hugh dando vueltas por la habitación. Allí todo era nuevo... bellamente decorado por Dana, que se había ocupado de todas las oficinas del bufete. Pero aquella oficina era distinta de la suya. El padre de Julian había sido carnicero, su madre ama de casa. Nunca hubo dinero para pagar libros con encuadernación de cuero y topes de libros de bronce, y mucho menos para pagarle los estudios. Cuando Julian terminó en la Facultad de Derecho, arrastraba cien mil dólares en préstamos. Desde entonces había hecho mucho dinero, pero no había olvidado sus raíces. La simplicidad de la decoración del despacho lo reflejaba.

Hugh tampoco había olvidado nunca sus raíces. La lástima es que eran una farsa.

—¿Quieres oír una cosa bien rara? —dijo, y le habló a Julian de su abuelo.

Mientras escuchaba su historia, Julian bajó los pies al suelo.

—Es increíble —dijo cuando Hugh terminó—. ¿Y tu padre ha vivido todo este tiempo con eso?

—Se convenció a sí mismo de que no era cierto.

—Se trataba de su madre, Hugh. Su madre. Teniendo en cuenta quién es tu familia, entiendo que no quisiera creer los rumores. Su silencio fue más bien por lealtad a la familia que por hipocresía.

—Eres muy comprensivo.

—No siempre. Tenía una tía abuela que se crio en Europa del Este. Ella y su marido negaron que fueran judíos para escapar al Holocausto. E incluso cuando emigraron a Nueva York siguieron negándolo. Sus hijos lo negaron. Mis primos siguieron negándolo. Y entiendo que se sintieran culpables. Los judíos de su pueblo fueron acosados y asesinados.

—Mintieron para salvar la vida. No sé si se les puede reprochar —dijo Hugh.

—No, no se les puede reprochar que mintieran. Pero sí que no valoren su vida. Se quejan continuamente. Cuando hablas con ellos, siempre les han robado algo, una casa, un trabajo, un campeonato de golf, y todo porque siempre hay alguien con más dinero o más estatus que ellos. Siempre se quedan cortos. Nunca son lo bastante buenos. Es por el sentimiento de culpa. La culpa deteriora la confianza en uno mismo. En cambio tu padre... ha vivido siempre con la duda y aun así se ha forjado una vida. —Sonrió—. ¿Afroamericano? Eso es genial.

Sus ojos se iluminaron. Giró en la silla para abrir una puerta del bufete que había a su espalda, y sacó su cámara.

—Tienes que ver esto. —Empezó a pasar fotografías—. Espera. Ya casi estoy. —Pasaron unos segundos más—. Aquí. —Volvió la cámara para que Hugh mirara.

Hugh se levantó para ver mejor. Julian había hecho la fotografía hacía dos fines de semana. Hugh lo recordaba. Se había sentido como un hipócrita, sonriendo a la cámara como un feliz papá, aunque él y Dana casi ni se hablaban.

Pero en aquella fotografía no se les veía sonriendo. Hugh pasó a la anterior, donde aparecían sonriendo.

—Esta no me gusta —dijo Julian—. La que te he enseñado es más real.

Hugh volvió a mirar. La pose era la misma: Dana con Lizzie en brazos, Hugh junto a ella, rodeándolas a las dos con el brazo. Pero las sonrisas habían desaparecido, y en vez de mirar a la cámara los dos miraban a Lizzie.

Sí, era más real, y muy bonita.

—¿Me la mandarás por e-mail?

Al día siguiente, la propuesta de ley de Hutchinson apareció en los titulares. «Hutchinson-Loy se acerca a las votaciones con un apoyo inesperado». El artículo hablaba de la deserción de un importante miembro de la oposición en lo que se suponía que sería un voto de partido. La deserción auguraba un cambio en los votos a favor de la aprobación de la propuesta.

Dana, que también estaba leyendo la noticia, como Hugh, pasó a la página siguiente, donde el artículo continuaba.

—Escucha esto —dijo él de pie detrás del sofá—. «La culminación de una vida de compromiso con los pobres». «Ningún senador ha luchado con más ahínco por los desfavorecidos que Stan Hutchinson.» «... perpetúa el legado de compasión de este senador de Connecticut». —Hugh sonrió con desprecio—. Si esta propuesta se aprueba, es porque estamos en año de elecciones y los senadores que quieren optar a la reelección están asustados.

—Pero es una buena propuesta de ley, ¿no? —preguntó Dana.

—Desde luego. No puedo reprocharle nada a Hutchinson. No puedo reprocharle nada de lo que ha hecho en los veinte años que lleva en el Senado. Lo que le reprocho es que su ética se limite a la colina del Capitolio. Lo que hace en la Cámara del Senado es muy distinto a lo que hace en su vida privada. ¿Alguna vez ha dado a beneficencia ni un centavo más de lo que piensa que sus votantes esperan? ¿Hay alguna mujer a la que considere atractiva y deseable con la que no se haya acostado? ¿Alguna vez no ha recurrido a la fuerza cuando ha pensado que alguien podía perjudicarle?

Dana no contestó. Estaba leyendo una noticia breve que quedaba justo del otro lado del pliegue: «Corredor de arte acusado de fraude». Solo era un párrafo, no daba mucha información, pero el nombre del corredor la sorprendió.

Lo señaló perpleja.

—¿Sabes quién es?

Hugh miró el párrafo por encima.

—¿Oliver James?

—Su mujer está siempre en la tienda. O estaba. —Dana se quedó de piedra—. Últimamente venía muy poco. Debía de saber lo que se avecinaba. ¿Qué crees que habrá hecho?

—Con el arte los fraudes normalmente implican pasar falsificaciones por un original. —Hugh miró a Dana—. ¿Conozco yo a la mujer?

—Se llama Corinne. Si la conocieras te acordarías. ¡Esto es increíble! —dijo Dana, pero fue incapaz de bromear. Recordaba haber pensado que Corinne tenía aspecto frágil—. Su marido acusado. Estará destrozada.

—¿La llamarás?

—Ni siquiera sé su número. Viven en Greendale.

—Hay mansiones muy grandes en esa zona —comentó Hugh.

—Ajá. —Grandes mansiones, grandes céspedes, grandes coches, lo que venía a confirmar que el dinero no siempre te da paz mental. Dana estaba tratando de imaginar lo que sentiría Corinne, cuando llamaron a la puerta. Susan Johnson, la ex de David, apareció ante ella.

—Susan —dijo Dana abriendo la puerta mosquitera—. No sabía que estuvieras en la ciudad.

—Bueno, David no dejaba de decir que Ali no quiere volver a Nueva York y la cosa no iba a mejor. John y yo hemos decidido bajar para aclarar las cosas. Porque tendría que volver esta semana.

—¿Sigues poniendo reparos?

—No desde que hemos descubierto dónde estaba el problema.

Hugh también salió a la puerta.

—¿La escuela?

—Exacto. Era una escuela fabulosa, la mejor; por eso me puse tan contenta cuando John movió unos cuantos hilos y consiguió que la admitieran. Entonces David llamó y decidimos pedir algunas estadísticas. Descubrimos que no llevan la cuestión de las minorías muy al día. Cuando fuimos de visita en primavera Ali debió de sentirse bastante fuera de sitio. Alguien tiene que romper la barrera del color, pero quizá mi hija no está preparada. La escuela en la que ha estado hasta ahora es buena y a ella le encanta. —Susan sonrió—. Así que volverá allí; está entusiasmada con la idea de volver a ver a sus amigas.

—Me alegro —dijo Dana.

—Yo también. Tendría que haberme dado cuenta de que podía haber un problema. No lo pensé. De todos modos, quería daros las gracias a los dos. Habéis sido una buena influencia para Ali.

—Y ella para nosotros —dijo Hugh.

Susan empezó a alejarse andando hacia atrás, con los ojos puestos en Dana.

—Necesito el nombre de una tienda de labores en donde vivo. Ali ya me ha contado lo que ha estado haciendo.

—Te conseguiré uno. —Dana se despidió con un gesto de la mano. Cuando Susan se dio la vuelta y corrió de regreso hacia la casa de David, ella se volvió hacia Hugh—. Da un poco de miedo.

—¿Qué Susan no haya sido capaz de ver venir el problema? Mucho miedo. Es una mujer inteligente y despierta, como creemos que somos nosotros. Pero ¿quién nos dice que no cometeremos un error parecido?

—Creo que estas cosas siempre se pueden prevenir... si hacemos los deberes y reunimos todos los datos antes de decidir.

—Hablas como un abogado —señaló Hugh, pero no sonreía—. Me mata pensar que Lizzie pueda quedarse fuera, pero es inevitable. Algunos círculos siguen siendo completamente inaccesibles.

—Todos los niños pasan por eso, Hugh. Forma parte de la educación.

—Pero en el caso de la raza es distinto. Y se trata de mi hija.

—No podemos protegerla de todo. Tendrá que aprender que existen los prejuicios.

—Quizá, cuando crezca, las cosas habrán cambiado.

Si era una pregunta, Dana no conocía la respuesta. Lo único que sabía es que compartía los mismos miedos que Hugh. Le rodeó la cintura con las manos y pegó el rostro a su cuello. Definitivamente, Hugh amaba a Lizzie. Y eso era bueno.

Eaton estaba sentado ante una pantalla vacía cuando Dorothy apareció en la puerta de la biblioteca.

—Voy a salir —anunció.

—¿Adónde? —preguntó él tratando de demostrar una curiosidad espontánea. Últimamente su mujer era una bala perdida.

—No lo sé. Lo decidiré cuando llegue.

Déjalo, se dijo a sí mismo, pero no podía.

—Esto no tiene sentido, ¿lo sabes, verdad?

Ella puso cara de suficiencia.

—¿Y por qué tendría que tenerlo?

—Porque siempre ha sido así. Eres una mujer organizada.

—Eso era cuando pasaba el día haciendo cosas para mi marido. No tengo que ser organizada cuando hago cosas para mí.

—Que es lo que haces ahora, después de descubrir que tu marido tiene los pies de barro.

—Si eso es una alusión a la raza, lo niego en redondo. Hago cosas para mí porque estoy harta de ponerte siempre a ti primero. No lo mereces... y si crees que es por el color estás totalmente equivocado.

—Dorothy —dijo él con cierto resentimiento. Se había convertido en una mujer independiente en el momento en que más necesitaba a la esposa atenta y hogareña de siempre.

—¿Qué?

No sabía por dónde empezar.

—Mi libro sale en una semana. ¿Sabías que mi hermano ha llamado hace un rato?

Eso la hizo vacilar visiblemente.

—No.

—Me dijo que tuviera la boca cerrada sobre lo que he descubierto.

—¿Cómo es que no me sorprende?

—¿Crees que debo hacerlo?

Ella abrió la boca para dar una réplica adecuada, luego la cerró.

—¿Me estás pidiendo mi opinión?

—Sí.

Dorothy pensó unos momentos.

—¿Me podrías repetir la pregunta, por favor?

Eaton sabía que no debía sonreír, pero estuvo a punto de hacerlo. Su esposa estaba tan metida en su papel de rebelde que le costaba concentrarse. Resultaba enternecedor.

—Te he preguntado qué crees que debo hacer con lo que he descubierto sobre mi padre.

Ella pensó.

—Debes hacer lo que te dicte tu conciencia.

—Eso no me aclara nada.

Los ojos de ella destellaron.

—Es que no soy muy inteligente. Si lo fuera, me habrías pedido mi opinión sobre otros asuntos en estos cuarenta años que llevamos casados, empezando por si me preocupaba que los rumores que habías oído de pequeño fueran ciertos. De verdad, Eaton, eres insufrible. ¿Sabes cuál es el problema?

A Eaton se le ocurrían al menos un par, pero dijo:

—No.

—No entiendes la diferencia entre docilidad y estupidez. Puede que siempre haya sido sumisa, porque es lo que se esperaba de una mujer casada

de mi edad... bueno, no de todas, solo de las de nuestro círculo social, y eso es algo que empieza a preocuparme y mucho. Pero he sido sumisa. Eso no significa que no tenga opiniones, no significa que sea estúpida.

—Te acabo de pedir tu opinión y no has sido capaz de dármela —señaló él.

—¿No he podido? —preguntó ella arqueando una ceja—. Pues podría, si quisiera.

Él suspiró con frustración.

—Entonces, por favor. ¿Qué se supone que tengo que hacer con mi pasado tan poco ilustre?

Ella abrió los ojos exageradamente.

—Deja de decir que es poco ilustre.

—Dot.

—Lo digo en serio, Eaton. ¿Por qué tiene que ser una tragedia? ¿No es una buena oportunidad para conocerte mejor a ti mismo? Tampoco es que vaya a venir ahora nadie a llamarte impostor y quitarte tu dinero.

—No me preocupa el dinero.

Ella sonrió.

—Bueno, algo es algo.

Eaton quería —necesitaba— que entraran en lo otro.

—Pero ¿no te parece un poco chocante que mi padre no sea quien yo pensaba?

—Claro que me lo parece pero ¿para qué tanto cavilar? —dijo ella—. ¿Quieres que te diga la verdad? Eres interesante porque escribes sobre gente interesante. Acepta lo que eres, aprende un poco de tu pasado, modifica quizá un poco tu futuro, y tal vez tú también serás interesante por ti mismo.

Y, dicho esto, se fue.

Capítulo 28

El proyecto de ley Hutchinson-Loy fue aprobado por un margen de tres votos. Para Hugh era una buena noticia. Si Hutchinson estaba de buen humor, quizá se mostraría más generoso con Crystal Kostas y su hijo.

Al menos esa era su teoría.

Dan Drummond se la desmontó el miércoles por la mañana, cuando llamó poco después de que Hugh llegara al trabajo.

—El senador recusará la alegación —dijo el abogado—. No recuerda a esa mujer y no cree que el hijo sea suyo.

Hugh estaba decepcionado. Esperaba poder llegar a un acuerdo discretamente.

—¿Niega haber estado en Mac's Bar & Grille la noche en cuestión?

—No.

—¿Negará haber tenido relaciones con las mujeres de las que tengo declaración firmada?

—No. Pero presentará los nombres de otras mujeres que han hecho reclamaciones que se demostró que eran falsas, como esta.

Hugh prefirió no hacer caso del comentario.

—¿Qué «presentará»? Me estás hablando de una audiencia. Y las audiencias son públicas.

—Dada la posición del senador —dijo Drummond—, creo que podremos conseguir que se haga una excepción.

—Si haces eso —dijo Hugh, girando en su silla para abrir un armario a su espalda— convocaré una conferencia de prensa.

—Conseguiremos una orden de suspensión de libertad de expresión.

—Y yo daré una conferencia de prensa para denunciar esa orden —contraatacó Hugh. Él no quería aquello. Pero estaba dispuesto a luchar.

Sacó el archivo con la demanda.

—Estoy preparado para luchar, Dan. Esta tarde a las dos estaré en el juzgado de Lowell para solicitar una moción de emergencia para una adjudicación de paternidad y manutención, basándonos en las necesidades

médicas del niño. Y, como soy muy generoso, pediré un fallo rápido para que el resto pueda hacerse mientras el senador está en la ciudad el viernes.

—No conseguirás ese fallo —declaró Drummond.

—¿Por qué?

—Porque estás hablando de un senador de los Estados Unidos.

Cuando la llamada terminó, Hugh se sentía inquieto. Todo el mundo sabía que Dan Drummond era un engreído, pero el tono de suficiencia que había mantenido durante el intercambio no le daba buena espina. Era como si supiera algo que Hugh no sabía. Es posible que alguien en los juzgados estuviera moviendo los hilos para favorecer al senador.

Se estaba preguntando si tendría que llamar al contacto que tenía en los juzgados cuando el hombre le llamó a él.

—Sean Manley al teléfono —dijo su secretaria.

Sean Manley trabajaba en el juzgado. Hugh lo había conocido hacía años cuando representó a su padre en una acusación por homicidio involuntario por atropello. Hugh cogió el teléfono y dijo:

—Esto es telepatía, Sean. Estaba pensando en llamarte.

—Te lo debo, Hugh. Te portaste bien con mi padre. Corre la voz de que vas a poner una demanda contra cierto senador. Creo que debes saberlo. Quidlark se ocupará del caso.

El honorable juez Quidlark era un misógino de la vieja escuela. Y resulta que también era un viejo amigo de J. Stan Hutchinson, que, curiosamente, fue la mano que hubo detrás del nombramiento de Quidlark para el puesto, por mucho que aquello hubiera pasado hacía años.

Hugh se olía algo raro.

—Gracias, Sean. Aprecio el gesto. —Dio la llamada por terminada y llamó al secretario de justicia del tribunal. La principal función de aquel hombre era administrativa. Entre otras cosas, se encargaba de asignar juez. Hugh había sido compañero de su hijo en la Facultad de Derecho.

—Hugh Clarke —dijo el juez con entusiasmo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos.

—*Mea culpa* —replicó Hugh—. ¿Cómo está Mary?

—Está bien. ¿Y tu esposa?

—Estupenda. Acabamos de tener un bebé.

—Bueno, es una buena noticia. Pero supongo que esa no es la razón por la que llamas.

—No. Detesto molestarte por esto, pero me he enterado de un posible soborno. —Le habló del caso, haciendo hincapié en la gravedad de la

situación. No reveló su fuente, y el juez no se la preguntó. Hizo varias preguntas en relación con las pruebas que Hugh tenía y prometió una rápida investigación.

—A las dos estaré allí para presentar una moción de emergencia —dijo Hugh—. Lo único que pido es una audiencia imparcial.

—Eso está hecho.

Cuando Dana llegó al hospital, Ellie Jo estaba animada. Su espeso pelo canoso estaba cepillado y pulcramente echado hacia atrás, de modo que era difícil ver la parte afeitada cuando estaba recostada contra la almohada. Los ojos le brillaban.

—No necesitaré rehabilitación —anunció. No hablaba con total claridad, pero estaba mejorando muy deprisa, lo bastante para transmitir una sensación de alivio—. Empiezo a recuperar lo que perdí. Ya soy capaz de manejar una aguja de ganchillo —dijo señalando una labor de color púrpura que tenía en la mesita—. Luego vendrán las agujas de punto. Y caminar. Un par de días más y me mandarán a casa.

—Es una noticia estupenda, abuela —dijo Dana, y se dio cuenta de que no podía estar enfadada con Ellie Jo.

—Tendré que hacer terapia —dijo la anciana—. Y quizá tenga que dormir abajo. Pero podré coger en brazos a la pequeña Lizzie.

Dana sonrió.

—Desde luego que sí.

—Y estar en la tienda. Lo echo de menos, Dana Jo. —Cogió a Dana de la mano—. Gracias.

—No tienes que darme las gracias. Ya sabes lo que siento por esa tienda. Ha sido un placer sustituirte.

—¿Tanto como para hacerlo para siempre?

Dana se quedó inmóvil. Conocía esa mirada. Algo estaba tramando la mente astuta de Ellie Jo.

—He hablado con mi abogado —dijo la abuela—. Redactará los papeles. Si la quieres, la tienda es tuya.

—Pero es tuya.

Ellie Jo puso una sonrisa torcida.

—Si tu madre viviera habría sido para ella. ¿La quieres?

—Pues claro que la quiero —dijo Dana entusiasmada. Había estudiado para ser diseñadora, pero llevaba las labores de punto en la sangre.

De pronto Ellie Jo se puso muy seria.

—No voy a vivir para siempre. Quizá la apoplejía no ha sido más que el comienzo.

—Abuela...

—Es la verdad. Tenemos que ser honestas. ¿No crees? —Y con su mirada ella misma contestó—. Me siento mucho mejor desde que hablamos de lo de Earl.

Dana asintió.

—¿Le odias?

Dana meneó la cabeza.

—¿Y a mí?

—¿Por hacer lo que pensaste que era correcto? —Porque ahora sabía que era eso.

—Era un buen hombre, y te quería.

—Y a ti, abuela. El abuelo te quería.

Hugh salió de Boston a medio día, pero solo después de tener una larga charla con Crystal. No le gustaba la idea de un juicio público. Argumentó —correctamente— que él le había prometido un acuerdo discreto. Le aterraba que los medios de comunicación convirtieran su vida en un espectáculo.

Hugh la animó a sopesar los pros y los contras. Los beneficios eran evidentes: los mejores cuidados médicos para Jay. ¿Y los contras? Perder el apoyo económico para Jay ya era bastante malo por sí solo, pero si Hutchinson les atacaba sería mucho peor. Podía cuestionar el carácter de Crystal en la prensa, acusarla de inmoral, oportunista y sacacuartos. La pintaría a ella como una manipuladora y se pondría a sí mismo como la pobre víctima, y podía hacerlo con entusiasmo y elocuencia.

La decisión era suya.

—No puedo obligarte —dijo Hugh—. Solo puedo asesorarte. Mi consejo es que sigas adelante.

Finalmente ella aceptó. Pero no estaba contenta. En cambio aquello favorecía los intereses de Hugh.

Quería esa victoria por Crystal y su hijo, pero también por sí mismo. Siempre había confiado en su capacidad. Los Clarke tenían un don. El hecho de saber que solo era Clarke en parte minaba su confianza.

Necesitaba una victoria. Eso significaba que no podía vacilar cuando pusiera las cartas sobre la mesa.

Cuando dejó a Ellie Jo, Dana se dirigió hacia la tienda. Sin embargo, al salir de la autopista se fue en la dirección contraria y atravesó la ciudad para

pasar por casa de Corinne. Supuso que lo hacía por su abuela. Al fin y al cabo, era a su abuela a quien le gustaba Corinne, no a ella.

La propiedad de Corinne estaba rodeada por una bonita verja de madera que trazaba una curva a ambos lados de un camino de acceso de losetas. Dana comprobó el número que había copiado de las fichas de la tienda con el del buzón. 229. Definitivamente, era allí.

Dana giró y entró por el sendero. Los jardines eran exuberantes y estaban bien cuidados, el césped estaba pulcramente cortado, los macizos de flores se veían llenos de vida gracias a las rosas y los amarillos de los ásteres.

La casa en sí era inmensa, estilo Tudor, estucada, con un tejado a dos aguas, altas ventanas con parteluces, numerosos aguilones y paneles inferiores de madera decorativos. Paró ante la arcada de la puerta, se apeó y llamó al timbre. Oyó claramente un melodioso carrillón.

Cuando vio que nadie contestaba, miró por el cristal lateral de la puerta. Suelos de madera reluciente; una exquisita mesa de media hoja pegada contra la pared bajo una pieza artística, en el hueco de una escalera curvada.

El sol entraba a raudales por la balaustrada de arriba.

No había señal de vida. Volvió a llamar.

—Pruebe en la casita —le gritó el jardinero, y señaló detrás de la casa.

Dana fue hacia allí. Detrás del garaje, había una versión en miniatura de la casa: el mismo estucado, los mismos aleros, las mismas ventanas altas de varios paneles. Las persianas estaban cerradas.

Dana buscó un timbre, pero no había ninguno. Llamó con suavidad con los nudillos.

Nadie contestó.

Volvió a llamar y estaba a punto de irse cuando oyó pasos. Una de las persianas se levantó y Corinne miró. Al menos a Dana le pareció que era ella, aunque no se veía gran cosa.

Fuera quien fuese, durante un par de minutos no se movió. Finalmente, la puerta se abrió.

Era Corinne, desde luego, aunque no parecía la misma mujer elegante a la que Dana había visto hasta entonces. No llevaba maquillaje, ni anillos de diamantes. Tenía los ojos hundidos, y su pelo castaño estaba recogido con descuido en una cola de caballo. Vestía con unos vaqueros arrugados y una camiseta de tirantes, y tenía aspecto de no dormir bien. Estaba apoyada contra la puerta, con la mano puesta en el picaporte.

—No tendrías que haber venido —le dijo en voz baja.

—Estaba preocupada —replicó Dana.

—Lo mismo me dijo Lydia Forsythe cuando apareció ayer por la mañana, pero no estaba preocupada. Solo estaba husmeando. Dijo que no sabía si vivía aquí realmente, porque nunca he invitado a las damas a mi casa, pero en realidad lo que quería era decirme que debería dimitir del comité antes de que se vean obligadas a pedírmelo. Y me aseguró que podían arreglarse perfectamente sin mí para la gala. —Su voz se apagó—. Pero eso yo ya lo sabía. Solo he sido una mascota para ellas. Les he hecho el trabajo sucio. Nunca me han considerado una de ellas.

—Yo tampoco lo soy —señaló Dana con la esperanza de que eso la hiciera sentirse mejor—. Vi el comentario en el periódico. Solo quería saber si estás bien.

—No lo estoy —dijo la mujer con pesar.

—¿Qué pasó? —En la tienda, Dana siempre había pensado que Corinne era demasiado buena para ser real, pero verla de aquella manera la desconcertaba—. Siempre has tenido tanta seguridad...

Corinne se restregó los ojos. Cuando bajó la mano, Dana se dio cuenta de que había estado llorando.

—Eso es porque veías a la Corinne que yo quería ser.

—¿Y no es real? —preguntó Dana decepcionada. Corinne siempre había dado un toque de clase a la tienda—. ¿Nada de lo que veíamos es real?

—Oh, una parte sí. Vivo en esta dirección, pero en la casita para invitados, y en realidad estamos de alquiler. Conduzco un Mercedes, aunque eso es más bien cosa de semántica, porque me lo acaban de embargar. Estoy casada con Oliver James, aunque pasa tanto tiempo fuera que a veces lo dudo. Y ahora será peor. —Se refería a cuando metieran a Oliver en la cárcel.

—¿Tan grave es el delito del que lo acusan?

Corinne vaciló.

—No lo sé. Me preocupa que haya más.

—¿A qué te refieres?

—Me preocupa que esté metido en otras cosas. Nunca ha habido tanto dinero como esperaba, así que no creo que se trate de drogas. Pero había siempre tantas llamadas y viajes repentinos... la policía no deja de preguntarme, como si pensarán que sé algo, que él me contaba lo que hacía. Y no lo hacía. Tuvimos una conversación antes de que se lo llevaran detenido, y le pregunté qué estaba pasando. Me dijo que era mejor que no lo supiera. ¿Me estaba protegiendo? ¿Estaré más segura si sigo a oscuras?

Dana trató de pensar qué diría Hugh.

—Por ley una esposa no puede testificar contra su marido.

—La pueden acusar de cómplice.

—Pero tú no eres su cómplice.

—No soy cómplice en lo que hizo. Pero no soy inocente —dijo como autocrítica—. Yo quería la vida que me ofrecía. La quería lo bastante para no hacer preguntas. Nunca le pregunté de dónde salían las joyas o los coches. Ni le pregunté por qué seguíamos alquilando la casita de invitados en vez de comprar la casa grande como me dijo que haríamos. No le pregunté cómo íbamos a pagar las facturas. Y, cuando me bloquearon las tarjetas de crédito, él se limitó a culpar a la empresa, cortó la tarjeta y me dio otra. Y yo la usé.

Dana estaba perpleja.

—Pero ¿cómo lo hiciste... cómo conseguiste entrar en el comité del museo?

—Oliver se aseguró una pieza que el museo quería. Quizá era robada, no lo sé. Y donó su comisión al museo, cosa que les encantó, así que me incluyeron en el comité. Así es como funciona. Siempre el dinero. Era parte de la imagen que queríamos dar.

—Lo llevabas muy bien.

—La gente solo ve lo que quiere ver. En otro tiempo fui actriz. Así que no me ha sido tan difícil. Aunque la sensación de inquietud era cada vez mayor. Creamos un proverbial castillo de naipes. Cuando cae uno, caen todos.

—Lo siento, Corinne.

—Yo también. Tengo que estar fuera de aquí para mañana a medio día. No sé adónde ir. Si me acusan de cómplice no sé qué voy a hacer.

—Llamarás a Hugh —decidió Dana—, y, respecto a dónde ir, puedes probar en la casa de mi abuela. Le encantará tenerte allí hasta que decidas qué haces.

Corinne la miraba con cara rara.

—¿Por qué me ofreces esto? Sé que no te gusto.

Dana sintió que encogía.

—¿Alguna vez te he dicho eso?

—No. Pero lo intuía. Sabías que era una farsante.

—Estaba celosa. Me sentía deshecha y a ti se te veía siempre tan entera... Y, sobre lo de quedarte con Ellie Jo... —estaba a punto de decir que podía ayudar a su abuela, pero Corinne la interrumpió.

—No puedo, Dana. Te agradezco el ofrecimiento, pero no puedo.

—¿Por qué?

Ella sonrió con tristeza.

—No podría mirarlas a la cara. Sería demasiado humillante.

—Son buena gente. Lo entenderán.

Pero Corinne meneó la cabeza con decisión.

—Gracias. Es un bonito gesto. Pero no puedo.

Dana se sentía humilde. Nada de lo que había vivido aquel último mes — ni siquiera la prueba de ADN— podía compararse con lo que estaba pasando Corinne. La autocompasión que había sentido ahora le parecía mezquina, la ira, puro despecho. Comparada con Corinne, era afortunada.

Cuando conducía de camino a la tienda, recordó que su abuela siempre decía: «Todo pasa por alguna razón. Aquel chico te hizo un favor al no pedirte que salieras con él, porque mira con quién saliste después». O «Esa facultad te ha rechazado porque, por tus capacidades, esta te conviene más». O incluso «No serías una mujer fuerte e independiente si tu madre no hubiera muerto».

Dana había perdido el trabajo con los Cunningham, y poco después perdió la posibilidad de presentarse en el Salón de Diseñadores, lo que significaba que aparte de dar los toques finales a algunos trabajos, no tenía nuevos encargos. Ahora que estaba libre, no se le ocurría nada que deseara más que dirigir la tienda.

No cambiaría gran cosa, pero siempre habría nuevas lanas, nuevos diseños, ideas, libros. Podía aumentar el inventario de botones decorativos para jerséis y cinta especial para fulares. Asistiría a ferias de muestras dos veces al año, y sus salidas para mirar tiendas con Tara se rematarían con nuevos diseños. Dana podía incluso introducir una nueva línea de patrones basada en cosas que había hecho su madre, como el chal de las Feroe.

Era una perspectiva emocionante, un legado familiar que algún día ella podría pasar a su propia hija.

Un rato después, salió de la tienda para sentarse al sol con Lizzie en el regazo.

—Esto es muy bueno, mi cielo.

Y lo era. Dana se estaba encontrando a sí misma. Empezaba a encontrar respuestas a preguntas que la habían torturado durante años. Sentía que tenía un mayor control sobre su vida. Seguiría hablando con el padre Jack y, aunque aún no sabía si lo quería en su vida, sabía quién era. Y daba buenos consejos.

Lizzie profirió un sonido divertido. Era evidente que disfrutaba al aire libre. Dana le sonrió, pensando en Hugh, que en aquellos momentos iba de camino a Lowell... a desgana, si había entendido bien su mensaje. Pero estaba haciendo lo que él consideraba correcto.

Esa era otra de las cosas buenas de Hugh. Cuando tomaba una decisión, hacía lo que hiciera falta. Y ahora que había aceptado a Lizzie, siempre la cuidaría.

La brisa agitó las ramas de los árboles, impregnando el aire con su olor. Los manzanos del huerto estaban cargados de fruta madura, lista casi para recogerla. En el alféizar de una ventana con pantalla mosquitera, *Veronica* descansaba a la sombra.

Dana sonrió cuando la furgoneta plateada de Tara llegó. Se levantó para saludarla.

Tara bajó la ventanilla.

—¿Me has llamado?

Dana asintió. Todavía no era oficial, pero si la tienda iba a ser suya, quería a Tara en su nómina. Eso significa que tendría que dejar un trabajo de contable que odiaba y, aunque no sabía si podía ofrecerle el mismo sueldo, Tara pasaba tanto tiempo en la tienda que no andaría muy lejos. Dana quería decírselo. Pero aún era demasiado pronto para dar la noticia.

Así que sonrió.

—Solo quería que vinieras —dijo, y se apartó para que Tara pudiera aparecerse.

En el momento en que dobló la esquina y pudo ver el juzgado, vio a los medios de comunicación. No le sorprendía. Ya se imaginaba que la prensa se habría enterado de lo de la demanda. Los mismos rumores que habían movido a Sean Manley a llamarle debían de haber estado circulando por todo el juzgado. Quizá no se había mencionado el nombre del senador, pero muchos lo adivinarían.

Hugh encontró sitio calle abajo y aparcó, pero no bajó del coche. Solo era la una cincuenta. Le había dicho a Drummond que presentaría la demanda en el juzgado a las dos.

Una cincuenta y uno. Se puso a dar golpecitos con un dedo en el volante. Una cincuenta y cuatro. Llegaron más reporteros. Una cincuenta y siete. El vendedor de perritos calientes desplazó su chiringuito ambulante para acercarse más.

A la una cincuenta y ocho Hugh cogió su maletín y bajó del coche. Puso el tíquet del aparcamiento y echó a andar.

—¡Hugh! —llamó alguien.

Ted Heath era un abogado local con el que había trabajado. Hugh le ofreció la mano pero no se detuvo.

—¿Cómo va?

Ted le estrechó la mano y caminó junto a él.

—No puedo quejarme. ¿Qué te trae por aquí?

—Esto y aquello.

—Ajá. Es confidencial. Debe de ser algo importante si los buitres han venido a rondar. —En ese momento vio a su cliente, le dio a Hugh una palmada en la espalda y se alejó a toda prisa.

Hugh siguió andando. Logró esquivar a la mayoría de los periodistas, pero dos le rodearon cuando ya había llegado a los escalones de piedra.

—¿Cuál es el caso, Hugh?

—¿Puede confirmar que hay implicado un senador del estado?

—¿Quién es su cliente?

—¿Cuál es el motivo de la demanda?

Hugh levantó una mano y siguió andando. Se palpó el teléfono que llevaba en el bolsillo, pero estaba en silencio. El tiempo se agotaba. En el momento en que entrara en el juzgado, no habría vuelta atrás.

Ya estaba llegando a lo alto de la escalinata cuando oyó pasos que subían con rapidez a su espalda. Alguien le cogió del brazo. Tenía la mano en la puerta cuando volvió la cabeza para mirar.

No reconoció al joven sudoroso que le miraba, pero su expresión preocupada le dijo enseguida que se trataba de un abogado.

—Me han pedido que se lo diga —jadeó el joven conteniendo la respiración—. Tenemos que hablar en privado.

—¿Quiénes se lo han pedido? —preguntó Hugh, pero se apartó de la entrada.

—El senador —dijo el socio, siguiendo a Hugh cuando este se quitó de en medio—. Trabajo para Dan Drummond. Acabo de recibir una llamada.

Hugh no necesitaba preguntar qué hacía en Lowell aquel joven abogado. Estaba allí porque Drummond había querido esperar hasta el último minuto por si Hugh cedía.

—Tiene que ser el viernes —dijo Hugh con tono autoritario.

—El senador propone que se reúnan esta tarde a las cuatro en su oficina. Si se corre la voz, no habrá acuerdo.

—Lo mismo digo —advirtió Hugh—. Si después se echa atrás con el acuerdo, me pondré en contacto con la Asociación de Prensa, y quiero esto por escrito.

—El señor Drummond acaba de enviar un mensajero con una carta a su oficina.

—¿Ve ese Starbucks? —preguntó Hugh señalando con el mentón—. Esperaré allí hasta que me llamen del despacho para confirmar que han recibido la carta. O la tenemos para las tres o presento la demanda.

—Se lo diré al señor Drummond —dijo el abogado, y bajó los escalones a grandes zancadas. Hugh bajó detrás y enseguida quedó rodeado por la prensa.

—¿Ha habido un aplazamiento?

—¿Es cierto que hay un senador implicado?

Hugh levantó una mano.

—No hay caso. Lo siento, amigos.

Hugh se abrió paso entre ellos, cruzó la calle y paró junto a su coche. Sin apartar la vista de la multitud, que empezaba a dispersarse a disgusto, llamó a su despacho y dio instrucciones para que le llamaran en cuanto llegara la carta. Luego entró en el Starbucks, pidió un frapuchino de moca —*venti*— y finalmente dejó escapar un suspiro de alivio.

Esperaría la llamada, aunque era un formalismo. La carta llegaría. Dan Drummond era un hijo de puta, pero tenía palabra.

Capítulo 29

Eaton había decidido volver a visitar su pasado. El miércoles fue a Vermont para ver los lugares donde pasó su infancia. El jueves fue a New Jersey y recorrió el campus de su escuela preparatoria. Pero sabía que lo estaba posponiendo. Tenía que resolver el asunto de las flagrantes inexactitudes de *El linaje de un hombre*.

El viernes, cuatro días antes de la aparición del libro, pasó la mañana en su oficina releendo las partes relacionadas con sus padres y él mismo. Era allí donde estaban los errores. Si decidía modificar el texto para futuras ediciones, tendría que investigar. Y eso llevaba tiempo. Pero podía hacerse.

La cuestión más acuciante en aquellos momentos era cómo promocionar aquella edición.

No dudaba de que Thomas Belisle era su padre. La hija de Hugh era la pieza que había faltado siempre en el puzzle, y la prueba que Hugh se hizo para el gen de la anemia de célula falciforme lo confirmaba. ¿Quería hacerse él también la prueba? No. Ya sabía cuál sería el resultado.

La cuestión era cuánto decir y a quién. Una vez admitiera la verdad, no habría vuelta atrás.

Cuando su publicista llamó a primera hora de la mañana para comentar ciertos cambios de última hora en la gira, se sintió más agitado. A media mañana Dorothy se presentó con un bollo con pasas y un café, pero no podía comer nada. A medio día ya volvía a estar en el coche. Pasó de largo ante el club de campo, ante los restaurantes del puerto que él y Dorothy frecuentaban, ante los puertos deportivos que salpicaban la costa.

Sin saber muy bien adónde iba, se dirigió hacia el norte. Poco después, estaba en el despacho de Hugh.

Hugh estaba ligeramente más tranquilo que su padre, pero era solo por el trabajo. Sin embargo, estaba a punto de hacer una pausa cuando un movimiento en la puerta de su despacho le hizo levantar la vista.

—Acabo de pasar delante de recepción —explicó Eaton, señalando con el pulgar al vestíbulo—. La mujer debía de pensar que me esperabas. —Entró,

vacilante—. No quiero interrumpir. Termina lo que estabas haciendo. —
Tomó asiento.

Hugh añadió una última frase al informe que estaba escribiendo y se volvió hacia su padre.

—¿Cómo está mamá? —dijo, tras un silencio incómodo.

Eaton gruñó.

—Liberada.

Hugh se rio.

—¿Aún está enfadada?

—No, pero parece estar reservándose su opinión. Está esperando que haga algo.

—¿Has tenido noticias de Robert?

Eaton meneó la cabeza.

—¿Y tú?

—No. Está en la fase de negación. Has perdido peso, papá.

Eaton se encogió de hombros.

—Por lo visto no tengo energías para comer y asimilar todo esto a la vez.

—Es difícil dar la espalda a toda una vida pensando de una forma. —
Hugh consultó su reloj. Era la una y media—. No he comido. ¿Y tú? —No,
Eaton no había comido, desde luego. Hugh se puso en pie—. Vamos a salir.
Me muero de hambre.

Fueron al club universitario, que a aquella hora ya estaría empezando a vaciarse. Allí podrían hablar en privado. Había un agradable paseo desde el despacho de Hugh, y en la Sala Elm servían la ensalada de cangrejo favorita de Eaton.

Cuando ya se habían sentado, un par de conocidos pararon para saludarles, pero para cuando tuvieron la comida en la mesa, ya tenían el salón con paneles de madera para ellos solos.

Comieron en silencio. Hugh dio un bocado a su sándwich, recordando todas las veces que su padre y él habían comido exactamente lo mismo. El club universitario, al igual que el club de campo, formaba parte de su pasado. Nunca se había cuestionado su derecho a pertenecer a aquellos clubes, y ahora se arrepentía.

Eaton dejó el tenedor sobre la mesa cuando apenas había comido ni la mitad de la ensalada.

—Bueno, ¿estaríamos hoy aquí si hubiera descubierto la verdad cuando era pequeño?

Hugh terminó de masticar.

—Podías haber descubierto la verdad sobre tus padres y haber crecido en la misma casa.

—O no —razonó el padre—. ¿Y si mi padre (Bradley) se hubiera divorciado de mi madre?

—La familia de ella seguía siendo importante.

—Pero no tenía dinero. No habría gozado de una infancia tan privilegiada. No dejo de preguntarme cuántas de las cosas que tengo ahora me habrían sido negadas si, pongamos... —no terminó la frase.

—¿Si hubieras tenido la piel oscura?

—Sí.

—Te fue muy bien en la escuela. Entraste en la universidad por méritos propios. Y lo mismo con la escuela de posgrado. Te ganaste un sitio en esas escuelas.

—¿En serio? —preguntó Eaton con voz pausada—. Había otros que estaban tan cualificados como yo pero no entraron. ¿Me admitieron únicamente por mis méritos? ¿O fue por el dinero, por el nombre de mi familia? Y lo mismo pasa con mis libros. ¿No se vendió bien el primero porque procedo de una familia ilustre? Mi primer libro era muy poco brillante. Pero me dio acceso a todo un mundo.

—Era bueno —dijo Hugh.

—Bueno, pero no brillante. Hay muchos buenos libros que nunca llegan a publicarse. Sin el respaldo de mi nombre, mis editores quizá no me habrían apoyado.

—Pero es que eras bueno —insistió Hugh.

Eaton meneó la cabeza.

—La imagen de mi familia reforzó los méritos del libro. Y, lo más importante —siguió diciendo—, ¿estaríamos aquí ahora? ¿Cuántos afroamericanos consiguen llegar a la Sala Elm? No tantos como se licencian en la universidad, eso te lo aseguro.

—No se sienten a gusto aquí. Es un bastión de los blancos.

—Es un bastión del privilegio —le corrigió Eaton con desdén—. Me siento culpable. Siento que tendría que haber luchado contra la exclusividad de este lugar. Yo, que siempre me he considerado un progresista.

—Yo también, y sin embargo, aquí estoy —dijo Hugh. Si el hecho de ser un progresista de dos caras era un delito, él era tan culpable como su padre—. Me paso la vida representando a clientes de minorías, y voy y me instalo en una comunidad donde la mayoría de vecinos son blancos. David Johnson es la excepción.

—¿Significa eso que tendrías que mudarte?

—¿Significa que tendríamos que renunciar a nuestra posición como miembros del club?

—¿Qué significa? —preguntó Eaton.

—No tengo ni idea.

Una puerta se abrió en el extremo más alejado de la sala y las personas que habían asistido a una fiesta privada empezaron a dispersarse. Hugh conocía a muchos de aquellos hombres. Eran personajes importantes del mundo de los negocios.

Varios pararon para saludarles, unos pocos se quedaron hablando en la puerta del comedor privado. Uno de los últimos en salir fue Stan Hutchinson.

Eaton se puso rígido cuando lo vio.

—¿Crees que será un problema?

Hugh se encogió de hombros y siguió comiendo.

Hutchinson ya se iba cuando los vio. Dijo a los otros que fueran saliendo y se acercó. Hugh y Eaton se levantaron. Hutchinson les estrechó la mano e hizo un gesto al camarero.

—Chivas, solo —le dijo—. Ha sido una semana interesante —dijo cuando se sentaron—. Tu hijo ha jugado bien, Eaton. ¿Te lo ha contado?

—Desde luego —replicó Eaton, totalmente compuesto—. Es bueno en su trabajo.

El senador rio por lo bajo y dijo en el mismo tono profesional:

—Tendré que recordarlo la próxima vez que una mujer me venga con una acusación potencialmente dañina. Los dos me conocéis —dijo con voz cansina—. Soy un tipo legal. Me he pasado los últimos treinta años luchando por los pobres. Luché porque se subiera el salario mínimo, he propuesto incentivos a la educación y he patrocinado programas de formación laboral. Dios, ¿sabéis lo que hemos estado hablando en esa sala hace un momento? —Levantó la vista cuando el camarero le trajo su whisky y dio un buen trago. Luego dejó el vaso y sonrió—: La reunión era para conseguir que los líderes de esta comunidad se comprometan en la contratación de adolescentes y la creación de becas universitarias. —Se dio unos toquitos en el pecho—. Ese es el tipo de actuaciones que defiendo.

—Nadie lo pone en duda, Hutch —dijo Eaton.

—Tu chico lo hace —argumentó Hutch, hablando todavía con afabilidad—. Yo defiando la decencia, la honradez y el respeto.

—Y los valores familiares —terció Hugh—. ¿No era ese el mensaje que quiso transmitir hace un par de domingos en *Reuniones con la prensa*?

—Todos sabemos perfectamente lo que pasa —dijo el senador, con voz cavernosa—. Tenemos una chica con un bonito problema. Y por eso ha decidido ir a por mí, porque no tiene nada que perder. Y yo voy a claudicar, Hugh, porque has jugado bien tus cartas. Tengo que reconocerlo. Tú sabías que no puedo permitirme la publicidad de una acusación. —Dio otro trago y dejó el vaso—. ¿Ha sido por el libro, Eaton, porque no quise hacer tu jodida entrevista? ¿Ha sido porque no te ofrecí el puesto como asesor legal de mi comité, Hugh?

—¿Qué puesto?

—El que le di a tu compañero de la escuela de abogados —dijo, visiblemente confuso—. ¿Qué ha sido? Me conoces, conoces a mi familia. ¿Por qué atacarme?

Hugh no pensaba picar el anzuelo. Stan Hutchinson era un político curtido. Por mucho que se pusiera en el papel de víctima desolada, Hugh sabía que debía de estar furioso.

—Acepté el caso antes de saber que estaba implicado —dijo.

—Bien —concedió el senador—, pero después, podrías haberlo dejado. Podías haber dicho que había conflicto de intereses.

—No hay ningún conflicto de intereses. Mi bufete no representa a nadie relacionado con usted. Acepté el caso porque creo a esa mujer y porque necesita ayuda. Y tiene razón, sé el tipo de actuación que defiende. Y supuse que por eso mismo, usted más que nadie querría asegurarse de que su hijo reciba los mejores cuidados médicos.

El senador profirió un sonido de disgusto.

—¿Tienes idea de cuántas mujeres intentan demandarme?

—Es un niño encantador, Hutch. Es bueno e inteligente. Y tiene la suficiente coordinación para llegar a ser un buen atleta, si recibe la atención que necesita.

—No es mi hijo.

—Una prueba de paternidad nos sacaría de dudas.

—Por Dios, Hugh, ¿sabes el lío que puedes armar si se corre la voz?

—La voz no se correrá a menos que usted se lo cuente a alguien. Todo se haría con discreción, desde la prueba al acuerdo. Su familia nunca lo sabría. Estoy seguro de que tiene inversiones de las que su familia no sabe nada.

El senador lo miró furioso.

—Eres un hijo de puta muy cínico. ¿Y si alguien te hiciera lo mismo a ti? ¿Y si cambiaran las tornas? ¿Qué harías? ¿Pondrías en peligro a tu familia, tu trabajo, tu imagen?

Hugh no vaciló. Si de una cosa estaba seguro, era de aquello.

—Si se tratara de hacer lo correcto, sí, los pondría en peligro. Ese niño representa justamente todo aquello por lo que usted ha luchado toda su vida. Si le da la espalda, habiendo una solución tan fácil, sería el más grande de los hipócritas. Así pues ¿cree de verdad lo que defiende ante el Congreso o a Larry King... o no son más que palabras vacías? ¿El personaje público dice una cosa y el privado otra? Si es usted un hombre de honor, es ahora cuando debe demostrarlo.

Hutchinson se lo quedó mirando con dureza. Hugh se estaba preparando para un nuevo ataque cuando el hombre hizo un gesto despectivo, echó la silla hacia atrás y salió de la sala.

Hugh lo siguió con la mirada.

—Eso es —dijo Eaton con ojos oscuros y sabios—. Lo has explicado muy bien.

Sí, pensó Hugh. Lo había hecho. Y no estaban hablando de Hutchinson.

Capítulo 30

Dana no dejaba de pensar en Corinne. Trató de hablar con ella el jueves, pero no contestaba, y cuando volvió a intentarlo el viernes, una voz le dijo que aquella línea estaba desconectada. Habría conducido hasta Greendale de haber pensado que Corinne estaría allí. Pero intuía que se había ido. Ahora que se había descubierto la verdad, quedarse habría sido demasiado humillante. Seguramente estaría buscando un lugar donde nadie la conociera. No creía que volvieran a verse.

Si las cosas pasaban por una razón, como decía Ellie Jo, Corinne había pasado por su vida por algún motivo. Ahora Dana era mucho más sensible con el tema de los engaños.

Y eso la hacía más comprensiva con Ellie Jo, quien, tras volver a casa el domingo por la mañana, preguntó por los papeles del desván.

—Vuelven a estar escondidos —dijo Dana con una paciencia nueva.

—El recorte y la nota de Emma... ¿podrías quemarlos por mí?

—¿Quemarlos? ¿Estás segura?

—Completamente. Tú sabes lo que dicen. Yo lo sé. Ahora ya podemos quemarlos.

Dana los quemó en la parrilla del porche trasero y, al hacerlo, cerró una puerta del pasado.

Una nueva puerta se abrió muy pronto. Acababa de llegar a casa y estaba cambiando a Lizzie cuando llamaron a la puerta. Hugh fue a abrir y, aunque trató de escuchar, Dana no oyó más que unos murmullos. Luego oyó los pasos de dos personas diferentes por las escaleras. Unos eran de Hugh, pero no tenía ni idea de quién subía con él. Abrochó el body de Lizzie y, cuando se volvió hacia la puerta, se quedó boquiabierta.

A pesar de la ligera diferencia de edad, aquella mujer podría haber sido su gemela. El mismo pelo rubio y nariz respingona, la misma constitución ligera, las mismas pecas. Y tenía la misma expresión de perplejidad que Dana.

Por unos momentos, ninguna de las dos habló.

—Soy Jennifer Kettyle —dijo por fin la desconocida—. Mi padre no estaba seguro de que fueras a recibir mi visita de buen grado, pero empiezo las clases de otoño el lunes, así que decidí coger el avión y arriesgarme.

—Me dijo que vives en San Francisco.

—Mañana estaré allí. —La mujer sonrió—. Hoy estoy aquí. —La sonrisa se hizo más amplia—. ¿Es esta vuestra hija? ¡Es preciosa!

No, si hubiera venido unos días antes, Dana no la hubiera recibido de buen grado. Habría estado tan furiosa por todo lo que se había perdido durante su infancia que se habría perdido otras cosas. En cambio, ahora lo que veía ante ella era una medio hermana, la hija del hombre cuya identidad su madre le había ocultado, y lo cierto es que se alegró de que entrara en su vida.

Las cosas suceden por una razón. Dana tenía muchos motivos por los que estar agradecida.

Y aun así quería más.

Eaton y Dorothy tenían el proyecto de volar a Nueva York a última hora del lunes para cenar con el editor de Eaton. El martes Eaton sería entrevistado en uno de los programas matinales de televisión. Volverían a casa a tiempo para la gala de presentación del libro en el club, y después se iniciaría la gira.

Dorothy preparó sus cosas y luego ayudó a Eaton con las suyas. La independencia estaba muy bien, pero llevaba más de cuarenta años casada con él y seguía cuidándole. Siempre estaba tenso la víspera de la publicación de alguno de sus libros, pero esta vez tenía un motivo. Trató de hacer que hablaran del tema, pero él no quiso.

Ya estaban en el avión, a punto de despegar, cuando él le cogió por fin de la mano y enlazó sus dedos con los de ella.

—¿Cómo te sentirías —dijo él en voz baja cuando el avión empezó a avanzar en dirección al punto de despegue— si siguiera adelante sin decir nada de lo que he descubierto?

¿No decir nada? No era eso lo que Dorothy esperaba.

—Tienes que hacer lo que consideres más correcto.

—Pero ¿cómo te sentirías?

Dorothy tenía que pensar... oh, no en la respuesta, sino en lo apropiado de darla. Si Eaton ya se había decidido, la verdad quizá no ayudaría. Pero claro, si aquello era una prueba y quería realmente su opinión...

—Me sentiría decepcionada. Tienes una oportunidad ante ti.

—Una oportunidad.

—La oportunidad de convertir un descubrimiento sorprendente en algo positivo.

—Ese «descubrimiento sorprendente» podría desacreditar todos los libros que he escrito.

—¿Porque no sabías la verdad? Oh, vamos, Eaton —le reprendió, aunque con gentileza—. Tú sal ahí y límitate a decir lo que has descubierto.

—¿En la televisión nacional?

—¿Por qué no? La gente te respeta. Podrías convertirte en un ejemplo.

El avión empezó a correr por la pista.

—También podría hacer que nuestro segundo hijo se distanciara para siempre de nosotros, por no mencionar a mi hermano, sus familias y un montón de gente a la que hemos considerado nuestros amigos todos estos años.

—Podría —reconoció Dorothy.

—¿Y eso te molestaría?

—Solo lo de Robert. Es mi hijo. Aunque espero que entraría en razón.

El avión aceleraba.

—Quizá necesita más tiempo. Quizá debería darle tiempo.

Pero Dorothy no estaba tan segura. Robert llevaba demasiado tiempo bajo el ala protectora de su tío. No le iría mal abrir los ojos y ver qué hay más allá.

—A lo mejor lo que necesita es una buena patada donde tú ya sabes —dijo ella, y le repitió—: Tienes una oportunidad, Eaton.

Él la miró con afecto, y en sus ojos Dorothy vio algo que iba más allá de la indulgencia. Quiso pensar que era respeto.

Eaton sonrió, le besó la mano y se la llevó al corazón mientras el avión empezaba a subir y las ruedas se separaban del suelo.

El lunes fue un día increíble. Después de un fin de semana algo fresco, las mujeres que se habían dejado engatusar por el tiempo cálido de finales de verano de pronto se dieron cuenta de que el otoño ya estaba allí. La puerta no dejó de abrirse, y no paraban de entrar clientas buscando lanas para bufandas, jerséis y colchas. En medio de todo esto, Ellie Jo insistió en que la ayudaran a bajar a la tienda para anunciar la nueva posición de Dana como propietaria.

Para las doce, cuando Dana estaba amamantando a Lizzie y pensando que necesitaría ayuda, Saundra llegó con su bisnieta. Tony Belisle era la hija de otro de los hijos de Thomas, una joven con un rostro radiante que aquel semestre había dejado momentáneamente los estudios para trabajar y ahorrar para el próximo curso. Le encantaban los niños y se portaba tan bien con Lizzie como Saundra, o casi. Antes de media tarde, Dana ya la había contratado.

Ahora Lizzie ya tenía canguro, y eso hizo que Dana se sintiera más relajada. Y la pequeña había dormido seis horas seguidas la noche antes, así que Dana se sentía renovada.

Cuando iba de camino a casa, Dana se dio cuenta de que tenía una buena vida. Sabía que Hugh la quería. Había cometido un error, pero no podía echárselo en cara para siempre. Y, si se guiaba por las indicaciones del padre Jack, había mucho más que tres cosas que pudiera decir en su favor.

Si ahora faltaba parte del entusiasmo que tenían al iniciar su relación, bueno ¿acaso no les pasa a todas las parejas debido a las responsabilidades que conlleva tener hijos?

Hugh ya había llegado a casa. Dana aparcó detrás de su coche y acababa de abrir la puerta de atrás cuando él salió de casa y corrió descalzo hacia ellas. Llevaba puestos unos tejanos y su vieja camiseta azul marino. No se la había visto puesta desde la mañana en que Lizzie nació.

—Pensaba que no llegarías nunca —dijo con voz exaltada.

—¿Has preparado la cena? —preguntó ella. Eso siempre era un aliciente. Hugh era hombre de recetas, y cuantos más ingredientes hubiera, mejor. Pero eso sí, siempre tenías que decirle exactamente cómo utilizar cada uno y cuándo.

Hugh desató el sillín de Lizzie.

—Sí, pero no es eso. —Se volvió de nuevo hacia Lizzie—. Eh, mi niña, ¿cómo hemos pasado el día? —Le puso bien su jersey (una creación de Tara) y la levantó.

—Ha pasado un día estupendo —dijo Dana, siguiéndole con la bolsa con las cosas de la pequeña—. La abuela ya ha anunciado que me quedo la tienda, he encontrado canguro para Lizzie, Tara ha aceptado trabajar en la tienda a jornada completa y he hecho un pedido de un mohair precioso a una nueva casa de lanas. —Su voz se suavizó—. Y he llamado al padre Jack para decirle que Jennifer vino a verme.

Sujetando a Lizzie con un brazo, con la otra mano Hugh aguantó la puerta para que Dana entrara. Apenas había puesto el pie en el umbral cuando se quedó sin aliento. El vestíbulo estaba lleno de globos en una gama interminable de amarillos, rosas, verdes, azules, blancos, melocotón, lilas. Algunos estaban sujetos al suelo, otros a la balaustrada de las dos escalinatas que subían desde el vestíbulo, y otros al techo alto en diagonal.

Dana estaba extasiada.

—¿Cómo has traído todo esto? —Los pétalos de tulipán eran una cosa; era fácil transportarlos y esparcirlos por el suelo. Los globos eran otra bien

distinta.

Hugh parecía orgulloso de sí mismo.

—Han venido tres furgonetas de transporte y nos ha costado lo nuestro pasar algunos de los globos más grandes por la puerta, pero quedan muy bien ¿a que sí?

—Vaya que sí —declaró Dana—. ¿Qué celebramos?

—Que volvemos a empezar. Es como si Lizzie acabara de nacer. Pero lo mejor lo tienes ahí. —Guiándola con una mano en su espalda, la dirigió hacia la escalera a través del laberinto de globos. Había una caja en el segundo escalón. Mediría unos veinticinco centímetros de largo por veinte de ancho por quince de alto y estaba envuelta en papel de plata fucsia y decorado con un lazo de satén blanco.

Dana sonrió.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Ella cogió la caja. Un tirón y el lazo cayó al suelo. Deslizándolo el dedo bajo uno de los trozos de celo, Dana quitó el papel. Reconoció enseguida la caja y lo miró con curiosidad.

—¿De una papelería?

—Ábrelo.

Ella levantó la tapa. Dentro, en dos bonitos montones, estaban las elegantes tarjetas blancas para anunciar el nacimiento. Cada una llevaba una foto en la parte delantera y, debajo, escrito en negrita y en relieve, decía: «Hugh y Dana Clarke están orgullosos de anunciar el nacimiento de su hija Elizabeth Ames Clarke». La fecha del nacimiento figuraba al pie de la tarjeta.

—¿Qué te parece? —le preguntó Hugh.

Al principio Dana no fue capaz de contestar. Tenía un nudo en la garganta. La fotografía era de los tres, una fotografía deliciosa en todos los sentidos: la expresión arrobada de los padres, las facciones de la hija. Y el pelele rosa de Lizzie pegaba con el rosa de la tinta de la inscripción.

—¿Quién hizo esta foto? —susurró.

—Julian. ¿Qué te parece?

Cuando levantó la vista para mirar a Hugh tenía lágrimas en los ojos.

—Estoy sorprendida.

—¿Es mejor que lo de los globos?

—Oh, Dios.

—Ha sido un encargo urgente. He tenido que pagarles el doble, pero vale hasta el último centavo. Hay otra caja como esta... con otras cien tarjetas.

¿Crees que podemos utilizarlas?

—Oh, Dios.

—¿Eso es que sí o que no?

Dana tenía el corazón tan rebosante que pensó que le iba a estallar.

—¿Dana?

—Sí.

Eso es lo que había querido desde el principio... una señal, un gesto, una declaración. Le rodeó el cuello con un brazo y lo abrazó, y no lo soltó ni siquiera cuando la pequeña empezó a revolverse en protesta por el apretón. Dana la oyó que lloraba, sentía el pulso de Hugh, las olas rompiendo en la playa, allá abajo.

«Está lo bastante orgulloso para anunciarlo al mundo entero», imaginó que le decía su madre.

Pero por supuesto, era su propio pensamiento.

Agradecimientos

Antes de escribir *Retrato de familia* sabía muy poco sobre la genética racial y, aunque leí mucha bibliografía para preparar el libro, seguí necesitando ayuda. Doy las gracias al doctor Theodore Kessis y a Vivian Weinblatt por su ayuda, así como a Bea Leopold, de la National Society of Genetic Counselors. Mi agradecimiento especial para Jill Fonda Allen, que no solo me ofreció sus conocimientos como asesora en genética sino también su imaginación.

Gracias a Martha Raddatz y Shameem Rassam por su información sobre la vida y el idioma de Irak, a Helen Dempsey por ayudarme a dar forma al personaje de Jack Jones Kettyle, y a David, el amigo de mi marido, por ayudarme con el de Jay.

Mi ayudante, Lucy Davis, tan indispensable como siempre. Le doy las gracias por enseñarme lo que significa realmente la historia de una familia.

Estoy particularmente agradecida a Phyllis Grann por preocuparse lo bastante para ofrecerme la oportunidad de mi vida, y a Amy Berkower por hacer posible que se hiciera real.

Y, finalmente, doy las gracias a mi familia por su apoyo incondicional.



BARBARA DELINSKY (Boston, Massachusetts, 1945). Nació y se crio en Newton, un barrio de Boston, Massachusetts; en 1967 se licenció en psicología y dos años después terminó un máster en sociología. Antes de comenzar su carrera de escritora, trabajaba como investigadora para la Sociedad de Prevención de la Crueldad con los Niños, también fue fotógrafa y reportera del *Boston Herald*.

Su carrera de escritora empezó a raíz de que leyera un artículo en un periódico que hablaba sobre las novelas románticas. Barbara investigó el tema, leyó 40 o 50 novelas y se dispuso a crear la suya. Pronto se dio cuenta de que su formación como psicóloga le era muy útil para trazar los enredos emocionales de sus personajes y afirma haber utilizado «prácticamente todo lo que ha estudiado y vivido personalmente» en sus obras.

En 2001, escribió un libro de no ficción, *Uplift: Secrets from the Sisterhood of Breast Cancer Survivors*. Ella misma era una superviviente del cáncer de mama, y donó las ganancias de ese libro de su segunda obra de no ficción a la caridad. Con esos fondos puso en marcha una unidad de oncología en el Hospital General de Massachusetts donde se forman cirujanos de mama.